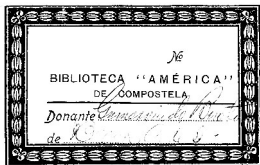




RECUERDOS DE MI TIEMPO



RECUERDOS

DE

MI TIEMPO

POR

ANTONIO N. PEREIRA



MONTEVIDEO

IMPRESA "EL SIGLO ILUSTRADO", DE TURENE. VARI Y CA.

CALLE URUGUAY, NÚMERO 324

1891

ESTOS RECUERDOS

SON DEDICADOS

A LA MEMORIA DE MIS QUERIDOS PADRES

MIS PRIMEROS AÑOS

« Los recuerdos son la base
de la historia. »

Siempre he tenido profundo desprecio por los aplausos mundanos, y cuando he tenido que sufrí-los ha sido contrariándome mucho.

También he odiado el tratar de cosas personales, y he eludido siempre que he podido hacerlo el ocuparme de mí y que lo hicieran los demás.

Tal vez podría creerse que haya esto tenido origen en una simple vanidad; pero puedo afirmar que es solo efecto de mi natural, y que he sentido una irresistible antipatía por todos aquellos que les agrada, que sus nombres suenen públicamente, presentándose como paladines ó protagonistas en que figuran verdadera ó falazmente en primera línea, en novelescos episodios ó en románticas historias.

Voy á romper una vez este propósito, publicando mis *Recuerdos*, no para hablar de mi persona precisamente, sino para consignar todo lo que mi me-

moria ha conservado fielmente, desde que tuve conciencia de mí mismo.

Y como para hablar de lo que he presenciado ó he sido testigo, es preciso que dé cuenta de quién soy y que me conozca el lector, aunque poca ó ninguna importancia tenga esto, voy á trazar rápidamente mis primeras impresiones, que bien ciertamente ningun interés ofrecerán, sino fuese que con ellas, se verán enlazados y descritos con verdad y sinceridad, tantos acontecimientos que se han desarrollado, durante el transcurso de mis días, y cuya importancia se reconocerá despues que se hayan leído; acontecimientos no sólo de nuestro país, á los que prestaremos particular atención, sino de otros pueblos que han influido en el desarrollo y progreso de las ideas y de la humanidad.

Creo que hay siempre verdadero interés, por mas humilde que hayamos sido, en dar á conocer todo lo que hemos presenciado en el breve transcurso de nuestra existencia, como tambien lo hay en hablar con sinceridad y toda buena fé, de aquello que nos ha sido dado ver, juzgando y apreciando los hombres y las cosas con imparcialidad, sin mesquino interés ni pasion ruin, con alma levantada y frente serena. Y aunque tengamos que entrar en ciertos pormenores y detalles de nuestra vida íntima, que tal vez no ofrecerán interés, no obstante, la existencia hu-

mana está circundada y sujeta á tantas alternativas, ofrece tan varios matices, que su estudio por cualquier motivo no deja de tener importancia.

Y cuando uno á mas de haber vivido, ha sentido y ha sufrido, siendo esto el tributo de la humanidad, se hace de mayor interés el conocimiento y relacion de nuestras impresiones.

No podemos ofrecer mas que una vida honrada á la benevolencia del lector; y esto creemos que es un título bastante para la consideracion, á falta de otros méritos que tenemos la conciencia de adolecer.

Hecha esta declaracion y conociendo cuál es mi propósito, pasaré á ocuparme de los autores de mi existencia.

Fueron ellos, don Gabriel Antonio Pereira y doña Dolores Vidal, personas acomodadas y reputadas por ricas.

Era mi padre persona de recto criterio y de un gran juicio; honrado á toda prueba y de una rectitud y firmeza de carácter inquebrantables.

Su vida entera habia sido siempre la mas moral y la mas honesta, y hasta su muerte jamás desmintió su carácter probo y recto. En el hogar, como en el comercio con sus amigos y relaciones, y en su larga carrera politica, figurando en encumbradas posiciones casi siempre, fué siempre respetado y consi-

derado por su proverbial honorabilidad y por las dotes que distinguían á su carácter, en el que como hemos dicho, dominaba la firmeza y consecuencia de ideas.

Era un hombre moderno tallado á la antigua; es decir, participaba de los adelantos y progresos del siglo, siendo uno de los que mas contribuyó por independizarnos del poder extranjero; pero sus costumbres, su modo de ser, tenían mucha analogía con la de los antiguos patricios romanos, ó mejor dicho de los tiempos patriarcales. Su casa y su familia eran un santuario. La honestidad y la pureza mas grandes eran el cielo que cobijaban su hogar. Jamás la mas leve indiscrecion ni el mas ligero desman habían enturbiado ni nublado ese cielo.

Mi madre era el ejemplo vivo de las virtudes conyugales y todo su idoló y todo su culto era el amor entrañable que tenía por sus hijos.

Contrastaba su entereza y firmeza de ideas con la sencillez y amabilidad que la distinguía en el trato de las gentes.

Los que la conocieron pudieron apreciar aquella inteligencia clara y nada comun; su facilidad extraordinaria para concebir las cosas, juzgarlas á propósito, saberlas apreciar casi siempre con recto criterio y fallarlas debidamente.

Enemiga de nimiedades y de puerilidades tan

propias del sexo débil. Su inteligencia se ocupaba siempre en cosas serias y aborrecia las informalidades.

Todo el mecanismo de la casa le estaba confiado, y lo dirigió hasta su fallecimiento; no entraba en sus principios ni era propio de su carácter la vana ostentacion, pero le gustaba la justa decencia en todo.

En el manejo de los intereses era una hábil financierista y á su prevision y habilidad administrativa, fué debido el aumento de nuestra fortuna. Mi padre por broma le daba el nombre de su Ministro de Hacienda, é indudablemente, tenia dotes especiales, gran discernimiento y habilidad para el empleo y distribucion de los valores.

El mas grande afecto unia á los dos esposos: siendo primos hermanos, desde muy niños se habian querido y era idolatria la que se tenian.

Las pocas veces que mi padre tuvo que ausentarse por intereses y otras por la política, fué causa de no poderse conformar en estar separados, aunque por breve tiempo, y de vivir en continua zozobra y sobresalto.

Tuvieron doce hijos de su matrimonio y fui yo el penúltimo de ellos.

A cargo de todos ellos estaba una señora cuyas virtudes y santidad, nos la hacen aun recordar como el modelo mas perfecto de la mujer santa y cris-

tiana; dulce, bondadosa, llena de afecto, poseía un corazón de oro y una alma angelical. Era capaz de los más grandes sacrificios y de las más grandes pruebas en holocausto á su cariño.

Se llamaba Feliza, y pocas veces he visto reunidas en una persona tantas cualidades nobles y puras, tanta honestidad y tanta pureza, pues que era verdaderamente una santa.

Bajo su custodia crecimos todos, mis hermanos y yo, respetándola como á una segunda madre y queriéndola tanto como ella nos quería con verdadera idolatría.

Entre los recuerdos de mis primeros y tiernos años, cuando pude darme cuenta de mi mismo, debo señalar una anecdota que me fué contada, y que como entre ensueño la recuerdo y en que fui actor.

Parece que preguntaba á mi padre, sentado en sus rodillas, en dónde se encontraba la plata, y éste me contestó que en la tierra y que era preciso trabajar para hallarla. Indagado esto, al día siguiente tomé una azada, pues estábamos pasando la estación de verano en una chacra de mi padre, próxima á la ciudad, y con ella me puse á cabar la tierra sin decir nada á nadie. Pasó algún tiempo y como me hechasen de menos salieron en mi busca, y me encontraron en aquella operación. Preguntado qué era lo que hacía, contesté que en virtud de ha-

berme dicho mi padre que en la tierra y trabajando se hallaba la plata, me ocupaba en desenterrarla para distribuirla entre los pobres. Esto parece que les causó una gran novedad y siempre me recordaban aquel hecho como una verdadera gracia.

Tenia el espíritu indagador, y aunque siempre me aparté de la curiosidad inoficiosa, me gustaba buscar la causa de todo lo que pudiese relacionarse con la instrucción, á la que desde muy temprano siempre tuve decidida vocación y mas que todo un culto especial por la lectura.

En medio de mis juegos infantiles, siempre quise hacer prevalecer aquello en que predominaba la reflexión. Tenia delirio por organizar teatros y dar espectáculos, para los cuales contaba con algunos compañeros; aquellos espectáculos que solo podian divertir á nuestros padres, merecian los honores de que asistieran nuestras relaciones.

Puede calcularse qué serían aquellas fiestas dadas por muchachos de nueve ó diez años, para comprender la indulgencia que seria necesario nos tuviesen para atendernos.

Tenia tambien delirio por conocer el juego de ajedrez y una vez que supe el movimiento de las piezas armaba partidas con personas mayores, las que me trataban con consideración, no llegando, á pesar de algunos jaques mates que ellos me prepa-

raban y yo daba, á ser sino muy mediocre aficionado. Sin embargo, pasaba algunas horas hasta que el sueño me rendía y quedaba cortado el partido.

Tuve la fortuna, desde mis mas tiernos dias, de tener entre mis parientes uno de esos famosos memoristas, como pocos he visto despues, á pesar de que he tenido ocasion de ver algunos de nombradia, y que tuviesen una retentiva mayor. Obras enteras las retenia de tal manera, con todos sus menores detalles, que aun despues de hombre y leyéndolas despues las recordaba punto por punto por habérselas oído referir á mi pariente.

El Conde de Montecristo, El Judío Errante, Los Misterios de Paris, en voga entonces, *Saint Clair de las Islas* y otra infinidad de obras de grande aliento, eran el motivo para reunirnos y escucharlo con la avidéz, asombro y curiosidad propias al interés de esos libros un par de horas. Tenia indudablemente, además de una gran memoria, el don de la narracion, y parecia de tal manera identificarse con los personajes que jugaban un rol en esas obras, posesionarse de tal manera de todas las situaciones y describir con tal encanto todos los hechos y aun los menores incidentes y mas insignificantes detalles, y todo esto lo hacia con suma naturalidad, tanta gracia que aun recuerdo aquellas veladas con verdadero placer.

Este pariente era un primo segundo y se llamaba Manuel Valez Pereira.

Éramos todos nuestros hermanos y hermanas pequeños, los que esperábamos ansiosos, el momento en que debía empezar la narracion de aquellas novelas, y como un catedrático verdadero, daba comienzo á su peroracion, ante aquel pequeño auditorio, que con toda atencion escuchaba á mi primo.

Tenia que ver aquella reunion; unos recostados en una cama, otros sentados, y casi siempre uno que otro, el mas curioso, que generalmente era yo, en las rodillas del narrador.

A pesar de toda nuestra atencion y de todo el interés que manifestábamos por aquellas novelas, el sueño algunas veces nos vencia y el narrador se encontraba con que su infantil auditorio dormia profundamente. Pero esto era rara vez, pues nos deleitaban aquellas veladas nocturnas, que empezaban á las ocho y acababan á las diez y que eran un dia sí y otro no.

Indudablemente aquellas veladas instructivas y amenas, influyeron mucho en mí espíritu, para cuando era de mas edad, para la aficion decidida que tuve por instruirme en todo, y estar al corriente de todo lo que se publicaba y que he conservado siempre.

Los libros han sido mis mejores compañeros y mis mas íntimos amigos, y jamás dejaron de acompañarme; y nada me ha proporcionado mayores placeres que la lectura de una buena obra.

Dejaba cualquier diversion, por leer y me ha sucedido muchas veces amanecerme con el libro en la mano.

La historia, la filosofía y las ciencias morales y políticas, fueron y son las que mas me deleitaban; sin dejar de subyugarme la poesía y la literatura, particularmente ésta, á que he rendido siempre ferviente culto.

Las ciencias naturales las he cultivado, y conservo aun en la memoria, las bellas impresiones que me proporcionaron su desarrollo y grandes descubrimientos.

Aunque mi educación pudiera haberse resentido de haber sido aislada, sin embargo el trato y comercio con personas distinguidas á quienes siempre veía frecuentar mi casa por la posición elevada que ocupaba mi padre, neutralizaron en gran parte sus malos efectos.

Y sobre todo, tuve en mi familia, además del ejemplo de rectitud y gran sensatez de mi padre, mis cuñados Luis Faucon, y doctor Gualberto Mendez cuya temprana muerte aun lloran sus conciudadanos, pues era un ilustre facultativo; quienes ejer-

cieron grande influencia en mi espíritu, el primero en mis primeros años y el segundo en mi adolescencia y juventud; aquél por sus generales conocimientos pues poseía vasta instrucción, y el segundo por su profunda ciencia y elevados estudios.

Mis primeros pasos en la instrucción los hice en el colegio de don Antonio, llamado el jorobado, y también en el de don Juan M. Bonifaz posteriormente; pasando después á un colegio inglés á cargo de Mr. William Rey en donde se educaron la mayor parte de mis contemporáneos que podían costear su instrucción, y de donde salí á los diez y siete años.

Particularmente tuve por profesores á Harsene Isabelle en el francés y teneduría de libros, y á Lenoble en química y física, y á Isola en Botánica, y á Shnecider en el idioma alemán.

Las bellas artes me entusiasmaron siempre, y la pintura, la aprendí con Tancredo Galli, que murió en temprana edad. Me ejercité en el paisaje y en retratos y ensayé algo el género histórico, pero no pasaron mis cuadros sino de simples bocetos en que aunque no faltaba la inspiración, adolecían de defectos siendo un poco duras mis pobres pinceladas. Creo que habiendo cultivado con maestros más sobresalientes, habría conseguido ser algo más en ese arte, pero desgraciadamente no los había en el país entonces, y poco pude adelantar no pudiendo inspi-

rarme tampoco en los grandes cuadros que han inmortalizado á los grandes génios en tan divino arte.

Y aunque no debo dejar de consignar que debo á estos profesores mucho de lo poco que sé, sin embargo, mi verdadera instruccion la debo á mi mismo, que con decidido empeño me entregué desde mi juventud, siendo cada uno hijo de sus propias obras indudablemente.

Siempre recordaré los apacibles dias que me proporcionaron las buenas lecturas y el estudio de los grandes maestros. Los clásicos latinos y griegos hallaron en mí un ferviente admirador; Herodoto, Sócrates, Tacito y Tito Livio, siempre estuvieron entre mis manos y los he leído constantemente.

Los clásicos italianos, españoles y franceses, tambien los he cultivado siempre con verdadero entusiasmo, sin dejar de hacerlo con los alemanes é ingleses pudiendo apreciarlos en su propia lengua, los que estudié constantemente, que aunque no pude alcanzar á hablar sino muy regularmente y no con mucha soltura por falta de práctica, llegué á traducirlos bien.

El italiano lo aprendí solo, con una buena gramática y á fuerza de ejercitarme en la composicion y en la traduccion de obras enteras, como con *Las Prisiones de Silvio Pellico* y otras, que traduje y que aun conservo entre mis papeles.

Pero, la que mayor influencia ha ejercido en todo lo que soy y aun mas en lo que podria ser, fué mi madre.

Era, como he dicho antes, un espíritu nada comun; unia una gran claridad de ingenio á una gran entereza y una rectitud y razon extraordinarias. Juzgaba las cosas y los hechos con tal acierto, media los acontecimientos con tal desenvoltura que admiraba.

Es indudable que el ser que nos lleva en sus entrañas es el que mas imperio ejerce en nuestros ánimos, y por mas rebeldes que seamos siempre, sus consejos son los que mas influyen en nuestro modo de ser.

Yo tuve por mis padres verdadera idolatria y para mí no habia pesar mas profundo que el verlos disgustados. Sufria inmensamente cuando los veia enfermos y la idea de que podian desaparecer me hacia lo mas desgraciado. Cualquier dolencia que sufriesen me alarmaba hasta el punto de dejar de comer y de dormir, y lleno de inquietud velaba noche y dia, entrándome un desasosiego que no podia retener hasta que los veia buenos.

Nunca les proporcioné disgustos y siempre me complacia en obedecer los consejos que me daban.

Entre las personas que frecuentaban con mayor asiduidad la casa y visitaban á mi padre, se conta-

ban don Miguel Barreiro, que mucho figuró en la época de Artigas, don Francisco Magariños, com-padre de él, don José Maciel, que cotidianamente estaba allí, don Jaime Cibils, don Félix Bujareo, don José de Bejar, don Cárlos de San Vicente y otros muchos mas.

Don Miguel Barreiro venia todas las tardes despues de comer á tomar el café bajo una glo-rieta con mi padre, y á hablar de los sucesos poli-ticos.

Era un hombre pequeño, delgado, de cutis blan-co, sumamente educado, muy ascado en el vestir, haciéndolo siempre de negro.

Recuerdo haberle hecho inocente un baston de ébano el día de los Santos de ese nombre, con un silvato en el puño y que despues le devolvi no que-riendo de ningun modo aceptarlo, pues le habia he-cho gracia aquella ocurrencia de un pequeñuelo. (1)

Me llamaba mi pequeño amiguito y me trataba con todas las distinciones de una persona mayor.

Recuerdo que lo visitaba, y no sin gran terror algunas veces que me recibia en la cama, cuando estaba enfermo, pues tenia en una urna los huesos

(1) Habia la costumbre tradicional de que en el día de los *Santos Inocentes*, las personas conocidas se pidieran algo prestado y dán-dolo, les dijéramos *la inocencia le valga*, la que ya se va perdiendo poco á poco.

de su madre, sobre una mesa en su aposento, y mas en esa edad de supersticiones.

Don José Maciel me hizo conocer el juego de ajedrez, al que llegué á aficionarme de tal modo que pasaba horas y horas, proponiéndome jugar bien, pero nunca alcancé á ser sino mediano jugador como he dicho antes. Con él fué la primera vez que fui al teatro de San Felipe, y recuerdo que daban el drama de Zorrilla titulado *El Caballo del Rey don Sancho*.

Trabajaban Quijano, Gonzalez, sus hijas, y la Petrolina, con los demás actores de la compañía; todos eran orientales y discipulos del célebre Lapuerta, que no alcancé, pero oí alabarlo como un buen actor por los que lo habian visto.

Lo que respecto á los primeros Quijano y Gonzalez, no habian aprovechado nada, pues nunca pasaron de unas medianias; no asi la Petrolina que era y fué una excelente cómica, y aunque la alcancé ya muy entrada en años, todavia le quedaban restos de lo que habia sido antes en las tablas.

Lapuerta tuvo un excelente émulo sino de mayor mérito y fué el célebre Casacuberta, actor y autor á la vez; que fué una verdadera notabilidad artística y que se lo disputan los orientales y argentinos. Honró la escena con su indisputable mérito y fué muy llorada su temprana muerte.

Figúrese cualquiera cómo en esos tiernos años no me parecerían aquel drama y aquellos actores; creía que nada podía superarlos, y todo me volvía ojos ante aquellos relucientes trajes, al desarrollo de la eccena y sobre todo con la aparición de un caballo en las tablas. Aquel teatro de madera que los años habían deteriorado hasta el punto de amenazar ruina, me parecía que nada podía igualársele.

Pécimamente alumbrado con quinqués de aceite, lleno de aberturas por todos lados, los telones todos roídos, presentaba un aspecto de vetutez y de falta de aseo y cuidado, que mas no podía darse. Había sido levantado en tiempo del dominio español y aunque había sido despues renovado, las huellas del tiempo se scñalaban visiblemente en él.

No era nada estraño que los quinqués goteasen y mancharan á los que se hallaban en las lunetas y viesen sus ropas perdidas; pero con todos estos defectos é inconvenientes era muy concurrido, como era el solo teatro que existía y allí encontraban solaz y entretenimiento nuestros padres.

Cuánto no me recreaban en mi niñez los bellos cuadros, y aun conservo fresca en mi memoria lo que me deleitaban los de batallas, y en que figuraba Napoleon el héroe del siglo, cuadros que estaban muy en voga entonces, y que existían en todas las casas, y las de la historia romana, que había en la

sala de la mía. Me estasiaba mirándolos y mi placer mayor era sentarme frente á ellos y estar horas enteras contemplándolos.

Los retratos al óleo de las personas de la familia los miraba con respeto y veneracion; me parecía que aquellas figuras me hablaban y que mirándolas fijamente, se destacaban del lienzo y que se movian, lo que á veces me sobrecogia de miedo infantil. La muerte de Napoleon que aun se conserva en la casa como una reliquia de antiguo recuerdo, me hacia profunda impresion. Todos los objetos de arte por mas insignificantes que fuesen, eran para mí motivo de la mayor curiosidad. Habia en la casa un reloj que aun conservamos, que al dar la hora, tocaba una caja de música, se ponía en movimiento un tren, y pasaba un puente, y un molino de viento y otro de agua, empezaban á dar vueltas en medio de un paisaje que se perdía á lo lejos, y de una torre de un castillo que contenía el reloj, y del pico de una preeminencia donde se destacaba el molino de viento. Nada me parecía mas espléndido que aquello y muchas veces mis deseos de investigarlo todo, me hicieron abrir mas de una vez la tapa de vidrio que lo cubria, para darme cuenta de aquel mecanismo que me parecía superior á todo lo que podía existir.

¡Con cuanto recogimiento y respeto no asistía á las funciones de iglesia! Aquellos dias de fiesta en

que se ofrecían á mi vista millares de luces, en los altares que resplandecían entre flores y oropel, y los vestimentas sacerdotales, abrían ancho campo á mi fantasía. El incienso que se esparcía por las naves del templo y que se impregnaba en las ropas me estasiaba.

Entre aquellos espirales de humo que subían arrojados de los incensarios, que agitaban los monaguillos, se poblaba mi imaginación de fantásticas ideas.

Los acordes sagrados del órgano y los cantos místicos, me producían un efecto tan dulce y tan delicioso, que me sentía sobrecogido de tierna melancolía. Las imágenes de santos me parecían que hablaban y me infundían un respeto tan grande que las miraba sobrecogido. Las revistas militares excitaban también mi curiosidad, y entonces las había casi todos los días, con motivo del sitio, así es que podía satisfacerla casi siempre. Aquel desfile de tropas que hacía aumentar con mi imaginación, las bandas militares que tocaban algunos aires marciales; el redoble de tambores y el ruido de cornetas; las banderolas de diferentes colores que llevaban en sus fusiles los guías y que veía flamear, todo aquello, tenía para mí un encanto que es bien difícil de explicar.

Fui siempre exclusivamente impresionable; una sola represión era bastante para ponerme triste; con

mis maestros, tuve la fortuna de hacerme querer y traté siempre de no disgustarlos y jamás les di ocasión para que me aplicasen corrección ni por mi conducta ni por mis estudios. Desde muy niño, en esa edad irreflexiva, jamás pude ver martirizar á los animales, y me ha sublevado siempre la injusticia en todo. No he podido consentir que á mi presencia se brutalisasen á los seres inferiores, infiriéndoles castigos bárbaros, y aunque la moderación siempre me ha dominado en todo y por todo, muchas veces me he arrebatado y he salido á su defensa, produciéndome esto altercados con gente despiadada que no me hacían muchas veces caso.

Y tal exceso de compasión he tenido por ellos; que recuerdo que mi cuñado Faucon me llevó á una casería, pues era muy aficionado á esa cruel diversion, y preparado con una buena escopeta como para mi edad, que me había hecho venir de París, empecé mi aprendizaje con él; pero la vez que acertaba á herir ó matar á algun pájaro, me compadecía de tal manera, que en vez de apuntarles despues señalándoles muy cerca, desviaba la escopeta para no hacerles daño. Mi cuñado se reía de esto, pero yo le manifestaba que era muy nervioso, y dos ó tres veces que salimos al campo le hicieron comprender que nunca llegaría á ser un buen cazador. Y no volví mas á acompañarlo. Era que sentía

una irresistible antipatia por ver hacer mal y mucho mas por mi mismo. He creido que no debemos quitar lo que no debemos dar, y menos por diversion. La caridad la he ejercitado siempre desde mi mas tiernos años, y para mí la mas grande satisfaccion ha sido atender á los necesitados. Nuestra casa ha sido siempre el amparo de todos los menesterosos. Es proverbial que mi abuelo don Antonio Pereira era un verdadero padre de los pobres, y el autor de mis dias no podia ver la miseria sin socorrerla generosamente.

La benevolencia para con todos ha sido tambien desde muy niño lo que me ha distinguido y si por cualquier motivo podia haber causado involuntariamente alguna ofensa ó mal, sin saberlo, no vivia hasta no repararlo, ó dar satisfaccion, y en muchas ocasiones teniendo la razon por mi parte. Siempre me gustó la gente llana y sencilla, odié desde muy jóven la pretension y el orgullo; y jamás pude sufrir los caracteres frívolos ni mucho menos á pedantes personajes.

En esa edad que todo lo que vemos y todo lo que nos rodea despierta nuestra juvenil fantasia y puebla nuestra imaginacion de mil quiméricos ensueños; que la luz es mas brillante y que la vida mas exuberante; que á todo le damos vida y calor, le prestamos forma y color; que las menores cosas son una verdadera

novedad; que lo embellecemos todo; y que las flores tienen mayor perfume y fragancia, el canto y los trinos de las aves suenan con mas armonia en nuestros oidos, como un nuevo viajero que ve por vez primera tierra estraña y que todo le sorprende: es entonces si que es bella la vida.

En mi, las alucinaciones de mi niñez eran inmensas y encantadoras: todo lo realizaba y lo embellecia: no comprendia ni entraba en mi aquello que pudiese apartarse ó alejarse de lo bello y sublime; no me daba jamás cuenta de que al lado de lo bueno está lo malo; que cerca de la vida está la muerte, que mas son los sinsabores que nos esperan en el mundo que los dias de felicidad, y que no hemos de recojer sino decepciones y desengaños en cada paso que damos, y que el camino de la vida está lleno de punzantes espinas.

Nada de eso pensaba ni pasaba por mi imaginacion un solo momento; todo me sonreía; el cielo me parecia mas azul, el campo mas lozano y mas verde; las estrellas mas refulgentes y el astro del dia mas radiante de luz.

Palpitaba mi corazon de entusiasmo por todo; lleno de confianza, de amor y de bellas y risueñas esperanzas.

En los brazos de mi padre y en el dulce regazo de mi madre, todo mi ser se adormecia entre sus tiernos y solícitos alhagos.

Jamás permitieron mis padres que se me asustase con pueriles invenciones de cuentos ni de duendes, con que se sorprende á la niñez; las veces que los criados se permitieran hacerlo, y mis padres lo supieron fueron reprendidos severamente.

Aunque era muy mimado por todos, y me proporcionaban los miembros de mi familia todo lo que podia satisfacer mis pequeños caprichos, no obstante, nunca dejaron mis padres de hacerme consentido y fui educado rigurosamente observando todo lo que inspirase respeto y veneracion. No querian tampoco que me hicieran concebir ideas falsas de las cosas, y que todo se me esplicase. Así lo que con tanta frecuencia nos atemoriza en esa edad en que todo nos parece sobrenatural, me era esplicado y cuando manifestaba algun vago temor ó sorpresa por cualquier cosa me inducian á buscar la causa.

La escuela esa verdadera prision de los muchachos, la que se nos presenta con tan tetricos colores, era la que no se me permitia que dejara de concurrir, y aun lloviendo un criado me llevaba á mi y á mis hermanos en brazos con un paraguas para resguardarnos del agua. Ese criado solia ser un inglés llamado Andrés. Habia servido en el ejército británico cuando el asalto y toma de Montevideo, mandado por el General Witelocke, y se lo habia dado como ordenanza á mi abuelo que era Alcalde Or-

dinario cuando tuvo lugar aquel hecho; sabemos que todos los ingleses habian dejado en pié á todas las autoridades que habian hallado y las habian re- puesto en sus puestos: reservándose el gobierno militar como plaza conquistada y haciendo depender á las demás autoridades de su mando inmediato.

No sé cómo despues de haber evacuado la plaza se quedó en la casa; tal vez se habria concluido su plazo, ó bien se habrian olvidado de llevarlo. Era un hombre alto, de ojos azules, sumamente blanco, tanto que parecia diáfano y las venas se le dibujaban todas en sus carnes. Nunca habia podido llegar á hablar bien el español, pero se daba á entender como podia. El pobre á la hora exacta de irnos á buscar á la escuela se presentaba con ropas de abrigo si habia frio, y en sus brazos volviamos á casa. Mi padre lo consideraba bastante y cuando murió de una afeccion pulmonar, lo sentimos mucho. El pobre solia hacer frecuentes libaciones y éstas tal vez aceleraron su fin. Habia estado en diferentes batallas y me contaba todas las aventuras que habia pasado.

Nunca podré olvidar con qué solicitud y cuidado me cargaba y cómo respondia á las recomendaciones de aquella angelical criatura llamada Feliza de quien ya me he referido, de que nos cuidara mucho y que no nos fuésemos á lastimar, etc.

He hablado de esta santa mujer y voy á agregar

que el cariño que ella nos tenia era el de una madre. Nos cuidaba con tanto esmero; ponía tanto corazón en sus afectos que nada podía igualársele. Cuando caía alguien enfermo, era tanta su abnegación que al pié del lecho permanecía días y noches sin desnudarse ni moverse de la cabecera del enfermo.

Con ella aprendí las primeras oraciones religiosas; con ella, cuando no con mi madre, iba á la iglesia, y en sus brazos la oía recitar los mas bellos trozos de la vida de santos.

Cuando la recuerdo no puedo menos que experimentar el mayor y mas grande sentimiento por su memoria, y es que pocas naturalezas han pisado este mundo que podrían superarla en bondad, abnegación y en todos los dotes de una santa como hemos dicho antes.

Y no solo con nosotros tenia esa solicitud sino con todos; bastaba que un ser sufriese para que se constituyese en su enfermera, ¡y qué enfermera! que no habia otra; y sin conocerlo se prestaba a prodigarle sus cuidados y cariños.

¡Naturalezas excepcionales que aparecen en el mundo solo para estender sus alas en bien de la humanidad, para sufrir con ella y enjugar sus lágrimas!

Entre los servidores de mi casa habia un paisano

que mi padre había recogido y que se llamaba Matas. Había sido soldado de Artigas y se había hallado en todas las batallas en que este general figuró, acompañándole hasta que derrotado por Ramirez, tuvo que refugiarse en el Paraguay.

¡Con qué entusiasmo no me hablaba de aquel tiempo en que el patriotismo era la fiebre sagrada que animaba á todos los Orientales! ¡con que respeto y cariño nos nombraba á Artigas y cuando contaba sus degracias sus ojos se le llenaban de lágrimas!

No podía conformarse con que estuviese tan lejos de su patria y que tuviera que vivir en tierra extraña y comer el pan amargo del destierro.

¡Cuánto no se animaba cuando con todos los pormenores y detalles me relataba la batalla de las Piedras ganada por Artigas!

Siempre estaba repitiendo unos versos de aquella época y que creemos fueron hechos por el Coronel Baldenegro, uno de los jefes mas importantes de Artigas y que decian asi:

« Si del blanco ó rojo color
Con que la Patria os convida,
Es para que se decida
Vuestro aprecio en lo mejor ;
Si al rojo vuestro valor
Breve os sabrá castigar ;

Mas si al blanco os quereis dar;
Discreta y sábia leccion,
Y contad con la proteccion
Del ejército auxiliar.

Estos versos fueron escritos sin duda para exitar los ánimos de algunas provincias en favor de la revolucion.

Mi padre tuvo que ausentarse del país, despues de haber ocupado la Presidencia, y despues el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, no habiendo podido lograr realizar la paz con don Manuel Oribe, que sitiaba con sus fuerzas la ciudad de Montevideo; y se trasladó á Rio Janeiro, y yo acompañado de mi hermano Julio fui á reunirme con él.

Tendria ocho años entonces.

Habian tenido lugar acontecimientos desagradables entre los sitiados; la llegada del general Rivera al puerto y la prohibicion de no dejarlo desembarcar, habian sublevado algunas fuerzas de la guarnicion.

Algunos sangrientos episodios habian producido el terror en el ánimo de la poblacion. La revolucion de Abril del año cuarenta y seis, en que los batallones de negros y de vascos sublevados habian regado de sangre las calles de Montevideo. El asesinato del Comandante Estivao en el muelle viejo,

despues de un fuerte tiroteo y cuya cabeza fué cortada y llevada en una pica como trofeo de sangui-nario triunfo por los negros; el asalto á algunas casas de comercio y particulares, tenian en zozobra á las familias, y las personas mas espectables tuvieron que refugiarse en algunos consulados ó bien en buques de guerra surtos en el puerto, para garantirse de aquel verdadero desborde.

Nuestra misma casa fué agredida de noche por una chusma de soldados que á toda fuerza querian entrar y hechar la puerta abajo, haciendo fuego y dándoles de culatazos, no pudiendo felizmente conseguirlo y esto sucedia no estando mi padre ni mi hermano mayor en casa, pues se habian refugiado á bordo de un buque, y no habia mas que mi madre yo y mis hermanos todos chicuelos y algunos criados.

Tuvivos que saltar de los lechos y en brazos de los sírvientes, saltar las azoteas en medio de los silvidos de las balas y de los gritos de los asaltantes que trataban de penetrar en la casa; y refugiarnos en la casa del Provisor General Fernandez que vivia al lado de la nuestra.

Al dia siguiente supo mi padre lo que habia pasado la noche anterior, y consternado por el gran peligro que habiamos pasado, determinó no separarse mas de su familia.

Pero no habia de parar en esto, pues estando al dia siguiente en la mesa almorzando, se nos llenó el patio con los mismos foragidos que la noche anterior habian intentado asaltar la casa, armados y dando gritos.

Mi madre no quiso que mi padre saliese, y con entereza les increpó su conducta, manifestándoles que cómo se atrevian á amenazar al hogar tranquilo de una familia, y á qué era debido aquello.

Ante las palabras de mi madre, cesaron de gritar y enmudecieron; y no sabiendo cómo explicar aquel atropello, uno de aquellos negros que parecia encabezar aquella banda de verdaderos foragidos, dijo que venia á reclamar un hijo que era suyo. Este era un negrillo llamado José, cuya madre habia sido esclava de la casa y que aun estaba en ella. Mi madre, dada las circunstancias que rodeaban aquella situacion de desborde, se lo hizo entregar, en medio de los llantos del negrillo que de ninguna manera queria irse de nuestro lado. En esto, muchos de ellos increparon al que ya lo tenia en sus brazos, de que debia dejarlo en la casa, pues en ninguna parte estaria mejor que allí; pero mi madre ayudada de algunos criados, fué poco á poco haciéndolos retirar hasta que ya fuera de la casa, pudo hacer cerrar la puerta, continuando la discusion en ella por mucho tiempo.

Entristecidos nosotros por la separacion de aquel negrilla que se habia creado con nosotros y que lo mimábamos como si fuese un hermano, pues participaba de nuestros juegos infantiles, tuvimos mucho tiempo recordándolo y no pudiendo conformarnos con su separacion. Hoy, despues de tantos años transcurridos, lo tenemos á nuestro lado, y siempre recordamos lo que pudo amenazarnos por su causa.

Mi padre habia tenido nuevamente que admitir el Ministerio; como ya hemos dicho, pues gran parte de la guarnicion y muchos ciudadanos habian ido á pedirselo. El general don Venancio Flores, el general Garibaldi y otros Jefes encabezaban aquella manifestacion. Se llenó la casa y la calle de gente, y mi padre que siempre rehusó ocupar destinos públicos, aceptó, despues de reusarse por mucho tiempo, solo por el tiempo necesario, para hacer la paz, y si no lo conseguia retirarse á su casa. Una vez conseguido su consentimiento, se dirigieron á la casa del Presidente don Joaquin Suarez á exigirle el nombramiento de mi padre para la cartera de gobierno y hacerse cargo de la organizacion del Ministerio.

El Presidente aceptó aquel nombramiento que se le pedia, y al dia siguiente salia el Decreto firmado. El Ministerio fué formado con personas todas adictas á la paz.

El Conde Waleski, Ministro plenipotenciario de Francia fué el intermediario para entrar en negociaciones con el general don Manuel Oribe que sitiaba la plaza, y aunó sus esfuerzos á los trabajos del Ministerio.

El general Oribe manifestó buenos deseos para el arreglo, tanto mas cuanto mi padre, segun su declaracion, era un verdadero patriota y con quien queria entenderse para realizar un arreglo satisfactorio.

Las negociaciones empezaron bien y todo se habia allanado y pareció conseguirse la tan deseada Paz, cuando al llegar las confiscaciones que éste habia hecho, y que no podian aceptarse, pues eran nulas y el mayor absurdo que pudo hacerse en aquella degrading época y causa en gran parte de que la guerra se prolongase, fueron interrumpidas por la negativa del general Oribe á su desconocimiento.

Por otra parte el general Flores que habia sido uno de los que mas influyeron en el nombramiento de aquel Ministerio; y creyendo tal vez conseguir por sí, lo que aquel no obtuviera, se trasladó al campo enemigo y tuvo varias conferencias con Oribe no siendo mas feliz, pues nada consiguió.

Creemos que aquello no era mas que un pretexto para retardar la conclusion de la guerra, pues no podia caber en lo posible, que se pudiese sostener

tal derecho afectado de una nulidad completa; y que la paz no se hizo en esta ocasion, como otras veces que se habia intentado, porque no solo no convenia á Rosas, sino ni á los emigrados argentinos que se hallaban entre los muros de Montevideo.

No sabemos quién pudo aconsejar al general Oribe semejante monstruosidad, que fué la causa para la prolongacion, en gran parte, de la guerra y de la resistencia durante nueve años y meses pero, le hizo un triste servicio al pais.

Un pronunciamiento de algunas fuerzas á la cabeza de las que se hallaba el Coronel Larraya, que se declararon por el desconocimiento de los trabajos del gobierno secundando los del general Flores, hicieron dar por terminadas las negociaciones, pero mas que ésto, fué la negativa absoluta de Oribe de desconocer las confiscaciones.

Ya mi padre habia tenido que hacer entrar en el órden á algunas de esas fuerzas insubordinadas, y mas de una vez presentarse, con solo su ayudante, á imponer obediencia al Gobierno, lo que habia conseguido á fuerza de energia.

Recordamos, con motivo de aquel pronunciamiento de Larraya, algunos de los versos de nuestro popular poeta Figueroa que empezaban así:

« El diablo algo molino
« Hizo una raya, y dijo así,
« Marchad por ese camino,
« Mas ¡ ay! del que llegue aquí. »
.....

y que cantaban los muchachos por las calles en aquellos memorables tiempos.

Disgustado mi padre de no haber podido lograr la anhelada paz, dejó el Ministerio y se retiró á su casa.

Todas las calamidades parecian pesar sobre nuestro desgraciado país, víctima espiatoria de ambiciones bastardas y de la lucha fratricida que se habia alumbrado en mal hora entre sus hijos.

Pintar aquel cuadro que nos recuerda aquella época de lúgubres recuerdos, en que sitiado Montevideo, por ocho años y meses; en que los bandos, blancos y colorados, se hacian sangrienta guerra, y en que caian bajo el mortifero plomo ó el afilado acero, cientos de ciudadanos y extranjeros, que se habian afiliado á los partidos en que estaba dividido el país, siempre resultaria con pálidos colores, ante tanto heroismo mezclado á tantas desgracias, tanto valor y sufrimientos mezclado á tanta sangre y depredaciones.

Aquella fué una lucha titánica, en que caian los bravos dia á dia regando con su sangre el suelo sa-

grado de la patria; ese sitio recuerda toda una epopeya, que espera otro Homero, que cante las proezas de la nueva Troya.

En ese sitio se revelaron mis primeras impresiones; allí aprendí á comprender lo que puede la resistencia heroica de un pueblo.

Vi figurar á hombres superiores que, dotados de verdadero genio salvaban todas las dificultades y vencian los imposibles. El general Paz, Pacheco y Obes, Garibaldi, Marcelino Sosa, Nuñez, Flores y otros, al lado de Santiago Vazquez, Lucas Obes, Herrera, Alvarez, Suarez formaban un conjunto de inteligencia y saber.

¡Qué hombres! ¡Qué tiempos!....

¡Parecemos pigmeos ante aquellos gigantes!....

Nada es bastante para darse cabal idea de todo lo que casi sobrehumanamente se hizo en aquel sitio memorable, para la resistencia de tanto tiempo; esfuerzos, patriotismo, abnegacion y un valor indomable, todo se hallaba reunido en los hombres que allí habia.

Pero al mismo tiempo, cuántas miserias y cuan poco se consultaba por una y otra parte, por asediados y sitiadores, los verdaderos intereses de la patria!

Tenemos todos que pagar tributo á las debilidades humanas; y en ese sitio como en otras cosas, la

grandeza y la heroicidad, se mezclaban con las pequeñeces y los atentados.

En aquellos primeros años oía con interés y entusiasmo todo lo que se relacionaba con el sitio y todo me volvía oídos para escuchar las alabanzas de aquella defensa y de sus prodigios, y en mi pequeño criterio, creía sinceramente y me había consentido en que nada podía haber superior ni mas grande ni mas heróico, que aquella defensa, y agigantaba en mi imaginacion todos los sucesos que tenían lugar y cuya impresion los años no han amenorado.

Habia nacido y me habia criado en medio de aquella época; en medio de aquella lucha verdaderamente de héroes, y así es que mi imaginacion estaba toda impregnada de aquellos hechos que tuvieron lugar, y que aun hoy mismo nos llenan de admiracion. ¿Qué extraño es pues que, á pesar de mis pocos años quedaran grabados, la mayor parte de aquellos sucesos que tuvieron lugar y que oía referir á mi padre ó á las personas que veía, cuándo palpitaba en los corazones de todos, de grandes y pequeños, el entusiasmo de la defensa y el deseo de ver terminar aquella situacion cruel?

Cuando ya mi criterio pudo concebir mejor las cosas y darse cuenta mas exacta de los acontecimientos; cuando sabíamos discernir y esplicarnos

mejor los acontecimientos, y buscar las causas, me di cuenta mas circunstanciada de aquel deplorable estado en que estábamos, sitiados completamente viviendo en continuo sobresalto, y aunque me explicaba su origen, no amenguó la admiracion por los que habian sido los sostenedores de aquel sitio, que me representaba como unos verdaderos paladines, dignos de figurar en una epopeya.

Y es que las impresiones de nuestros primeros años son mas profundas y mas vivas y se graban mejor en nuestra mente, y los acontecimientos no se borran jamás; al contrario, se adhieren de tal manera á nuestra existencia que cada vez nos parecen mas claros. Es que todo nos sorprende, todo es nuevo y sentimos, con todo nuestro ser; con el corazon y con la mente.

Nada se ha borrado de mi imaginacion y aun los menores detalles están impresos en mí, como si ayer hubieran tenido lugar y el tiempo transcurrido nos los hacen ver mas claros.

Participaba en aquellos primeros años de todas las esperanzas que hacian palpar los corazones de aquellos patriotas que resistian al poder de Rosas; mi casa, que era el núcleo donde se reunian aquellos hombres; que discutian y hablaban de todos los sucesos que transcurrían; que ponian toda su fé en la terminacion de la guerra, por las diferentes

intervenciones que tenían lugar y que fracasaron; que no se acobardaban por mas desengaños y decepciones que experimentaban; me ponian en contacto con todos esos pro-hombres que habian figurado ó figuraban en todos los sucesos politicos del país, y se infiltraba de sus mismas ideas mi espíritu; de sus nobles aspiraciones y sentia cuando ellos sentian y sufría cuando los veía sufrir, por las inmensas desgracias que la patria experimentaba, con aquella situacion violenta, que pesaba mas que una montaña sobre nuestro infortunado país.

Siempre recordaré las alabanzas que hacian á Pacheco y Obes que con su palabra elocuente, proclamaba á las fuerzas de la guarnicion, abatidas por el cansancio de un prolongado sitio, y que hablándoles en su propia lengua, á las legiones extranjeras, que se habian armado para resistir á Oribe, los entusiasmaba é iban á desafiar la muerte y los peligros á las trincheras, habiendo sido como fué el alma de la heroica resistencia que se hizo.

Á Marcelino Sosa, el Aquiles de aquella lucha, menos afortunado, pues murió de una bala de cañon y no fué invulnerable como aquél, quien á cada instante probaba un valor extraordinario.

Al General Flores que entre muchas proezas, se habria paso por entre las fuerzas enemigas y con gran cantidad de ganado se presentaba por el Cerro,

á socorrer á los sitiados que estaban privados de la carne por las fuerzas de Oribe y por los buques de guerra argentinos que no dejaban pasar nada, queriendo reducir por hambre á los defensores de la plaza.

Al General Garibaldi, que con unos cuantos barquichuelos, asaltaba los buques de guerra argentinos, mandados por otro héroe como éste, el general Brown, y rompía el bloqueo y despejaba el puerto.

El mismo que en la batalla de San Antonio, resistía y ponía en dispersion al enemigo mil veces mayor, solo con su legion de voluntarios italianos, que se cubrieron de gloria en esa memorable jornada.

Los coroneles Baez, Olavarria y otros cuyas hazañas parecían proezas de héroes, y es que lo eran verdaderamente.

Recuerdo que el General Flores en una de muchas ocasiones que mostró su impetu por el sosten de los derechos de su país, con motivo de amenazar las escuadras francesa é inglesa, desembarcar fuerzas y apoderarse de la aduana de Montevideo, por no sé qué reclamacion, se dirigió al muelle, donde rondaban los botes con gente de desembarque, y desde allí, les amenazaba, con «que si uno solo de ellos desembarcaba, era bastante para que con su fuerza se pusiese de vanguardia de Oribe,

sino eran bastante para rechazarlos los defensores de Montevideo», y ante su actitud, se volvieron á sus buques.

Se vieron ejemplos no solo de valor y de heroismo en aquella época, sino tambien de patriotismo y de desprendimiento.

Don Joaquin Suarez donaba su fortuna particular en holocausto de la causa; mi padre sostenia con su dinero la defensa de la linea y daba al general Rivera cien mil pesos para organizar el ejército de operaciones, y otros patriotas no omitian ningun sacrificio pecuniario para la resistencia.

¡Cuántos hechos de esa naturaleza podriamos contar y cuántos que se han olvidado, y que ni aún siquiera se recuerdan como simples episodios!

Pero á la par de todo esto y como el reverso de la medalla ¡cuántas exacciones y crueldades se cometieron en aquella jornada!

El fusilamiento de Baena, acusado de estar en correspondencia con el enemigo; el lanzamiento de las familias de los que estaban fuera con el enemigo; la ocupacion de las casas sin la previa autorizacion de sus dueños, la intimacion casi diaria, de mandar á la linea á muchos ciudadanos y extranjeros, sino entregaban fuertes cantidades, que no tenian mas remedio que efectuar, emigrando muchos de ellos y otros quedándose en la calle completamente;

los impuestos forzosos de puertas y ventanas y otros que pesaban sobre la inerme poblacion, y muchos mas abusos hacian intolerable aquella situacion.

Una de esas medidas fué la de disponer de toda la plata labrada que poseian las familias, para la acuñacion de monedas, que nunca se efectuó, pero que no por eso se volvió á sus dueños lo que les pertenecia, y todo quedó en proyecto, lucrando algunos de aquéllos.

Tambien habia negocios ilicitos en aquella angustiosa y depresiva situacion; los célebres porotos de Antonini fueron causa de comentarios en aquellos tiempos: eran destinados para los servidores y sostenedores de la defensa y parece que entraban en sacos y salian y volvian á entrar en los depósitos, para otra vez salir, pero que pagaba el Gobierno ó mejor dicho los particulares y nunca llegaban á consumirse.

La renta de todas las propiedades del Estado; casa de Gobierno, Cabildo, Fuerte de San José, parte de la Iglesia Matriz y hasta la plaza Constitucion, comprada en su gran parte por don Samuel Laffone, fué una de las tantas medidas abusivas que cometió el Gobierno de la defensa, entre tantas otras que se cometieron.

El embargo de propiedades fué otro de los incalificables abusos que se efectuaron en aquella época de triste recuerdo.

Por cualquier motivo ó cualquier pretesto y siempre por necesitarlo el Gobierno de la defensa, disponia de lo que pertenecia á particulares, y se llegó aun hasta ver si habia aposentos desocupados, en las casas de familia, para dárselos á tales ó cuales individuos sin pagar alquiler.

Recordamos que nuestras propiedades fueron embargadas bajo no sé qué pretesto, por haber precisado de la renta el Gobierno, y que los alquileres los recibia éste, hasta poco antes de concluirse la guerra.

Éramos una numerosa familia y mi padre se hallaba ausente, en Rio Janeiro; y se comprenderá, que á pesar de contar con algunos otros recursos pecuniarios, debió esto afectar hondamente á mi familia.

Don Faustino Lopez, Jefe Politico entonces y compadre de mi padre, fué el encargado de comunicar á mi madre dicha disposicion; sorprendida de tal medida fué á ver al Ministro don Manuel Herrera y Obes, siendo recibida por su señora, intima amiga, mientras su esposo llegaba, el que luego que entró á la sala y supo á lo que venia mi madre, manifestó su estrañeza declarando que nada sabia y que aquello era un abuso. Por intervencion de doña Bernavela, pues así se llamaba su esposa; escribió una nota ordenando que se nos

pusiese inmediatamente en posesion de lo nuestro, al Jefe Político, y con la misma atencion y cordialidad que nos habia recibido, pues yo acompañaba á mi madre, se despidió, declarándose completamente ageno á aquella medida arbitraria.

Mi madre muy contenta como es natural, llegando á casa, hizo llamar á don Faustino Lopez, que vivia en frente, quien vino y le hizo conocer la nota que le habia dado el Ministro para que la pusiesen en posesion de lo suyo, pero Lopez sacó de su bolsillo otra nota que en ese momento habia recibido del mismo, donde le ordenaba que se atuviese á lo dispuesto por el Gobierno sobre embargo de nuestras propiedades.

Mi madre comprendió entonces la burla de que habia sido victima, y no tuvo mas remedio que resignarse á la situacion que aquella medida brutal y prepotente la reducía.

Como esta medida abusiva hubieran muchas en aquella cruel situacion que eran obra de unos cuantos hombres que llegados al poder, se erigian en verdaderos perseguidores de los que no consideraban amigos y de los que tenian fortuna.

Esto habia coincidido con el destierro de Rivera, despues de los descalabros que habia sufrido, y de haberse puesto en relaciones con Oribe para hacer la paz, sin conocimiento del Gobierno; y que ha-

biendo sido desgraciado en todas sus empresas, los que habian sido tenido por Riveristas eran perseguidos como lo era aquel caudillo.

La paz se hubiese hecho, sino hubieran predominado los intereses argentinos sobre los orientales, entre sitiados y sitiadores, si solo á los orientales los hubiesen dejado entenderse ¿y cuántas desgracias y calamidades y cuánto sangre no se hubiera ahorrado? La prolongacion de la guerra estaba en el interés de Rosas y la terminacion de ella solo en la República Oriental, sin la caida de aquél, no convenia de ninguna manera á sus enemigos, que se hallaban emigrados en Montevideo y que hacian causa comun con la defensa contra Oribe que sitiaba la ciudad. Así es que todos los trabajos de paz, todas las intervenciones extranjeras, fracasaron ante la obstinacion de Rosas que obedecia Oribe ciegamente, no pudiendo ó no queriendo desprenderse de su influencia, y la necesidad que tenian los emigrados argentinos de contar con Montevideo para proseguir sus trabajos contra aquel déspota y dar con él por tierra, pues se habia prolongado su tirania veinte y tantos años y no habia medio de derrocarlo. La desgraciada campaña del general Lavalle, habia afirmado mas su omnimodo poder y su política de persecuciones y de terror, habia echo emigrar á todos sus enemigos, los que en su mayor número se

hallaban en Montevideo y Chile, pero mas en el primero.

El « Comercio del Plata » diario fundado por don Florencio Varela en Montevideo, da la prueba de lo que decimos, pues allí se ve palpable la influencia predominante argentina en la cuestion oriental aunque aparecian ligados.

Entre los recuerdos que mas íntimamente se han grabado en mi mente y que aun conservo, es el asesinato alevoso de que fué victima aquel notable escritor. Era el veinte de Marzo de mil ochocientos cuarenta y ocho y como á las siete y media de la noche, al dejar á un amigo con quien habia estado hablando en la esquina de la casa en que vivia, en la calle de Misiones, y dirigiéndose solo á ella y al dar dos ó tres golpes con el picaporte de la puerta era atrevesado de una feroz puñalada por un asesino llamado Cabrera, de nacionalidad canario, huyendo y dirigiéndose á un bote que tenia pronto y que lo llevó al campo de los sitiadores, pudo así burlar la accion de la justicia en aquel momento.

Don Florencio Varela atravesó la calle al sentirse herido de muerte y cayó exánime en la vereda de enfrente donde habia una zapateria.

Aquel horrendo crimen llenó de consternacion á la poblacion; rápido como el rayo se trasmitió

aquel asesinato en todos los vecinos y la calle se llenó de gente horrorizada ante aquel sangriento hecho, realizado en una persona tan estimada y espectable como era la víctima.

Nadie se consideró ya libre del puñal cuando con él se había cortado el hilo de la existencia á don Florencio; y todos temieron por sus vidas.

Pero esto que pudo imprimir desaliento y miedo entre los defensores, enardeció mas los ánimos contra los que habían armado el brazo del asesino Cabrera.

Aun recuerdo el terror que sobrecojió aquella noche y por mucho tiempo duró su efecto en la población, pues al pasar por la calle en que había tenido lugar aquel infame crimen todos se sobrecojian ante el recuerdo de aquel asesinato.

¿Quién fué el que armó el brazo de aquel miserable asesino?

¿Fué Rosas, Oribe, ó bien algunos de sus esbirros?

El caso era que representaba una venganza política, pues á Varela no se le conocieron enemigos, ¿y á quién se le debía entonces culpar?

Sobre quien quiera que hubiera mandado y pagado aquel asesino, debía pesar grandísimas responsabilidades por aquel crimen cometido con toda corbardia, valiéndose de la confianza de la víctima,

de la obscuridad de la noche y de la impunidad del crimen.

Oribe, si no queria cargar con responsabilidad, debió hacer prender al asesino y entregarlo á la justicia; pero no hizo eso y lo dejó en libertad.

Varela era un escritor galano y profundo y aunque sostenia la causa contra Rosas con ardor; nunca pasó de los limites de la moderacion, en aquella época de fanatismo partidista y de pasiones iracundas.

Por lo mismo, sus articulos eran como un ariete que habria ancha brecha entre sus enemigos á quienes combatia, y el poder colosal de Rosas se debia sentir doblegado ante aquella incesante prédica contra su despotismo y tirania, hecha por un escritor de tanta talla como lo era Varela. Así es que en el sistema de Rosas, que era el exterminio de todo lo que se opusiese á sus planes, entraria sin duda alguna, como en otros muchos casos, de que fueron otros victimas, el asesinato de aquel insigne escritor que le era tan hostil y que tanto mal le hacia en su reinado de sangrientos hechos, y partiendo la orden de él, se armó el brazo de Cabrera en el campamento de Oribe y se decretó el asesinato de Varela.

¡Qué medios ponianse en planta!

Aun hoy que han transcurrido tantos años nos espantan!....

Parece que la tierra faltaba á todos, pues la vida y la fortuna estaban á merced del capricho de los déspotas, y las violencias y el asesinato, predominaban en el sistema de Rosas.

Profunda impresion hizo á mi padre tal suceso y disgustado por aquella cruel situacion que atravesaba el país, decidió nuevamente embarcarse para Rio Janeiro, lo que efectuó, acompañado de su sobrino Manuel Valez Pereira de quien ya he tenido ocasion de hablar.

En Rio, se reunió con él mi hermano Julio que venia de Paris donde habia estado algun tiempo.

Manuel Valez vino despues de haber acompañado á mi padre, á ponerse á disposicion de mi madre y á correr con sus asuntos.

Poco despues mi hermano Julio se trasladó á Montevideo á abrazar á la que le habia dado el ser, y á sus hermanos, y ver si podia decidirla á que se embarcase para Rio; pero se halló con la nueva de que todos nuestros intereses habian sido embargados como ya espuse, y que era materialmente imposible tal viaje; y entonces se decidió que fuera yo con mi hermano Julio á estar al lado de mi padre, y asi se hizo; embarcándonos en el paquete á vela inglés *Kestrell*. Me habian dado además de los cuidados que debia prodigarme mi hermano mayor Julio, una criada de color, llamada Panchá, para atenderme en aquel viaje.

Mi tío el Coronel don José Villagran, uno de los mas valientes militares que ha tenido la República; quedó por mi padre encargado como miembro de la familia de atenderla, y cuando las atenciones del servicio en la línea se lo permitian, venia á nuestra casa á informarse de las ocurrencias que podian haber tenido lugar.

Era este militar un hombre sereno y soldado como pocos; en la pelea y en las lides de la guerra habia dado pruebas de ser un valiente, y jamás desmintió su justa fama. Encargado muchas veces con el carácter de Comandante General de Armas en el sitio, habia mostrado las dotes de un militar aguerrido.

Parece que lo veo; era un hombre alto, muy blanco, ojos azules, de un carácter sumamente benévolo y que nunca se enojaba, y siempre le ví vestido de militar, y nunca creo que usó otro traje.

Era muy querido de sus superiores, y de sus inferiores era idolatrado porque jamás les trató mal ni con soberbia, ni altanería, ni les impuso castigos brutales como lo hacen sin compasion los militares. Pocas veces he visto reunidos en un soldado tanta bondad á la par que tanto valor segun declaraban todos, y tanta serenidad y severidad en el ejercicio de sus funciones.

Tuvo un hermano llamado Francisco que fué uno

de los Treinta y Tres denodados Orientales y que era otro valiente y aguerrido militar.

Además de mi tío, había quedado encargado de atender á la familia don Jaime Cibils, que representaba la casa de don Félix Buxareo y que era mi padrino de confirmacion: lo mismo que don Pablo Duplessis uno de los mas honrados comerciantes de esta plaza: y otros amigos íntimos de mi padre, como don Carlos de San Vicente, el Coronel Gabriel Velazco y que eran sus contemporáneos.

Entre éstos recuerdo al padre Gimenez, un sacerdote que le decian el *cuico*: que era sumamente bonachon y muy cariñoso con todos y que entendia algo de medicina y conocia las propiedades de las yerbas y plantas, y que mas de una vez trató algunos enfermos con feliz resultado en nuestra misma casa, entre los sirvientes, y á mí me había salvado en mis primeros meses de existencia, de lo que vulgarmente llaman empacho de las criaturas.

Era un asiduo visitante de nosotros; venia á almorzar siempre y sus gracias y cuentos, pues los tenia para todo caso, nos hacian pasar ratos agradables.

Era un hombre sencillo, cuya bondad era reconocida y se recomendaba con todos los que trataba.

Por las criaturas tenia predileccion y se entrete-

nia con ellas sin jamás incomodarse por mas molestos que ellos fueren; en lo que practicaba el ejemplo del Divino Maestro cuando dijo: « *dejad á las criaturas que vengan á mi* ».

Cuando lo conocí ya era un hombre entrado en años; habia servido en la guerra de la Independencia con el general San Martín, y despues con el general Lavalle en carácter de Capellan del ejército.

Nos entretenia con la relacion de las campañas que habia hecho á las órdenes de aquellos generales, y se posesionaba de tal manera con la esposicion que hacia, que nos interesaba.

He dicho que era un hombre sencillo y hasta tal punto, que cuando alguna vez que salia como sacerdote á predicar y comprendiendo que no poseia dotes oratorias, despues de haber hablado algun tiempo en el púlpito, pedia perdon á su auditorio de esta manera:

« Supongo que ya estarán cansados de oirme: les pido á ustedes que tengan indulgencia con quien les habla solo con el corazon y con quien no tiene otros dotes que susinceridad ».

Y á propósito de esto, recordamos á otro concurrente á nuestra casa que se llamaba el padre Jacobi y que le decian Pocobi, por ser un infeliz, que iba todos los dias despues de decir su misa á nuestra casa, y que bajo el pretesto de enseñar el solfeo á

mis hermanas pequeñas, se entretenía en el piano cantando salves y padre nuestros con voz descompasada hasta aturdirnos; no teniendo mas remedio que cerrar el piano con llave como providencia para que nos dejara el pobre padre en paz.

En la enseñanza del piano á mis hermanas, le sucedió otro profesor llamado don Pellegrini; que era un furioso propagandista del sistema Raspail.

Olia de lejos á alcanfor; y lo llevaba en todos los bolsillos, y aun en pequeñas plumitas que mantenía en la boca.

Por donde pasaba dejaba la atmósfera impregnada de ese olor y no era posible poder estar mucho tiempo á su lado porque verdaderamente nos desvanecíamos.

Era un tipo verdaderamente original, tieso, delgado, de una voz sumamente fina, parecia un espectro; y cuando preconizaba las excelencias del sistema del alcanfor, era magnífico; con su sistema habia visto enterrar á sus dos mujeres y algunos de sus hijos y, sin embargo, nada para él habia superior.

Aquel viaje que realicé fué de una extraordinaria novedad para mí y me sirvió no solo por lo que desarrolla el espíritu, sino también para mi salud, pues padecía de una ofstalmia que habia tomado carácter crónico, y que se me quitó con el mareo y el cambio de clima y de aire.

Nunca olvidaré la impresion que me hizo la entrada al Rio. Aquella espléndida cadena de montañas que primeramente se divisaban como nubes en el horizonte y despues se destacaban, conforme iba el buque acercándose, y las veíamos próximas, zurcando nuestra nave por medio de ellas, hacian un efecto pintoresco, pues recien aparecia el sol y eran iluminadas por sus rosados rayos.

En mi juvenil imaginacion aquella entrada se gravó de tal manera en mí que aun recuerdo el entusiasmo que me produjo. Jamás habia pensado en una cosa mas espléndida ni en nada que se le aproximase; así es que mis ojos miraban absortos aquel bello panorama, como algo de extraordinario, y que es efectivamente un verdadero portento de la naturaleza. Creemos que nada hay mas espléndido que la bahia del Rio, ni nada que se ofrezca mas magestuoso. Es verdaderamente admirable y no hay ningun viajero que no se sienta poseído de verdadero asombro ante tan grandioso panorama. No nos habiamos figurado nada mas bello ni mas grandioso, así es que ese recuerdo ha quedado indeleble en mi memoria.

El efecto que produce la ciudad circundada de montañas, en que se destaca el *Corcobado*, es sorprendente y delicioso; hablamos por el efecto artistico, pues aquellas montañas son un gran incon-

veniente para la libre circulacion del aire, y reuniéndose á ésto el clima, hace á aquella ciudad enfermiza y epidémica, habiendo sentido sus reales la fiebre amarilla entre esa poblacion desde muchos años sin que hayan podido librarse de ella.

Desembarcamos y nos fuimos á reunir con mi padre que nos esperaba ansioso por abrazarnos. Creía que venia toda su familia y habia arreglado la casa para nuestra recepcion; supo por mi hermano lo que habia sucedido durante su ausencia y se quedó sorprendido, como era natural, ante aquel abuso injustificado, que privaba á su familia de lo suyo, por un acto autoritario del Gobierno de Montevideo. Comprendiendo la situacion difícil que aquella medida le creaba en aquellos tiempos en que atravesaba el pais, en que no se pensaba mas que en la guerra; en que todo estaba arruinado, que se habian arrasado las estancias y los ganados servian para el consumo de los sitiadores y para negocio de alguno de los corifeos de Oribe, ó de caudillejos vulgares, escribió á don Félix Buxareo y á don Pablo Duplessis, que eran fuertes comerciantes de esta plaza como ya dije, para que pudiesen á disposicion de su señora todo el dinero que le tenian.

Con el sentimiento de no poder estrechar á su familia toda y verse reunido con ella, mi padre tuvo

una gran alegría al verme, y se deshizo en abrazos y mimos conmigo.

Recuerdo que ese mismo día fui con él y con mi hermano Julio á comer á casa de don Francisco Magariños que residía en Rio con la familia.

Era compadre de mi padre como he dicho ya, y se querian como dos excelentes amigos.

La estadia en Rio, me proporcionó impresiones muy diversas que aun conservo; favorables unas, adversas otras. Aquella naturaleza exuberante y lozana que posee aquella bella region, me encantaba y no es que fuese debido á las impresiones que son propias de los pocos años en que todo se engrandece, sino que es digna de admirarse en todo tiempo, pues aquella naturaleza siempre viva representa una eterna primavera.

El gobierno monárquico-constitucional que rige á ese pueblo, es el mas adecuado á su indole, y siempre lo he considerado así, á pesar de que existe un fuerte partido republicano y que sin duda con el tiempo llegue á imperar. (1) Bajo aquel gobierno, á cuyo frente está el Emperador don Pedro Segundo que es tan querido de sus conciudadanos, y que bien lo merece, pues es un monarca lleno de virtudes y de

(1) Esto habia sido escrito mucho tiempo antes de haberse realizado el cambio de forma de gobierno de aquel país, así es que han sido éstas proféticas palabras.

excelentes cualidades, para gobernar con templanza y sabiduría; existe una suma tolerancia y aun mas libertad que en algunas Repúblicas, y aquel Imperio que como dijo un poeta representa: «una planta exótica plantada en estraño suelo» no hay duda que debido á su institucion, ha llegado á engrandecerse y ha conservado su preponderancia militar y politica entre otros estados.

Su parte vulnerable, odiosa en extremo, era la esclavatura de los negros, que llegó á ser intolerable.

Recuerdo haber visto por las calles á desgraciados que iban con una máscara de lata, sin mas abertura que la de los ojos y narices, y cerrada por un candado en la parte posterior; estos eran castigos destinados á los que se embriagaban. A otros con un fierro sujeto á un corbatin tambien de lo mismo, y que les sobresalia bastante, para que no pudiesen huirse y ganar las selvas.

¡Cuántas torturas y castigos brutales no les daban á esos infelices, como aquellos ó peores!

Aun me acuerdo haber visto azotar por su amo á un pobre negro atado á un poste, á los fondos de la casa en que viviamos, tarde á tarde, porque decia que le ocultaba el dinero de las changas que habia hecho en la ciudad durante el dia.

Aquello daba compasion y rabia; compasion por

la víctima, rabia contra el verdugo. Salía mi padre y mi hermano muchas veces en defensa del negro; pero inútilmente, pues aquel desnaturalizado continuaba atormentando y castigándolo y no hacia ningún caso á lo que se le decía.

Recurrimos á una estratagema, pues los gritos de aquel desgraciado nos desgarraban el alma, cuando estaba castigando á aquel esclavo, y fué el de tirarle algunas veces con naranjas, pues sabemos la abundancia que hay de esa fruta allí, y sin que nos viese, conseguimos que aquel bárbaro espectáculo de castigar aquel desgraciado, disminuyese y que no lo hiciera ante nuestros propios ojos.

Los señores Romaguera á quien mi padre había sido recomendado por la casa de Buxareo, nos proporcionaron toda clase de atenciones.

Nos hicieron ocupar una casa con quinta, en San Cristóbal, cerca del palacio del Emperador, y allí pasamos el verano. Es un lugar pintoresco y sano; de allí como de todas partes de Rio, ofrecíanse á la vista paisajes magníficos.

Si no fuera el calor excesivo que hay seria aquel pais un lugar excelente; pero se hace insoportable, y sino fuera por las brisas que de tarde vienen á refrescar el aire, y las lluvias torrenciales que suelen caer de vez en cuando que morigeran aquel calor, se asfixiarían sus habitantes.

La cantidad enorme de insectos y arañas que existen bajo aquel clima, lo hacen tambien intolerable. Hay un insecto que se introduce en los piés y en las piernas, y que si no se saca, se reproduce de una manera extraordinaria y despues se hace imposible casi extinguirlo; los negros son muy hábiles para sacarlos y con un alfiler simplemente lo hacen.

Pero lo que mas incomoda son los mosquitos que por nubes nos asaltan no pudiendo dormir sino con mosqueteros.

Hay otro insecto que ataca la madera de las casas, reduciéndolas en poco tiempo á aserrin y es muy frecuente que se vengan los techos abajo cuando menos se piensa y aplaste á los que viven en ellas.

Frente á nosotros existia un palacete de uno de los magnates de la Corte que tenia pocos años de construido y que se derrumbó una noche; felizmente no habia nadie en él, asi es que no hubo desgracia alguna que lamentar.

Aquel pueblo está lleno de iglesias y de conventos y congregaciones religiosas. No hay dia de la semana que no hubiese alguna funcion y alguna procesion. Recordamos la de San Jorge entre otras, en que llevan al santo en un caballo aderezado con todo lujo, y que un magnate ó bien el monarca,

acompañaba llevando la brida del corcel, como un acto de celo religioso.

Al ver tantos Templos parece que existiera fanatismo en el pueblo, pero creemos que es lo inverso; pues generalmente sucede que en donde ellos abundan, es donde existe menos culto por la religion, como en Roma por ejemplo.

Nuestra casa era muy visitada por los Orientales residentes en Rio; entre ellos recordamos el presbítero don Santiago Estrázulas, don Cárlos Navia, don Francisco Magariños, doctor Andrés Lamas.

Recuerdo un incidente que pudo costarme tal vez la vida, con motivo de ir á pagar mi padre una visita á don Andrés Lamas. Lo acompañé en carruaje, y me quedé dormido profundamente en él, á su espera. El cochero se habia bajado del pescante y los caballos asustáronse y se pusieron en rápida carrera, sin direccion, hasta que despues de haber recorrido una larga estension, fueron detenidos. Recordado, se me preguntó si habia sufrido algo, y querian prodigarme cuidados. Yo no me daba cuenta de nada y entónces les dije que habia ido de visita con mi padre á casa del señor Lamas, Ministro Oriental en Rio y que me habia quedado en el carruaje en su espera y que me habia dormido. Eso fué lo que me salvó, pues tal vez despierto me hubiera arrojado del coche y me habria lastimado ó muerto. El co-

chero llegó poco despues y me condujo hasta donde estaba mi padre, que nada sabia de lo que habia pasado.

Estando en Rio, supimos que habia tenido lugar un fuerte cambio de palabras, entre don Cárlos Navia y el General Pacheco y Obes que habia ido en comision cerca del gobierno imperial, y que de las palabras se fueron á los hechos, habiendo sido herido Navia con un puñal por Pacheco que se vió en el caso de usar habiendo sido vencido en fuerzas por el primero, pues era un hombre corpulento y Pacheco era estremadamente delgado. Felizmente la herida no revestia gravedad alguna y á los pocos dias estuvo curado.

Debo hablar del aspecto y condiciones de la ciudad de entonces. La ciudad vieja con sus calles estrechas y mal delineadas, eran sucias y poca ó ninguna policia higiénica se conocia en ellas. Pocos edificios se ostentaban que llamaran la atencion; el palacio del Emperador con sus arcos sumamente bajos; el Parlamento, la Cámara de Comercio, la Longa, el Teatro de San Pedro de Alcántara y algunos que otros edificios públicos y particulares, no llamaban mucho la atencion por su arquitectura.

No gustan de una vana ostentacion como nosotros, que nos agrada en general, aparecer mas de

lo que debemos y vivir en excelentes moradas y algunas veces gastando mas de lo que podemos.

No tienen tampoco la animacion ni el espiritu progresista que existe entre nosotros. Tienen un espiritu rutinario que retarda su desarrollo moral y material. La esclavatura, esa ignominia que pesaba sobre aquel país, y que ha alcanzado hasta nuestros dias, es lo que mas importancia ha tenido para retardar su desarrollo. (1)

Los negros que como bestias de carga, hacian todos los trabajos, poco podian adelantar y se comprende por esto, cómo un país tan rico en producciones, no haya prosperado mas en proporcion á sus riquezas.

Algunas calles ostentan verdadero lujo como la de *Ouvidor* y la de los *Ouvides*; en la primera es en donde se reune mas gente y era el paseo de moda.

El *jardin botánico* que era el único paseo que existia entonces, nada tenia que llamase la atencion, y solo una larga calle de palmeras corpulentas y magestuosas; por lo demás, es pobre Rio en sitios públicos; es verdad que la naturaleza les ha prodigado de lugares pintorescos, donde poder re-

(1) Felizmente para la humanidad ha cesado esa ignominia verdadera en aquel pueblo, habiendo antecedido al cambio de la monarquía la república.

crearse como *Botafogo*, *Petrópolis* y otros puntos en las cercanías de la ciudad.

En cuanto á teatros solo tenían dos que eran *San Pedro de Alcántara* y *San Enero* que nada de particular tenían que mencionar.

Sobre este último debo recordar un percance que nos pasó. Habiendo ido de San Cristóbal á una función que daban de tarde, pues acostumbraban á dar dos representaciones seguidas y con poco tiempo de intervalo; una para los dependientes, de tarde, pues que era costumbre entonces, que se recogieran temprano, lo mismo que les estaba prohibido andar de levita, sino de chaqueta; y otra á la noche para la gente desocupada ó que vivía de rentas; tuvimos que quedarnos á la segunda representación, pues había empezado á llover torrencialmente y no había carruaje alguno desocupado.

Eran las doce de la noche cuando concluía la segunda función que recuerdo era la representación de la *Degollación de los Inocentes*, y el agua que caía era un diluvio verdadero. Inútilmente pensamos en un carruaje que nos trasportara á casa, pues todos iban ocupados. No tuvimos mas remedio que echarnos á andar por las veredas que estaban como las calles inundadas de agua, y hechos verdadera sopa, logramos entrar en un hotel, el primero que se nos ofreció, de mala muerte, en que ni aun nos acosta-

mos, y esperamos el día sentados, pues aquellas camas no ofrecían un aspecto muy limpio.

Una de las cosas más curiosas que nos llamó la atención fué el modo que se tenía de aprehender á los ladrones en aquella ciudad. Cuando había alguno que había sido apercebido de robo salía á fuera el que lo había visto, y gritaba *Pega ao ladraon* y de todas partes corría la gente para darle caza y tirábanele, si lo veían, con lo primero que tenían á la mano.

De esa manera pocas veces se escapaba, y una vez preso lo entregaban á la autoridad. La calle se llenaba de gente y no dejaba de tener su peligro esta manera de cazar ladrones porque se lo llevaban á uno por delante y no era difícil que alguno le diese algún golpe. Recuerdo que con mi padre nos hallamos en ese conflicto, yendo de paseo, y no tuvimos más remedio que entrar en un zaguan para librar-nos de aquella avalancha.

Las veces que solía salir al balcón tomando mate, les causaba á los que pasaban una gran novedad y manifestaban su sorpresa, diciéndome:

« *Ora isto: Mira ao menino, pipando* ».

pues aunque hacían uso de la yerba la tomaban en tazas como té ó en infusión y no en mate, y así es que extrañaban verme sorbiendo de un mate y creían que fumaba.

Los señores Ronaguera, que eran, como ya he dicho, unos de los mas fuertes comerciantes de la plaza, no sabian qué hacer con nosotros y nos prodigaban todas sus atenciones; eran extremadamente accesibles á la amistad y con todos sus recomendados eran lo mismo.

Tanto querian agasajar que no habia uno de sus recomendados que no invitaran con insistencia á comer y resultaba que á veces eran tantos á la mesa, que algunos se quedaban como el convidado de piedra, pues no alcanzaba la comida para todos.

Mi padre eludió despues de ver ésto el aceptar sus invitaciones, pero tanto le rogaban que tenia que quedarse contra su voluntad, y aquellas buenas gentes no comprendían sin duda el papel ridiculo que hacian.

Despues de estar siete meses y medio en Rio, mi padre resolvió volver á Montevideo á reunirse con su familia.

Nos embarcamos en el paquete *Spider* y tuvimos quince dias de navegacion, pues nos tomó un fuerte temporal que por poco nos hace naufragar. En medio de él, una noche, recuerdo que di la voz de alarma á mi padre, pues descuidadamente habian dejado la ventanilla del camarote abierta y por ella se introducía el agua, llegando hasta mojarme y en medio de la obscuridad, todo asustado,

como no podía ser por menos, recordé á mi padre diciéndole que estábamos anegados. Éste llamó al mozo que trayendo luz vió la causa de mi alarma y cerrando la ventanilla, nos hizo pasar á otro camarote, pues el nuestro estaba inundado de agua.

El 15 de Agosto de 1848, llegamos al anoecer al puerto de Montevideo. Nuestro pariente Valez Pereira vino en un bote á buscarnos á bordo y desembarcamos. Mi madre, Feliza y hermanos con algunos amigos íntimos de mi padre, como don Félix Buxareo y don Jaime Cibils, nos esperaban ansiosos por vernos y estrecharnos entre sus brazos.

No hay nada mas dulce cielo que el de la patria; aunque se pase bien en otros países, nunca dejamos de recordar el lugar en donde sentimos nuestras primeras impresiones, donde nacimos y donde nos creamos, y donde aprendimos á adorar al Ser Supremo, á respetar á nuestros padres, y á nuestros semejantes; donde tuvimos las primeras nociones de moral cristiana; donde aprendimos la humanidad con todos los seres que pueblan la tierra, y aunque fuese nuestra vivienda un viejo terrusco, siempre lo recordáramos con alegría, y no lo cambiaríamos por el mas opulento palacio en país extraño. Y si nuestro país es desgraciado, como lo era entonces, y lo habia sido antes y lo fué despues, mas cariño se le tiene, por lo mismo que ha sido y es desventurado.

Así es que sufrimos mas con sus desgracias y nos estrechamos mas y mas con sus infortunios y desastres.

Y aunque ese cielo no luzca para todos igual, pues hay oprimidos y opresores siempre, en la lucha constante de los partidos, que la intolerancia impone y la debilidad acepta, siempre es dulce el tierno regazo de la madre patria.

¡Cuán desgraciado no era nuestro país en aquellos momentos!

Llegamos aun en pleno sitio, pues aun habíamos de soportar tan cruda prueba tres años mas.

Mi padre vivió retirado de la escena política despues de ese tiempo.

La ciudad de Montevideo á pesar del sitio y pasando como pasaba momentos bien amargos, no por eso dejaba de tener animacion. Habia bailes mensuales, tertulias casi todas las noches en las casas de familias, y el antiguo teatro de San Felipe, siempre tuvo abiertas sus puertas á diferentes compañías, hasta de ópera italiana y francesa. Recordamos á la Ida Elvira que con Tati, un tenor que aunque algo gastado, conservaba una voz suavemente dulce, trabajó durante mucho tiempo en aquel viejo coliseo, y cuyo repertorio era inagotable. Tambien á una compañía de opereta francesa donde habia una Mademoiselle Anita, que tenia excelente

escuela y un timbre de voz sumamente agradable, acompañada de un buen tenor y un excelente barítono. En la *Dame Blanche*, y le *Dominó Noir*, y en otras partituras, sobresalía con notable mérito. Hemos oído después muy buenos cantantes pero mejor compañía que aquella ninguna.

Había pues en qué solazarse y entretenerse no obstante aquella situación, y el espíritu de sociabilidad no se había extinguido á pesar de la rudeza de la guerra.

Había también la compañía de Winter, famoso en los juegos de la cuerda y que nos entretuvo durante mucho tiempo.

Entramos en estos pormenores para dar á conocer que había en qué distraerse á pesar de la época aciaga que pasaba la ciudad manteniendo un sitio de tanto tiempo, y que no era todo guerrear, pues había tiempo en qué distraerse. Es que ya parecía haberse aclimatado el pueblo á aquel estado anormal, tanto los de afuera como los de adentro, y se habían resignado á aquella situación, tratando de hacerla mas llevadera y menos penosa.

Por lo demás todo era en aquel tiempo barato; y sino había abundancia no había escasez.

Los paseos eran la quinta de las Albahacas y el jardín de Pitaluga, donde iban todos después de misa de una, ó bien por la calle del 18 de Julio,

hasta llegar á la linea que estaba por el Cementerio Inglés.

Los cafés no escaseaban donde se reunia la gente; el de la *Alianza* el de la *Agua sucia* y otros. Recordamos el de las Artes, que estaba en la calle del 18 de Julio, donde existian una gran cantidad de cuadros de la revolucion francesa, y una cabeza de cera de uno de los legionarios que habia sido degollado por los enemigos, y que la tenian en un cajon con cristales y con una cortina que la tapaba, que impresionaba al verla, pues estaban verdaderamente impresas las señales del sufrimiento y del dolor en aquel rostro de cera.

El café antiguo de San Juan cuyo dueño se llamaba el tuerto Adrian, famoso por el chocolate que servia en él y que se hacia en unas enormes tazas, con tostadas, con manteca y canela, en cuyo café se reunia la flor y nata de los vecinos de la ciudad.

Allí fué donde se suicidó el comerciante Noble con una escopeta de cazar, por no haber podido sobrellevar el mal estado de sus negocios. Era una persona muy querida del comercio y muy considerado de sus amigos por sus prendas personales y quienes lo conocieron decian que llevaba bien puesto su nombre.

Cuando conoci el café ya no existia Adrian, pero le habia quedado la fama, al parecer, y aun se ser-

via abundantemente chocolate y café en él por un precio ínfimo.

Hasta ahora existe el sitio donde estaba instalado que es en una casa vieja de tejas, muy baja, en la calle Ituzaingo, entre las de Cerrito y Veinte y cinco, y en que ahora hay un tambo.

La confitería Oriental, la de Buero y la de Montebruno y otras eran muy concurridas. La primera no tenía rival por sus confituras y la traslación de local de una cuadra á otra, y su nueva instalación que es aun hoy donde existe, fué origen de una fiesta.

Peluquerías había la de Pablo Casenave, la de un hermano suyo al lado, en la calle de 25 de Mayo, y en la cuadra siguiente la del Heleotropo, llamada así porque tenía al entrar una planta de esas á su entrada. La casa de Maricot era muy abastecida de artículos de Francia; Madame Domergue, era la casa de modas mejor surtida, la sastrería de Labate y la zapatería Lacolley eran donde se vestían y calzaban los elegantes.

El paseo de los muelles y del recinto, eran los que de mañana y tarde hacia la población, y parecía una verdadera romería.

De paso se encontraban las personas conocidas y se paraban para saludarse, y dar y recibir las noticias que había sobre tal ó cual suceso, ó sobre las probabilidades de terminarse la guerra.

Así es que si la ciudad no presentaba un aspecto alhagüeno por su estado, no por eso dejaba de tener alguna animación, y la entrada de buques del cabotaje y otros de ultramar eran un continuo entretenimiento para las gentes. El ganado que se rozaba por parte de los sitiadores á los sitiados, era un negocio para Entre-Ríos, pues venía de allí, y era otro pasatiempo ver desembarcarlos y llevarlos á los corrales.

Recordamos las formaciones que solían hacer las fuerzas de la guarnición; Thibaut al frente de la legión francesa; que casi no podía el caballo que montaba con su persona, pues era extremadamente grueso, la legión italiana á cuyo frente estaba Garibaldi y Anzani; los Guardias nacionales, el cuerpo de argentinos, los dragones, los batallones de negros, los cívicos, el cuerpo de estramuros los rebajados, etc., etc.

Aquel Ejército heterogéneo, compuesto de elementos tan diversos, tenía fisonomía propia, como todo lo de aquella época. Había en los días patrios, funciones, Tedeum y se adornaba la plaza de la Constitución con cuatro ó cinco transparentes, y algunos farolillos con velas de cebo adentro; rompe cabezas y palos enjabonados.

Algunos fuegos de artificio que se quemaban á las ocho terminaba el espectáculo.

Los sábados santos no había pulpero de algún posible que no encabezase y que no hiciese por suscripción algún judas, que llamaba gente, y que se quemaba, siendo éste otro entretenimiento de aquellos tiempos.

Las funciones de iglesia no escaseaban; casi todas las semanas las había; recordamos la de nuestra señora del Huerto que fué famosa, costeadada por los italianos en la Iglesia Matriz.

También había procesiones en pocos intervalos, recordamos de una que pasando por la casa en la que vivía don Samuel Laffone, y en que iban todas las niñas y niños de las escuelas, hubo un alboroto tan grande que hubieron desgracias por atropellos, á causa de que al pasar por su casa, que era en la calle del Sarandí, donde hoy existe el depósito y escritorio de las aguas corrientes, de los balcones y de la azotea, empezaron á tirar biblias y á dar algunos gritos. Esto fué lo bastante para producir tal barullo que nadie se entendía y en remolinos la gente se precipitaba sin saber la mayor parte por qué. Los padres buscaban á sus hijos; éstos á aquéllos, todos asustados; los niños gritaban; en fin era aquello un verdadero laberinto que pudo tener funestos resultados. Muchos de los santos que iban en andas fueron bolcados y la gente se entraba á las casas ó se subían á las rejas, lo que hace ver lo que puede el

miedo cuando se apodera de nuestros ánimos, pues no había mayor razón para aquel conflicto.

Mis hermanos y yo íbamos entre las congregaciones, pero felizmente fuimos atendidos con tiempo, así es que no sufrimos nada sino el susto consiguiente y llegamos á casa con algunas personas que nos acompañaron sanos y salvos.

Fué una verdadera imprudencia por parte de Laffone, que era protestante, el de haber esperado aquel momento para hacer circular biblias, arrojándolas desde los balcones de su casa y ver si hacía prosélitos.

Entre nuestras primeras impresiones, recordamos un temblor de tierra que tuvo lugar por aquel tiempo como á las siete y media de la noche y que puso en confusión y espanto á toda la población.

La tierra osciló y toda la gente azorada y sin darse bien cuenta de lo que pasaba, se lanzaba á la calle, á la plaza y muelles.

No había precedente alguno de que hubiera tenido lugar antes jamás ningun terremoto, así es que sorprendió á todos aquella novedad. Felizmente fué de pocos instantes y no hubo ninguna desgracia que lamentar, pero quedó por mucho tiempo el susto y su recuerdo, y á cada momento se creía verlo repetir y las personas timoratas vivían en continua alarma.

Cuando Montevideo era tan desgraciado con la calamidad de la guerra, aquel temblor de tierra, parecia un triste presagio de mayor infortunio, y como siempre á las cosas sobrenaturales hay espíritus mediocres que les atribuyen ser castigo de Dios, no faltaron fanáticos que creyeran que era aquello una amenaza del cielo por estar en guerra, y tal vez esperaban que lloviese fuego como en Górra y Sodoma.

En los púlpitos era donde mas se preconizaba esto y habia buenas y sencillas gente que lo creían firmemente.

Recordamos que con motivo de haber sido nombrado el presbítero Fernandez Provisor General, el Presidente Suarez y algunos de sus Ministros fueron á saludarlo y algunas otras personas, entre los que se hallaba nuestro popular poeta Figueroa y habiendo pronunciado un brindis en latin Lazota, improvisó lo siguiente:

Un brindis pronunció Lazota
Cosa del Diablo,
Melilla, entendió un bocablo
Pero los demás, ni una jota;
Y á no haber macitas
Con qué hacer diente,
Todos, hasta el Presidente
Se quedaban en ayunas.

Melilla, era Coronel y Edecán del Presidente.

Era Figueroa uno de esos raros ingenios que no solamente en las improvisaciones era feliz, sino que como poeta debe colocarse en primera línea. Poeta satírico, epigramático, sagrado, lírico, en casi todos los géneros sobresale. Nuestro himno Nacional fué inspiración suya; y es autor de infinitas composiciones que le han asegurado la inmortalidad.

El *Stabat Mater*, el *Dies Irae* para nosotros, son sus obras serias mejores. Pero donde verdaderamente sobresale es en el género epigramático, en el que no tiene rival y lo hace aparecer como el primero en ese género en América, teniendo mucho de Quevedo, tanto es que se le ha llamado el Quevedo Oriental; pero sabiendo más que aquél realizar sus pensamientos con el decoro del lenguaje.

Era Figueroa de estatura mediana, algo delgado, cara ovalada, muy corto de vista y usaba siempre gafas; era sumamente afónico, pues se había quedado sin voz con motivo de una fuerte bronquitis, tanto que era preciso acercarse mucho para entenderlo, y cuando pronunciaba alguna improvisación en las reuniones, pues tanto oficiales como particulares era indispensable que estuviese, tenía que valerse de alguna persona que repitiese lo que le decía.

Sus *toraidas* son célebres y recordamos aquella que empieza.

« Si quieres agua lograr
« No hay que recurrir á San Roque
« Sino de los toros el toque
« Has de oír resonar.»

.....

Era un entusiasta amigo de las corridas de toros, y tuvo feliz inspiración en esas composiciones.

De fácil concepción, de todo sacaba partido para improvisar y lo hacía con tanto acierto y felicidad que sorprendía.

Sus acrósticos son de mérito no escaso, aunque no fuera el género en que más haya sobresalido.

Su número no lo abandonó hasta su muerte, pues ya anciano todavía improvisaba, lo que hace ver que era verdaderamente poeta, y poeta popular que ha cantado en todos los géneros; ha cantado las glorias y desastres de la Patria, como también á motivos los más variados, que reflejan todo el poder de su número.

Hablando de Figueroa, cómo no recordar también á Mármol, emigrado de Buenos Aires; y que en el sitio, lanzaba en magníficos versos su anatema contra el tirano Rosas; á Gutierrez, á Rivera Indarte publicista y poeta; á Alberdi, Mitre y otros más, que asilados en Montevideo prestaban su

concurso al sitio y brotaban de sus númenes, las inspiraciones mas felices.

Mármol que en uno de sus cantos profetizaba á aquel tirano,

« Que ni el polvo de sus huesos
La América tendrá. »

era un verdadero génio y tal vez el mas grande poeta del Plata.

Sus cantos *el Peregrino* son soberbios y tienen una elevadísima inspiracion.

La *Amalia*, novela escrita por él, es una de sus mejores obras; están descritos sucesos y retratados los personajes que figuran en ella con mano maestra.

Esta novela fué traducida literalmente al francés por Gustavo Aimard, célebre novelista y le puso su nombre. Un argentino, talvez poco versado en las letras de su país, la tradujo del francés al español sin darse cuenta de que habia sido un compatriota quien la habia escrito.

Conoci íntimamente á Mármol, pues fué casado en primeras nupcias con una prima hermana; era un hombre atrayente; su figura era simpática, y su cabeza que se podia denominar olímpica, se destacaba de su cuello llevándola siempre elevada; era bajo de estatura y algo grueso; su trato era lo mas

ameno y mantenía en donde estuviere el interés de la conversación, fuese con amigos ó en cualquier centro social.

Don Estevan Echeverría otro de los más brillantes genios poéticos de la República Argentina dentro de aquellos muros de la ciudad sitiada hacia vibrar su sonora lira y brotaban fáciles, armoniosos sus inspirados versos.

Su *Cautiva* es una composición verdaderamente de gran mérito; encierra paisajes seductores; y sus versos galanos, floridos, encantan y fascinan al que los lea.

Pocos poetas han tenido un caudal de conocimientos literarios más extenso que Echeverría, y su número era fecundo en felices concepciones.

No hay más que abrir sus obras poéticas y leer sus composiciones para darse cuenta de su importancia: pero no solo en verso sobresalía sino que tenía profundos conocimientos generales en todo; no hay más que leer, para cerciorarse de ello, su «Dogma socialista de la Revolución de Mayo»; que es un estudio completo de lo que aquel gran acontecimiento significaba y de sus ideas políticas.

Los *Consuelos* y las *Rimas* no morirán jamás pues encierran como dice Gutierrez escenas de nuestra naturaleza y de nuestras costumbres traídas á la admiración urbana y culta por la pluma mágica del bardo Argentino.

Los extranjeros mismos, añade, que han estudiado y comprendido la *Cautiva*, la consideran como un cuadro maestro, cuyas perspectivas dan la mas cabal idea de la adusta inmensidad de la Pampa y cuyos pormenores viven y hablan con una verdad que sorprende.

Este juicio forma don Juan M. Gutierrez de sus obras.

Y cómo no hablar de Rivera Indarte infatigable escritor que fustigaba de todas maneras á Rosas y le enrostraba de continuo sus crímenes en aquellas famosas «Tablas de sangre», que aparecian dia á dia en el periódico que redactaba, y cuyos formidables artículos eran como arietes que abrían ancha brecha á sus enemigos.

Tenia todas las condiciones de un espíritu poseído por la pasión de la causa que sostenía, era mas que un escritor, era un fanático cuyo delirio no alcanzaba medio para lograr su objeto; así es que consideraba medio legal y proponía que era una *cosa santa matar á Rosas*.

Era un escritor de fuga Indarte, y reunía condiciones escepcionales de poeta también; recordamos algunas de sus composiciones que revelan gran maestría y número, entre ellas su bello soneto á Judas Iscariote en que lo hace aparecer en el extertor de la agonía cuando se ahorca con el dinero

con que vendió á su maestro, estampando el demonio en sus labios.

«El mismo beso que á Cristo diera».

Fué en aquel tiempo Montevideo una verdadera Atenas pues se encontraban en su seno los mas preclaros ingenios de la República hermana, y habian fiestas literarias continuas en casi todos los aniversarios patrios, lo que estimulaba á todos.

De allí, al lado de las imprecaciones contra el tirano sangriento que dominaba la Patria Argentina, hasta las delirantes composiciones á la Patria amada, templaban su lira en versos dulces, inspirados el armonioso Mármol, el dulce Gutierrez y el sublime Echeverria; á la par de nuestros vates, Berro, Figueroa, dejando impresas sublimes creaciones que se recuerdan eternamente, tanto en verso como en prosa.

Pocas veces se han visto reunidos tanto caudal de luces y de inspiracion como dentro de aquellos muros y en aquellos tiempos habia allí, representados por tantos preclaros ingenios.

Y cómo dejar de hablar de nuestro inmortal Adolfo Berro, arrancado de la existencia en tan temprana edad, que debe ocupar el lugar más distinguido entre nuestros vates, y que murió á princi-

pios del sitio. ¿Quién no sabe de memoria sus versos? ¿quién no lo ha leído? ¿quién no recuerda la *Ramera*, *El esclavo*, *El azahar*, *La expósita*, *El mendigo*, *La muerte*, etc., y tantas otras composiciones que no sabemos con cual quedarnos y cual es mejor, pues todas son inmejorables. En la *Ramera* hay versos magníficos como aquellos:

Imagen de los seres que la mente
Del poeta adormido ve en la esfera
¿Quién eres dí, mujer resplandeciente?
¿Un Angel? no, ¡gran Dios! una ramera.

¡Ramera! nombre execrado
Que nacido en la torpeza
Es baldon de la belleza
Que lo lleva por su mal.

Nombre de alhago y misterio
De perdicion y ventura
Que muere en la desventura
Como el arjista en el mar.

.....

En el *Azahar* los hay también sublimes como en estas estrofas:

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo
Para imagen en el suelo
Del contento mundanal

.....

Cuántas veces mis temores
 Flor querida disipaste,
 Cuántas veces mitigastes
 De mi amada la esquivez !

Hoy de nuevo la esperanza
 En tí el alma deposita,
 ¡ La esperanza ! que marchita
 Veré luego con la flor.

* * * * *

No tratamos de hacer un estudio de este poeta, pero son tan bellas sus composiciones; las conocemos tanto que sus versos se nos vienen á la memoria cuando hemos hablado de él. Berro es un gran poeta; pues todas sus composiciones tienen un fin moral, que es el verdadero objeto de la poesia y en lo que se reconoce el verdadero poeta.

Sintiendo la cercana muerte que despiadadamente iba á tronchar el hilo de su existencia, componia estas bellas estrofas que no podemos dejar de admirar :

En vano, cruda muerte,
 En mí tu zaña apuras
 Si están mis manos puras
 ¿ Qué mal podré temer ?

La llama que á mi mente
 Dió un día el alto cielo
 No esperes en el suelo
 Tirana obscurecer.

El presago sonido
Que exales de tu boca
Espante al que proboca
La lid de maldicion.

Espante al que su patria
Sugeta á vil coyunda
Y en crímenes se inunda
De atroz recordacion.

Espante al que seduce
La cándida belleza
Y en llanto é impureza
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano
Conduce al cautiverio
Ó lleva el adulterio
Al lecho del amor

Si yo de paz proclamo
Las leyes á porfia,
Si odio la tirania
Y al hombre desleal;

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura:
Si en mí la desventura
Consuelo halle vital;

¿Por qué, sangrienta muerte
Tu zaña me persigue?
¿El que inocente vive
Qué mal podrá temer?

También Juan C. Gomez en aquel tiempo se daba á conocer como poeta. Su bella composicion *A la libertad* es bien conocida. Tiene verdadera inspiracion, y versos que se quedan grabados por lo hermosos en la mente de quien los ha leído, como los siguientes:

En las ardientes horas de juventud temprana
Mi mente entusiasmada soñó la libertad,
Envuelta en mis delirios espero la mañana,
Que dé lumbre al mundo de eterna claridad.

Acaso nunca, nunca tan suspirado día,
Veré yo, pobre niño, sobre mi sien lucir;
Acaso, nunca, nunca la pobre patria mía,
Los sueños realizados veré del porvenir!

¿Será que las pasiones en perdurable lucha
Sus bellas esperanzas en flor agostarán?
¿El ser Omnipotente mis súplicas no escucha
O manda fecundante rodar el huracán?

El giro seguí siempre, de su carrera inquieta,
Buscándote en los pueblos, querida libertad
Y atravesando siglos, la mente del poeta
Rasgó de lo pasado, la densa obscuridad.

La mano de Dios mismo la colocó en las Leyes,
Dictadas en la cumbre del alto Sináí,
Mas, cuando en vez de jueces, el pueblo pide reyes
En vano, yo te busco; tu ya no estás allí.

.....

Yo sé que vendrá un día para la patria mía
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad,
Lo espero, sí, lo espero; yo sé que vendrá un día
Que alumbré todo el mundo de eterna claridad.

.....

Juan C. Gomez fué además uno de los escritores mas distinguidos y que por sus dotes excepcionales es tal vez uno de los primeros publicistas del Rio de la Plata.

Poscía el encanto del estilo; era apasionado cuando escribía, y sus razones y argumentos eran irresistibles y no tenían réplica.

Lástima fué que tan gran escritor no se inspirase mejor en los ideales de su composición *A la libertad*, para su Patria, y que el desencanto lo hubiera dominado completamente antes de tiempo, aun en buena edad, resignándose á vivir y á morir en el ostracismo, fuera de su país, y sin tomar parte activa en la cosa pública; ni en sus infortunios ni desgracias, pues como madre cariñosa lo hubiera recibido su Patria como á un hijo predilecto.

También empezaba á darse á conocer en aquel tiempo Alejandro Magariños Cervantes, y sus primeras composiciones revelan un verdadero poeta.

En poco tiempo ocupó un puesto distinguido en el campo florido de la poesía, y habiendo sido enviado á España á continuar sus estudios, se puso en con-

tacto con los primeros literatos é ilustraciones de la península, dándose á conocer muy en breve por sus dotes intelectuales.

Ventura de la Vega, que habia nacido en Buenos Aires figuraba entonces como uno de los mejores poetas en España y fué uno de los mejores compañeros y amigo de Magariños y colaboró con él, segun creemos, en algunas de sus obras.

Pronto, como decimos, se dió á conocer como escritor y literato en España, y sus obras nos dan la prueba de la fecundidad de su inteligencia. Desgraciadamente escribia muy de prisa; muchas de sus obras que aparecieron entonces demuestran precipitacion á pesar del mérito que tienen.

Tiene algunas composiciones que se debe decir, son de un verdadero poeta; pues se encuentra en ellas, toda la inspiracion del bardo verdadero. Su *Celiar*, á pesar de tener otras composiciones de tanto ó de mayor mérito, es uno de sus mejores trabajos poéticos. Lástima que no hubiera seguido ese camino y nos hubiera dado obras como aquella; inspirándose en las costumbres de su pais ó bien empleando su númen, en cantar las glorias y desastres de la madre patria, pues no solo es poeta, sino que está versado en la literatura y posée conocimientos generales.

No sé si será porque lo lei cuando era muy niño aun, ó porque hay verdadero interés y mérito en la

descripcion de nuestra campaña, y en la pintura de los españoles y los hijos del país, ó porque encierra un drama de interés, lo cierto es que *Celiar* me ha quedado grabado y sus hermosos versos siempre me deleitan.

Caramurú es tambien una de sus obras que lo honran entre otras que han salido de su pluma.

Es de sentirse que poetas de su talla no se hayan ejercitado en la epopeya y nos hayan dejado entre sus buenas y excelentes poesías, algo que conmemorase nuestra historia, que tanto interés tiene y, tanto drama, ofrece y hay mucha tela para cantar sus hechos á los grandes protagonistas de nuestra revolucion.

Entre los recuerdos de mis primeros años nunca olvidaré la fascinacion que me producía todo aquello que sobresalia intelectualmente.

Era para mí objeto mas que de mera curiosidad; era señalado interés el que tenía por ver y conocer á los que sobresalian de cualquier manera en las letras, ó en otras carreras y no descansaba hasta llenar mis deseos.

Buscaba manera de poderlos encontrar en cualquier parte, y los esperaba en la calle y aun los seguía silencioso, estudiando su figura, su modo y hasta sus menores acciones.

Me parecian seres sobrenaturales que no debían

parecerse al resto de los mortales; que debian tener otros gustos, otras ideas y vivir en otro mundo; mundo lleno de ilusiones y de espléndidas creaciones.

¡Qué dicha el ser poeta! me decia siempre; poder expresar sus pensamientos en cadenciosos versos; imprimir al que los léa, sus dulces sensaciones, todos sus arrebatadores ensueños; hacer cantar, llorar, reir, y admirar, cuando el poder de su nùmen lo desea, era para mí y lo es siempre, algo de maravilloso, algo que debe tener conexi3n con la divinidad.

Y verdaderamente son seres privilegiados, que aparecen para honrar la humanidad con los destellos y los resplandores del genio; que tienen el privilegio de hacernos conmover, arrebatarnos nuestras pasiones, segun lo quieran y su inspiraci3n lo desee; así no es estraño que en la antigüedad los creyeran semi dioses y de origen divino.

¡Cuán edificante nó era para estos pueblos en aquel estado anormal, ver tantas inteligencias reunidas; tantos espíritus superiores, no solo en las letras, sino en la política y milicia!

Pocas veces se ha visto como en aquel tiempo tanto caudal de luces; tantos hombres eminentes que se habian agrupado bajo la misma creencia y armonizaban con las mismas ideas: así es que siempre lo recordaremos, con verdadero entusiasmo.

En los tristes y desconsoladores días de lucha, y lucha cruenta, tenaz y despiadada, en que se veían envueltos estos pueblos, se espacia el alma herida por tanto infortunio, contemplando las desgracias de la patria, con aquellas inteligencias que se habían reunido entre los muros de la ciudad sitiada.

Brotaban inteligencias y hombres de valeroso empuje, en medio de aquel caos de desencadenada borrasca, de muerte y desolación.

Estos pueblos fecundos en fuerzas vitales siempre han tenido hombres superiores desde la revolución del año diez.

Entre los concurrentes que visitaban á mi padre habia uno que no podré olvidar entre tantos que recuerdo.

Éste era don José M. Magariños, padre de Alejandro, de quien he hablado, que cada vez que habia algun acontecimiento público era infalible que viniese á nuestra casa. Era sumamente apasionado en política, y se espresaba con tanta vehemencia que ponía á todos en movimiento. Era sumamente ocurrente y tenia momentos felices con sus concepciones. Recuerdo que viniendo acompañado del General Flores á la quinta nuestra á pedir á mi padre aceptase las riendas del Gobierno, en cierta ocasion, y habiendo en la sala un cuadro que repre-

sentaba á Cincinato en los labores del campo, cuando venian á ofrecerle el consulado, sacó partido de ello, para encontrar una semejanza á lo que venian á pedir á mi padre.

Era sumamente cariñoso y afable y nos tenia un gran cariño: respetaba á mi padre y en todas las ocasiones siempre le manifestó adhesion.

Entre mis recuerdos no olvido á un pobre que iba á pedirnos limosna, era italiano y se llamaba *Guiseppe*; parecia, á pesar de los años, de la miseria y de los andrajos que lo cubrian, que habia sido hombre de alguna posicion antes. Preguntábasele como estaba y contestaba siempre:

Un huomo senza danaro, e un morto que camina.

Habia viajado mucho por Italia y Francia y nos revelaba las impresiones de sus viajes con interés; le habíamos tomado cariño, y cuando murió lo sentimos mucho.

La ciudad tenia sus lugares célebres como la *esquina del tigre*, el *hueco de la cruz*, la *casa de las ánimas*, que se prestaban á mil cuentos y á muchas quimeras entre las gentes del pueblo.

La casa de las ánimas, habia sido la del padre Sauco, en que se decia que nadie podía vivir, pues habia ruidos estrepitosos de noche, y aparecian en las paredes letreros fosforescentes y que habia apa-

raciones, lo que producía el miedo entre las gentes sencillas. Esto era una mera invención, ó bien algunos se entretenían en asustar y dar pábulo á la credulidad, con cosas maravillosas y del otro mundo, tal vez llevados de algun interés.

Hasta ahora se ha conservado el mirador de aquella casa, aunque se ha modificado su frente; queda ella al lado del templo de San Francisco.

En cuanto á la esquina del tigre, que conocemos todos, su nombre lo lleva, de que una buena mañana, y esto en tiempo de España, como se digera despues, se vinieron del Cerro á nado á visitarnos tres soberbios tigres. Allí donde se llama *esquina del tigre*, existía un negocio, cuyo dueño al abrir la puerta, se encontró nada menos de primer visitante á un tigre, que sin mas, se le fué encima y lo mató.

Los demás compañeros se echaron tambien por ahí é hicieron de las suyas.

Pronto circuló la nueva de la invasion de tigres, y Juancho, á quien habrán oido nombrar, que era un mulato criollo y una especie de *factotum* entonces, pues desempeñaba diferentes cargos subalternos, á la cabeza de algunos guapos armados como mejor pudieron, empezaron la caza de tigres.

Tal alboroto y consternacion dicen que hubo entonces, que por todas partes creían ver esos animalitos, y no se oía mas que tiros y gritar aquí hay

otro, ya matamos tantos. Felizmente Juancho y los que lo acompañaban mataron los tres que habían venido; pero por precaución tuvieron puertas y ventanas cerradas, por muchos días los vecinos, creyendo que pudiese haber otra invasión de tales huéspedes.

Lo mejor del caso es que en nuestra casa había una tigre cachorra que se había criado suelta, traída de una de las estancias de mi abuelo, y que compartía de la cama de un viejo criado, que la cuidaba, y vino la orden de que era preciso matarla porque tal vez los tigres visitantes habían venido atraídos por ella; lo que no dejaba de ser cómico y bien risible; pero lo que no hubo más remedio que ejecutar, á pesar de todo el cariño que le tenían en la casa, pues se había criado, como digimos, en ella.

Estas cosas eran del tiempo y no es de extrañar que tuviesen lugar entonces que las gentes sencillas, comulgaban como dicen vulgarmente con ruedas de molino.

También había el célebre *Barrio del Peligro* donde residía la gente de vida alegre, y en donde era preciso encomendarse para pasar de noche, pues había pendencias y riñas de todas clases, entre los concurrentes, que generalmente eran marinos, y no faltaban tajos y puñaladas al por mayor casi todas las noches.

Ahora que hablamos de marinos, recordamos las peleas que habia casi todos los dias, entre los norteamericanos y tambien ingleses, que boxeaban en las calles de la ciudad y ponian muchas veces en conflicto á las autoridades para someterlos al órden; habia algunos de esos pugilatos que duraban todo un dia, y tomaban carácter de batalla, pues eran á veces todo los marineros de tal ó cual embarcacion contra otra de otro buque. Servia ésto de entretenimiento á la gente desocupada; pero no solo obstruian el tránsito, sino que alteraban el sosiego y se herian y despedazaban horriblemente tanto que daba compasion verlos.

La Policia solia verse en figurillas para calmarlos, pues generalmente estaban beodos y habia que atarlos, y asi conducirlos á la cárcel, lo que era otro espectáculo denigrante, pues los lastimaban sin compasion, y no habia forma de poderlos reducir al órden.

Felizmente pudo hacerse cesar ese verdadero abuso, que ponía en conflicto á las autoridades y en alarma á los vecinos.

Recordamos que siendo don Manuel Vicente Pagola Jefe Político, montado á caballo tuvo que ir personalmente, á dar órdenes para restablecer la calma, y por poco no me lo llevan en andas con caballo y todo.

A propósito de él recordamos unos célebres versos que le compusieron en que lo atacaban porque todos mandaban menos él y que terminaban así:

« Deje de rodar la bola,
« Cese ya de rodar,
« Vaya chanchos á mandar
« Manuel Vicente Pagola.»

Por aquel tiempo tuvo lugar un asesinato misterioso que llenó de consternación á todos. Una negra que llamaban la *Paloma calzada*, que segun dicen era muy elegante y se presentaba con un lujo asiático en todas partes, habia sido hallada asesinada en su casa. Casi todos la conocian; cundió la noticia, y todos quisieron ir á cerciorarse de la verdad: y trataron de investigar quien podria ser el autor de tan infame crimen, pero por mas que se hizo, nada se pudo conseguir, y ha quedado, como otros, ignorado y rodeado en el mayor y profundo misterio.

La negra era sostenida por un francés comerciante, hombre casado, y quién sabe si los celos de su mujer, no armaron el brazo de algun miserable asesino para darle muerte; pero esto es una simple congetura, pues nunca se pudo saber nada como decimos.

Ya habia tenido lugar otro horrible asesinato cometido en la señora de Salbañach que habia sido

asesinada por sus dos esclavas y una menor y que llenó de espanto á la ciudad.

El carácter y detalles de aquel asesinato, que debió ser un verdadero martirio, es horrible, pues emplearon tenedores y cuchillos sin punta, para consumir el hecho criminoso y despues de realizado la vistieron y la pusieron en el balcon de su casa con un anteojo y la tiraron á la calle, para hacer creer que se habia caído y del golpe habia muerto. Las negras fueron descubiertas y procesadas y despues ahorcadas.

Todo en aquel entonces tenia un carácter típico que mas no podia darse. La ciudad era diminuta: los calles pésimamente empedradas y peor alumbradas. Muchas casas habia aun de tejas, á pesar de que habia algunas que eran modernas y ostentaban lindas fachadas. En todas, habia rejas en las ventanas y fuertes barrotes en las puertas, lo que hacia ver que la seguridad personal no estaba muy garantida. Todas las aceras, tenian postes de madera dura y en las esquinas habia enterrado un cañon de fierro. Éstos servian de diversion á los muchachos, pues servian para saltarlos uno á uno y lo hacian por cuadras enteras. En las calles cuando llovía se hacian pantanos, y recuerdo que en frente de la Iglesia Matriz, que aun no estaba rebocada, llegó un invierno hasta hacerse intransitable.

El alumbrado era pésimo; los faroles estaban colocados en largos trechos y daban una luz escasa que no alcanzaba á alumbrar mucha distancia.

El *Pampero*, que era en aquellos tiempos muy frecuente, los solia apagar y aun sin él, y se quedaba la ciudad á obscuras, y gracias á que los vecinos abrian sus ventanas para dar luz ó ponian faroles pequeños en sus casas, ó se hacian guiar por algun criado que iba con una linterna, solo así se podia andar por las calles.

El pampero, que solia durar dos y tres dias, y que soplabá con increíble fuerza, barria todo el barro que habia en la ciudad y la dejaba limpia como una taza de plata: tambien solia llevarse á muchos buques á la playa sobre todo á embarcaciones menores.

La vida local y de familia en la ciudad tenia fisonomia especial. Era una diminuta poblacion pero muy compacta y muy unida: parecia que todos formaban una sola familia. Dominaba en todos la mas completa armonia y se hacia vida verdaderamente patriarcal. El interior del hogar doméstico era un verdadero santuario, donde dominaban los buenos ejemplos y las mas sanas costumbres: el jefe de familia era ciegamente respetado y á la madre se la veneraba. Habia diversiones y tertulias casi todas las noches en la mayoria de las casas

y se bailaba hasta las doce y lo mas hasta la una, pero de ahí no se pasaba. Era tan sencilla la gente entonces que recuerdo que despues de misa de doce, todas las familias subian muy buenamente en carros y carretillas á las que le ponian un colchon y una sábana para taparse del sol y se iban muy contentas á veranear á las afueras de la ciudad.

Pero tambien no era todo sencillez, pues aunque no se hiciese vana ostentacion como ahora, habia verdadero confortable en las casas y aun lujo. Ninguna familia de algun fuste, como se decia entonces, dejaba de tener todo el servicio de la casa de plata macisa y labrada. Fuentes, platos, candeleros, palanganas, jarras, etc., todo era de ese metal, y á veces de oro, si eran ya mas acomodadas. En mi casa aun se conservan muchos de esos objetos y que escaparon al ataque que les dió Pacheco para la acuñacion de monedas. Además vestian las señoras y hombres con verdadera decencia y aun lujo: y en Semana Santa, ó en año nuevo ó en otros días solemnes se veia á cual iba mejor, pues rivalizaban en quien mejor se presentaba.

Hubo por aquel tiempo una moda estravagante y ridicula, la de unos peinetones inmensos que llevaban los señoras, y que tenian que tomar con las dos manos cuando soplabá un poco el viento. Otra moda, tanto ó mas ridicula fué la de usar los vestidos muy

altos de talle y sumamente cortos y muy ceñidos al cuerpo y para que los estuvieran mas les ponian pesos en el ruedo de ellos; asi es que todas sus formas se dibujaban y no habia posibilidad de artificio pues la que era gorda era gorda y la que era flaca se quedaba tal cual era.

Los hombres vestian unos fraques con colas y solapas inmensas, llevaban calzon corto con hebillas de oro ó plata y medias de seda; usaban corbatas con que se envolvian los pescuezos y que consistian en unos pañuelos de seda grandisimos, y los cuellos de la camisa no les dejaban mover la cabeza; las pecheras les salian fuera del chaleco, llenos de embutidos y los puños, les llegaban hasta las manos; generalmente eran de fina batista. A pesar de lo ridiculo de la moda, gastaban verdadero lujo nuestros antepasados, y alhajas de gran valor se ostentaban en sus pecheras, y en sus manos y ricos relojes llevaban con cadenas y sellos de diversas piedras. Usaban grandes capas de paño de San Fernando, blancas ó rojas ó verdes con esclavinas, y todo el lujo de entonces era, á quien la tenia mejor y mas rica; se embozaban con ellas bien, y no se les veia mas que los ojos, era de buen tono como se dice ahora, y de buen gusto como se decia entonces, saberlas llevar bien ó manejar con gracia. No hay nada mas desairado que usar capa y no saberla lle-

var, pues es como si las hubiesen colgado de perchas.

Los bailes de etiqueta que habia de vez en cuando en casa del Gobernador en tiempo de España, que era en el Fuerte de Gobierno, pues los gobernadores vivieron allí hasta el tiempo de la dominacion Portuguesa; eran verdaderamente lujosos y á cada cual mejor se presentaba.

Despues en la época de la Patria, se dieron algunos en el Teatro de San Felipe que se recordaban por nuestros padres con alegría. En esos bailes, se bailaba primeramente un *minuet* por las personas principales que habia en la reunion y en seguida, seguia el rigodon que bailaban los demás con mucho orden y etiqueta, y la contradanza y el vals. Despues de estos bailes se añadieron otros que desterraron á aquellos, las cuadrillas, polka, mazurca, lanceros, pero ya fué esto mucho despues.

En ellos no habia esa confusion que hay ahora; todo era mesurado y ordenado y, habia bastoneros para arreglar las parejas; y á nadie en una reunion se dejaba sin atender, y sin bailar, como sucede ahora en nuestros grandes bailes, que lo que menos se acuerdan es de atender á los invitados, sino divertirse cuanto mas se pueda y comer y beber hasta la saciedad, haciendo lujo de groseria verdadera.

En las casas al redor de un gran brasero de metal amarillo, en las noches de invierno, se reunian á calentarse las familias y las visitas, y allí se conversaba hasta las diez, hora infalible para retirarse y recogerse todos. Generalmente en algunas casas se cenaba á las nueve, que era una verdadera comida y despues se tomaba té. Era aquella época de succulentas comidas, de vida alegre y de pocas desazones. Nuestros abuelos y nuestros padres participaron, éstos en alguna parte, de tan patriarcales tiempos. Antes de sentarse en la mesa y despues de la comida, era indispensable hacer una oracion. Dichas comidas eran cuatro veces al dia, el desayuno, el almuerzo, la comida y la cena, y algun *tente en piè* extraordinario que era otra comida.

Los alimentos eran sanos; nada de especias, pues aun no habia invadido nuestras mesas la cocina francesa ni italiana; todos los ingredientes que usaban para hacer un buen puchero, la célebre olla podrida ó una buena carbonada, estofado, ropa vieja, etc., y pasteles de ojaldra, del momento, fritos etc., y tantos otros platos, era todo natural; un poco de romero, y yerba buena, pimenton, y otras cosas por el estilo. Asi es que se vivia sano largos años: no habia tampoco escesos en nada; una vida mesurada y arreglada y asi los médicos no ganaban mucho. Éstos tambien eran pocos, y se pagaban en las

familias por año; creemos que cien patacones, y tenían que asistir á todas las personas de la casa á patronos y criados.

Los mas célebres médicos entonces eran Manduti y despues José P. Oliveira, nuestro sabio Vilardebó que hizo sus estudios en Paris, Ferreira Mr. Bond, Leonard, etc. No sabemos si era por el carácter mas benigno de las enfermedades, ó porque en la medicina usaban remedios caseros, y no tan fuertes como ahora, el caso era, que los enfermos duraban mas.

Librerias habia la de don Jaime Hernandez que recibia las mejores obras de Europa, la de don Pablo Domenech y tambien la de don Estéban Valle. En esta última era la reunion de todas las personas conocidas; allí se veian á comerciantes, abogados y hombres de letras, charlando todas las noches, y era como el punto de reunion indispensable desde las siete á las nueve. Hasta ahora poco existia aquella libreria fundada desde el año 1810 en la calle de 25, entre Treinta y Tres y Misiones. Allí concurría tambien nuestro inmortal Figueroa, y compuso estos versos á los concurrentes ociosos, que en un cuadrito despues estuvo espuesto en la misma casa.

Decian asi:

AL LECTOR

Obsequiosos tertulianos
Que visitais á los tenderos,
Gastan charla y no dinero
Y ahuyentan á los marchantes,
Hay diversiones bastantes
Para el que ocioso se vé,
Y así el que de balde esté,
Este consejo le ofrezco;
Al muelle á tomar el fresco
Y á tertuliar al café.

Pero aun asi no dejaban de concurrir á la tienda todos los antiguos parroquianos; y hasta que estuvo instalada, siempre les habia quedado la costumbre á los pocos que viven, de aquellos tiempos, de ir á echar un párrafo allí, entre ellos nuestro amigo don Ignacio Soria.

Los comerciantes mas conocidos eran don Roque Graceras, don Juan Antonio Mendez, Juan Antonio el gallego, don Lucas Gomes, don Pablo Duplesis, los dos hermanos Faucon, don Félix Buxareo, Godefroi, Lafone, Mac-Eachen, Hocquart, etc.

Casi todos los hijos del pais se habian dedicado á corredores, don Juan Garcia Wich, don Carlos Navia y otros muchos mas, y se hicieron de fortuna,

verdad es que para protegerlos habia una disposicion que no podian ejercer ciertos y determinados oficios ó carreras sino los hijos del país, que despues se derogó, así es que les tenia que ir bien y ganaban lo que querian.

Aquellos extranjeros parecian adherirse entonces mas á nuestras cosas y á nuestro país que ahora: ingleses y franceses todos se casaban con hijas del país y se radicaban aquí y formaban familia; hoy, salvo raras excepciones, son como aves de paso que despues de hacer alguna fortuna, se van la mayor parte á su tierra: no sé por qué será esto, pero ello es así: no sucede esto con los italianos, sobre todo los que se dedican á la agricultura, que se establecen y se quedan, y si alguna vez van á viajar es para volverse, y tambien los vascos que toman todas nuestras costumbres de campo.

¡Y qué probidad la de aquellos tiempos!

Aun la alcancé yo: sabido es que era una ofensa entonces pedir ni aceptar recibo por cualquier cantidad; la palabra era bastante y se hubiera encontrado deshonorado quien se le hubiera exigido un papel ó documento.

La mas completa buena fé era la que dominaba en el ánimo de nuestros antepasados, así es que no era extraño aquello.

¡Qué diferencia de nuestros tiempos en que es

preciso tomar toda y cuanta medida sea precisa para garantirse de que no nos roben!....

La ciudad vieja estaba circundada por tierra por un gran baluarte, y el rio defendido por el Fuerte de San José, la fortaleza del Cerro y la isla de ratas.

Habia dos portones que daban entrada á la ciudad: ésta llegaba hasta la calle de Juncal; todas las calles tenían en tiempos del coloniaje, nombres de Santos; calle de San Juan, de San Diego, etc., la de los judios era la de los tenderos y la de los pescadores era la que se aproximaba al mar; estos nombres fueron reemplazados por los que tienen ahora. El gobierno patrio mandó echar abajo las murallas y ensanchar la ciudad, y muy pronto se vió edificar como por encanto, la que hoy se llama ciudad nueva y unirse al pueblo del Cordon, y á la Aguada; y si no hubiera habido la guerra grande y tantos revueltos despues, y se hubiera gobernado con mayor probidad, habria alcanzado mucho tiempo há, á la villa de la Union.

Las contribuciones, no pesaban como ahora, de una manera exorbitante sobre el pueblo, y la propiedad no tenia tantos gravámenes; así es que en poco tiempo se erigió la ciudad nueva.

Nuestros financistas que todo lo hacen pesar sobre la propiedad tienen buen modo de fomentar la

poblacion imponiéndole retrancas de todo género con las gabelas que les ponen.

Nuestro clero entonces estaba bien representado. Teniamos al padre Larrañaga, que era un verdadero sabio y que honra no solo por su ciencia á su patria, sino que era un modelo de virtudes como sacerdote; y el padre Perez Castellanos, cuyos trabajos sobre agricultura lo colocan en lugar distinguido.

Además figuraban el Canónigo Vidal, mi tio, el padre Barreiro, que era un verdadero santo por sus filantrópicos y cristianos sentimientos, el padre Lamas un verdadero patriota que en la guerra de la Independencia se hizo notable, y otros mas, entre ellos el padre Gadea, Brun, que habia figurado de ayudante de Artigas antes como militar, y que fué conocido por *siete chaquetas*, pues parecia que las tenia de todos colores, colgando despues la espada por la zotana. Con respecto al padre Lamas recordamos algunos versos de una carta en tiempo de la guerra con la madre patria, en que un español recomendaba á un amigo que:

« Convide á Solarzano
 « A convidar á las damas,
 « Y vea si al padre Lamas
 « Puede darle un trabucaso.»

.....

En el foro teniamos á muchos abogados distin-

guidos argentinos que se habian asilado en Montevideo, con motivo de las persecuciones de Rosas; Agüero, Varela, Somellera y otros, además de los cinco hermanos abogados del foro Oriental.

Recordamos algo que nos impresionó mucho por sus circunstancias en mis tiernos años y fué la muerte del doctor Agüero.

El doctor Agüero, sintiéndose próximo á morir, despues de una larga enfermedad, él mismo se afeitó, se lavó y se vistió con la mejor ropa negra que tenia; llamó á su familia, se despidió de ella, y en seguida les dijo que se retirasen; cerró la puerta y se recostó en un sillón, donde pocos momentos despues exhalaba el último aliento de vida.

Aquella sangre fria y entereza con que se resignó á la muerte, revelan un carácter entero y además una perfecta conciencia de sus buenas acciones.

La impresion que hizo en todos aquella serenidad para afrontar la muerte, del doctor Agüero, quedó por mucho tiempo grabada en la mente de todos.

La diversion de las corridas de toros se hacia donde hoy está el antiguo Cementerio Inglés. Allí se lidiaba y se ofrecia este espectáculo bárbaro que clama contra la humanidad.

Allí concurrían nuestros antepasados que habian

heredado aquella diversion bárbara de los españoles.

Hubo un Dominguez primer espada que llegó á ser una reputacion despues en la península, y cuya sangre fria y pericia oí ponderar mucho; tambien á Casaballe que era un excelente picador.

Habia una Sociedad musical compuesta toda de jóvenes hijos del pais, titulada la *Filarmonica* en que figuraban don Leon Ellauri, y en cuya casa se reunian y daban conciertos todos los meses; don Leon tocaba el violonchuelo, y los demás diversos instrumentos. Habia otra Sociedad denominada *Euterpe*, que se ejercitaba tambien en la música. Todos eran aficionados y poseian un verdadero entusiasmo por ella. Entre los que recordamos don Carlos Salvañach, don Antonio Martorell, que eran de los mas entusiastas.

Habia tambien un teatro de aficionados que daba cada quince dias una representacion.

Escogidas piezas del repertorio dramático español eran las que se daban; allí ví representar á *Macias* del malogrado escritor Lara, tan bien ejecutado que siempre lo recuerdo, por jóvenes hijos del pais.

Despues de terminada la representacion del drama concluia la funcion con una petipicza ó un sainete; y algunas veces se improvisaba un baile cuando ya habia concluido todo.

Como se ve la gente se divertía á pesar de las calamidades de la guerra que pesaban sobre nuestro desventurado país, victima expiatoria de ambiciones bastardas y de sangrientas pasiones; bailes y tertulias no escaseaban pues casi todas las noches las habia, y reuniones familiares en casi todas las casas, donde habia muchachas. Habia un celebrisimo maestro Martinez, hombre de color, que con sus hijas, una que se llamaba Carolina y la otra no recordamos cómo, que segun decian pasaban éstas por muy agraciadas, que daba lecciones de baile, y en su casa, que era donde hoy se encuentra el Correo, si no nos equivocamos, se armaban siempre bailes y casi todos los jóvenes de entonces con él aprendieron á bailar.

¿Quién de aquel tiempo no lo recuerda?

Hubo un joven de los que asistian á aquellas reuniones, que creemos fué un Laviña, que se enamoró perdidamente de una de las hijas de Martinez y la familia que era opuesta á que se casase con ella, lo mandó fuera del país á viajar, para que se le pasase el camote como dicen.

En cuanto á la instruccion pública de aquel tiempo, se hacia todo lo posible por propagarla.

Habia además de las escuelas públicas que pagaba el Estado, colegios particulares, como el de Mula, Barbosa, el de los PP. Escalapios y otros,

donde se estudiaba bien y particularmente en este último, que fué donde casi todos los que figuraron despues en diversas carreras, recibieron alli instruccion.

La instruccion entonces no era tan vasta como ahora, pero era mas profunda: se estudiaban no tantas materias, pero aquellas pocas que se aprendian eran mas serias, y como dice el poeta la cuestion:

«No es saber de todo
Sino ser útil en algo.»

Esto no quiere decir que no participemos de los adelantos y progresos que ha hecho la instruccion desde aquellos tiempos, y no veamos con placer que se enseña mucho y bien, y que hay cómo poder desarrollar la inteligencia de la juventud; y creemos que ha sido una gran conquista que se ha obtenido, con el sistema Vareliano que no es otro, sino el Yankéy, el establecerlo en nuestras escuelas.

En el antiguo Convento de San Francisco todos nuestros padres se educaron y de alli salieron nuestros prohombres.

Aunque la instruccion que se recibia allí, no era muy profunda ni muy vasta, sin embargo formaba caracteres como los de nuestros antepasados, que

nos dieron una patria libre é independiente. Las famosas *conclusiones*, que respondian á la terminacion de los estudios de humanidad, eran famosas en aquellos tiempos. Todas las materias se reducian á latin, filosofia, matemáticas, historia sagrada y profana, las que se enseñaban allí, pero á pesar de lo exiguo de la enseñanza, ya era mucho en aquellos tiempos, y se terminaban los estudios mayores en la famosa Córdoba que producía doctores por millares como sabemos.

Recuerdo un cuento á propósito de esto. Reférame uno de los que al irse á examinar á Córdoba para recibirse de doctor en Jurisprudencia, que habia hecho el viaje en un burro y que despues preguntándole, á su retorno á Buenos Aires, que tal le habia ido, contestó á los que le preguntaban :

« Hombre, tan bien me ha ido, que si hubiera querido graduar al borrico que me llevaba, lo hubiera conseguido sin dificultad ».

Pero esto no era mas que una exageracion, pues Córdoba ha producido hombres notables en todos tiempos, y se ha contado siempre como una ciudad que se distinguia por su verdadera ciencia.

En aquel tiempo la influencia del partidismo exagerado, nos tenia á todos dominados.

Veiamos en los sitiadores unos verdaderos bándalos que arruinaban y mataban sin piedad.

Al General don Manuel Oribe se le llamaba *corta cabezas*, al Coronel Maza, *violin y violon*, porque en el sitio de Catamarca fueron las palabras que escribió á Rosas para significarle que entraria á degüello allí, y otros jefes tenian su sobrenombre de sangre.

El terror que infundian los hechos que se relataban, tenian á todos en verdadera zozobra y se veian en aquellos hombres unos verdaderos azotes del país.

Se cantaban estos versos:

« Tin, tin, de la Aguada
« Tin, tin, del Cordon,
« Hay vienen los blancos
« Tocando el violin y violon.»

.....

Los que habiamos nacido ó nos habíamos criado en medio de aquella atmósfera de rencorosos odios y de pasiones iracundas, teníamos que participar mas que otros de sus hechos. Habíamos abierto nuestros ojos y habíamos crecido, en medio de la revolucion y de la guerra: oíamos continuamente la relacion de hechos salvajes, de aquella situacion de sangre y esterminio, y nuestra imaginacion se impregnaba de toda clase de horrores y desmanes.

Aun en esa edad que no podíamos discernir bien y con razon sobrada los acontecimientos; sin criterio propio para juzgar las cosas, dábamos como hechos probados todo lo que el espíritu de partido exageraba.

Y no era que en muchos casos no hubiera algo y mucho de verdad en lo que se relataba: pero se sacaba partido de lo mas mínimo para inveterar mas los odios y hacer mas cruel la guerra.

Era una táctica establecida y que siempre ha existido: exagerarlo todo; acarrear al enemigo todos los crímenes imaginables, que no ha dejado de dar su resultado en provecho del partido que lo ha empleado y que ha sido de funestas consecuencias, ahora y siempre, y ahondando mas los rencores y enardeciendo mas las pasiones entre las gentes de poco criterio.

¡Cuántas cosas que creia á carta cabal, en mis primeros años, no se desvanecieron con el transcurso del tiempo!

¡Cuántas ideas no se modificaron con el criterio de la esperiencia; el conocimiento de los sucesos y el trato de los hombres!

Muy poco de aquello que me era sugerido por falsas apreciaciones en politica sobre todo, ha podido resistir á un sensato y razonable exámen, imparcial sobre todo, despues de ya entrado en años.

Creíamos entonces, todas las paradojas que la febril pasión de partido nos sugería, y por poco no consideramos como antropófagos á los enemigos: y estábamos tan amedrentados con lo que se nos contaba, que creíamos formalmente que si entraban á la plaza nos iban á descuartizar á todos y que no íbamos á escapar ni los niños.

De ahí el terror que nos sobrecogía y que nos tenía á todos aterrorizados.

¡Cuántas veces me he sonreído al recordar cuanto buenamente creíamos, despues, y con cuanta buena fé dábamos por cierto, las patrañas y embustes de todo género, que se empleaban entonces entre uno y otro partido!

Lo que había de verdad sí, era el deplorable estado en que habían puesto á la República; al borde del hondo abismo de la anarquía y de la ruina.

Aquella situación ya no tenía con qué compararse de despedazar al país y arruinarle mas y mas.

Y es que parecían dominados por feroz partidismo; por crueles represalias y por instintos sanguinarios.

Recuerdo unos versos verdaderamente ignominiosos que decían así:

Al que con salvajes
Tenga relacion,
La verga y degüello
Por esta traicion,
Que el santo sistema
De Federacion,
Le da á los salvajes
Violin y violon.

Que los esbirros de Rosas recitaban, y que, entre otras brutolidades que aquel tirano y sus secuaces ponian en planta, infundian un terror pánico entre los pueblos.

Parece imposible que se hubiera llegado hasta aquel extremo de refinada barbarie, y que hubieran cundido ideas tan inhumanitarias, como hechos de tanto salvagismo, que degradan á la especie humana, en aquella escuela perniciosa y de feroz táctica de Rosas. Era verdaderamente el delirio inconsciente de las malas pasiones; el frenético impulso de los odios inveterados.

Y lo peor era que aquella pécima escuela se habia introducido entre nosotros, y los que sitiaban la plaza, y su influencia parecia dominar los ánimos de todos.

Hay momentos de verdadera ofuscacion en las pasiones, de intolerancia y de crímenes que no se sabe á qué atribuir.

Todos los pueblos marcan esos periodos de paro-

sismo completo de toda moral, de todo principio humanitario, y parece que la barbarie sentase sus reales sobre los escombros de la civilización.

Ese periodo habia llegado en nuestro desventurado país en aquellos momentos.

Y parece imposible que las pasiones políticas arrastrasen á las gentes hasta el crimen mismo y se hiciera alarde de él; y tambien hasta la escesiva exageración y aun hasta el mismo ridículo.

En el Cerrito, implantado el régimen odioso de Rosas, con que Criebe habia venido á su País, seguian sus mismas modas, y todos vestian de colorado; los hombres de chaquetas y chalecos de ese color, y las señoras con grandes moñas tambien punzoes. Pero aun las puertas y ventanas y aun las paredes de las casas tambien ostentaban el colorado; que era todo esto, agregado á muchas otras exageraciones mas, una prueba de ser buen federal.

Todos ellos llevaban divisas con la inscripcion odiosa de « ¡ *Vivan los defensores de las leyes!* », *Mueran los salvajes unitarios!* Y alguna vez se les agregaba, *inmundos, asquerosos, enemigos de Dios y de los hombres*, etc., con que tambien se encabezaban todos los documentos oficiales y aun las cartas particulares.

Las mujeres de los que se titulaban federales, lle-

vaban, como decimos, una gran moña con cintajos punzoes, atados á las trenzas, y las que no llevaban ese distintivo, eran tenidas por unitarias y enemigas, y cometieron la estupidez y guarangada de esperar que saliesen cierto dia de fiesta, de la Iglesia, y á las que no las llevaban, de untárselas con brea, que es hasta donde puede llegar la mas refinada barbarie.

Los federales así pues vestian de colorado, y el azul y celeste, era mirado en quien lo llevaba, como una prueba de ser unitario.

Esto era como se ve el verdadero delirio de las pasiones, ¿y cuántos desgraciados no pagaron con sus vidas, el simple hecho de no llevar un distintivo federal?

Aquella época señala la historia en estos pueblos como el periodo álgido de la barbarie mas refinada y que aun en la época del terror de la revolucion francesa no hay nada comparable á sus desmanes.

Sin embargo, en medio de aquel estado habia hechos verdaderamente sorprendentes. Ya hemos citado á Garibaldi, cuyas proezas son bien conocidas, y hablaré ahora de otro cuyas muestras de valor eran extraordinarios.

De Samuel Brun es de quien hablamos.

En una de las ocasiones que hicieron las fuerzas de la plaza una salida al mando de este inglés

que era una especie de aventurero, le vinieron con la noticia á mi padre, de que los soldados le habian traído unas estátuas de mármol, que tenia en su quinta la que quedaba entre las líneas, y que fué destruída completamente ó mejor dicho arrazada.

Las mandó recojer y tuvo que dar una gratificación á los que la habian traído, que importó mas del valor que lo que habian costado, y no sabiendo donde colocarlas las hizo poner en la azotea de la casa, que es donde están aun desde aquella época.

Era aquel Brun un hombre temerario, algunas veces solo se lanzaba á provocar al enemigo, montado en un petizo, y cuando acordaba, se encontraba en las mismas líneas enemigas, y rodeado y perseguido de muy cerca, jamás fué alcanzado ni herido.

Esto lo hacia casi todos los dias; y cuando alguna gente lo acompañaba, perdía casi siempre la mitad de los infelices que iban á sus órdenes.

El Gobierno comprendió que aquello no podia ser y le privó aquellas salidas.

Recuerdo que la legion francesa cuando se organizó pretendió irse hasta el mismo Cerrito á campar, y fué rodeada por fuerzas enemigas que hicieron una cruel carniceria de aquellos desgraciados en la quinta de Castel.

¡Y cuántos de estos episodios no podríamos citar que están palpitantes de sangre, en aquella cruel guerra!

No podemos dejar de consignar en aquellos tiempos al poeta Ascasubi, que hacia composiciones en versos gauchos á imitacion del poeta Hidalgo, que creemos que fué el que intrdujo ese género; y que nadie despues lo ha superado. Hilario Ascasubi era un hombre de color trigueño, alto, fornido; de pelo rizado; tenia una presencia simpática y era de agradable trato.

Existen tres ó cuatro tomos de sus composiciones, escritos la mayor parte en la guerra grande, y que á pesar del género no muy de buen gusto, gauchesco, que ha empleado, se ve en ellos un verdadero poeta, pues hay descripciones magnificas; los caracteres y los tipos están tan bien dibujados, las escenas de nuestra campaña tan bien interpretados, y las costumbres de aquellos tiempos tan rigurosamente exactas, que se recomiendan por mas de un motivo.

Las gracias y las ocurrencias paisanescas abundan en aquellas obras; al mismo tiempo que encierran cuadros de verdadero interés histórico de la guerra que asoló á estos pueblos.

La coleccion que bajo el pseudónimo de *Paulino Lucero* se conoce, tiene descripciones naturales como las siguientes:

LA ENCUCHETADA

MORALES

¡Infeliz, viejo Olivera!
Lagrimando!... siéntese,
Aunque no tengo, ya vé
Ni un tronco triste siquiera;
Ansi amigazo en el suelo
Crúcese sobre ese hijar;
Que á bien no ha de estrañar.

OLIVERA

¡Que he de estrañar ño Marcelo!
Despues que nos han baquetiao
Ocho años con sacrificios
Tan crudos, que hasta los vicios
Sin sentir he olvidao.

.....

AGAPITO

¡La bendición ño Olivera!

OLIVERA

¡Que Dios te haga un santo hijito!
Temeridá que ha crecido
El muchacho!...y memorista,
En cuanto me hechó la vista
Al golpe me ha conocido.

Vení, largame un abrazo
 Rubio amargo... ¿cómo estás?
 Y decime, ¿te acordás
 De tu potrillo picazo?

PILAR

¿Y cómo les ha ido?
 En tanto apuro ó derrota.

OLIVERA

Hágase cargo... en pelota
 Y en monton hemos venido,
 Pues nos mandaron embarcar
 De un modo tan derepente,
 Que fué reguntar la gente
 Y al momento de mandar.

Como aguacero á la costa
 La boteria acudió,
 Y el criollage ahí se juntó
 Como manga de langosta.

Y hablando del vapor en que se embarcaron
 dice:

Era un barco tamañazo,
 De madera de mi flor
 Y tendria de largor
 Como dos tiros de lazo.

En la barriga tenia
Un pozo donde se apiaba
La gente que traginaba
En pura carboneria.

Arriba los comandantes
Rodeados de la oficialidá,
Y mucha marinerada
Con sombreros relumbrantes.

Que á unos arcones tan altos
Que en las nubes se perdian
Y por unas cuerdas subian
En tropel y dando saltos.

Pero paysana ¡qué cosa!
De buque tan maquina!
Y grandote el animal
De una manera asombrosa!

.....

No hemos podido resistir á transcribir estos versos, á pesar de su mal género, porque revelan toda una época descriptiva de las costumbres de nuestros hombres de campo, y porque tambien hay escenas pintorescas en ellos, de la guerra grande de que nos estamos ocupando.

Voy á hablar ahora de mis *primeros amigos*; de esas intimidades que nacen de nuestros primeros años; que se forman sin saber por qué ni cómo; en el colegio, en la calle, en la familia, en todas

partes, en fin, y que se estrechan y se hermanan, con nosotros, y forman parte activa de todos nuestros estudios, de nuestros juegos, de nuestros paseos y diversiones, llegando á ser indispensables compañeros en ese tiempo y aun despues de nuestra juventud. Todos tenemos nuestros amigos favoritos; conocemos muchos, pues en esa edad, todos los del mismo tiempo, basta que se vean, para que ya se den por conocidos y se entreguen con toda confianza; hablaremos solo sí de aquellos de los mas íntimos, que llegamos á ser con ellos como hermanos; con quienes hemos andado los primeros pasos de la vida y coparticipado de todas nuestras mas caras alegrías.

Los mas íntimos amigos míos de aquel tiempo eran todos de mi misma edad, poco mas ó menos; iré hablando de ellos, segun vaya recordándolos, pues de aquel tiempo existen casi todos salvo alguno que otro, que ha muerto, de nuestra generacion. Los mas aproximados á mi relacion y solo de ellos hablaré, fueron aquellos conocidos de colegio pues sí fuese á hablar de todos en esa época de espontaneidad y de fáciles amistades, tendríamos que escribir volúmenes ó hacer un libro tan solamente destinado á ellos como el de *Amicis*, titulado *Los amigos*.

Entre los que mas distinguíamos habia los Ci-

bils, Jaime y Federico, hijos de don Jaime Cibils, á quien he citado ya y que era mi padrino de confirmacion.

Con ellos crecimos y nos veíamos siempre y con ellos sentimos nuestras primeras impresiones.

No habia nada que no nos comunicásemos y las mismas impresiones eran las que nos exitaban en esa edad de vigorosa actividad. Teníamos un bote que se nos habia hecho construir, que remábamos y con el que hacíamos nuestras escursiones maritimas por el puerto. Recuerdo que llegamos á jugar carreras con otros botes y que salimos muchas veces triunfantes. En cierta ocasion nos tomó algo fuera un temporal, que nos tuvo á mal traer, pero llevábamos en el timon á un buen marino, que siempre nos acompañaba, el que fué por mucho, para que pudiésemos evitar el peligro, de que hubiéramos zozobrado entre las furiosas olas, que subian como montañas y amenazaban hundir á nuestra pequeña embarcacion.

El ejercicio del remo nos desarrolló las fuerzas; como el de la pelota al que éramos tambien muy aficionados, contribuyendo en gran manera á hacernos fuertes.

En uno de los almacenes de la casa fabricamos improvisadamente un teatro, con barricas y maderas para hacer un tablado; y con un gran lienzo

para telon, al cual pusimos una barilla de fierro pesado, para que bajase con mayor ligereza.

En una de las representaciones, que ya se podrán figurar cómo serian, las cuerdas del telon, de tanto subirlo y bajarlo, se rompieron, y le dió un fuerte golpe en la cabeza á uno de los camaradas que allí habia, que le hizo un gran chichon. Pero no paró en esto; sino que recompuesto el telon, por falta de equilibrio y por no estar bien clavado el tablado, se nos vino encima á los que bajo estábamos, saliendo magullados algunos por el peso que tenia.

Armábamos tambien batallas, y teniamos que defender sitios; algunas veces de un mirador formábamos un fortaleza que era defendida á toda fuerza, y la teniamos que tomar, y á veces saliendo con algunas lastimaduras.

Teniamos uniformes á propósito y morriones con penachos y nos luciamos con nuestros espadines y charreteras; pues en esa edad nos agrada todo lo que relumbra, y cuando nos paseábamos, parecia que todos los ojos se fijaban en nosotros.

Otro de mis camaradas intimos de aquel tiempo era Angel Costa. Sus padres tenian estrecha relacion con los míos; y además nos conociamos del colegio. Con él formábamos altares, pues su familia era muy religiosa, y no habia funcion de Iglesia á

que no asistiese. Recuerdo que tenía todos los ornamentos para revestirse.

También era muy ligado Pedro Ponce á mi relación; vivía casi en frente de mi casa y además era mi condiscípulo.

Su padre tenía cigarrería y nos proveíamos en grande de cigarrillos, que en esa edad figüérense cómo fumaríamos, hasta marearnos casi siempre; le repetíamos, para enojarlo, los versos de la conocida fábula que dice así:

Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente,
Vieron venir frente á frente
Al lobo mas horroroso.
El prudente, temeroso
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se subió;
Pedro Ponce allí murió;
Imitemos á Carranza.

Además Manuel Herrera y Obes, Manuel y Pedro Vidal, Tomás Tonkinson, Eduardo Ferron, Eduino Brown, Cristóbal Salvañach y otros tantos mas, eran de los inseperables, y juntos andábamos siempre por todas partes.

He citado á Eduino Brown, que murió jóven: era un buen carácter y tenía mejor corazón. Siem-

pre lo recuerdo, pues tenía grandes dotes intelectuales y además se hacía querer de todos. Era una de esas naturalezas excepcionales que se conquistan á primera vista el aprecio de los que los ven y de las personas que tratan.

Tenía además una especial inclinación á los juegos de equilibrio, y hacía algunas pruebas difíciles con que nos entretenía.

Las reuniones de todos estos amigos eran en casa, todas las noches, hasta las nueve, y allí como era tan espaciosa, formábamos toda clase de juegos y nos divertíamos grandemente.

¡Cuántas veces no recuerdo aquellos felices tiempos en que la amistad mas grande nos ligaba á aquellos amigos que queríamos como si fueran hermanos; que tenían toda nuestra confianza, y que no había nada que nos ocultásemos, con aquella espontaneidad tan propia de esa edad, con esa buena fé y lealtad sin interés, que se forma bajo el modelo de sus padres, tan llenos de virtudes, de honradez y probidad!

¡Cuántas veces recuerdo que con alguno de esos amigos con quien nos ligaban tantos vínculos de afección, buscábamos en nuestra historia y en las lecturas que hacíamos, los hechos mas notables, y las figuras mas extraordinarias para discutirlos y decirnos: *yo querria ser este ó aquel otro perso-*

naje: creyendo poder alcanzar á ser un gran filósofo, ó á ser un gran guerrero, en esa edad de optimismo y de grandísimas ilusiones, que nacen y se deshacen con la facilidad, que esas bolas de jabon, que hacemos andar por el aire y que se desinflan en un segundo!....

No olvidaré jamás esos tiernos amigos y aunque el tiempo nos haya alejado de ellos, siempre su recuerdo conserva el culto de nuestro corazon.

En aquel tiempo se casó mi hermano mayor Julio con Dolores Buxareo, hija de don Félix. Con ese motivo hubo un gran baile, en casa de los padres, que duró hasta muy tarde.

Con este enlace, mas me estreché con los Cibils de quien mi cuñada venia á ser tia, y entonces cuando yo no estaba en casa de ellos, estaban ellos en la mia, á todo tiempo y á cada momento.

Íbamos juntos con ellos al colegio y juntos nos retirábamos á nuestras casas.

Por el trayecto entrábamos á proveernos en la Confiteria de porcion de dulces que llevábamos al Colegio.

Teníamos un maestro sumamente goloso; y unas veces yo y otras Federico Cibils, le llevábamos todos los dias un cartucho de confites: se llamaba Mr. Fergusonson.

Este presente nos hacia recomendar á su bene-

plácito y que nos pasase algunas faltas. También íbamos á proveernos de nueces y pasas á lo de Fariñi que tenía un almacén en la calle del 25, ó en lo de Cué que existe aun.

Por aquel entonces hubo un sangriento suceso que consternó á todos.

Unos lombardos de los que Pacheco habia mandado de Europa, estando allí de Ministro, mataron en una noche unos cuantos serenos y entre esos desgraciados, le tocó esa desgracia al que estaba en nuestra manzana.

En aquel momento mi padre estaba solo conmigo, pues la familia habia salido á visitar á la señora de don Pascual Costa, y como los muchachos saben todo en los colegios, en los que se habla de todo, le estaba yo diciendo que en esa noche debia haber algo entre los lombardos y serenos, cuando dando las diez, sentimos los primeros tiros, y ya á mi padre no le quedó duda de lo que le decia, y salió conmigo á buscar á la familia.

Don Pascual Costa vivia á la vuelta de nuestra casa, y cuando salíamos, encontramos á mi madre y á mis hermanas que venian acompañadas de él y todas azoradas por aquellos tiros, que no sabian á qué atribuir, y que creian fuera una revolucion.

El pobre sereno de la manzana estaba tendido en el suelo; era un viejo gallego y fué transportado al Hospital de Caridad.

Al día siguiente se supo todo lo que habian hecho aquellos lombardos, que segun decian habian sido arrancados de las cárceles, de Italia, para traerlos aquí. A unos cuantos infelices serenos los habian muerto á traicion, en venganza de que dias antes, habian llevado presos algunos de sus compañeros.

Todos los momentos teniamos en aquel tiempo alguna novedad, cuando no eran de tiros, se hacia disparar la gente, como en las procesiones que pocas veces concluian bien, pues no faltaba algun chusco que se le ocurriese gritar *revolucion* y sin mas ni mas corria la gente, se atropellaban y se cerraban todas las puertas.

O bien en las funciones de Iglesia que á lo mejor, sin saber cómo ni por qué, y algunas veces por nada, se levantaban todos á la vez, se estrechaban y se lastimaban por apretarse unos contra otros; particularmente las señoras que se accidentaban y que gritaban y se hacia tan grande la confusion que casi imposible era entenderse. En algunos de estos casos, no faltaban cacos que se aprovechaban de la ocasion y les robaban las alhajas y mantillas á las damas, y todo lo que fuese de valor.

Particularmente estos alborotos eran en Semana Santa, y en Juéves ó Viérnes, á la noche, y mas de una vez fueron en todos los Templos á la misma hora. La gente iba así con recelo y bastaba que al-

guien se levantara algo asustado, ó que se oyese algun grito, para producirse el alboroto.

La gente estaba amedrentada, y sin embargo en esas noches las iglesias se llenaban, y era cosa de ver los atrios, todos con señoras desmayadas, ó con ataques epilécticos y nerviosos, tiradas en el suelo, atendidas por sus relaciones cuando tenian lugar esos laberintos, los que á veces algunas desgracias producian. Los que provocaban tantos escándalos, no median bien los resultados que podrian acarrear y las desgracias que por atropellos podian haber tenido lugar.

Otro casamiento tuvo lugar en nuestra familia por aquel tiempo de mi hermana Dolores, con Luis Faucon. Era mi hermana una esbelta y preciosa criatura, y unia á su lindo físico, una alma angelical. Pocos seres he visto dotados de tanta bondad, de cariñoso afecto y de sentimientos tan tiernos y dulces como ella. Eramos los hermanos que más nos queríamos y aunque era general en su cariño, con todos los suyos y además con todo el mundo, pues no miraba ni pobres ni ricos, pues era igual con todos, á mi me queria con idolatria, y á sus padres los veneraba. Pocas veces se ve aparecer en el mundo una criatura tan llena de atractivos y que manifestase tan tiernos sentimientos; así es que su permanencia en la tierra fué de las mas breves y

de corta aparicion, pues á esos séres parece que el mundo no fuese digno de poseerlos.

A los diez meses de casada murió, estando en cinta, de la viruela.

Fué para mis padres un golpe terrible y para todos sus hermanos, y no solo para su familia, sino que todos los que la conocian y la habian tratado sintieron vivamente aquella desgracia.

Recuerdo que el doctor Eduardo Acevedo, hizo con tan infausta muerte, unos sentidos versos dedicados á su memoria y que se publicaron en el diario que redactaba.

Aquella desgracia nos sumió en la mayor tristeza pues cada vez menos podiamos conformarnos con ella.

Haberla visto tan feliz, tan buena, que llenaba nuestra casa, solo ella con su presencia, y ver tronchado el hilo de su existencia en lo mas florido de su edad, pues recién tenia diez y ocho años; unida á un esposo digno de ella y que la idolatraba, era para desesperar. Parecia que en nuestra familia se habia concluido la felicidad con aquel golpe terrible y que aquel cielo alegre y placentero que nos cubria á todos, se hubiera vuelto lóbrego y amenazador.

Ya habia mi padre tenido la desgracia de perder á los quince años á su primer hijo, llamado Antonio, en quien cifraba las más allagüeñas esperanzas,

porque habia manifestado raras aptitudes de estudio y de inteligencia; así es que esa nueva desgracia ahondó mas su pena.

¡Qué espectáculo tan extraordinario fué para nosotros la terminacion del asedio !

Nunca olvidaré la impresion que nos hizo ver por primera vez el campo y las quintas y á todos aquellos que asediaban la ciudad. Fueron dias de verdadero jolgorio, de alegría inmensa, indescriptible, de verdadera efusion.

Todas las caras estaban contentas; todos se abrazaban y se confundian en los mismos deseos satisfechos y era una larga caravana de la Union á la ciudad y de ésta á aquélla, en que iban y venian en carruajes, á caballo y á pié.

Nunca se verá un espectáculo como aquel; de una espontaneidad mayor; tambien respondia á nueve años y meses que habian estado privados los de adentro de ver el campo y los de fuera de ver la ciudad, y no poderse comunicar las familias, ni verse los amigos, ni prestarse sus solicitudes, y en fin, aquello era el término de todas las calamidades, desastres y ruinas, que era lo de mayor importancia, en que por tan largo lapso de tiempo se habia vivido.

Todos parecian confundidos en fraternal abrazo; nada de pasiones rencorosas ni de partidos; en

aquellos meses que siguieron la paz, no se hablaba mas que de concordia y de fusion entre todos los Orientales.

¡Ojalá hubieran sido duraderos aquellos nobles deseos y no hubiéramos tenido tantas desgracias que lamentar despues!....

¡Horrible espectáculo era aquel que presentaba nuestro desgraciado país, al terminarse aquel terrible sitio!

Por todas partes no se veian mas que ruinas.

Es imposible formarse idea de cómo habia quedado el país, sino habiéndolo visto.

Todo bosquejo resultaria con pálidos colores ante el verdadero cuadro de horrores, de depredaciones y miserias que ofrecia la República.

Por todas partes no se veian mas que las consecuencias de la guerra; casas y quintas destruidas; los campos talados; las estancias vacias; los habitantes arruinados.

Parecia que un manto lóbrego hubiese cubierto el cielo de la patria y que la fatalidad hubiera hecho victima á este desgraciado país.

Mi padre fué de los que sufrieron mas en aquel sitio: tres estancias con gran cantidad de ganado y tres hermosas quintas fueron arruinadas y arrasadas.

La chacra denominada *Pastoreo de Pereira* que tenia como una legua, fué tambien destruida.

Había habido como se ve, un verdadero placer salvaje en arruinarlo todo; en destruir y en cometer toda clase de violencias en aquella época de barbarie y no era debido todo ello á exigencias de la guerra, sino al espíritu infernal de venganza y saña.

Así las estancias que fueron arruinadas respondían á las especulaciones de tal ó cual Comandante, ó de alguno que otro favorito de los sitiadores, que se hicieron de fortuna á costa de la ruina del país.

Nunca hemos podido resolver qué era lo que pretendía Oribe con dejar arruinar su país, y solo nos lo esplicamos como una especie de ofuscación de que era víctima, permitiendo semejante crueldad.

Y es que aun mismo no llegaban á su conocimiento muchos de los desmanes que se cometían.

Sabemos que pasando, despues de pronunciado Urquiza, por el *pastoreo* que hemos citado, donde siendo jóven había ido muchas veces con mi padre, preguntó al general Brito del Pino que iba á su lado, qué lugar era aquel, y dicho general se lo nombró, y entonces detuvo su caballo y presenciando en qué se había convertido aquella hermosa quinta, que mi abuelo don Antonio Pereira había formado, con las proporciones de hacer allí, un lugar pintoresco, de verdadero solaz y de paseo; dice que exclamó:

« ¡ Jamás lo habría creído ! » y bajando la vista, siguió pensativo por mucho tiempo su camino.

¡ Á cuántas congeturas no se presta esto que me ha sido relatado por el general Brito del Pino, y cuántas cosas no explica, que Oribe ni sabía pero sobre las que debía asumir responsabilidades!....

Los jefes de Rosas, salvo alguna excepcion, trataban de hacerse de fortuna, y como no era su patria, poco les importaba arruinarla.

Sabemos que algunos de ellos la consiguieron, pero lo que es mal habido no luce mucho tiempo, como dicen ; y pronto se arruinaron.

Entre ellos recordamos á Maza, que ostentaba una gran fortuna al terminarse la guerra y que al poco tiempo la perdió en locas especulaciones y se arruinó.

Por aquel tiempo un crimen horrible tuvo lugar, cometido en una persona muy conocida de la sociedad. Doña Ramona Perez, que se habia casado en segundas nupcias con un tal Cortés, habia sido hallada muerta en su cama, de un balazo pegado en la sien.

Corrió pronto aquella infausta nueva y todos sus conocidos fueron á saber lo sucedido. Se supo que habia sido su mismo esposo Cortés que habia cometido aquel crimen, por quedarse con su fortuna, pues se habia casado con ella á pesar de una gran desproporcion de edad, y solo con ese objeto.

Para cometer su crimen se habia valido del sueño de la victima y con una pistola pequeña le habia descerrajado un tiro en la sien, dejándola muerta en el acto.

Despues le lavó la sangre, le tapó la herida, la peinó; le puso bien arreglado el pelo donde le habia dado muerte y empezó á dar voces á los criados que vinieran, que su señora la habia hallado muerta talvez de algun accidente durante el sueño, queriendo hacer creer que habia fallecido repentinamente.

Pronto se conoció la supercheria, por la extraña agitacion en que estaba y por algunas gotas de sangre que se notaron salir aun de la herida, y como Cortés no estaba bien reputado, y se le tenia por un mal hombre, las sospechas recayeron en que debia haber sido su matador, y fué inmediatamente preso y se supo toda la verdad de aquel crimen; que aun hoy á los que lo recordamos, nos estremece; pues además de ser muy conocida, fué doña Ramona Perez una señora muy apreciada en la sociedad y muy humanitaria.

Aun existe la casa donde se cometió aquel crimen.

Queda en la calle de Buenos Aires entre Zabala y Alzaibar; es una casa de alto, con techos muy bajos; la escalera á la misma puerta y no ha sido aun modificada en nada.

Y ¡qué coincidencia! en esa misma casa, muchos años despues, apareció ahorcado de un tirante uno de sus moradores sin saber la razon....

Hubo por aquellos tiempos un gran escándalo.

Una noche de funcion en el teatro de San Felipe, frente á él, se hallaron tres damas muy conocidas, de nuestra sociedad, en casa del doctor Pico, argentino emigrado, y que habia citado á la misma hora y que encontrándose se insultaron y se habrian ido á las vias de hecho sin la pronta intervencion del doctor Pico.

Aquel incidente fué muy comentado y por mucho tiempo no se habló mas que de él y la reprobacion fué tanto mas cuanto que, nuestra sociedad, fué siempre un modelo de moralidad y pocos ejemplos existen de casos semejantes.

He citado á mi abuelo don Antonio Pereira y no he hablado de él mas que transitoriamente.

Merece consignársele un recuerdo afectuoso porque fué un hombre lleno de escelentes cualidades; caballero en toda la estension de la palabra, y de una humanidad extrema, tanto que, como hemos dicho antes, se le podia llamar un filántropo porque era un verdadero padre de los pobres.

Residia siempre en su propiedad llamada de *Pastoreo de Pereira*, que hemos citado, y todos los alrededores estaban llenos de pobres á quienes socorria.

Mandaba matar una res diaria tan solo destinada á esos desvalidos.

Su casa y su mesa estaban siempre prontas para recibir huéspedes, que eran tratados con todo cariño y miramientos. A cualquier hora del día ó de la noche eran recibidos todos los que allí iban, contando con ser bien tratados y con ser recibidos como verdaderos amigos.

Así es que fué siempre muy querido y respetado mientras vivió, y en todos los azares de la política de nuestro país, todos los miembros de los partidos en que estaba dividido el país lo respetaron siempre.

Recordamos un incidente: estaba el general Rivera almorzando en su casa, acompañado de uno de sus jefes que habia hecho algun desman en la chacra. Rivera interpeló á mi abuelo de cómo habia sido aquello, y entonces le expresó con alguna irritabilidad lo que habia pasado.

Entonces Rivera, con el carácter chusco que le era peculiar, despues de haberlo oído, le dijo: *pues aqui lo tiene usted presente.*

Mi abuelo no se paró por ello y dirijiéndose á él, le echó una buena peluca á pesar de presentarle sus excusas, y no volvieron mas á cometer tropelias en su chacra.

A pesar de ser español, era amigo de la revolucion, pues comprendia que bajo el régimen absurdo

que habia implantado la madre patria en estas regiones, estos pueblos retardaban su desarrollo progresista y no llenaban los destinos que la Providencia les señalaba.

Deseaba la emancipacion, pero con el órden y lamentaba que viviésemos en continuas discordias y sufría como si fuese hijo de la tierra al ver cómo nos despedazábamos.

Durante sus últimos años, perdió la vista y disgustado por esto como por la situación que atravesábamos, murió á los ochenta y cuatro años de edad.

Su muerte fué muy sentida y en su acompañamiento fueron todos los pobres á quienes socorria.

El general Lecor lo estimó mucho y era donde casi siempre pasaba cuando tenia que salir de la ciudad para la campaña y trataba á mi abuelo con todo cariño.

Sabemos que el general que citamos era un hombre extremadamente educado y muy accesible, que sabia grangearse las voluntades y hacerse simpático á pesar de ser el jefe de las fuerzas que habian invadido y sometido al país al yugo extranjero.

Una de las ocasiones que mi abuelo le dió un banquete á él como á sus jefes, estaba como de costumbre lleno de cumplimientos Lecor y viendo que la mesa estaba servida y solo lo esperaban y cansado ya de llamarlo :

Excmo. señor, le dice, *Excmo. demonio, hasta cuando esperamos que concluyan esos cumplimientos y venga á comer.*

Lo que le causó al general Lecor una gran gracia y pasó en seguida al comedor.

Siendo Alcalde de primer voto manifestó gran entereza y raras cualidades.

En la invasion inglesa, desempeñó un papel importante y á sus acertadas medidas se debe en gran parte la resistencia que hizo esta plaza despues de la fuga del Marqués de Sobremonte.

Ejerciendo su cometido de encargado de la justicia tuvo lugar un asesinato misterioso; un hombre habia sido hallado muerto en su cama y robado y nadie podia saber quién habia sido el autor.

Mi abuelo hizo venir á todos sus dependientes y conocidos y los hizo poner frente al cadáver, para ver qué impresion les hacia; todos se lamentaban de aquel crimen, pero sin mayores demostraciones, hasta que uno, en quien menos sospechas recaian y que por lo contrario de los demás, se manifestó lo mas conmovido haciendo tantas demostraciones para hacer sentir cuánto no apreciaba al muerto, hasta besar el cadáver y llorar sobre él, que á mi abuelo no le quedó duda de que aquel era el asesino por tantas demostraciones, y haciéndolo prender, contra la opinion de todos, resultó que efectivamente habia

sido él, pues se le encontró el robo en su casa; y últimamente confesó su culpabilidad ante la clara evidencia de las pruebas que lo condenaban.

Fué una feliz inspiracion aquella y debido á ella fué que no quedó impune aquel crimen.

En el asalto y toma de esta plaza por los ingleses el año de 1807, siendo Alcalde Gobernador, hizo cuanto humanamente es posible por hacer firme la resistencia, tomando las medidas necesarias para el sosten de la plaza.

Cuando entraron las fuerzas sitiadoras como á una plaza tomada por asalto, á fuego y muerte, llegando hasta el Cabildo, subieron, y allí se encontraron con las autoridades que en pié y en sus puestos los recibieron. Y ya iban á ser victimas del desenfreno de aquellas gentes, cuando un oficial de ellos les hizo comprender que debian respetarse aquellas personas, pues eran las autoridades.

Debido, pues, á tan oportuna proteccion fué que no fueran sacrificados aquellos hombres que llenaban sus deberes en aquellos momentos, y que la verdad sea dicha, los ingleses respetaron; lo que les hace honor, pues de la manera como entraron y en la confusion y desórden en que se hallaba la ciudad, no habria sido extraño cualquier acto violento que habria dado lugar á la reprobacion despues.

Los ingleses, pasado el primer momento de

confusion que era natural en una plaza tomada por asalto, no solo hicieron cesar toda violencia, sino que trataron de evitar todo desórden y garantizaron las vidas de todos haciendo efectivas toda clase de seguridades.

Abrieron la plaza al comercio inglés y en pocos dias se llenó ésta de toda clase de mercaderias que se vendian con toda libertad.

¡ Qué diferencia de las restricciones que la madre patria imponia á sus colonias con la liberalidad con que los ingleses procedian !

Muchas veces nos decimos qué hubiera sido de estos pueblos si se hubiera prolongado algunos años mas la dominacion inglesa ó si al Alcalde Álzaga no se le hubiera ocurrido en último momento de firmarse el tratado con el general inglés, de agregar tambien la evacuacion de la plaza de Montevideo, ¿ cuántos adelantos no habriamos tenido ?

Nunca olvidaré la impresion que me hacia en mis primeros años la llegada del dia de Reyes.

Nos hacian poner un zapato afuera y nos decian que á la noche los reyes magos nos dejaban algo á los niños que se portaban bien.

Asi es que en esa noche no pensábamos en otra cosa sino en lo que nos pondrian, y el dia de ellos nos encontrábamos con porcion de juguetes y golosinas.

Poco á poco fuimos comprendiendo que aquello no era como nos decían y que eran los de la casa los que ponían aquellos objetos, pero nos callábamos y nos hacíamos los crédulos, pues es propio de la malicia de los muchachos pensar lo malo, y que creemos lo que nos dicen.

Y ahora que hablamos de los Reyes, recordamos los famosos *Candombes* que esos días tenían lugar entre los negros y que eran por los alrededores de la ciudad, y que todos iban á ver.

En ese día había la costumbre de que los reyes de las diferentes naciones de negros que había, se vistiesen de generales, con uniformes que les prestaban, y que haciéndose anunciar, visitaban á todas las autoridades del país, Presidente y Ministros y á los miembros del Cuerpo diplomático, que los recibían y trataban como si fueran categorías.

Tenían que ver esas recepciones, en las que solía haber refrescos, y que á lo mejor salía alguno de aquellos reyes, olvidándose del papel que representaba, con algun *es verdad, mi amo*, ó con algun dislate que los traicionaba y que no podía dejar de hacer reír á pesar de que se les tratase con toda formalidad.

Aquellos días eran días de espansion para aquellas pobres gentes, y se divertían grandemente esos desheredados de la fortuna, á quienes habían arran-

cado de su patria y de su familia y los habían traído á pais extraño y los habían vendido como si fuesen bestias de carga y no séres humanos.

Otro de los entretenimientos de los paseantes por la calle Sarandí, era ver los diferentes objetos que colgaban los presos de las rejas de la cárcel, que estaba en los bajos del Cabildo.

En pequeñas bolsitas, que alargaban con cañas, había mates labrados, huevos de avestruz con las armas de la patria y porcion de adornos; escarbadietes de hueso labrados, y, en fin, un sinnúmero de menudencias que le compraban los que pasaban poniéndoles en la bolsita lo que uno queria.

Allí uno de aquellos desgraciados inventó una fosforera sumamente ingeniosa, que da al que no la conoce mucho que hacer para poderla abrir, pues es preciso poner abajo la tapa para conseguirlo: consistiendo el secreto en un pequeño grano de arena que tiene dentro que impide el que se abra sino así, pues intercepta el que se haga de otra manera sino dándola vuelta y que caiga el granito á una pequeña concavidad que contiene.

Entre los barrotes asomaban la cabeza aquellos desgraciados, que veíamos con lástima los que pasábamos por aquella calle.

Entre aquellos se veia al famoso *Jorobado*, cuyos robos le han dado renombre, pues era un ladrón de

renombre y á la alta escuela como que en ambas márgenes del Plata dejó pruebas de su extrema habilidad para apoderarse de lo ageno.

En Buenos Aires vi una joyeria que habian sido desbaliadas sus vidrieras, de porcion de alhajas de valor por medio de un agujero que habia abierto en la persiana de fierro que guardaba la vidriera pareciendo casi imposible que pudiera haber realizado aquello.

De estas habilidades se contaban por centenares sus hechos, y llegó á ser el terror de Montevideo y Buenos Aires, pues no habia escritorio que no descerrajase ni puerta que no abriese.

Muchisimas veces fué preso aquí y allí, pero siempre conseguia escaparse y cuando lo realizaba estaba algun tiempo sin hacerse sentir ni saberse de él, hasta que cuando creia que ya se habian olvidado de su fuga, daba algun nuevo golpe de suma audacia.

Fué, pues, por mucho tiempo la preocupacion constante de las gentes, y el quebradero de cabeza de la policia.

El mercado viejo que habia sido abierto en la antigua fortaleza y que hace poco fué echado abajo incorporándola á la Plaza de Independencia, era la travesia de mayor concurrencia para tomar la calle 18 de Julio.

De uno y otro lado habia puestos, y afuera paraban las carretas con verduras y frutas.

Muchas familias iban á la siesta ó á la tarde á comer sandias allí para refrescarse, sin ninguna clase de reparo, es verdad que la gente era entonces mas sencilla que ahora, y no guardaban tantas etiquetas. Tampoco tenian miedo como ahora de que las hiciesen daño y aun creian que era una fruta sana; no como al presente que la tienen por dañina cuando no es así, y juzgan por alguno que la comió y que habiendo hecho algun desarreglo ó habia estado predispuesto á algun ataque y que murió, que las sandias son nocivas á la salud, y se les tiene miedo.

La verdad es que no hay motivo para ello, y que es una fruta refrescante y de gusto sumamente agradable, muy azucarada y que no tiene principio dañino que pueda alterar la salud.

De la naranja habia la misma preocupacion, y me acuerdo que cuando niño decian de ella que por la mañana era oro, por la tarde plata y por la noche mata.

El modo de matar los perros entonces era un espectáculo bárbaro y de una crueldad extrema.

Los enlazaban como si fuesen reses, y despues á puñaladas los ultimaban. Cierta ocasion que iba á la escuela, me encontré con que un pobre perro que

habia podido escaparse del lazo, vino á echarse á mis pies, haciéndome fiestas, como pidiéndome proteccion, instintivamente previendo su muerte, de la que huia; me compadeci en extremo de aquello y quise salir en su defensa, diciéndoles á sus perseguidores que el perro era mio y que les daría algo para que no lo matasen.

Uno de los que lo perseguian, quiso dejármelo, pero el otro no me hizo caso y contra mis ruegos y súplicas que no oyó, lo sacrificó á mis propios ojos: lo que le valió que le increpara con fuertes palabras aquella accion.

« Yo no sé de nada, me contestó; sólo sé que cumplo con la órden que tengo. »

Y me quedé condolido de no haber podido conseguir mi deseo.

Era pues un espectáculo denigrante y que sin embargo duró muchos años, y que se hacia por la policia en medio de la algazara de los pilletes y de gente brutal que se complacian y prestaban su ayuda en esos casos.

Otro de los espectáculos que más me conmovian entonces, era tambien ver á los pobres enagenados de la razon, por las calles perseguidos por los muchachos. En el Hospital de Caridad que era la única institucion benéfica que habia entonces, no habia capacidad bastante para contenerlos, y andaban

muchos de aquellos desgraciados sueltos por las calles.

Recuerdo al pobre Gimenez que era un hombre de figura bizarra y atlética y que era el terror de todos, pues cuando se enfurecía, á la misma policia la imponía, pues tenía unas fuerzas extraordinarias y no había cómo poderlo sujetar.

En cambio el que se conocía por el nombre de Lotas, era manso, y lo único que hacía era abrazar á todos, particularmente á las mujeres. Siempre iba tapado con un cobertor y era de una ligereza extrema.

Recuerdo que una vez estando en el colegio de Mr. Rey, casi todos los muchachos en el patio á la espera de que se abriesen las clases, entró Lotas, y se convirtió en poco tiempo aquel patio, en una verdadera plaza de toros, hasta que vino Mr. Rey y pudo conseguir llevarlo fuera.

Pero antes había entrado á la cocina, y haciendo huir á la cocinera, se apoderó de las ollas y se engulló todo el almuerzo que estaba preparado para el maestro.

¿Con cuánto interés no veían mis ojos los escaparates de algunas tiendas? Recorría la calle del 25 y aquellos juguetes me parecían hablar, que cada uno podría hacerme feliz y no descansaba mi imaginación hasta no poseerlo.

Recuerdo que era un parroquiano constante en la casa de librería de don Pablo Domenech, que tenía una porción de santos de barro pintado, y otros muñecos que le compraba continuamente. En aquella casa, veía reunidos á una porción de españoles que habían sido refractarios á la revolución, y que allí hablaban y tigereteaban á su gusto, sobre todo lo que pasaba en el país, saliendo siempre con el estribillo, *esto no pasaba cuando la España gobernaba*.

Allí charlaban hasta las nueve ó lo mas tardar hasta las diez de la noche, y despues de haber criticado á su gusto á todo bicho viviente, se retiraban muy tranquilos á sus casas. Los *godos* les habían llamado en tiempo de Artigas, y les quedaba ese nombre aún: todos eran ya ancianos y conservaban sus costumbres como de otro tiempo.

Tambien me quedaba de paso la casa de negocio de Vila cuando iba á la escuela. Allí habia de todo; era una especie de almacén largo que no estaba embaldozado, y que ni aun las paredes estaban revocadas y en el que las telas de araña colgaban de su techo que era un primor. Sobre los estantes llenos de polvo, habia cuadros, muñecos representando á los toreros en la lidia, en sus diferentes actitudes, ya picando, ó poniendo banderillas ó en el acto de matar al toro, que hubiera dado no se qué por poseer.

Pero en donde verdaderamente me extasiaba era en las vidrieras de la casa Maricot.

Allí habia en qué poder satisfacer mis aficiones juveniles y mis atrayentes deseos, pues era una casa lo mas bien surtida en todo, y que recibia novedades continuamente de Europa.

Allí era donde los padres inducidos por sus hijos tenian precisamente que comprar algo; y se hizo de esta manera en poco tiempo de una regular fortuna, retirándose despues para su país.

Despues que fui creciendo mis mayores ambiciones eran los libros, así es que las librerias nunca tuvieron un mayor concurrente que yo, y todo lo que podia lo gastaba en libros; esta costumbre me ha quedado siempre, y la ambicion de conocerlo todo y estar al corriente de lo último que se publica, ha sido constante en mí.

Uno de los españoles mas vinculado á nuestras cosas era el doctor Sagra, ó el gallego Sagra como lo llamaban. Ejerció diferentes cargos públicos y ocupó mucho tiempo la direccion del Hospital de Caridad.

Era un hombre capaz y de bastantes conocimientos; muy accesible y sociable y que tenia un gran partido, pues poseia el don de acapararse las voluntades de los que lo trataban.

Se cuentan infinidad de anécdotas de él, y buenas

y excelentes ocurrencias de nuestras cosas y de nuestros hombres.

Tenia gran influencia con las damas y cuando cayó enfermo de muerte, casi todas se congregaron y se hicieron cargo de la existencia del enfermo. Formaron Comisiones para recibir las visitas; para darle los alimentos, para velar de noche, y lo hacían por turno.

Otro de los españoles que figuró también en nuestras cosas políticas fué don José de Bejar.

Se había casado con una hija del país, de la familia de San Vicente y se había arraigado en el país. Era un hombre sumamente bondadoso, muy educado, de maneras distinguidas; algo sí pusilánime y que no sabemos cómo podía haberse comprometido en nuestra política militante, pues fué varias veces Ministro en aquella aciaga época del sitio.

Estaba muy ligado con mi padre, y como vivía al lado mismo de nuestra casa, la relación se hizo más estrecha entre su familia y la mía.

Sintiéndose enfermo gravemente, hizo un viaje á Europa por consejo de los médicos y lo acompañó un hijo del doctor Ferreira, muriendo al poco tiempo de haber llegado.

Y hablando de españoles ¿quién no recuerda á don Pedro Zumarán? Tenía el don de la sociabili-

dad y era de un carácter verdaderamente jovial y ameno. Su casa fué siempre donde se hallaba la buena sociedad, y sus reuniones fueron excelentes. El día de San Pedro era esperado con ansia, por todos los aficionados y amantes de Tersipcore, y los salones de su casa se abrían para recibir lo mas selecto de aquí como tambien de Buenos Aires.

Recuerdo que don Pedro tenia la costumbre de romper y cerrar el baile con algun wals que bailaba con alguna velocidad con alguna dama, y esta costumbre la conservó siempre, pero cuando ya fué entrando en años las piernas le flaqueaban y mas de una vez lo vimos rodando: así es que últimamente le temian y sólo por compromiso accedían á bailar con él.

Era uno de los españoles que mas estaba ligado con los hijos del país, y aunque no habia dejado de ser español quería á esta tierra.

Era y fué muy querido de todos y se le perdonaban algunas ligerezas que eran peculiares de su carácter, en cambio de las excelentes cualidades que lo adornaban y que lo hacían apreciar de todo el mundo.

Desagradable fué la impresion que hizo á mi padre el espectáculo que presentaba la quinta al terminarse la guerra.

Recuerdo que fuimos á verla á los pocos días y

era una ruina toda la casa, todas las paredes caídas, los techos, los pisos, las puertas y aun los marcos habian sido sacados, y la quinta era un inmenso cardal que á un hombre á caballo lo tapaba. El terreno estaba como sembrado de balas de las que aun hoy se encuentran muchas.

Todo lo que habia sido plantado, habia sido arrancado, y ni vestigios habian quedado de aquella hermosa quinta que mi padre habia formado con tanto interés y en la que habia gastado mucho.

Es verdad que allí habia sido el teatro de la lucha diaria; el mirador de Pereira y el de Suarez, como el de Artola, se habian escogido para defensa y como puntos estratégicos y continuamente se luchaba en aquellos sitios que servian como baluartes.

Mi padre se sintió tan emocionado al presenciar aquello, que inmediatamente se hizo trasladar á la ciudad en el carruaje que lo habia conducido permaneciendo sólo algunos momentos allí.

No era para menos, pues habia dejado al empezarse la guerra aquel lugar tan lleno de atractivos, en el que tanto empeño habia puesto para formar un recreo para su familia, y hallar todo en ruinas y que ni vestigios habian quedado de lo que habia sido; era para producir el efecto mas terrible en el ánimo de cualquiera.

Poco tiempo despues mandó arreglar la casa y

la quinta; y bajo la direccion de Faucon de quien ya he hablado se reformó bajo su inteligente iniciativa.

Mi padre pudo recuperar muy poco de lo que en la guerra habian sustraído; ya las estatuas que figuraban en el jardin, sabemos que habia tenido que comprarlas á la gente de Brown que las habian llevado á la ciudad, y unas macetas tambien de mármol que habian sido llevadas al Cuartel General del Cerrito para hacer no sé qué uso de ellas, terminada la guerra, las reclamó y le fueron entregadas por el que las tenia.

Aunque deterioradas y sin las bases, fueron colocadas al frente de la casa de la quinta y es aun donde están.

Esto fué todo lo que pudo conseguir de lo que le fué sustraído, pues la casa cuando empezó la guerra estaba toda en condiciones de vivir en ella, con las comodidades necesarias para residir mi padre y su familia.

Todos los intereses como sabemos, habian sido confiscados por Oribe y cuando concluyó el sitio, aquellos intrusos no tuvieron mas remedio que entregar los intereses á sus legitimos dueños.

Hubo uno muy célebre que ocupando el Pastoreo por obra y gracia de Oribe, se creyó de tan buena fé que era su dueño, que se negaba redondamente á

salir de allí, y no hubo mas remedio que la justicia le hiciera desocupar á la fuerza aquellos terrenos. Las estancias habian sido tambien donadas á diversas personas, y recuerdo que parte de ellas, lo habian sido á don Cárlos Anaya, á quien es preciso hacer la justicia de suponer que nunca pensaria en la validez de semejante donacion, hecha por quien no era su dueño ni podia disponer de bienes ajenos.

Así es que en estas restituciones hubieron casos de algunos pleitos y cuestiones, pero que no podian durar mucho, pues estaban anuladas aquellas donaciones por el hecho mismo de su provincia.

Es preciso que el país sea tan rico como es, para haber podido soportar aquella desastrosa situacion y la que le siguió despues; en que tantas torpezas, tropelias y desmanes se hicieron y que viviendo en continuo desórden y arruinándolo todo, renaciese con nuevo vigor y mas vida de sus propias ruinas como el ave Fenix de sus cenizas.

Y pocos pueblos han experimentado mas revces de la negra fortuna; pues en tiempo de España las escursiones de los portugueses, hacian *razzias* continuas en nuestra campaña y en el año 1817 fué tan grande que no quedó ni una sola vaca en el territorio, y sólo alguno que otro animal alzado que se guarecia en los inmensos bosques de nuestra campaña.

Y en la guerra de Oribe, fué tal el estado en que quedó nuestra campaña que la ruina mas espantosa era lo único que ofrecia á los pobladores de haciendas.

Recuerdo con la gracia que un portugues hacendado en el pais, y que habia sufrido como tantos otros los efectos de la guerra, nos decia de ella:

Eu a chamo a guerra loca con a diferença das outras, porque não ficamos doidos, enton não sei porque.

¡Con qué interés recuerdo que mi padre me hacia ver que era preciso aprovechar el tiempo y no desperdiciarlo en cosas inútiles!

Siempre me repetia aquellos versos:

Corre el tiempo, vucla y va ligero,
Y erraria el que pidiera
Que el tiempo ya volviera
O se fuese el tiempo ya.

.....

que han quedado en mi memoria y que parece que al recordarlos oigo el dulce acento de mi padre.

Tenia la ambicion de hacer de mí un hombre ilustrado, pero á la vez queria que fuese honrado y mas que todo esto.

Mi padre lo era tanto que no habia nada que lo sublevase mas que una accion mala en las personas

ó una falta de honorabilidad en cualquiera y sobre todo la inmoralidad lo sublevaba.

Era de un carácter tan honrado y tan recto que creía que todos debían serlo y no comprendía que los hombres están sujetos á debilidades y vicios que los hacen delinquir, y á pasiones que los arrastran al cieno y á la ruindad.

He hablado de mi cuñado Luis Faucon y muy lacónicamente. Debo consignarle algunas líneas á su recuerdo, pues lo merece.

Era un caballero perfecto y poseía una excelente instrucción

Había estado como socio en casa de don Pablo Duplessis y se había labrado una regular fortuna. Tenía un hermano, también con el mismo nombre, que no era menos instruido y que estaba muy versado en las letras y en la literatura.

Mi cuñado me quería en extremo y hacía tales elogios de mí que los creía inmerecidos ó exagerados.

A pesar de mi poca edad se complacía en conversar conmigo y me buscaba dificultades en la conversación para que las resolviese; algunas veces lo contradecía, y nacía de esto discusiones que duraban algún tiempo, y en las que á veces tomaban parte otras personas.

Tan buena opinión tenía de mí que recuerdo que

en cierta ocasion que estaba pasando una temporada de campo, me vino á pedir en nombre de mi maestro Mr. Rey, que hiciera todo lo posible por asistir á los exámenes, para los que no estaba preparado y que debian tener lugar dos dias despues del que me habló.

Era tan corto el plazo que no creia que pudiera presentarme á esa prueba, pues eran diferentes materias de las que nos debian examinar, y asi es que me opuse terminantemente á ello, buscando algunos pretextos para no hacerlo.

Pero Mr. Rey insistió y mi cuñado tambien, asi es que no tuve mas remedio que hacer lo que me pedian, y en esos dos dias me puse con todo empeño á repasar lo que habia aprendido y asistí á los exámenes.

Formaba como Presidente de la mesa el doctor Juan Carlos Gomez, y salí bien á pesar de desconfiar del resultado que podria tener con tan poco tiempo que habia tenido de repaso, en tantas materias como se cursaban en aquel colegio.

Mr. Rey de quien he hablado, y que educó á casi todo lo mas florido de la juventud de mi tiempo, era un hombre ilustrado y honorable, y que al frente del colegio que regenteaba daba pruebas de su competencia.

No tenia mas defecto que se irritaba enorme-

mente, y que á veces perdía la paciencia con algunos muchachos incorregibles. Lo que es conmigo, como ya creo haber dicho, siempre le merecí distinciones y fui su discípulo predilecto; así es que debo á su recuerdo una grata memoria.

Entre los mas gratos recuerdos que han quedado mas profundamente grabados en mi corazón, existen las finas atenciones y solicitudes de todos aquellos que pusieron algun empeño y dieron pruebas de interés en prodigarme su cariño en aquella edad en que tanto agradecemos que se nos mime.

Para ellos y para los que me han instruido siempre mi corazón ha tenido un culto especial, y nunca se borrará de mi memoria su grato recuerdo.

Entre la familia de mi madre, se distinguía mi tío el canónigo don Pedro Pablo Vidal, persona sumamente ilustrada, y que habia figurado entre los miembros del Congreso Argentino.

Desterrado por Rosas habia tenido que refugiarse en Montevideo.

Era un hombre alto, delgado, de facciones sumamente delicadas; poseía el don de gentes en grado extraordinario, tanto que se hacia simpático á primera vista.

No estaba en edad de poder juzgarlo ni menos apreciarlo como orador sagrado, pero segun me aseguraban, era notable tanto por su ilustracion como por la facilidad de su palabra.

Su casa era el centro de los emigrados argentinos, y lo visitaban constantemente. Estaba al cuidado de su hermana doña Juana Vidal de la que no puedo dejar de consignar, que era una de las mas educadas y sociables damas que he conocido, y que mas honraba nuestro centro social.

Poseia el don de hacerse querer, y siempre estaba rodeada de personas que estimaban y sabian apreciar sus raros méritos y virtudes.

Murió de una manera horrible; un dia de mucho frio, al pasar por un calentador que tenia en su pieza se detuvo para calentarse y sin saber cómo, se le prendió fuego el vestido, y cuando quiso acordar fué toda llamas.

Era un dia muy frio y de mucho viento, y en el aturdimiento que le produjo aquello, salió á un patio á dar voces de socorro; pero cuando acudieron, era ya tarde, pues toda era una llaga viva y casi estaba carbonizada. Vivió sólo algunas horas y murió presa de los mas atroces dolores.

Honda sensacion hizo entre todos los que la conocian y la habian tratado, tan triste desgracia, y por mucho tiempo el recuerdo de aquel terrible fin quedó grabado en el corazon de sus amigos.

Mi tio el canónigo Vidal habia muerto mucho antes, aun en buena edad y fué profundamente sentida su muerte, pues además de sus dotes que lo

hacian digno de la consideracion pública, era el verdadero protector de muchos de los emigrados á quienes amparaba con toda solicitud y cariño.

Habia tambien en la familia otro tio, llamado don Daniel Vidal, era giboso y hermano de aquellos y que era el prototipo de la caballerosidad y de las mas distinguidas maneras.

Jamás desmintió su refinada educacion y siempre que lo vi y hasta su muerte, reveló un natural bondadoso y fino.

Sumamente agradable en su trato, se hacia querer de todos; tenia como una devocion todos los dias visitar á todos sus hermanos y parientes.

Recuerdo que me hacia algunas cometas y que en la campaña las remontaba; eran primorosamente hechas y siempre con lindos flecos de diferentes colores y bien pintadas y adornadas, llevando algunas pequeñas campanillas.

Tenia otros dos tios hermanos de los precedentes llamados don Carlos y don Bonifacio, escelentes caracteres, honrados á toda prueba y que eran amigos inseparables.

Se querian en extremo, y era cosa particular, pues continuamente vivian en una eterna contradiccion; si uno decia una cosa el otro sostenia lo contrario, pero jamás los vi enojados, y aunque porfiaban todo el tiempo que estaban juntos, cuando

se separaban se andaban buscando y no se hallaban el uno sin el otro, como Castor y Pollux ó Orestes y Pilades.

Excelentes personas eran aquellos parientes y los recuerdo con todo cariño.

No debo dejar de consignar en este libro, á una verdadera notabilidad, que aunque no era del país, nos pertenecía por el cariño que tenía á sus hijos y y al suelo que le había dado hospitalidad.

Hablamos de don Manuel Besnes Irigoyen, que en el arte de la caligrafía no tenía rival.

Su obra, verdaderamente maestra, es el cuadro caligráfico sacado del Descendimiento de la Cruz de Rubens.

Es una obra que revela un gran talento y raras disposiciones en aquel arte; nadie ha podido alcanzarlo y superarlo menos.

Fué su discípulo don Pablo Nin y Gonzalez, que es tan bueno en ese arte como su maestro y que tiene entre sus muy buenos y excelentes trabajos un gran cuadro alegórico de la República que ha merecido grandes distinciones en todas donde se ha exhibido.

¿Cómo no hablar también de don Juan Manuel Bonifaz, en cuyo colegio se educaron tantos jóvenes que figuraron en nuestro país después?

Era Bonifaz un verdadero apóstol de la enseñanza.

Había consagrado la vida entera á la digna carrera de maestro, y todo su tiempo fué poco para dedicarlo á la instruccion. Habia compuesto diversos libros de enseñanza, y los habia reducido á versos asonantes y por ese modo los hacia retener en la memoria de la juventud.

Si no tenia gran mérito por su parte literaria y doctrinal, aquel trabajo siempre se debe apreciar por la idea que lo ha impulsado.

Tenia que ver como á son de música, pues para esto hacia venir algunos músicos de esos ambulantes, y con algun aire conocido y que se adaptaba á lo que se estudiaba, hacia cantar en coro á todos sus discipulos hasta los preceptos de gramática ó de algun otro libro que habia reducido á versos. Se convertia el colegio en un verdadero infierno de gritos descompasados, como podrán figurarse que debia suceder entre muchachos, en que no podia esperarse sino confusion de voces, unas muy altas y otras bajas, y que no podia existir armonia, pero se conseguia el resultado, que era el de hacer retener en la memoria los principios de la enseñanza. Habia para quien los oyese motivo mas que suficiente para taparse los oidos, pues era aquel canto descompasado y atronador, pues los muchachos con toda la fuerza de sus pulmones gritaban y á quien lo hacia mas fuerte.

Aun recuerdo, pues como he dicho antes, fui también su discípulo, y que me quiso en ese tiempo y después mucho, pues conservé su amistad y predilecto cariño hasta su fallecimiento, algunos de aquellos preceptos gramaticales que cantábamos al son de alguna flauta acompañada de algún violín que tocaban los músicos que he referido.

Nunca podré olvidar lo que cautivaba mi atención en aquellos tiempos el ir los muchachos en congregación y que se me destinase á mi para llevar el estandarte. Era el colmo de mi felicidad, y en los días de *Corpus*, cuando asistíamos á las funciones, en aquella forma y concurríamos á las procesiones, me parecía no pisar la tierra sino estar en el cielo.

Cuando flameaba por el viento el estandarte que llevaba y que las borlas de oro con que estaba adornado se movían de un lado para otro, según la impulsión que les daba, me deleitaba en extremo.

Este recuerdo, como otros más, de mis impresiones juveniles, aun me hacen feliz, pues recordamos, con contento todo lo que de aquella edad se refiere, y le conservamos todo el culto de nuestro corazón.

Verdaderas nimiedades son sin duda que aun no se debieran referir, pero como están rodeadas de inocencia y de candor, tienen interés y el mérito de su sinceridad.

A la vuelta de nuestra casa vivía don Pascual

Costa; su señora, doña Maria Trápani era muy amiga de mi madre, y todas las noches se visitaban.

Se jugaba á la loteria de cartones en su casa á tres vintenes el carton y se pasaba allí hasta las once.

No he visto en nadie una afición al juego como en don Pascual. En la loteria de la Caridad formaba cálculos que segun él debían salir bien para sacar las suertes grandes; y formaba sociedades con algunos amigos; sus cálculos es en vano decir que la mayor parte de las veces salían frustrados; pero algunas ocasiones acertaba.

Su escritorio estaba rodeado de estantes llenos de papeles, todos de reclamaciones al Estado, por deudas que le debían. Creo que muchas de ellas dimanaban de papeles que habia comprado muy baratos y que trataba de negociar. Era un reclamante constante al Gobierno que se habia acostumbrado á vivir de los negocios que podia suministrarle y que continuamente se le veía en las oficinas de los ministerios.

Por el estilo, eran don Fabio Mainez y su hermano don Francisco, que eran reclamantes no sabemos de qué deuda, pero que siempre los Presidentes y Ministros los tenían de visita.

Pero el prototipo de los reclamantes permanentes fué don José Maria Esteves. Ese siempre te-

nia cuentas que saldar con el Gobierno por anticipos de dinero que cobraba con un interés judaico, y por proveedurias y otras proveniencias.

Habia entre infinitas sanguijuelas verdaderas que le chupaban la sangre al estado, otro personaje, entre los muchos extranjeros que se afiliaban al partido colorado, para explotar al país, un francés, llamado Le Long, que era una especie de pesadilla que tenían todos los gobernantes y que no podían librarse de él, pues en todas partes se les presentaba. Y el célebre Gonouilhou, pobre relojero que vivía cerca de la Universidad, y que no sabiendo qué hacer, pues su oficio no le daba gran cosa, se entretenía en seguir los cursos, que allí se daban, y se graduó de doctor cuando menos se esperaba. Verdaderamente no se habría perdido nada con que no hubiera pasado de relojero, pues como doctor dió mucho que hacer á los Gobiernos, con sus continuos reclamos de deudas, que había comprado á vil precio. Para conseguir mejor sus monstruosos reclamos, se valía de la calidad de extranjero, y venían muchas veces precedidos de intervencion de su Gobierno. Así que pudo muchas veces conseguir que se le pagaran deudas verdaderamente exageradas.

Cobró en una ocasion dos veces una deuda, porque en un arreglo que hizo con el Gobierno existía la cláusula de que si se demoraba el entregarle una

cantidad mensual sobre su reclamacion, era bastante para que el reclamante tuviera derecho á cobrar nuevamente la suma completa en que computaba su reclamacion, como si no hubiera recibido nada. Creo que era de un millon y medio; y cuando debia el Estado abonarle la última cuota, desapareció y el Gobierno lo hizo buscar por todas partes, hasta viendo que no aparecia se depositó en uno de los Bancos aquella cantidad para serle entregada en cuanto se presentase. Era la época de la revolucion de Flores, y en uno de los apuros extremos del Gobierno, ya casi al caer el partido dominante, creemos que ocupando Aguirre la Presidencia, alguien hizo conocer que habia aquel dinero depositado, y que con él se podia llenar algun apuro en que estaban, y se dispuso de él con la intencion de reponerlo despues, lo que se efectuó, segun entiendo, por Flores.

Esto era lo que esperaba Gounouilhou y basándose en la cláusula que hemos citado, se presentó pidiendo que se cumpliese lo estipulado.

Esto era un verdadero agio y una usura y Flores se opuso á reconocerle una deuda que ya le habia sido paga y que debia haberse saldado completamente si no se hubiera ocultado para recibir su última entrega, y entonces tuvo la audacia Gounouilhou de proponer á Flores una participacion en el negocio.

Tambien entre los reclamantes al Estado sempiternos, habia Antonini, de quien ya hemos hecho mencion; que tenia en continua asechanza á los Gobiernos.

Habia tambien Laffone que en los momentos de apuro facilitaba algunos recursos para salir del paso en cambio de las propiedades del Estado, que se estipulaban á vil precio; así que casi todas ellas fueron á parar á manos suyas; y hubo un momento en que hasta fué vendida la Plaza Constitucion, y que, segun creemos, él mismo la compró, restituyéndola despues no sé á qué precio.

Todo esto da una triste idea de la época calamitosa que atravesábamos, en que todos los medios se santificaban, segun creian para salvarnos.

La parte de la Iglesia Matriz que mira á la calle del Sarandí, fué tambien en uno de aquellos apuros vendida, y aunque con el derecho de restitucion han transcurrido largos años despues y aun no se ha incorporado á dicho templo.

Estos y otros muchos abusos como el del reconocimiento despues que terminó el sitio, de los daños y perjuicios sufridos dieron lugar á miles de immoralidades y reclamaciones que eran como el tonel de las Danaides, pues nunca concluian y se hacian reconocer ingentes sumas, muchos que no tenian gran cosa y agobiaban al Erario nacional de una manera exorbitante.

Cuántos de esos mismos traficadores de negocios ilícitos no fueron de aquellos reclamantes exigentes que tenían en continua asechanza á los Gobiernos.

Había quien no teniendo mas que cuatro trapos en su roperia, ó bien algunos pocos comestibles en su almacén, y que en el sitio se mandaba órden de echar mano, despues costaron al Estado cantidades fabulosas.

Conocemos á muchos de esos que pasan ahora por puritanos, que en época aun no muy distante, á la entrada de Flores, despues de su famosa cruzada, lograron hacerse pagar algunos créditos de ese origen y aun sumas enormes.

El medio que se ponía en práctica para conseguir ese resultado, era prestar su concurso á cualquier revuelta, y despues que triunfaba se consideraban con derechos adquiridos para que se les abonasen sus estupidas reclamaciones.

Verdad es que daban lugar á esas inmoralidades los mismos gobernantes, pues como hemos visto no se paraban en los medios en los momentos apurados. Cuantas veces se precisaba algo, fuese dinero ó artículos de uso ó de consumo, el expediente que se usaba en la guerra, era el de los casos extremos; se dirijian á cualquier comerciante ó bien á quien se sabia que tenía dinero, manifestándole que el Gobierno necesitaba perentoriamente de tal cantidad

que debía ser entregada en el día, y que de no efectuarlo, se dispondría de su persona y de sus bienes.

Buen cuidado tenían de no hacerlo, pues que el hecho seguía muy presto á la amenaza, y cuando se negaba alguno á ello, se le mandaba á la línea á cargar un fusil y servir de soldado.

Entregando lo que se les exigía se le daba un recibo para cobrar cuando los compromisos del Estado lo permitiesen.

Recuerdo haber visto en el sitio desbalijar almacenes y tiendas para vestir y alimentar á las familias de los soldados de la defensa y aun hasta á los emigrados, y que en carretillas sacaban todo cuanto precisaban dejándolos vacíos, por una orden simple de Pacheco y Obes, Andrés Lamas ó de cualquiera otra autoridad.

¡Y cuán caros costaron esos desmanes y tropealias!....

En aquella situación de fuerza y de violencia poco ó nada se respetaba, y vida é intereses estaban á merced de la prepotencia de cualquier mandon.

Para resistir á la defensa se había hecho servir á los españoles porque no tenían un representante diplomático que los protejiese y amparase, y prestaron servicio en la línea hasta que vino como Ministro de España don Carlos Creus, é hizo cesar por medio de gestiones diplomáticas, aquel verdadero

abuso de fuerza contra la libertad individual de los extranjeros, que deben ser amparados y protegidos por las autoridades del país en que residen.

También fué una verdadera tropelia el lanzamiento de las familias de los que estaban con Oribe; fueron detenidas por la policía y entre soldados fueron llevadas como si fuesen criminales por las calles hasta ponerlos fuera de línea, donde las esperaban sus esposos ó padres ó parientes.

Ésta fué una medida brutal propia de los tiempos de fuerza que atravesábamos, pero que no respondía mas que al lujo de hacer mal inútilmente: pero que es vergonzoso que se extendiera hasta las pobres familias esos rencores.

Ya Rivera había varias veces arrastrado de toda la campaña á todas las familias que hacia seguir de su ejército, otra medida inicua que despoblaba á la República; y despues de andar de acá para allá, las traía á la capital donde se encontraban fuera de su centro, de sus recursos y de sus relaciones. Decían que respondía esto á no dejar al enemigo mas que el campo desierto, pero no era otra cosa sino un abuso de los tantos que se cometieron entonces, y de los que ni aun se libraban las pobres familias.

Vamos á ocuparnos ahora de los prohombres de la defensa segun y conforme á nuestros recuerdos.

¿Qué hechos y figuras no se exhibieron en aquel escenario político?

Ya hemos hablado ligeramente de algunos y trataremos de concentrar nuestros recuerdos sobre algunas de las personas que tomaron gran parte en aquellos acontecimientos.

El Presidente don Joaquin Suarez era un patriota austero: cuando lo conocimos era ya anciano.

Era delgado, de tez pálida, nariz larga, cejas pobladas, de andar mesurado. Vestía con poco aliño y aún era descuidado en su traje. De carácter bondadoso, y aún benévolo, prestándose á muchas exigencias y aun acomodándose muchas veces á diversas opiniones, tenía á veces rasgos de energia, y era de una fuerza moral y voluntad inquebrantables.

En el interregno largo que ocupó el poder, en medio de aquella situacion cruzada de mil dificultades; teniendo que mostrarse enérgico y blando, segun las circunstancias y el resultado que podia sacar en provecho del sostén de su gobierno; y uniendo á su larga carrera pública que le habia dado la práctica necesaria, para entender del manejo de la administracion y desvirtuar todas las maquinaciones que se desenvolvian en contra suya; su carácter se amoldaba perfectamente al desempeño de su cometido, y era necesario un hombre así en tales circunstancias.

Aquella época que señala toda una era de divisiones profundas, aun dentro mismo de los muros de Montevideo; en que no era bastante tener que sostenerse contra los sitiadores, sino que habia que resguardarse con los de adentro, y que conciliar voluntades á cada paso, era estremadamente difícil. Aquel ejército heterogéneo compuesto de orientales, de argentinos, de franceses, italianos, vascos, etc., con sus jefes y cada uno con sus pretensiones; con su mas ó menos ambicion, de mando y de querer imponerse; además de los intransijentes, de los que querian la guerra á todo trance y los que querian la paz; en aquella lucha de intereses antagónicos, de ambiciones desmedidas, de exigencias ilimitadas tanto entre nacionales como extranjeros; y por otra parte la miseria y la ruina que se palpaba, rodeaban de mil peligros aquella terrible situacion.

Era bastante tan sólo que imprudentemente se quisiera romper con ella, para que los sitiadores se hubieran apoderado de la plaza.

Y las exigencias eran tantas que para dar una medida de ellas; era causa bastante que las razones que pasaba el gobierno á las fuerzas no fueran abundantes ó que los artículos fueran de mala calidad ú otras causas por el estilo, para que amenazasen con dejar las armas y aun insubordinarse contra la autoridad.

Esta y otras causas hacian necesario una gran prudencia por parte del gobierno y extrema habilidad para mantener aquel heterogéneo ejército.

Y á esta situacion respondia perfectamente el carácter y modo de ser de don Joaquín Suarez, que estaba llamado á representar tan gran rol en aquellas circunstancias, y que con dejar hacer á Pacheco y Obes, á Santiago Vazquez, á Lucas Obes, á Manuel Herrera y Obes, y á otros, se mantuvo en el poder y en ello consistia toda su politica. Creian que era un manequí que todos manejaban á su placer, y efectivamente, si no lo era, se prestaba complaciente á todas las exigencias de aquéllos y á mil veleidades. Pero de vez en cuando solia mostrar carácter y aun energia.

Sumamente económico, él mismo solia ir al mercado con su ayudante Ordoñez y un asistente y se ponía á comprar en los puestos y aun á regatear y mas de una ocasion se le vió atravesar las calles con alguno detrás llevando artículos de alimentacion (*). Era estremadamente popular y querido de las gentes honradas por su modo de ser y su abnegacion y desinterés. En mas de una ocasion dió pue-

(*) Los muchachos lo llamaban *Come Napoleones*, pues se le habia visto muchas veces en la calle, comprar y comer esas masas ordinarias, que se vendian á un cobre cada una.

ba de ello, habiendo comprometido su fortuna en la causa pública. Incólume en todas las alternativas de la variable política, aun su misma debilidad, lo hacia fuerte, y por su pureza acrisolada, y por su patriotismo era muy considerado.

Recuerdo aquella ocasion en que Flores y demás jefes acompañados de gran número de ciudadanos fueron á ver á mi padre para que se encargase del Ministerio, de que hemos hablado ya, y despues de conferenciar con él, se dirigieron á casa de don Joaquin como á las nueve y media de la noche, y lo encontraron recostado yá y á los golpes que dieron en la puerta, salió en baton por la ventana de su casa que estaba en la calle de Buenos Aires, y abriéndola les preguntó cuál era el objeto de aquella reunion á tales horas. Le contestó don Venancio, que venian á conferenciar con él en interés público.

A lo que don Joaquin dispuso que aquellas horas no eran apropósito y que al dia siguiente se les atenderia.

Flores entónces manifestó que el caso era urgente y que los intereses públicos no tenian horas precisas.

A esto don Joaquin no objetó nada corriendo á abrir la puerta de la casa, y recibéndolos en su sala.

Conociendo el objeto, de la reunion, se manifestó

complaciente en que mi padre se encargara del Ministerio, pero que tendria que saber si consentia en ello.

Flores manifestóle que venian de estar con él y que traian su aceptacion. Esto lo referimos para comprobar cómo don Joaquin seguia la corriente de la opinion y que impelido unas veces contra su voluntad, aunque no en el caso que hemos referido, se dejaba conducir buenamente por las conveniencias del momento. Era en esto sagaz y político; mostrando á intervalos, como hemos dicho, alguna pertinacia y aun rasgos enérgicos.

Otro de los prohombres de aquella situacion era don Luis Eduardo Perez.

Patriota austero y hombre de gran energia, mostró en el poder raras cualidades como político.

No lo conocimos personalmente pues contábamos muy pocos años cuando murió, al principio del asedio, así es que no podemos diseñar su retrato.

Sin embargo recuerdo el haber oído que era una persona corpulenta, de estatura regular y que sus actitudes y su rostro mostraban gran energia.

Don Santiago Vazquez es otra de las figuras mas culminantes de aquella época y de la anterior también, y que figuró en primera linea.

Era un orador de gran talla, que se dió á conocer al principio en el Congreso Argentino, cuando aun

éramos provincia de aquel país con gran admiración, y después en las diversas ocasiones que figuró.

Era un consumado político y por la vehemencia y fogosidad de su oratoria, podría llamarse el Mirabeau Oriental.

De estatura alta, fornido, bien repartido de formas, nariz algo aguileña, ojos expresivos, andaba con mesura, y siempre bien vestido, aun con algún lujo; usaba siempre frac azul con botones de metal amarillos; era irreprochable en el aseo y atención de su persona.

Su voz era vibrante y sonora; los periodos de su peroración cortos y resaltantes. Nunca empleaba agudezas si no era provocado; sus discursos tendían más á convencer y á seducir, que á probar y disertar.

Las más difíciles cuestiones eran tratadas con tanta lucidez por su claro ingenio, que verdaderamente sorprendía, y en las difíciles ocasiones que siendo Ministro, formó parte del Gobierno de su país, manifestó ser un consumado político.

Aun nos parece oír á los que lo alcanzaron en mejores tiempos, todo el entusiasmo que su oratoria producía, y parece aun vibrar su voz en aquel recinto augusto de las leyes como un eco lejano, allí donde tantos oradores se han distinguido, pero que bien pocos ó nadie, ha alcanzado á don Santiago Vazquez.

Se le acusaba de falta de probidad y se le había estigmatizado con el nombre de *Vasco agarra*, pero creemos que con injusticia, y tal vez empleaban esa calumnia sus enemigos para desacreditarlo.

De todos modos era un hombre notable y un político y orador distinguido en sumo grado.

Murió aun en buena edad, cuando podía aun haber prestado su gran contingente al servicio de la patria.

Don Lucas Obes formaba parte de los cinco hermanos como eran llamados aquellos abogados de nuestro foro que figuraron en nuestra política (*).

Había empezado su carrera en la época de los portugueses y después brasilera. Fué partidario de la anexión de este país al imperio, y desempeñó el rol de secretario del general Lecor.

Era un hombre de grandes disposiciones para figurar en primera línea en política.

Sagaz y experto; versado como pocos en las maquinaciones de la diplomacia y en la ciencia del gobierno, debía jugar como jugó un importante rol en los sucesos de su país.

Su figura espectable se entrelaza con los acontecimientos que se desarrollaron desde Artigas hasta el asedio grande.

(*) Ellos eran, don Lucas Obes, don Nicolás Herrera, don Julian Alvarez, don José Ellauri y don Santiago Vasquez.

Sus raras dotes de hombre político, lo llevaron mas de una vez al Ministerio y desempeñó con la habilidad de un hombre verdaderamente de estado, las funciones de la cartera que le estaba encomendada.

Su parte en la anexion del país á Portugal es el punto negro de su historia; pero tal vez aguijoneado por la esperanza de verlo libre de la devoradora anarquía que pesaba sobre él, y ofrecerle una mejor situacion, influirian en su ánimo, como en el de muchos en aquellos tiempos en que se habian desencadenado todas las desgracias, para ver en la incorporacion del país una prenda de paz y la única esperanza de tranquilidad y de mejores dias.

Fué un gran error, pues nuestro país aspiraba á la independenciam y no debia pertenecer á ningun estado extranjero, pues eran las aspiraciones de la mayoría de sus hijos verlo libre y no uncido al carro de la esclavitud. Sus aspiraciones fueron colmadas con feliz suceso y lo vimos romper las cadenas que lo sujetaban al yugo extranjero.

Ningun pueblo debia aspirar á la libertad tanto como el nuestro, pues habia sido bien desgraciado, y la presa de los estados colindantes que se lo habian disputado con un tezon desmedido.

Aquellos que desmayaron ante la gran obra de ver constituido en estado independiente á este pri-

vilegiado pueblo, y se uncieron al carro de la esclavitud, fueron espíritus débiles que doblegaron la cerviz al despotismo extranjero.

Pero los que sentían latir en sus corazones el mismo ardor y entusiasmo que el inmortal Artigas, por la causa de la libertad, esos nunca desmayaron por las contrariedades de la veleidosa fortuna y por los contrastes de la suerte, y supieron conquistar una patria independiente del yugo opresor.

¡Honor y gloria eterna á ellos!.....

Nada importa que nuestro país haya sufrido, pues todos los pueblos han pasado mas ó menos por las mismas contrariedades, por las mismas desgracias, y por las mismas alternativas, y hoy se encuentran muchos de ellos á la cabeza de la civilización actual pues, como dice el poeta Beranger :

« En todo Estado que recién empiece
Con sangre cada espiga crece. »

¿Quién podrá dudar que nuestro país no alcanzará la realización del bello ideal de nuestros mayores?

¿Por qué desesperar de su suerte por los malos tiempos que nos han tocado y por haber visto aglomerarse tantas desgracias y contratiempos?

.....
Otro de los personajes de aquella época era don Francisco J. Muñoz.

Era un espíritu sagaz é iteligente; dotado de conocimientos bastante adelantados sobre administracion y politica.

Tambien el doctor Julian Alvarez ocupó puestos eminentes en su pais y se distinguió como orador parlamentario de primera fuerza; tuvo un gran rol en la politica que se desenvolvió en aquel tiempo.

Entre los militares el general don Fructuoso Rivera figura en primera linea.

Caudillo prestigioso, tal vez el mayor despues de Artigas, tenia todas las aptitudes del hombre politico y del guerrero.

Unia á sus cualidades malas algunas buenas.

Era derrochador, insubordinado y ambicioso, pero á la vez era abnegado, humanitario y poseia patriotismo.

Tenia las condiciones del gaucho y del hombre civilizado.

Era de figura arrogante, estatura regular, color moreno, mirada penetrante, nariz aguileña, y era de fáciles maneras y andar mesurado.

Se espresaba con bastante soltura y poseia dotes naturales de hombre de estado.

Era malísimo administrador, pero era politico.

En el poder se rodeaba siempre de los ciudadanos mas idóneos y competentes.

Poseia un tino especial en buscar los hombres para ocupar los destinos públicos. Era una de sus mas raras cualidades.

Habia empezado su carrera militar con Artigas y fué uno de los jefes mas importantes de la revolucion. Cuando tuvieron lugar los desastres que subyugaron al pais al dominio de Portugal, permaneció algun tiempo resistiendo, pero se plegó al fin á los dominadores y sirvió bajo sus banderas, no como otros patriotas que prefirieron el ostracismo á doblegarse al poder invasor extranjero, que se habia apoderado del pais por las armas. Sirvió con ellos hasta que los *Treinta y Tres Orientales* desembarcaron en el Arenal Grande sigilosamente y bajo una estratagema de Lavalleja le hicieron venir á una conferencia en la que le dieron noticia á lo que venian, y que si se resistia á tomar parte en aquella empresa quedaria prisionero.

En tal carácter quedó algun tiempo, hasta que el amor á la patria le hizo plegarse á aquellos denodados paladines, cuyas proezas llenan de justo orgullo el corazon de los orientales y son la admiracion de todos.

Conocemos cómo aquel brillante éxito coronó aquella empresa con el laurel de la victoria.

El pais todo se plegó á la causa que sostenia la

revolucion y la batalla de Sarandí, en que Rivera, Lavalleja y Oribe, figuraron como principales jefes mandando á aquella hueste de valientes, fué el primer triunfo de los patriotas y un revés tremendo para los dominadores.

Sabemos que Lavalleja decidió la accion, cargando con su gente al enemigo, á la orden de *sable en mano y carabina á la espalda*, no resistiendo el enemigo al empuje de aquellos valientes.

La batalla de Ituzaingó terminó aquella campaña en que orientales y argentinos al mando del general Alvear derrotaron completamente á los brasileros.

Rivera no estaba en esta accion; se habia separado del ejército y Alvear lo habia declarado rebelde, pues no se sujetaba á la subordinacion de un ejército regular y le gustaba hacer la guerra por su cuenta y no estar á las órdenes de nadie.

Perseguido por Alvear dirigióse á Santa Fé y de allí á Entre-Ríos, reunió alguna gente y con ella batió al enemigo en el *Rincon de las Gallinas*, lo que le prestigió haciendo olvidar su desersion del ejército patriota.

Una vez conquistada la independenciam y constituido el estado, la primera presidencia debia haber tocado al General don Juan A. Lavalleja, que habia sido el jefe de la cruzada libertadora y que tanto se habia distinguido como el primer patriota.

Pero, Rivera, contaba con mayores influencias y el haber aquél disuelto por un abuso de fuerza el gobierno establecido y la legislatura de la Florida, bajo el pretexto de que no era tiempo de deliberar, sino de obrar, le dieron el triunfo á Rivera en la eleccion presidencial.

Sabemos que en el gobierno hizo una malísima administracion, pues aunque rodeado de gente idónea, era imposible con él establecer una marcha regular.

El general Lavalleya se levantó en armas contra él, contando con Oribe, pero éste desistió de su compromiso y se plegó á Rivera, y la suerte de las armas le dió la victoria á éste, teniendo que refugiarse Lavalleya en Rio Grande, de donde por reclamaciones de Rivera fué internado y vijilado constantemente. En la batalla de Tapambai, Rivera hizo fusilar á muchos de los jefes y oficiales que cayeron prisioneros. En pago de haberse adherido á su causa, Rivera le nombró su ministro de la guerra; y prestó todo su concurso á Oribe para la segunda presidencia, y por su influencia fué electo para ocupar dicho cargo, y fué su sucesor.

Rivera fué nombrado Comandante General de campaña por Oribe, Presidente de la República, y fueron tantas las exigencias pecuniarias que hacia aquél, que muy pronto Oribe se vió en el caso de desatenderlo, y el rompimiento no se hizo esperar.

El General Oribe hizo una buena administracion y su marcha fué muy regular.

En armas Rivera contra Oribe, despues de algunas sangrientas batallas como la de Palmar, Carpinteria y otros encuentros en que la suerte de las armas fué variable, Rivera triunfó al fin.

Asediado Oribe por éste y por las hostilidades de los franceses que en guerra contra Rosas querian tener á Montevideo á su servicio, hicieron causa comun con aquél, viéndose en el caso de hacer su renuncia batido por Rivera y acosado por los franceses.

Embarcáronse para Buenos Aires Oribe y muchos de sus partidarios y puso su espada al servicio de Rosas, y al frente de fuerzas de éste derrotó á Lavalle.

Una division al mando del general Echagüe habia venido al país enviada por Rosas.

Lavalleja y sus partidarios se habian incorporado á él y Rivera triunfaba de ellos en los campos de *Cagancha*.

Oribe, despues de haber concluido su campaña contra Lavalle, cuya muerte casual libraba á Rosas de un tenaz enemigo, pues sabemos que estando mirando por el ojo de una cerradura á algunos dispersos que se entretenian en disparar tiros, una bala penetró por donde mismo miraba y le dió

muerte; invadió la República y en el *Arenal Grande* batió completamente á Rivera, despues de un encarnizado combate.

Despues de esto puso sitio á Montevideo, sitio que debia prolongarse tanto tiempo.

Esta digresion lijera que hemos hecho de los acontecimientos, hacen ver el origen de nuestras desgracias, y en las que descuellan en primera linea Rivera y Oribe, funestos protagonistas de tantos males como tuvieron lugar en el pais.

Con esto hemos querido fotografiar á Rivera; ver lo que habia contribuido en bien y en mal de su pais; la parte que habia tenido en nuestras glorias y su participacion directa en tantas calamidades.

El general Oribe, de quien nos ocupamos, era el reverso de su rival Rivera.

Era un hombre educado, patriota, y que como gobernante habia dado pruebas de moralidad.

Habia sido uno de los *Treinta y Tres* y como hombre de prestigio era notable.

Se distinguió como militar en Ituzaingó, alcanzando sus charreteras en una carga de su escuadron en que se rehicieron sus soldados manifestándoles que era indigno él ser jefe de cobardes, y con aquel hecho, cobraron brios y con frenesí sin igual embistieron al enemigo llevándolo por delante.

Su campaña contra Lavalle es una prueba de sus

disposiciones y talentos militares, pues éste era un soldado experto y sumamente inteligente y que contaba con la opinion declarada de todos contra el dominio tiránico de Rosas.

Habia hecho las campañas contra la madre España y el Brasil y su figura se destaca en primera linea al lado de Alvear, Paz y otros jefes prestigiosos, aguerridos é inteligentes.

El punto negro de Lavalle fué la muerte del general Dorrego, *fusilado por su orden*, y que era gobernador de Buenos Aires.

Este fusilamiento trajo la entronizacion de Rosas al poder y su larga tirania.

Oribe, despues de la batalla del *Arroyo Grande*, pudo haber entrado en Montevideo, pero perdió el tiempo, y cuando llegó al Cerrito, la plaza estaba en estado de resistirlo y aun batirlo, pues se habia organizado bajo un pié de defensa respetable, bajo la direccion del general Paz, que pasaba por el primer militar y táctico, y que jamás habia sido derrotado.

El gran error de Oribe fué el haber prestado su concurso á Rosas, y lo peor de todo haber implantado su sanguinaria escuela.

Y sobre todo aquella prolongacion del sitio arruinando su pais de una manera cruel, no queriendo entrar por ningun arreglo que diera y pu-

siera fin á aquel estado depresivo y deprimente en que se hallaba la República; sirviendo ciegamente al nefando plan de Rosas de arruinarnos y debilitarnos con la idea de subyugarnos á su tiranía.

Aquella obsecacion fué origen de aquella resistencia heroica que le hizo Montevideo.

Poca sensatez y poco patriotismo mostró con esto Oribe, pues demasiado bien habia servido á Rosas que lo habia librado de su formidable rival Lavalle, para llevar su compromiso hasta arruinar su propia patria.

¡Hasta dónde llega el entorpecimiento de las ideas y el furor de las pasiones humanas !....

Era Oribe, por sus condiciones, impresionable y en sumo grado nervioso y de una lijereza extrema para asumir grandes y graves responsabilidades.

Rodeado al principio de hombres notables que lo habian acompañado en su gobierno, se habia separado de ellos, y no les hacia caso, y se dejaba influenciar por los que menos podian hacerle bien, y de ahí los errores y faltas que cometió, desde que triunfó en *Arroyo Grande*, hasta que terminó el sitio, pues fué una cadena no interrumpida de desaciertos políticos de que no hay ejemplo histórico.

Influenciado por Iturriaga, Dañoveitia y otros pésimos y malísimos consejeros, no podia sino marchar mal.

Era Oribe bastante accesible á los buenos modos cuando no lo disgustaban con cuentos y enredos ó preparaban su ánimo contra determinadas personas, pues entonces se cegaba y cometía inconveniencias, y se mostraba iracundo.

Tenia el capricho de creerse Presidente, cuando habia renunciado ese distinguido puesto, como sabemos, y durante los nueve años y meses que duró el sitio se creyó tal y se hacia así llamar.

Era un hombre de mediana estatura, delgado, de facciones agradables, ojos expresivos, muy insinuante en sus maneras.

Cuando lo conocimos ya en edad proveya, conservaba rastros de su juventud, pues aun tenia maneras delicadas y atenciosas, teniendo en sumo grado lo que llaman el don de gentes.

Parecia imposible al tratarle que aquel hombre hubiese sido cruel en algunos casos y que se hallara tan ofuscada su razon para haber prolongado aquel estado de cosas que habia arruinado á la República.

Hemos dicho que el nervio y cabeza del sitio grande lo fué Melchor Pacheco y Obes, siendo la figura que sobresale más en aquella época.

Habia precedido el general Paz á la organizacion de la defensa; habia hecho soldados aguerridos de los que se hallaban en la plaza; pero á costa

de mucha sangre derramada y muchas vidas; pues constantemente los hospitales se llenaban de heridos. Era Paz enemigo de estratagemas, y queria combatir al enemigo frente á frente. Asi, en todas las salidas que hacia precedido siempre de uno ó mas cañonazos de alarma, disputaba palmo á palmo el terreno á costa de centenares de vidas.

Podria ser eso muy militar á su modo de ver para aguerrir los soldados pero daba un resultado negativo, pues dieztaba á la gente que tan necesaria era para la defensa de la plaza.

El general don Melchor Pacheco y Obes tomó la direccion del sitio despues del general Paz.

Halló restos de ejército, pues casi todos habian pagado con su existencia ó habian quedado inutilizados con aquella práctica de Paz.

Sin embargo, Pacheco organizó la defensa; supo influir en las legiones extranjeras que se habian organizado en defensa de sus propias vidas é intereses, pues en un manifiesto de Oribe los amenazaba privándolos de todo derecho, siendo ésto uno de los tantos despropósitos de su marcha, inspiró confianza y pudo resistir con los escasos elementos de que podian disponer al enemigo.

Fué esta obra verdaderamente colosal, pues en el estado de desmoralizacion que se hallaban los ánimos, agotadas las fuerzas, era necesario una

energía, una voluntad y una decisión á todo prueba para levantar el espíritu de los defensores de la plaza.

Era Pacheco y Obes un hombre de mediana estatura, estremadamente delgado, de cara huesosa, ojos inteligentes, de movimientos rápidos.

Era fácil en concebir y en ejecutar. Sumamente inteligente, disponia de un caudal de ideas que lo hacian apto para todo.

A veces, llevado de sus impresiones, no maduraba bien lo que hacia, ni reflexionaba bastante sus planes, pero sabia resolver cualquier situacion difícil, por mas imposible que se ofreciese.

A fuerza de genio y de audacia todo le salia bien y en las mas escabrosas situaciones salia airoso.

Era capaz de cometer grandes acciones como de asumir grandes responsabilidades.

Nada lo detenia ni lo dejaba perplejo cualquier consideracion ante su actitud, sobre cualquier medida que tomase, y se mostraba incommovible á todo.

Así lo vimos en el fusilamiento de Baena, que gozaba de la general simpatia y crédito en el comercio y entre sus amigos, que fueron vanos é inútiles todos los empeños para salvarle la vida, pues Pacheco se resistió á ello con una pertinacia increíble.

El delito de Baena era el habersele sorprendido una correspondencia con los sitiadores y aunque se habia decretado pena de la vida contra los que se escribieran con el enemigo, tal motivo no era un crimen para fusilar á nadie, y sólo debia servir como una simple amenaza, y sobre todo, cuando era imposible evitar que se comunicasen las personas de relacion ó de familia, estando unos entre los sitiadores y otros entre los sitiados, ó que cualquier malevolente quisiera comprometer á alguno.

Así lo vimos en varias ocasiones cuando habia que atender á alguna exigencia ó á cualquier erogacion, no pararse en medios ni en miramientos ni en consideraciones para llenarlas; y las tropelias y abusos no escasearon en su marcha.

Muchas de esas arbitrariedades fueron causa para que emigrasen gran número de personas, que sufrían continuos saqueos por parte de Pacheco y además persecuciones.

Nadie podía esplicar estas exacciones ni violencias, pues nunca se debe llegar á los extremos por mas tirante ni difícil que sea una situacion; y aunque aquella lo era en grado extremo, debilitaban mas bien que fortalecian la causa y tenían todo un efecto contrario del que debia proponerse.

Así es que históricamente en esta parte es bien censurable la conducta de Pacheco.

Pero, dejando esto aparte, que es el punto vulnerable de sus proceder, debemos consignar que poseía rasgos de talento verdadero, de energía y de inquebrantable voluntad.

Sus disposiciones como militar, aunque no figura como actor principal en ninguna acción, ni se puede apreciar como tal, pues no dió pruebas de ser un consumado general, pues no sabemos de otra acción que la del Cerro, en que figurase como jefe que comandaba, es indudable que no carecía de dotes especiales, y sobre todo para influir en el ánimo de los soldados el valor necesario para el combate, sino poseía el arte de las batallas.

La diplomacia lo encontró en sus filas, pues en medio del sitio fué encargado de una misión diplomática por el Gobierno á Europa, consiguiendo del Brasil un fuerte empréstito para emplearlo en mandar elementos para la resistencia.

Allí dejó nombre de inteligente diplomático, pues consiguió hasta que el Gobierno francés le prestara su concurso en muchos casos.

La Francia envió un batallón de su ejército al mando del Coronel Du Chateau, para garantir á sus connacionales contra las asechanzas del ejército sitiador.

Este era el hombre á cuya dirección estaba en gran parte del sitio encomendada.

Él fué el nervio y la cabeza de aquel asedio.

Era Pacheco, además, poeta, y tenía dotes de orador; sus arengas y proclamas, lo revelan como tal y haciendo ver, que era un espíritu bien organizado y que tal vez, en otro medio y mas vasto teatro, habria desarrollado mejor sus dotes naturales.

Uno de los que sobresalen en primera linea tambien es don Manuel Herrera y Obes como político y hombre de estado en aquel periodo de grandes pruebas porque pasaba Montevideo.

Indudablemente á su política y á la diplomacia de don Andrés Lamas en el Brasil, fué debido el desenlace que tuvo aquella infausta lucha que recuerda el sitio.

El pronunciamiento de Urquiza y la participacion del Imperio en la caida de Oribe y de Rosas fué obra suya.

Es un hombre dotado de raras cualidades; posee una inteligencia despejada en extremo y sus aptitudes de diplomático y político, las ha demostrado siempre que ha desempeñado alguna cartera.

Sin querer herir la susceptibilidad, pues aun vive, confesaré que aunque algo desconceptuado, es sin embargo hábil en el manejo de cualquier cuestion diplomática, y sabe salir vencedor de toda situacion por mas espinosa que sea. Supo imponerse á Rivera con todo su prestigio y lo

desterró, cuando creyó que era conveniente al gobierno.

Fué esta medida altamente peligrosa, pues, aquel caudillo estaba encarnado en aquella lucha y á pesar de sus muchos contrastes, aun tenia muchísimos partidarios.

Fué, pues, un golpe de audacia que Rivera no tuvo mas remedio que sobrellevar, no sabemos si de buena ó mala voluntad pero que al fin acató, espatriado por el gobierno al Brasil donde se le tuvo por prisionero hasta que acabó la guerra.

La figura que en primera linea se destaca despues de Pacheco y Obes, y don Manuel Herrera y Obes, es don Andrés Lamas.

Fué nombrado Jefe de Policia en aquella época y dió muestras entonces de sus dotes escepcionales que lo hacian apto no sólo para ejercer ese cargo, en tan dificiles circunstancias, sino que despues como agente diplomático ha dejado un nombre que es una reputacion, por sus raros dotes de diplomático, como de publicista y hombre de estado.

Don Andrés Lamas, tuvo que poner en planta, ejerciendo el cargo de la policia en aquellas criticas circunstancias que atravesaba el país, medidas extremas, muchas de ellas que podrian ser consideradas como tiránicas, que imprimian presion en los ánimos de los habitantes de la poblacion, y que tendian á

contrarrestar el avance del enemigo, pero á la vez dió muestras inequívocas de su talento en aquel cargo. Fué autor de la nomenclatura de las calles de Montevideo, del establecimiento del Instituto Histórico Geográfico del Rio de la Plata, concibió el proyecto de la acuñacion de monedas nacionales, que no llegó mas que á ser un ensayo y de otros muchos proyectos que lo honran.

En la diplomacia, despues, sabemos que le es debido en gran manera el desenlace que tuvieron los sucesos que trajeron la caída de Oribe y de Rosas, consiguiendo del Brasil que se declarase en guerra, y que Urquiza, se pronunciase en favor de la causa de la libertad contra el ominoso poder de aquel déspota.

Despues que han transcurrido tantos años no nos damos cuenta exacta de cuánta habilidad y perseverancia no seria necesaria para decidir al Brasil á una empresa semejante, pues el poder de Rosas era respetable, y se habia hecho mas fuerte y poderoso, con haber vencido á Lavalle, y doblegado á todos los que le podian hacer sombra; con haber triunfado de las coaliciones de los franceses y de los ingleses, y haberse enseñoreado por todas partes, dominándolo todo; y sólo le resistia Montevideo, el único baluarte que habia sido invulnerable y que desafiaba su omnimodo poder, así es que justipre-

ciando como debemos los hechos, no podemos menos de admirar la habilidad puesta en juego por Lamas, para alcanzar aquel benéfico resultado, que debía librar á estos pueblos de la tiranía implantada y que los años que habian transcurrido, parecian haber arraigado en las masas con aquella infernal escuela, y que se creia ya no salir de aquel estado que se habia prolongado durante tan largo tiempo.

Todo lo que se diga es poco para describir aquella época de violencias, de crímenes y de exacciones; como tambien nada puede espresar el servicio que prestó á su patria Lamas y los que coadyuvaron en la obra de destruir el poder de Rosas.

El hecho se hubiera producido con poco mas ó menos tiempo, pero tal vez habria sido inmolando y destruyendo por completo á Montevideo, que era el plan de Rosas, porque la gente estaba cansada de vivir en aquel estado de completa barbarie, y se hubiera desencadenado todo para destruir la tiranía; asi vemos que despues del pronunciamiento de Urquiza, todos los que acompañaban á Oribe, desertaron de sus filas y lo dejaron solo, pues hasta sus mismos ayudantes lo abandonaron.

No era pues preciso mas que una ocasion para determinar aquel desenlace: y una sola chispa era suficiente para convertir en cenizas todo aquel poder.

Hemos hablado del general Paz, aunque muy ligeramente; era uno de los jefes argentinos mas espectables que estaban asilados en Montevideo y á quien como hemos dicho se le encomendó la organizacion y defensa de la plaza.

Era el general don José M.^a Paz, un hombre de mediana estatura, algo grueso, de un carácter serio, que infundia poca confianza; de tez morena y facciones abultadas. Habia nacido en Córdoba. Como militar estaba reputado como el primer táctico entre todos los jefes argentinos que se habian distinguido en la guerra de la Independencia y despues en otras campañas en la lucha civil de que fueron presa estos pueblos, al mismo tiempo que se emanciparon de la madre Patria. El general Paz se hizo una reputacion en las campañas del Brasil tambien, y se decia de él que en ninguna accion jamás habia sido vencido. Pocos generales podrán decir otro tanto y será muy raro el que no haya sido batido alguna vez por el enemigo, asi es que á pesar de sus conocimientos militares, de su prevision y de su gran táctica, nada puede hacer suponer que alguna vez no lo fuera, cuando guerreros y génios como Anibal, Marco Antonio, Napoleon y tantos otros tuvieron su momento de desastre y no dejaria de ser sino una fatuidad por parte de Paz aquello; pero lo cierto es que se aseguraba que jamás habia sido vencido.

Lo que es en la defensa, no desarrolló todo su genio militar, pues como hemos dicho antes, toda su estrategia consistía en hacer anunciar su salida con dos ó tres disparos de cañon y hacer sacrificar muchas vidas. Creemos que la verdadera ciencia del militar es ahorrar sangre siempre que se pueda y evitar sacrificios inútiles. Pero decia Paz que aquello se hacia para formar soldados y aguerrirlos, y lo que iba á suceder si se hubiera seguido mucho tiempo con aquel sistema, es que se habria quedado sin defensores la linea, pues los hospitales no daban á basto para albergarlos.

En esta parte es pues bien censurable la táctica de Paz; por lo demás debemos justipreciar sus méritos como militar aguerrido y de muy buenos y excelentes conocimientos, y que habia sido formado en la misma escuela de San Martin, Belgrano y Alvear y tantas otras notabilidades de las guerras de la Independencia.

Sus «Memorias» que vieron la luz algunos años despues de su muerte, son en extremo interesantes; encierra juicios y opiniones muy sensatas y relaciones de sus campañas llenas de interés, tanto que se hace recomendable bajo mas de un punto de vista su lectura. Pero en sus juicios sobre determinados personajes, creemos que hay demasiada parcialidad y aun á veces alguna injusticia, asi es que tiene

esa grave falta pues cuando se escribe y mucho mas para la posteridad, debe siempre tenerse por norma la equidad y la justicia.

Entre los jefes que sobresalian en primera linea en la defensa debemos hablar de César Diaz.

Era Jefe de un batallon de negros y como estrategico se le ponderaba mucho entonces. Era un hombre alto, delgado, de color moreno, ojos hundidos, de facciones huesosas; jamás parecia que aquella cara habia sonreido, pues tenia los músculos como contractados y su mirada no era fija sino velada.

El Coronel don Francisco Tajés era el reverso do éste. Era moreno, agraciado como dirian nuestros paisanos; de ojos vivos y expresivos; de una estatura regular, y que poseia en alto grado el don de hacerse simpático desde que se le veia.

Sumamente querido era de todos, nacionales y extranjeros, y como militar tenia un buen nombre á que se habia hecho acreedor por su excelente comportacion y por su valor que lo colocaba en primera linea entre los defensores del sitio.

No podemos dejar de hablar y tendríamos que llenar muchas páginas si fuéramos á hacerlo con todos los que figuraron en aquel memorable sitio, de una notabilidad que como militar de nuestro pais le hace honor. Hablamos del Coronel don José

M.^a Echandia, á quien no se le ha dado la importancia que tenia. Lo conocimos personalmente muchos años despues del sitio; y sus conversaciones revelaban que era uno de los militares mas instruidos que he conocido: tenia vastísimos conocimientos; era un buen matemático y además tenia una prodigiosa memoria. Era un hombre extremadamente corpulento; mas alto que bajo, ojos pequeños pero muy vivos; su cara manifestaba inteligencia. Su arma principal era la artilleria y prestó buenos y grandes servicios con sus conocimientos en la materia; pero era general en todo. Aunque ocupó muy buenos destinos en su país, creemos que en otro lugar, y en otras circunstancias y tal vez con otros medios, se le habria dado mas importancia y habria alcanzado á hacer figura; pero no dejaron los gobernantes de aprovechar en gran parte sus luces y sus excelentes y raras disposiciones y fueron de mucha utilidad sus conocimientos para su patria.

El Coronel don Venancio Flores era uno de los jefes de mas nombradia. Sus hechos y sus campañas lo colocan en primera linea entre todos los defensores de aquella memorable jornada. Era un hombre sumamente activo, moreno, de ojos expresivos, de movimientos inquietos, de regular estatura. Su carrera la empezó con el general Rivera,

y llegó á ser un caudillo tan prestigioso como aquel.

Tenia rasgos verdaderamente notables y en su carrera militar y política muchas veces dió pruebas de ello. Hemos ya consignado algunos de esos rasgos, que dan una muestra de ello. En la guerra grande como llamaban al sitio, tenia un nombre muy bien reputado; de honradez y de patriotismo acrisolados; así es que era muy querido de todos. Era en aquel tiempo enemigo acérrimo de todos los que se desconfiaba que robasen los dineros públicos y en mas de una ocasion fué directamente á ver á don Joaquin Suarez, para trasmitirle sus sospechas y las del pueblo sobre tal ó cual funcionario público. A don Andrés Lamas lo persiguió á muerte hasta que dejó de ser Jefe de Policia y despues Ministro y con Pacheco y Obes no mantuvo muy buenas relaciones nunca.

Era un hombre de impresiones, y se digustaba ó se apasionaba por cualquier motivo y era de limitadas ambiciones al principio, pero despues que acabó la guerra y ocupó el poder manifestó tenerlas en sumo grado. No es esto un defecto, pues la ambicion es lo que mueve todos los actos del ingenio humano y es fuente de las grandes conquistas y de los grandes hechos.

Pero si esas ambiciones son causa de trastorno

general y producen situaciones violentas y difíciles para su país, entonces es vulnerable de haber con ellas contribuido á la desgracia de la patria. Tendremos que ocuparnos mas adelante de él, asi es que no debemos adelantar nuestro juicio sobre dicho Jefe, que figuró como mandatario varias veces; hasta el momento en que fué bárbaramente asesinado en una calle de las de la ciudad.

De los jefes extranjeros debemos hablar del general Garibaldi de quien ya hemos hecho mencion lijera.

El general Garibaldi que se ocupaba en dar lecciones de matemática cuando invadió Oribe, y despues de haber figurado en la revolucion del Rio Grande, tomó parte en la defensa de Montevideo.

Era un hombre mas bien alto que bajo, ojos azules y muy vivos, facciones blancas, cabello y barba rubia; de movimientos rápidos y enérgicos, asumia actitudes y posiciones difíciles, con la conciencia de salir bien y airoso de ellas.

La vida y hechos de Garibaldi ha sido descrita por muchos escritores; es algo de maravilloso y estupendo y que parece una fábula, pero es la verdad. Aquel hombre espatriado de su país presentándose como un aventurero en Rio Grande, y haciendo prodigios en aquella memorable revolu-

cion; después en Montevideo, con cuatro barquichuelos, ponerse á luchar contra el poder de Rosas que tenia al mando de su escuadra á un héroe como el general Brown; la acción de San Antonio, y en fin su campaña en Italia es algo de maravilloso. Esos espíritus como el de Garibaldi, están poseídos de una voluntad incommovible y de una fé completa en aquello que se proponen, que dominan todo y se hacen superiores á todos los obstáculos y saben triunfar de todas las dificultades, y vencen al fin á fuerza de perseverancia. Tenemos en él ese ejemplo y entre nosotros tenemos al General Lavalleja que en su desembarque por el « Arenal Grande » acompañado de sus Treinta y dos compañeros, venian con la más completa fé en que iban á libertar á su patria y á fuerza de voluntad y de valor destruyeron el poder respetable del Brasil.

Siempre recordamos su figura y su vestido; parece que lo vemos al frente de la legion que mandaba, andaba de blusa punzó, y pañuelo atado al cuello.

Otro de los jefes que siempre recuerdo es á Thibaut, que comandaba la legion francesa. Era un hombre colosal que no sabemos cómo habia caballo que pudiera resistir su peso. Al frente de su legion era como una mole inmensa que se sujetaba por su propio peso y por los estribos en que descansaban

sus piés. Creemos que fué algo así como improvisada su carrera militar pues aquí se decia que habia tenido el oficio de carnicero y no sabemos que hubiera servido en su país; pero fué nombrado por la misma legion y deberia aquel nombramiento haberse fundado en algo.

Sino era un gran militar era indudablemente un buen amigo de este país, pues le prestó su concurso para librarlo de la tirania.

Ahora entre los particulares, cómo no hablar de don Lorenzo Justiniano Perez, que era otra de las figuras que se destacaban entre los personajes de la época.

Fué de los constituyentes y figuró siempre en posiciones encumbradas en su país.

Era de una rectitud y patriotismo á toda prueba, dejando su nombre sin mancha y una reputacion acrisolada en todas las ocasiones que ocupó los destinos públicos.

Tambien el general don Rufino Bauzá era uno de los jefes de honor y de grandes servicios pues desde la época del general Artigas habia figurado. Era un hombre alto, muy delgado, de facciones sumamente bondadosas, que retrataban todo su carácter benévolo, pues era sumamente bueno y muy querido de sus soldados.

Era un militar consagrado á la disciplina y que

en la puntualidad del servicio era de una exactitud á toda prueba, segun decian sus compañeros. Parece que lo vemos montado á caballo por las calles de Montevideo, al paso, tiezo y formal, siempre exacto en el servicio; y en todas las alternativas de la guerra siempre dió pruebas de buen patriota.

Don Lorenzo Battle, era otro de los jefes prestigiosos cuya reputacion se habia hecho acreedora al respeto de la poblacion.

Habia nacido en España pero habia venido muy niño á Montevideo. Era un hombre alto, de facciones y trato sumamente agradables, blanco y muy rosado, era muy cortez con todo el mundo, tanto es que siendo despues Ministro de Hacienda y en los apuros del Erario Público, cuando le hacian cargos por la falta de pago algunas de esas viudas no muy bien educadas, y solian dirigirle algunos denuestos, daba pruebas de una paciencia ejemplar, pues era incommovible á todo.

Don José M.^a Muñoz, tambien, aunque muy joven entonces, se distinguió por su valor personal en aquella lucha verdaderamente titánica. La toma del mirador de Suarez, fué una verdadera proeza por parte suya y dió allí muestras de pericia y de valor militar.

Estos como tantos otros que se distinguieron entonces como verdaderos adalides en hechos verda-

deramente extraordinarios, y que nos llevarian muy lejos en el apunte de nuestros recuerdos, hicieron cuanto humanamente es posible, para defender aquel único baluarte que habia podido resistir á Rosas, y no fué vana aquella tenaz resistencia.

Se ha dicho que Oribe pudo haber entrado á la plaza cuando hubiera querido; tal vez despues de la batalla del Arroyo Grande, si hubiera apresurado sus marchas, se habria apoderado de Montevideo, pero despues, habiendo perdido mucho tiempo, era empresa dificilísima, pues la ciudad estaba fuertemente defendida, y tendria que haber sacrificado las dos terceras partes de su ejército cuando menos para lograrlo, sino hubiera sido deshecho, pues los elementos de resistencia eran cada vez mas respetables.

La línea de la defensa que estaba situada por donde se encontraba antes el Cementerio Inglés era formidable. Estaba armada con doble número de cañones de alto calibre, y se extendia desde Sur á Norte; dominando aquélla la bateria llamada el *Caballero*.

Toda la fortificacion estaba circundada de fosos y no habia sino la entrada principal que llamaban la del *porton grande*: las demás eran para dejar pasar la gente del pueblo.

Así es que aquello hacia muy dificultoso cualquier tentativa de asalto.

Además de ello, nuestras casas por su construcción son verdaderos baluartes, y si el ejército del general Oribe hubiera podido allanar la línea, habría tenido otras tantas fortificaciones en cada casa, que tener que tomar.

Así es que creemos que fué prudente en Oribe no comprometerse en una empresa en que iba jugando el todo por el todo, al no asaltar la plaza.

Por lo demás la ciudad de Montevideo no fué antes ni después tomada: y no recordamos que lo haya sido sino por los ingleses, y entonces era un reducido pueblo que aunque estaba amurallado por una de las más grandes fortalezas, sin embargo era preciso ver los elementos de resistencia que ofrecía, para contrarrestar el poder de los ingleses.

Alvear entró también pero fué debido á un pacto con Vigodet al cual falló como sabemos de una manera inconveniente; y muy posteriormente ante don Venancio Flores cuando se alió con el Brasil por un acto de Villalba en que no jugó muy limpio con los defensores entregando la ciudad á aquél, por lo que lo tachaban de haber traicionado la confianza en él depositada.

Creemos sin adelantar ni aventurar juicio sobre Villalba de quien nos ocuparemos, que ha sido muy ligeramente juzgado; aunque de todos modos

podria haber sacado ventajas para los defensores y no dejarlos á merced del sitiador sin ninguna clase de garantias, sin embargo, la verdad es que salvó á la ciudad de un espectáculo tal vez mas tremendo que el que habia tenido lugar en Paysandú.

Hablaremos con mas extension despues de este suceso.

Hemos bosquejado lijeramente, á hombres y sucesos de aquel memorable sitio segun nuestra propia inspiracion y segun nuestros propios recuerdos.

Aunque no tengamos la pretension de que luzcan en ellos los perfiles extremadamente exactos en todos esos personajes que tan gran rol jugaron en aquel acontecimiento, y no resalten los sucesos transcurridos con pinceladas maestras, tienen el mérito, cuando menos estos pequeños retratos, de ser escritos con imparcialidad.

Requiere aquella época un escritor de grandes dotes que magistralmente la reproduzca y la presente con todas las galas de una feliz concepcion.

Hasta aquí nuestros recuerdos sobre aquel gran suceso y sobre los hombres que mas se distinguieron en él.

El nombramiento de don Juan Francisco Giró para la Presidencia de la República despues de terminada la guerra, abrió risueños horizontes para todos. Era don Juan Giró una persona ilustrada,

que gozaba de general estimacion y que en el poder era una prenda de paz y de garantias. Habia figurado como partidario de Oribe, pero entre sus mismos contrarios se le respetaba como un hombre de bien y de excelentes disposiciones para ejercer la Presidencia.

Asi es que su nombramiento fué muy aplaudido y todos se regocijaron que la eleccion hubiera recaido en su persona.

En la Capital y Departamentos se hicieron manifestaciones de alegria, y mucho mas cuando al poco tiempo de haber sido nombrado se dispuso á visitar los pueblos de la campaña en persona, legando el mando en el Vice Presidente.

Aquella Presidencia se le habia escapado á Don Manuel Herrera y Obes; y de cierto que debiera haberle tocado á el, pues es indudable que prestó grandes servicios para la terminacion de la guerra.

Al concluir el asedio todos decian que sería él el Presidente, y en esa creencia se estaba cuando resultó ser el nombrado Don Juan F. Giró.

Don Manuel se habia ilusionado con que le prestarian su concurso los blancos y trabajó mucho para que tuviesen mayoría en las Cámaras, y se equibocó; y bien extraño fué esto, pues no es fácil engañar á un espíritu tan sutil y penetrante como aquel, pero bien dice el refran que *al mejor cazador se le escapa la liebre.*

Pocas veces se ha dado un caso semejante, y aunque hemos visto despues á muchos aspirantes á Presidentes, colgarles la galleta, como á Don José María Muñoz, que hasta última hora estaba en la creencia de que iba á serlo, y esperaba la Comision que debía traerle tan buena nueva, aquel desencanto para Herrera debió serle muy amargo.

Sus correligionarios se alegraron porque decian que aquel era el pago que debía tener por haber proclamado cuando acabó la guerra, *que no habia vencidos ni vencedores*, y por haberse divorciado de sus amigos y protegido á sus enemigos.

El nombramiento del señor Giró miembro importante del partido blanco, para ejercer la Presidencia, era precursor que iba á suceder algo desgraciado en el país, pues los que habian sostenido la defensa no se conformaban con que aquella eleccion no hubiese recaído en uno de los suyos; asi es que desde entonces se presagiaban grandes males, que no tardaron en resultar evidentes.

La administracion del señor Giró tuvo que contrarrestar toda la oposicion sistemática que le hicieron desde que ejerció el Gobierno hasta que cayó, oposicion que era funesta para los verdaderos intereses de la patria, pues que una revolucion en aquellos momentos era y debía ser de fatales consecuencias, despues de haberse arruinado tanto en la guerra grande.

Pero no sólo conspiraban los contrarios sino que sus amigos mismos, es decir sus partidarios parecían cómplices en aquella oposicion, pues por falta de tino político, preparaban una solucion desastrosa á la situacion que aparentemente les pertenecia, y decimos aparentemente porque el hecho era que, aunque estaban en el poder, no disponian de elementos para sostenerse, porque las fuerzas les eran hostiles y los batallones que habia eran comandados por jefes de la Defensa.

Las Cámaras, que se componian en su gran mayoria de blancos, tambien conspiraban para precipitar los sucesos, pues las mas violentas cuestiones se trataban que enardecian las pasiones partidistas.

Una de ellas fué la medalla que se les quiso negar á los militares que habian contribuido á la caida de Rosas, que dió origen á debates violentísimos, y que una vez decretada fué rechazada por el Ejecutivo, lo que irritó los ánimos de los contrarios.

No hemos hablado de la caida de Rosas, y merece que le concedamos algunas líneas, pues aquél fué un verdadero acontecimiento que nos libró del sistema mas brutal que haya podido jamás haber tenido lugar en ningun pueblo.

Y aunque aquel déspota habia sido engendro

de las torpezas, liviandades y anarquía en que los argentinos habian vivido por largo tiempo, exageró de tal manera los medios de accion, para reprimir el desórden y la devoradora anarquía, que se cernia sobre estos pueblos, que hacen de su Gobierno la imágen mas incruenta que se pueda dar, y todo lo que se diga es poco para retratarla.

Habia puesto en planta todo lo que existia de mas bárbaro para dominar, y se cuentan por millares sus hechos sangrientos, que aun á pesar de haber transcurrido tanto tiempo, nos estremecen solo al recordarlos.

La batalla de *Monte Caceros* dió por tierra con él y el sistema y con la desaparicion de su persona de Buenos Aires, estos pueblos respiraron, pues su política era el terror puesto en juego, las exacciones y las violencias.

Los Orientales habian contribuido con su contingente para aquel desenlace, y aunque las huestes del tirano poco resistieron, sin embargo, se cubrieron de gloria los que habian derrocado tan ignominioso poder que mantenía la barbarie y la tiranía.

Volviendo á nuestro país cuya relacion hemos cortado momentáneamente para dar cuenta de este suceso que cambió la faz de estos pueblos agobiados por la tiranía; debemos consignar que, á pesar

de los esfuerzos de don Juan F. Giró para detener la ola de la revolucion que iba á derrocar su Gobierno, no fué posible contrarrestarla y el dia 18 de Julio de 1853 á los dos años y meses de haber sido nombrado para ocupar la Presidencia era derrocado.

Fué una atroz cobardia y una alta traicion la que se consumó en aquel dia en que se festejaba el aniversario de la jura de nuestro Código político y que habia formacion de fuerzas en la plaza Constitucion, debiendo asistir el Gobierno á un *Te deum* en la iglesia Matriz.

Formaba la guardia Nacional, compuesta en su mayor parte de blancos, por la calle del Rincon, desde la plaza hasta la antigua casa de Gobierno cuando, Pallejas con su batallon, aparece por la calle del Sarandí, marcha por la plaza y se sitúa en la misma calle del Rincon á retaguardia, y á los gritos de viva el partido colorado, les hace varias descargas á bala, pronunciándose el completo desbande de la guardia nacional que no estaba preparada para tal agresion.

Fué una grande imprevicion por parte del Gobierno aquello, pues casi á ciencia cierta se sabia que iba á tener lugar aquella revolucion, y debió, cuando menos, ya que no podia evitarla, el que no se hubiera expuesto el pais á tantas desgracias como hubieron.

Los jefes de los batallones de guardias nacionales el día antes habían ido á ver al Ministro de la Guerra para pedirle garantías, pues se decía públicamente lo que iba á suceder, y que en caso de no suspender el Gobierno la formación, ir municionados para defenderse en caso de ataque, pero el Ministro les dió seguridades de que nadie alteraría el orden público y que no consentía de manera alguna en que se les diesen municiones de guerra.

Verdad es que al Gobierno y particularmente al Presidente Giró fueron casi todos los principales jefes colorados en esos días, en que se hablaba de revolución, á ofrecérsele, inspirándole así una falaz confianza, así es que no es extraño que se fiase de buena fé en la lealtad de los que ofrecían su espada para sostener al Gobierno, y de ahí que no privase la reunión de fuerzas en aquel día.

Pronunciada la revolución, el general Pacheco y Obes fué á dar cuenta de la revolución al Gobierno que estaba reunido para asistir al *Te deum* que debía tener lugar, y el señor Giró resolvió encomendarle la salvación del orden público.

Esta fué su perdición, pues que le dió un director partidista contrario al gobierno, y al señor Giró no le quedaba más que dos caminos cuando estalló la re-

volucion: ir en persona á la misma plaza, donde habia tenido lugar el motin encabezado por Pallejas, y ver si podia sofocarlo; ó bien renunciar.

Para lo primero se hubiera esperado una energia superior á las fuerzas y carácter de don Juan Giró, pues aunque el Cuerpo Diplomático se ofrecia á acompañarlo, pues estaba reunido en el Fuerte y hubo alguien que se lo propuso, Giró era de un carácter apático y no sólo no se animó á emplear aquel esfuerzo sino que desde entónces nada resolvió y se retiró á su casa y de allí, se asiló en una legacion, trasladándose á bordo de un buque de guerra extranjero.

Por aquel hecho la revolucion quedaba triunfante.

Algunos de los jefes blancos, Moreno, Muñoz y otros hicieron alguna resistencia en campaña pero fué inútil y la caída del señor Giró fué un hecho y con él cayó el partido blanco.

La silueta de la revolucion que se habia diseñado desde el dia mismo de la eleccion del señor Giró, y que se habia vaticinado desde entonces, trajo trastornos consecutivos que relataremos á su tiempo y que hicieron una situacion de las mas terribles que ha atravesado la República; pues el desórden engendra el desórden, y parece que conspiraran todos para agravar mas los males y desgracias que pesan

sobre la patria en ciertos períodos de exaltacion politica.

El país desde aquella injustificada revolucion, no ha podido conseguir gobiernos regulares sin que la revuelta los haya derrocado y hemos vivido en continua lucha y en desorden permanente, viniendo como consecuencia lógica á entronizarse en el poder en los últimos tiempos, hombres sin antecedentes, sin principios, y sin preparacion alguna y sin mas móvil que acapararse á todo trance de los dineros públicos, haciéndose de fortunas colosales y ostentándolas con todo cinismo.

Desde aquella revolucion á Don Juan F. Giró, ha venido eslabonándose todos esos gobernantes que han esquilado al país, salvo raras escepciones en que en ciertos períodos han ejercido el poder algunos hombres patriotas, que han hecho todo por el país y que no se han entregado á la lapidacion y al robo, como en estos últimos tiempos en que entran pobres los gobernantes y salen poderosos.

De los hombres que militaban en las filas de los que sostenian al señor Giró, debemos hablar de algunos. Don Eduardo Acevedo era uno de los partidarios mas entusiastas de aquel gobernante.

Era una notabilidad como jurisconsulto y hombre de letras; y en política era uno de los mas reputados del partido blanco por su talento. Ocupaba un

asiento en la Representacion Nacional y era redactor de un diario que sostenia al Gobierno.

Era un hombre de regular estatura, extremadamente delgado, de facciones agradables, ojos inteligentes y poseía un trato sumamente ameno. Donde se revelaba todo lo que sabia, era en las mas dificiles cuestiones de jurisprudencia que resolvía con toda la lucidez de su genio y de su vasta erudicion.

Fué autor de un Código Civil en que hay un material inmenso de estudio profundo y de verdadera ciencia.

Don Cándido Joanicó es otro de los que coadyuvaron á sostener aquel Gobierno y que militaba en sus filas.

Todo lo que se diga es poco para enaltecer el talento y dotes excepcionales con que se distinguía.

Era un orador de gran talla; de una portentosa memoria y de una erudicion extraordinaria, y si se agrega á ello, su persona, pues era un hombre arrogante y en quien parecia que todo se habia reunido para hacer de él una figura atrayente, así es que, por sus dotes excepcionales debia haber figurado en su país en primera línea. Y sin embargo nunca ocupó mas que una banca en la Representacion Nacional, donde aun quedan grabados sus brillantes discursos, que parece que renuevan en

nuestros oídos aun, pues eran magistrales y pronunciados con su voz sonora y su actitud, resultaban algo que en ningún orador podía entusiasmar más.

Don Cándido Joanicó no era sin embargo un personaje político para nuestro país.

Era un hombre de gran talla, que habría hecho una gran figura en otro medio y en otro más vasto teatro; que habría dejado un gran nombre como orador sobre todo, pero en tiempos bonancibles; pero en medio de la borrasca y de los tiempos difíciles no se podía contar con él; entonces se presentaba como un espíritu pusilánime. Esto era su parte vulnerable. Y parecía que no debía ser así, pues su actitud y la importancia que le daba el prestigio de su nombre, daba lugar á esperar que estuviese amoldado en otro temple.

Pocos hombres han sido mejor dotados por la naturaleza para ser lo que hubiera querido; si hubiera querido dedicarse á las artes, hubiera sido un gran artista y si se hubiera dejado llevar de sus predisposiciones naturales y hubiera pisado la escena dramática, hubiera sido un gran trágico, pues todo convergía á ello, su figura, sus ademanes, su voz sonora y sus actitudes. Muchas veces lo vimos recitar en reunión de amigos, el monólogo de Hamlet, *ser ó no ser (to bé or not to bé)* ó algunos

cantos de la *Divina Comedia* del Dante y otros pasajes notables y nada podia compararsele, pues hemos visto á trágicos como Salvini y Rossi y no le eran superiores, y esto á pesar que son dos genios en la tragedia.

Su conversacion era lo mas entretenida y atrayente. Se instruia uno oyéndolo y no podia dejar de admirar su gran talento y vasta erudicion cuando se le escuchaba.

Yo lo conocí desde muy niño, pues era un amigo intimo de mi padre, y nuestra casa la frecuentó siempre; asi es que pude apreciar todo lo que era desde mis mas tiernos años hasta que falleció.

Fué una lástima que tan preclaro talento no hubiese dejado un rastro mas luminoso en su carrera política y que se hubiera inmortalizado con alguna gran accion; pero de todas maneras á pesar de ello, era un hombre que por sus consejos, sus ideas, sus vastos conocimientos, ha ejercido gran influencia en el ánimo de muchos gobernantes, para hacer todo lo posible para encaminar al país en el camino del progreso; y él mismo se consagraba en cuerpo y alma á pregonar los adelantos y progresos á que su país debía aspirar.

Creemos sin equivocarnos que en otros tiempos Don Cándido Joanicó habria realizado mejor sus destinos y sus dotes excepcionales; en tiempos de

calma y orden; pero le tocó como á todos los de su generacion, la época mas aciaga que ha atravesado la República, y de ahí que se esterilizasen todos los afanes de su gran talento.

Otro de los prohombres de aquella situacion lo era don Bernardo P. Berro. Ocupó la Vice Presidencia de la República y fué Ministro de Giró en su administracion, Don Bernardo P. Berro era un excelente carácter; tenia prendas personales que lo hacian apreciar de todo el mundo; y era sobre todo un buen patriota.

Pero tenia el inconveniente de haberse educado solo, y aunque figura desde muy jóven en posiciones oficiales y estuvo en contacto con la gente que mayor importancia tenia en el país, siempre se resintió su espíritu de la falta de trato. Sin embargo, era un espíritu altamente instruido y cultivado y escribia con bastante elegancia, lucidez y correccion. En política tuvo gran ascendiente y en la época del sitio fué Ministro del general Oribe y aunque su influencia entonces no podia ejercerla en todo, pues estaba coartado por los consejeros privados que tenia y rodeaban á aquél, sin embargo, si algo pudo aconsejar al general Oribe debia ser en bien de su país. Se le tachaba entonces de haber consentido en proponer al general el decreto de confiscaciones y haberlo firmado, seria tal vez

debido esto á una debilidad de su carácter ó bien á una consecion que tendria que hacer en aquella calamitosa época, en que cualquier cosa por mas insignificante que fuese ó por el menor motivo, era causa suficiente para caer en desgracia y tener que sufrir las iras, persecuciones y violencias de los prepotentes.

El doctor Don Florentino Castellanos figuró tambien en aquella época y fué Ministro del señor Giró.

Era un buen ciudadano y era hombre de grandes simpatias entre el pueblo.

Era un hombre reposado, de consejo y que siempre ocupó muy buenos puestos dejando una reputacion de acrisolada honradez. Como político se le tenia por un hombre moderado y lo era por su carácter y su modo de ser. En la administracion del señor Giró, dió pruebas inequívocas de su constante anhelo por servir los intereses de su patria, y coadyuvó en cuanto le fué posible á la marcha progresista de su país. Sus anhelos no tuvieron feliz éxito pues la revolucion pudo mas que todos los esfuerzos de la gente bien intencionada, y rodó con los demás en la caída del gobierno de que formaba parte.

Era el señor Castellanos un hombre alto, corpulento, moreno, de un trato sumamente agradable y en extremo educado. Se le consideraba como

abogado una persona proba, y de excelentes condiciones de ilustracion y de sano criterio y consejo.

Pocas reputaciones he conocido que hayan podido ejercer por largo tiempo, como el doctor Castellanos, una influencia mas benéfica en bien de la sociedad de que formaba parte, y tambien á pocos he conocido que en medio de las alternativas y variaciones de nuestra politica, hubiesen conservado su buen nombre y excelente reputacion como él, siendo siempre apreciado y respetado por todos.

Prueba es esta de las excelentes cualidades que adornaban al doctor Castellanos.

Otro de los personajes de la época lo fué el general Don José Britos del Pino, pues desempeñó en aquel periodo la cartera de guerra y marina.

Era nieto del Virrey del Pino, el último que gobernó estos pueblos en nombre de la madre patria; y por consiguiente descendia de una rama principal y su educacion y conocimientos debian estar en parangon con el grado de elevacion de su familia.

Y lo era así; á pocos hombres he visto mas adornados de condiciones tan excelentes para haber desempeñado cualquier destino por sus disposiciones, por sus prendas personales y por su vastísima instruccion. Era un verdadero Jefe de oficina, mas que un general de brigada, y aunque no fuese un hombre de accion, era un hombre de consejo.

Era un hombre de mediana estatura, delgado, ojos azules, de maneras suaves y en quien todo parecía respirar algo de nobleza.

No he visto, pues tuve ocasión de tratar mucho á dicho general, una persona que poseyese en un alto grado el don de gentes; como tampoco he conocido tanta benevolencia, pues aunque era un partidario algo estremoso, sin embargo nunca lo vi proceder con injusticia.

Tenia una particularidad; á pesar de que cuando lo conocí ya era entrado en años, y era la de ser muy amigo de todas las novedades, y aunque fuesen verdaderas nimiedades ó frivolidades le causaban interés.

No he visto tampoco un lector mas apasionado por las «Memorias» y por las lecturas fáciles de novelas.

Entre los jefes debemos hablar del general don Lucas Moreno, que era uno de los mas instruidos militares que tenía el país.

Era un hombre extremadamente grueso, de regular estatura y de un accesible trato.

Poseía una muy feliz memoria además de su vasta instruccion y escribía con mucha facilidad lo mismo que hablaba con bastante lucidez.

Tenia una reputacion bien sentada de militar inteligente y en algunas acciones de guerra dejó bien justificada y probada esa opinion.

Pero era mas hombre de oficina y de bufete y habria sido un buen abogado, así como era un militar que, aunque no aguerrido en lo que se entiende en estos países, era un hombre de consejo y de reputada opinion.

Tenia, cuando lo conocí, una predileccion por la historia de las guerras de América y conocia aun hasta en sus menores detalles, todos los acontecimientos que se habian desarrollado desde la guerra de la independencia hasta nuestros días.

Le oimos decir que se ocupaba de escribir algo sobre sus muchas lecturas y no sabemos si lo realizaria ; pero si hubiese escrito ó hubiese dejado algo sobre ese tema, seria de interés conocer sus apreciaciones.

No era un militar de gran talla y tampoco un literato, pero era un hombre muy instruido.

Estaba llamado á desempeñar un papel mas importante en su país, pero fuese que los acontecimientos no lo favoreciesen, ó que no fuese un gran aspirante, aunque figuró como un militar siempre de nombre, no desempeñó grandes puestos en la República, siendo uno de tantos talentos malogrados que en gran parte pasan desconocidos, y mas en nuestro país, que da pruebas de no haber apreciado á muchos de sus hijos que podrian haberle sido de gran utilidad.

Verdad es que la prepotencia es la que en la mayor parte del tiempo ha dominado en nuestro pobre país, y los destinos y los empleos no se otorgan por lo que valen y saben los ciudadanos sino por el espíritu sistemático de partido y por la coerción y el empeño.

De ahí que tantas nulidades se hayan acaparado de los destinos mejores y hayan privado que hombres como el general Moreno y tantos otros, hayan figurado como corresponde en gran escala en su país y le hubieran prestado grandes é importantes servicios á su patria que tanto los necesita.

El coronel don Diego Lamas también era otro de los jefes caracterizados del partido blanco.

Era un hombre de regular instrucción y que había prestado como militar buenos servicios al país.

Se le reputaba como un buen táctico y de conocimientos generales.

Después de la caída de Giró, se formó un triunvirato que lo componían el general don Fructuoso Rivera, el general don Juan A. Lavalleja y el general don Venancio Flores.

Rivera que se hallaba en el Brasil, después de su destierro, se encontró en aquel país en los últimos sucesos; y así es que no pudo tomar participación en ellos; al ponerse en camino para la Capital, se enfermó y ya agobiado por los sinsabores de su vida agi-

tada y del destierro en que se le había tenido, sucumbió antes de llegar á la Capital.

El general Lavalleja que quedó al frente del ejército, lo siguió pronto. Estando en la Casa de Gobierno murió de un ataque repentino.

Del general Rivera hemos hablado, y debemos hacerlo del general don Juan A. Lavalleja, este prócer de nuestras glorias de la Independencia.

Don Juan A. Lavalleja era en toda la extensión de la palabra un gran patriota, que puede figurar entre los mas grandes hombres que cuenta la historia de los pueblos, por su redencion.

Era un hombre capaz de llevar hasta el sacrificio de su vida todo por la idea de libertar su patria del yugo extranjero. Prefirió el ostracismo y comer el pan amargo del destierro, antes que plegarse á las banderas del poder usurpador.

¿Y cuántos sacrificios no tendria que experimentar para poder lograr el realizar la idea que en su mente y corazon sentia para libertar á su patria?

Perseguido, puesta su cabeza á precio; refugiado en las provincias argentinas; teniendo alli mismo que vivir oculto por los continuos reclamos de los brasileros, realiza al fin la idea que dominaba su alma de redimir á su patria, y se lanza con treinta y dos héroes como él, á la obra gigantesca de librar á su país del yugo ominoso del extranjero que se había apoderado del país bajo el pretexto de pacificarlo.

Esta empresa es el mas grande hecho que registra nuestros anales históricos y debe enorgullecer á todos los hijos de esta tierra; porque fué una empresa atrevida y heróica, que alcanzó con su triunfo la realizacion de la vida independiente de nuestro pais.

Era tal el entusiasmo que aquel hecho producía que de muchas partes venían á ver á aquel héroe que habia llevado á cabo tan colosal accion y aun entre los mismos enemigos causaba admiracion.

Era el general Lavalleja un hombre bajo, algo grueso, de movimientos nerviosos, tenia una cara simpática, frente despejada, ojos pequeños y nariz afilada.

Yo lo conocí cuando ocupó la silla de gobernante, y cuando acaeció su muerte fui á su casa que quedaba en la calle de Zabala á donde fué conducido despues de su fallecimiento en el fuerte de gobierno. Recuerdo que habia sido colocado en su cama antes de ponerlo en el cajon, y allí lo vi estendido. Me quedé un gran rato mirando aquel rostro que la muerte inmovilizara, y que ya no podíamos ver mas y veía allí á todos los que estaban acompañando su cadáver presos del mismo pesar que yo sentía á pesar de mis pocos años y de no saberme dar bien cuenta de todo aquello.

Nunca se me borrará de la memoria el efecto que

me hizo ver aquel héroe estendido en su lecho; aquel que había inflamado en el ánimo de sus paisanos el ardor y el entusiasmo por la libertad de su patria, cuyas hazañas eran inmortales y cuya vida cual de los dioses creía yo también debía ser inmortal.

Pero ya que no lo fué su vida, lo son sus hechos, y ya que todo es perecedero en el mundo, no lo es el recuerdo eterno de sus grandes servicios y de su inmarcesible y eterna gloria.

Era un hombre modesto, según todos los que lo conocieron, que contrastaba con su valor y actitud y genio guerrero, y llegaba á tanto que muchos que lo trataron después creían que no fuera el mismo que había realizado tan grandes hazañas.

Es que generalmente el genio y el valor como las dotes sobresalientes van unidas casi siempre á un natural bondadoso y modesto.

Con la muerte de Rivera y Lavalleja el coronel Flores quedó solo en el gobierno.

Debemos antes de proseguir adelante en la relación de los sucesos políticos, de los que nos hemos ocupado, no olvidarnos de referir algo de lo que nos es íntimo.

No podemos dejar de consignar que en aquellas alternativas políticas que sufrió el país, no hubieran dejado de influenciar mi ánimo como el de todos, pero en la edad que yo tenía entonces debía ser

como eran las impresiones mas profundas y mas vivas.

Así es que en todos aquellos sucesos que habia visto desarrollarse en aquel periodo, mi pequeño criterio los juzgaba á su modo, y muchas veces pedía y daba opinion sobre ellos con algunas personas que frecuentaban nuestra casa y que visitaban á mi padre.

Recuerdo que mi padre muchas veces por oirme hablar, me preguntaba que era lo que habia oido por la escuela ó por las calles, y le referia todo lo que sabia, y despues me hacia dar mi opinion y lo que juzgaba sobre tales ó cuales informes, ó noticias que circulaban.

En uno de aquellos informes designaba como á ciencia cierta, la revolucion que tuvo lugar al derrocar á Giró que habia oído en el colegio, donde los muchachos dicen todo lo que oyen á sus padres ó á las personas que les son conocidas.

Otras veces no podia dejar de apreciar por mi mismo los sucesos, y cuando le tocaban de cerca y jugaba algun papel mi padre en ellos, me interesaban mas.

Era un celoso admirador del buen nombre y virtudes patrióticas de mi padre, y nadie creia que le era superior en honradez y acrisolado patriotismo. Cuando era llevado á algun destino público, ponía

todo empeño en que nada pudiera dar un pretexto para su crítica ú oposicion y sentia cuando por pasion política ó por exageracion partidista se combatia cualquiera de sus pasos.

Me llenaba de orgullo el ver que mi padre hubiese figurado como uno de los primeros patriotas que tuvo el país, y cuando veia aparecer su nombre entre nuestros Constituyentes ó bien figurando entre los que firmaron el acta de nuestra Independencia, sentia verdadera satisfaccion, y me parecia algo de extraordinario, de inmenso, que se agigantaba á mis ojos cada vez mas, segun mis ideas se iban desarrollando y que podia mejor ver las cosas, aquellos actos que consolidaron nuestro predominio politico.

Así es que veneraba en mi padre no sólo el ser que me dió la vida, sino como uno de los grandes hombres de nuestra patria que supieron á fuerza de sacrificios inmensos, de peligros y de grandes esfuerzos, conquistar la libertad de la patria y la independencia para sus hijos.

El patriotismo que dominaba á esos hombres era y es aun para mí algo de extraordinario, y de ahí que la figura venerable de mi padre, además de sus muchas virtudes, se me presentase siempre como el prototipo de los mas grandes hombres de nuestro país, cuyos servicios señalados deben ser inscriptos en páginas de oro en nuestra historia.

Y no era por menos ni dejaba de tener razon mi justa admiracion, pues que aquellos hombres jugaban la vida y sus intereses, su porvenir y todo lo que les era caro, en aquella lucha contra el dominio extranjero que se sentia fuerte y dominaba con un poderoso ejército á este pais.

No es estraño, pues, que sintiese todo lo que sentia por mi padre: veneracion y cariño entrañables.

Y no lo era con él solo sino que con todos aquellos que figuraron en nuestra contienda por la Independencia, experimentaba mi alma un culto especial.

Aquellos viejos servidores de la nacion que conocí, no me cansaba de hacerles darme informes de todos los detalles sobre las jornadas en que se habian hallado, y me volvia todo oidos y ojos para no perder ni la menor cosa de aquellos pormenores.

Nunca tuvieron un oyente mas atento ni mas interesado en escuchar sus narraciones y á pesar de mis pocos años, aquellos guerreros que se habian hallado en tantas batallas, se complacian al verme tan solícito en acceder á informarme de las acciones en que habian figurado.

Y todo lo que se relacionaba con la época del general Artigas era para mí algo mas que grandioso, sino sobrenatural: digna época de héroes!

Me entusiasmaba todo lo que se referia á esa época, no perdía ni un simple detalle, y desde mi

cuna hasta que llegué á la edad proveyta, nunca dejé de admirar al abnegado Artigas que consumó el sacrificio de su vida y de todo para dar patria y preferir el ostracismo antes que doblérgarse al usurpador, muriendo en él, preso por el sombrío tirano Francia, Dictador del Paraguay.

Mis impresiones por todo aquello, formaron mi espíritu y aprendí desde mi cuna á admirar á nuestros grandes patriotas y á saber apreciar sus heroicos hechos.

La batalla de las Piedras, la de San José, la del Cerrito se me figuraban otras tantas proezas de gigantes y mi imaginacion las rodeaba de circunstancias, de detalles y de cosas increíbles, así que las hacia mas grandes, como si ellas no fuesen por sí mismas.

El pasaje de los Treinta y Tres era una epopeya sublime, y no podia comprender cómo aquellos hombres fueron bastante arrojados para lanzarse á la lucha, en medio de mil dificultades y de mil peligros; viniendo á ponerse en pugna contra el poder invasor que habia sentado sus reales en nuestro país y que contaba con un ejército aguerrido y numeroso.

Era aquello digna hazaña de titanes y así lo comprendia, y todas nuestras demas glorias por el mismo tenor, las apreciaba y las admiraba con un entusiasmo fuera de mí.

Es que desde mi cuna sentia el ábito de aquellos patriotas que con mi padre se entusiasmaban por las glorias de su país, y llenos de esperanzas y de fé en su porvenir, forjaban todos sus proyectos en verlo figurar un día entre los mas grandes pueblos de la América del Sud.

¡Qué carácter y qué temple el de aquellos hombres!

Nunca dejo de admirar la fé profunda que dominaba á todos en los destinos de su país; nunca puedo olvidar á aquellos hombres dotados todos de un tan buen sentido práctico que jamás despues he visto en nadie.

¡Y qué conciencia y qué voluntad férrea era la que predominaba en aquellos espíritus consagrados puramente al culto sagrado de la patria!

Yo me sentia subyugado por aquellos hombres, y los veia y los oia y me parecian que debian tener otra organizacion que la del resto comun de los mortales: que se acercaban á los dioses mitológicos, y que debian ser cantados por poetas y figurar en bronces y mármoles.

Recuerdo que en una ocasion que oia atento á uno de los actores de la batalla de Ituzaingó, narrar con todos los detalles cómo habia sido, y fué tanto lo que me entusiasmó, que viendo á ese jefe que estaba en la mayor pobreza, me llenó de noble interés y fui en persona á ver el Presidente y Mi-

nistros para pintarles la situación que le cabía y me interesé tanto que conseguí que se le diese como gracia su sueldo íntegro.

¡Qué diferencia de aquellos grandes patriotas, llenos de servicios, llenos de sacrificios, muriendo en la escasez y pobres, con los militares de ahora que con ningún servicio á la patria, nadan en riquezas y ostentan fortunas colosales!

Es el signo de la época: hacer fortuna á todo trance y de cualquier modo, aunque sea sacrificando la vergüenza; tener grandes comodidades y ostentar riquezas es á lo que se aspira en estos tiempos, y nuestros militares como todos, salvando honrosas excepciones, de estos tiempos, pagan también su tributo á la opulencia, y no quieren vivir como nuestros mayores en la modestia, en la escasez y como éstos pobres y honrados.

Uno de las mas asiduos patriotas que visitaba en mi casa era don Miguel Barreiro, de quien ya he tenido ocasión de hablar.

Con mi padre lo ligaba una amistad estrecha y todos los días era un asiduo visitante. Hablaban de política y los escuchaba con gran atención. Veía todo el interés que tenían por su país y cuánto no ponían de su parte por verlo feliz y veía la sinceridad de aquellos nobles corazones.

Nunca los vi desmayar por la suerte del país y

siempre los vi serenos, constantes y firmes en sus propósitos y en sus ardientes deseos por la suerte de la patria.

Aquellos hombres tenían un mismo fin; no sentían mas que por la patria y no tenían otro norte sino su felicidad.

No puedo mas que atribuir á esto el que contando con tan pocos elementos como disponían pudieran conseguir los resultados mas lisonjeros, es verdad que eran una reunion de hombres excepcionales que debían transformar á estos pueblos en la forma que lo hicieron.

Y cuando comparamos lo que de aquellos tiempos y de aquellos hombres hemos retrogrado, nos parece que no somos descendientes de ellos, pues que todo parece estrecho y mezquino ante lo grande y lo inmenso de sus propósitos.

Así es que me forjaba en mi imaginacion todo un cuadro de bellas ilusiones sobre el engrandecimiento de la patria y creía que podría verlo ¿pero cuál engaño no debía experimentar?

Los tiempos buenos y felices nunca llegaron y sí los dias malos y desgraciados para la patria y aquellos bellos ensueños de nuestros mayores no llegaron á realizarse en nuestros dias de existencia.

No es porque seamos pesimistas, pues la vida es efímera y no nos habrá tocado á nosotros ver los

progresos y engrandecimiento de nuestro país y les tocará á otras generaciones ver el cumplimiento de los bellos destinos á que está llamado y que soñaron nuestros mayores.

Volviendo á reanudar el hilo de nuestras memorias, debemos consignar algunos detalles de la vida íntima que hemos dejado para dar cuenta de los sucesos y de los hombres políticos que figuraron en nuestra época.

Una irresistible aversion he tenido siempre al espíritu predominante en algunos seres el de considerarse superiores por su posición social ó por su talento.

Me he acostumbrado desde muy niño á no ver sino entre todas, personas que, aunque no tuviesen fortuna, las creía tan buenas y dignas de ocupar el mismo nivel, y sólo me era bastante la honradez para ser sobrado título á mi deferencia y amistad.

Así es que he tratado á todos con llaneza y sí, me he alejado siempre de la gente baja y viciosa, y la rechacé de continuo.

Uno de mis defectos fué y ha sido siempre el considerar mucho mejor á ciertas personas de lo que son y de ahí muchos engaños y decepciones que he sufrido en mi vida.

Los consideraba con méritos que no tenían y los desengaños no tardaron en venir. Felizmente no en

todos me ha pasado lo mismo, pero he tenido la desgracia de encontrar en mi camino á hipócritas y falsos amigos que aunque preparado para rechazarlos, nos han sorprendido en nuestra buena fé, ¿pero quién podrá librarse de ellos?

No sería en vano decir que siempre me consideré desligado de tener que habermelas con ellos, pero desgraciadamente sufrí sus desengaños.

Pero siempre nos queda la satisfacción de haber sido nosotros los engañados contra sus falaces promesas y que aunque hayamos creído en ellos los hemos juzgado mejores de lo que eran.

¡Cuántos de éstos no hemos hallado en nuestro camino, que cual otros Judas nos han dado el ósculo de paz y nos han vendido como á Cristo vendió el discípulo que llevaba aquel nombre!

A mi casa iba entre otras tertulianas Doña Sebastiana Vilaza que vivía en frente. Recuerdo que su casa pasaba por aquel tiempo por las mejores y en ella se había hospedado Carneiro Leon, Ministro del Brasil, quien dió un gran baile que siempre se recordaba con júbilo. Todas las noches iban á tocar las músicas de los batallones brasileros, pues habian venido fuerzas de la frontera á acuartelarse en Montevideo, para garantir á sus connacionales, y así es que siempre estaba animada aquella calle.

Tenia que ver aquellos pobres soldados en invierno, muertos de frio, tiritando como los he visto, tapados con cobertores y tomando el sol en los umbrales de las puertas del cuartel ó en las aceras de las veredas, era cosa que daba lástima, particularmente los que eran de Pernambuco ó de Bahía.

Como muchacho me ponía á mirarlos y los veía dando diente con diente, trémulos, y que algunos ni aun hablar podían, y recuerdo que algunas veces les preguntaba si no les gustaba el país, y uno de ellos me dijo: « Para morrer de frio e boa esta terra e para vivir a minha ».

No sé á qué atribuir, pero la verdad es la antipatía que se les ha tenido á esa pobre gente y el odio que nuestros paisanos les profesaban y que heredaron de los españoles, no sé si es mas origen histórico, por haberse siempre disputado la supremacía de estas regiones y haber rivalizado los portugueses y españoles en la navegacion y descubrimiento de las regiones del Nuevo Mundo, pero no me parece justificada, pues por que sus gobiernos han sido ambiciosos, no tienen porqué culparse á ellos.

Las guerras de nuestra Independencia fueron sin duda los que contribuyeron para mantener ese odio que se les tenía, y que no era justificado y aun hasta ahora mismo entre muchos se mantiene.

Nunca he podido experimentar esos odios volun-

tarios ni esas intransigencias, y así que rechacé siempre en ese y en todos los casos cuando veía que era una cosa injusta, insultar con epítetos denigrantes, y otras majaderías como les decían algunos para ridiculizarlos.

Es verdad que es efecto esto de las rivalidades que siempre han existido entre pueblos vecinos, y la misma cosa ha sucedido entre otras partes.

Con mas ó menos motivo tambien esas divergencias existieron entre nosotros y los argentinos, por celos entre ambos pueblos y por la supremacía que predominaba en el carácter de la guerra que se sostuvo contra Artigas.

Pero todo esto se disipa con el transcurso del tiempo, y esas pequeñas rivalidades se borran y se da paso á la fraternidad en que pueblos, ya que no sean del mismo origen, cuando mas siéndolo, deben vivir para la vida de la libertad y del progreso y hermanarse en los mismos fines de la civilización y de su desarrollo moral y material.

Conoci á varias personas que estaban tan profundamente enemistadas con los españoles, que no los llamaban mas que godos como espresion de desprecio segun ellos creían, pero uno particularmente y era miembro de mi familia, y tío mio que siendo godo ó hijo de godo, era bastante para sentirse irritado. Había servido con Artigas en la gue-

rra contra los españoles y cincuenta años después de haber transcurrido de aquella fecha; aun se sentía con bríos bastantes para tomar un arma y defenderse según decía contra ellos: era odio terrible y profundo el que les tenía y el tiempo no había sido bastante para aplacarlo.

Nunca pudo explicarme semejante persistencia en querer mal á todos los miembros de esa nacionalidad, sino como un efecto de aberración del espíritu entre ciertas gentes. Mucho puede en esto la educación, que sábia puede corregir las pasiones.

Un acontecimiento tuvo lugar por aquellos tiempos que ha quedado indeleble en mi memoria.

La revolución que se le hizo á don Venancio Flores por don José M. Muñoz es á la que me refiero.

Por medio de una elección en que se habían nombrado doble número de Representantes había sido nombrado Presidente de la República, y antes de cumplir los dos años fué derrocado.

Las alternativas de la política traían al país en continuo desorden y parecía que era imposible constituir y arraigar el orden y la paz.

Había precedido al día en que cayó Flores algunas particularidades como es él ir el mismo en persona á prender á Muñoz y á deshacer la reunión

que en su casa habia. Una rechifla tremenda lo acogió y tuvo que darse vuelta á los gritos de los que estaban allí reunidos.

Nunca he visto á un hombre mas contrariado y que hiciese en aquella ocasion un papel mas desairado. No sabemos quién pudo aconsejarle el ir á ese lugar, pero una vez que se presentó para hacer acatar su autoridad, debió hacer dispersar aquel centro de revoltosos á todo trance y no dejarse burlar.

A los pocos dias caía envuelto en su propio desprestigio y ganando la campaña se reunieron con él algunas fuerzas.

Pero una Comision salió afuera á entrar en negociaciones de paz, y se obtuvo el que dejando Flores el poder, entraria el Vice-Presidente á ejercer el mando por el tiempo que á éste le faltaba.

Desde entónces quedaba algo que presagiaba nuevos males para la patria; los horizontes parecian preñados de obscuras nubes y habia de desencadenarse terrible tempestad.

No tardó mucho en que aquel vaticinio se cumplierse desgraciadamente, y á los tres meses de haber caído Flores una revolucion sangrienta tenia lugar.

Los mismos que habian derrocado á Flores, eran los autores de este nuevo desórden que costó mucha sangre.

Fué aquella revolucion lo mas inusitada y menos esplicable.

No habia razon para hacerla y sólo el espíritu de enceguedida pasion partidista pudo llevar á ensangrentar la ciudad.

Don Manuel B. Bustamante ejercia la Presidencia de la República, despues de haber dejado las riendas del gobierno Flores, y era un ciudadano honesto y en quien no se podia esperar que tiranizase el pais.

Tambien no ocupaba el gobierno sino por poco tiempo, pues la eleccion de Presidente constitucional debia tener lugar entre algunos meses.

Así es que aquella revolucion que se produjo era estemporánea y sin esplicacion verdaderamente satisfactoria.

Solo sí, se daba por pretexto el pacto que Flores y Oribe habian firmado para consolidar el orden y asegurar la paz pública, y temian la preponderancia del elemento blanco que podria volver á imperar en el pais.

Lo cierto es que aquel sangriento suceso dejó profunda huella, y costó muchas vidas, pues que se combatió de una parte como de otra, con un ardoroso encono.

Fueron al fin dominados y entraron en arreglos dejándoles la libertad á los principales jefes revo-

lucionarios de poderse trasladar á Buenos Aires, sin ninguna clase de restriccion.

Se dijo entónces, que en el consejo que tuvo lugar entre Oribe y Flores, para acordar las bases de arreglo, éste propuso que no se debia admitir otra cosa sino la rendicion completa de aquellos revolucionarios y que se les castigase severamente, y que Oribe fué de opinion de dejarlos libremente que se embarcasen para la ciudad vecina sin mas condiciones que la entrega de armas.

No sabemos lo que hubo de cierto en esto, pues no fuimos testigos presenciales de aquel acuerdo, pero repito lo que se dijo y se repitió por muchas personas entónces.

Prevaleció, pues, la opinion de no responsabilizarlos por aquellos desórdenes, y Muñoz y sus compañeros se embarcaron y dejaron el país.

Recuerdo que una vez terminada aquella revolucion, fui como curioso á ver la Casa de Gobierno, donde se habia hecho mayor resistencia, y presentaba aquel lugar un espectáculo verdaderamente horrendo.

Por todos lados habia regueros de sangre; las balas habian acribillado las paredes, y algunos muertos á quienes no se les habia dado sepultura aun, estaban allí tendidos en el suelo.

Aquello daba verdaderamente horror. Las ofici-

nas habian servido para hospedarse y de refugio á los revolucionarios durante el combate que duró mas de una semana, y se veian aquí y allí, los legajos de papeles y de libros esparcidos por el pavimento, muchos de ellos manchados con sangre.

Las armas que les habian servido para la lucha estaban hechas pedazos y que las habrian roto sin duda viéndose ya perdidos; en fin, era aquel un cuadro como para dejar la profunda impresion que á mí me hizo y con mucha razon, y que siempre conservo.

Las revoluciones se engendran unas á otras, y aquella revolucion abortada, antecedió á otras que produjeron exacciones violentas, nuevo sacrificio de vidas y desgracias, sin verdadera causa que las legitimase.

Ya hablaremos en oportunidad de esos sucesos.

Siempre recordaré entre otros á uno de esos tipos exajerados en política, á quien cegaba la pasion partidista hasta el extremo de hacerse temible.

Este era un pardo llamado Regino Mendez que prealeciéndose de la situacion que le era propicia entonces, andaba por esas calles, campeando por sus respetos, insultando á todos los que consideraba de opinion contraria.

Su mayor gusto era entrar en alguna confiteria ó café, y si hallaba á alguno de éstos empezaba á

chocarlo y con grosería de toda clase les dirigía toda especie de invectivas.

Era un insolente en toda la extensión de la palabra y que no había más remedio que soportar, pues se sabía que tenía quien lo amparaba y le guardaba las espaldas.

En todos los barullos siempre figuraba, y era uno de esos tipos que no se sabe de dónde salen pero que consiguen alborotar.

¿Cuántos de ese mismo corte no salen á luz en tales momentos, cuando se vive en agitación continua?

A muchos he conocido, verdaderos delirantes que brotan de los disturbios políticos, y que cuando pasan los desórdenes, y cesa la tempestad y renace la calma en los pueblos, desaparecen como por encanto, y no se les ve sino cuando vuelven de nuevo á agitarse las pasiones y se desencadena la borrasca.

Y algunos de ellos son famosos criminales, que impunemente han cometido toda clase de desmanes, y que se amparan y son protegidos por sus partidarios.

Son la escoria de las sociedades, elementos tal vez inconscientes de los partidos, que hacen el mal y cometen el crimen como la cosa más natural, creyendo que sirven la causa que sostienen, y que les

hacen mas daño y perjudican de tal manera al país que una verdadera plaga.

En todos los tiempos los ha habido, y desde Artigas, en que figuraba el famoso Otorgués, hasta estos días, se encuentran esos monstruosos engendros del desórden entre nosotros.

Y á algunos de ellos les hemos oido alabar sus fechorias como actos de valor, y no han dejado de tener sus admiradores: lo que hace ver cómo enseguece la pasion partidista.

Esta es una degradacion moral inconcebible, pero que es así.

Muchas veces hasta es un titulo éste para llevar á algunos de ellos á ocupar destinos públicos, y no pudiendo esplicarme cómo esto podia suceder, que los partidos perdonen aun hasta los crímenes, con tal de que sean elementos que les sirvan los que los cometan, he visto en ello una aberracion completa del espiritu y una verdadera subversion de toda idea moral.

¡Cuántos de esos foragidos no son aun hoy mismo jefes políticos y autoridades, que merecian estar con un buen grillete en la cárcel, en vez de ocupar* y desempeñar cargos públicos!

Pero son nuestros gobernantes los que tienen la culpa de ello, y si no los amparasen, no figurarian para mengua y baldon de nuestro país.

Voy á referir ahora algo de la vida de un desgraciado que en mi juventud conocí, que habia perdido sus dos piernas, por una bala de cañon, en una de las acciones de nuestra guerra; y que, con una numerosa familia, no tenia con qué mantenerla.

Mis padres lo recogieron del Hospital Militar, y vivió en una de sus casas, conjuntamente con sus pequeñas hijas. Se llamaba Ramon Martinez y era viudo. Tenia el grado de Sargento Mayor, pero no cobraba sueldo alguno. A cargo de mi familia estuvo hasta que murió, y en nuestra casa crecieron dos de sus hijas, llamadas una Martina y la otra Cármen.

Siempre recordaré á aquel hombre vigoroso, lleno de vida, sin sus dos piernas, tendido en su cama hasta que murió, despues de algunos años de encontrarse en ese estado; y que con una abnegacion verdaderamente admirable se mostraba resignado.

Era de un carácter benévolo, y si á veces, viéndose jóven y que aun podia ser útil á su patria, sentía hallarse imposibilitado de poderla servir.

Vi algunas veces que sus ojos se llenaron de lágrimas, pues iba siempre á acompañar al criado que le llevaba de mi casa la comida, y me quedaba largos ratos haciéndole compañía. Me contaba sus campañas y todo lo que habia servido, y aunque no

era brillante su conversacion, tenia el mérito de la sinceridad: hablaba con naturalidad, y yo me pasaba los ratos perdidos oyéndolo con interés.

¡Pobre hombre! Me compadecia al infinito verlo en aquel estado, y su resignacion me admiraba profundamente.

Era lo mas agradecido y no sabia cómo ponderar lo que mis padres hacian con él y su familia, y sólo decia y repetia no poder nunca retribuir de alguna manera la caridad de mis padres.

Todos los dias, como he dicho, iba á verlo, pues distaba pocas cuadras de mi casa á donde vivia; y recuerdo que fui sorprendido al saber que habia fallecido repentinamente durante la noche.

Fui á dar parte á mis padres de esto, y llamaron á un médico que, reconociéndolo, dijo haber muerto por congestion cerebral.

Aquel hombre habia sucumbido por el estado de inaccion en que se hallaba hacia tanto tiempo; lo que le produjo aquel ataque, siendo como era de una naturaleza vigorosa.

Recuerdo haberle oido decir en las conversaciones que habia tenido conmigo, que habia librado al general Rivera con su caballo en la batalla de la *India Muerta*, en la persecucion que Urquiza le hizo, quedando prisionero y salvando de la matanza y degüello que se hizo de los prisioneros, y esto por un

milagro. En momentos de llevarlo con otros compañeros al suplicio, fué reconocido por un Jefe á quien habia él salvado, y éste lo amparó y protegió, pudiendo conseguir de Urquiza que se le librase la vida, quedando prisionero hasta que pudo escaparse.

Habia servido en la guerra de la Independencia, y tambien fué prisionero de los portugueses, que lo mandaron á Rio Janeiro; y allí, en un calabozo que vertia agua, lo tuvieron en la *isla das Cobras* hasta que acabó la guerra.

Nunca olvido las penalidades que sufrió aquel desdichado en aquella prision, y que me relataba; tenia que trabajar todos los dias forzosamente en obras pesadas y llevando una cadena como si fuese un criminal. Le daban un mal alimento, fariña con porotos y carne de cerdo, pero en extremo escaso, y caia muerto de fatiga á dormir en su calabozo, lleno de humedad y de agua. Sólo su resistencia vigorosa y su deseo ardoroso de vivir, pudo no haberlo hecho sucumbir con aquel duro y bárbaro tratamiento.

El látigo azotaba á los que no trabajaban como querian, y á algunos infelices vió sucumbir por la fatiga y porque sus fuerzas no les alcanzaban para soportar tan duros trabajos.

Generalmente trabajaban en aserrar inmensas

vigas de madera que se destinaban á fabricar buques de guerra, y en otras cosas pesadas.

Esto era el colmo de la brutalidad, pues que no es esplicable que se pueda llevar el castigo á prisioneros políticos, como si se tratase de criminales, á ese estremo.

No podia comprender cómo un pais civilizado hiciese semejantes desmanes, y me sublevaba cuando le oia referir aquello.

Me parecia imposible, y sin embargo era así; porque la palabra de aquel hombre era sincera, y despues vi confirmado lo que me habia relatado, en otros que me contaron lo mismo.

No es estraño, pues, que prefiriesen morir muchos en el campo de batalla, antes de caer prisioneros de enemigos que tan malos tratos les daban, y que se complacian en tratarlos como si fueran verdaderos criminales.

No sé á qué atribuir el que nuestro pais no haya podido contar con buenos gobernantes, y cuando los ha tenido han caido envueltos en el desorden.

No sé si el espiritu de exagerada libertad ó de intolerancia ha sido la que mayor parte haya tenido para ello, pero es el caso que no bien hubimos salido del yugo opresor del dominio extranjero, y nos constituimos en estado independiente, que ya á los pocos años la revolucion envolvió con sus negras alas al pais.

Salimos del dominio del caudillaje y caímos en el militarismo que se ha enseñoreado desde la cruzada de Flores hasta el presente, no sabiendo cuál es mas funesto para la República, y creemos que su pernicioso tendencia é influencia en la suerte del país es terrible.

Iba á nuestra casa uno de esos frenéticos apolo-gistas de los desórdenes que creemos habia figurado en todos ellos, y para quien no habia ningun gober-nante bueno de los que habian figurado en nuestro escenario político, y que pudiese hacer la felicidad de la patria.

Era aparte de esta monomania de la que desgra-ciadamente participan muchos, un honrado sujeto: buen amigo, escelente carácter y que era capaz de hacer todo lo que le fuera posible por ver feliz á su patria.

Se llamaba don Bruno Muñoz: habia sido hacen-dado y habia perdido toda su fortuna en las diver-sas peripecias porque habia atravesado esta desven-turada tierra.

Esto mismo parece que debia haber sido un mo-tivo para aleccionarlo de la política y de desear la tranquilidad, pero nada de ello, pues era esto mismo causa para su intransigencia con todos los gobiernos á quienes echaba la culpa de todo lo malo que habia pasado y pasaba el país.

En nuestra casa se le buscaba la boca, como se dice generalmente, y entonces el bueno de don Bruno se desataba en invectivas y denuestos contra todos.

El general Rivera había sido un gaucho dilapidador y desordenado; el general Lavalleja un pobre hombre, el general Oribe un tirano sanguinario, y así por el estilo calificaba á todos sin distinción.

Una vez le increpé su manera de pensar y le dije:

«Usted no encuentra nada bueno y á nadie que haya hecho un buen gobierno, ¿lo haría tal vez solo usted?»

«Ya lo creo, me contestó inmediatamente; á lo menos trataría de que no nos robasen las vacas y no se apropiasen de lo ajeno».

A esto todos los que estaban oyéndonos, se echaron á reír al ver el aire de convencimiento con que había pronunciado aquellas palabras, como si hubiera sido cosa muy fácil el privar que en tantos desórdenes, en que ni aun las garantías de la vida están preservadas, fuera cosa fácil el llegar á asegurar los intereses á merced de cualquier montonero que se levanta contra la autoridad.

Siempre recordamos á don Bruno por sus salidas y ocurrencias, y por aquella tenacidad con que no hallaba jamás nada bueno en los políticos de nuestra tierra.

Y no es que no tuviera razon en muchas cosas que decia, pero como era una especie de sistema aquel pesimismo con que encaraba todo, se hacia notable por aquella monomania, y por ese motivo los que lo conocian lo buscaban para darle cuerda.

Recuerdo que en cierta ocasion habiendo habido algunos dias de mal tiempo, y encontrándolo en la calle despues de saludarnos como siempre, le dije: «ha visto usted que mal tiempo tenemos», á lo que me contestó muy fresco:

«Y de ésto ¿quién tiene la culpa?»

«¿Y quién puede tenerla?» le contesté.

«Pues quien ha de tenerla, me dijo, sino el gobierno!»

Me quedé mirándolo sorprendido, creyendo que no estaba bien de la cabeza, y viendo su aire convencido, le dije:

«Pero hombre, qué tiene que ver el gobierno con el tiempo?»

«Amigo, el gobierno tiene que ver en todo.»

Me quedé estático y viendo que no se hacia cargo del disparate que decia, lo dejé para ir á avisar á mi casa que consideraba á don Bruno loco de atar.

Pero el hombre se nos presentó poco despues sin mayores demostraciones de estar enagenado, y si se afirmaba en que lo que habia dicho era verdad.

Era de una sola pieza, como generalmente se

dice, y no daba su brazo á torcer por mas que comprendiese que habia dicho un disparate.

El pobre murió de una manera inusitada; yendo de paseo se le cayó encima el pilastre de una azotea y lo dejó exánime, y de resultas de aquello dejó de existir.

Todos lo sentimos, pues á pesar de su mania, era muy estimado porque tenia prendas personales que lo hacian apreciar y considerar.

No sé si algunos de mis lectores habrá conocido en su tiempo, á un personaje celebérrimo, que era muy conocido en parte de nuestra sociedad, llamado don Marcial Gomez.

Era un hombre muy afable que se hacia simpático desde el primer momento que se le veia y hablaba, y que era un individuo indispensable en todas las reuniones sociales.

Cuando lo conocí ya era un hombre entrado en años, pues llegaria á la mitad de la vida; pero conservaba un buen humor y gracia envidiables.

Presumia aun de jóven y se inclinaba siempre á las galanterias, creyéndose como en tiempos de su mocedad.

Los desengaños que proporcionan el tiempo y los años, no lo habian aleccionado contra la costumbre de hacer la corte á todas las mujeres. Y éstas, aunque no le hiciesen caso, casi siempre, lo estrañaban

cuando no se le veía en alguna reunión, lo que era muy raro, y entonces les parecía que faltaba algo.

Era que estaba adornado de esquisita galantería para con todas, y les prodigaba toda clase de atenciones en general, y así es que no es extraño que cuando faltaba don Marcial, no estuviesen completas las reuniones.

Era un tipo que no había envejecido á pesar de los años y siempre era joven. Las novedades, en todas las cosas, le llamaban la atención; era un elegante en el modo de vestir á la última moda, y el traje que traía el último figurín de París, se lo estrenaba el primero, y preconizaba la moda en todo.

Conoci algunos despues, que eran del mismo jaez que Gomez, como Márcos Arredondo y Cárlos Carballo, á quienes aun recordamos por su extremada urbanidad y sociabilidad, y al último mas que todo, pues á pesar de su tono lleno de afectación, que hizo escuela entre algunos, tenía condiciones de poderlo apreciar en nuestro centro social como merecía, pues era un espíritu culto y agradabilísimo.

Aun nos parece verlo con su hermosa cabellera, pues la tenía abundante; era de contestura delgado, de color pálido, afable con todos y que imprimía, á pesar de no ser ya joven cuando lo conocí, el buen tono en todas partes, y siempre iba acompañado de algunos jóvenes que tomaban su mismo aire y su

mismo porte y hablaban como él con afectacion y que les servia como de Mentor.

Un dia, Gomez, de quien nos hemos estado ocupando, se le encontró muerto de un pistoletazo en su cama.

¿Habíase suicidado ó bien habia sido victima de algun asesino?

Nadie lo supo, pero á todos causó profunda impresion al saber aquel trágico fin.

Parecia un sueño, pues aquel hombre, nadie que lo hubiera conocido, hubiese pensado jamás que pudiese atentar á sus dias, pues era un carácter abierto y alegre, y tampoco que pudieran matarlo, pues no se le conocian enemigos.

No hemos hablado hasta ahora de uno de los grandes acontecimientos que tuvo lugar en Europa, y que pertenece á la época que voy describiendo.

Me refiero á la revolucion francesa del año 48, que ocasionó la caída del trono de Luis Felipe.

Aquel acontecimiento, que vino hasta nosotros algunos meses despues de producido, ocasionó profunda sensacion, pues que la Francia, por la parte que habia tomado en todos los casos de nuestra guerra y en nuestros sucesos, se habia ligado en afinidades y en estrechos vinculos con nosotros.

Así es que mirábamos, como siempre, todos sus acontecimientos como si hubiesen sido de un país

hermano, y aquel suceso repercutió en el corazón de todos.

Se sentía la caída de Luis Felipe, de ese monarca popular y tan querido, pero sus últimos errores políticos lo habían precipitado á ella. La revolución, que había proclamado ser una revolución pacífica, y que había enarbolado la bandera tricolor que tantas glorias contaba sobre la roja, que representaba el terror y la guillotina de la anterior, que contaba entre sus filas á los mas preclaros talentos, como Lamartine, Victor Hugo, Luis Blanc, Ledru Rollin y á todo lo mas sobresaliente entre lo mas inteligente de la Francia, no podía dejar de hacerse simpática, ya que consolidaba los principios en que se fundaba de *igualdad, libertad y fraternidad*.

Era muy niño cuando tuvo lugar aquel suceso, pero conservo fielmente en mi memoria el interés con que se esperaban las nuevas noticias de los acontecimientos que habían tenido lugar entonces.

En mi casa, donde se reunían tantas personas notables, se hablaba y se comentaban las noticias; se leían los brillantes discursos de Lamartine cuando recibía al pueblo y lo arengaba desde los balcones del palacio del *Hotel de Ville*, ó los que eran pronunciados en la Cámara de Representantes por Ledru Rollin y otros oradores de igual talla; y se simpatizaba con aquellos hombres y con aquella

política que parecía abrir nuevos y grandes horizontes, no sólo para la Francia, sino para todos los pueblos, pues que aquella gran nación imprime por todas partes las expansiones de su espíritu.

La subida al trono de Luis Felipe, que había sido la obra del general Lafayette, que preconizó su nombramiento pronunciando aquellas famosas palabras y estrechando á Luis Felipe en el recinto legislativo, «que la mejor de las Repúblicas sería el gobierno de aquel príncipe», cuando tuvo lugar la caída de Carlos X, fué un retardo del triunfo de las ideas republicanas, como el nombramiento despues del príncipe Luis Napoleon para Presidente, fué el error mas grande para la caída de la República, pues debía esperarse que, con los antecedentes de su tío, sería su enemigo mayor y que trabajaría por restablecer el régimen imperial.

El general Cavaignac que sofocó el espíritu de sedición que se había introducido en el seno de la República, y que hizo derramar un mar de sangre, habría tal vez conservado la República, pero se había hecho odioso con aquello, y aunque fué candidato para la presidencia y obtuvo muchos votos, el príncipe Luis Napoleon tuvo una gran mayoría. No fué esa elección bien recibida por los hombres que pensaban, y Thiers pronosticó que aquella elección significaba la pérdida de la República, como efectivamente fué así.

Entre las grandes conquistas de la palabra de un orador que puede calmar con su influencia las iras de un pueblo, hablaremos de un hecho que da su mejor medida.

Lamartine, cuya entonacion patriótica aumentaba conforme crecian las asechanzas que amenazaban á la República, rodeado de un inmenso pueblo, pudo hacerse escuchar ante los peligros de aceptar la bandera roja á que aludimos antes.

Tranquilizó con sus argumentos irresistibles el ardor de ese pueblo, y consiguió una victoria completa y aun inesperada sobre las huestes que amenazaban realizar las sangrientas escenas del 79.

Hé aqui algunas de las palabras de su inspirada improvisacion, que recordamos y que no podemos dejar de consignar.

« Hé aqui, exclamaba, lo que ha visto el sol que nos iluminaba ayer, ciudadanos. ¿Y qué verá el sol de hoy? Veria á otro pueblo tanto mas furioso cuanto menos enemigos tiene que combatir, desconfiar de los mismos que ha elevado, restringirlos en su libertad, envilecerlos en su dignidad, desconocerlos en su autoridad, que no es mas que vuestra, sustituir una revolucion de venganzas y de suplicios á una revolucion de unanimidad y de fraternidad; y mandar á su gobierno enarbolar, en signo de concordia, el estandarte de combate á muerte entre

los ciudadanos de una misma patria! Esa bandera roja, que se ha podido elevar algunas veces, cuando la sangre corria á torrentes, contra los enemigos, debe desarbolarse cuando ha cesado el combate, en señal de reconciliacion y paz. Desearia mas la bandera negra, que se hace flamear á veces en una ciudad sitiada para designar á los edificios destinados por la humanidad contra las bombas y las balas en signo de lugares neutrales y que son respetados por los enemigos. ¿Y deseais que la bandera de nuestra República sea mas amenazadora y mas siniestra que aquella de una ciudad bombardeada?

Ciudadanos: podreis violentar al gobierno y podeis mandarle cambiar la bandera de la Nacion y aun el nombre de la Francia. Si estais tan mal inspirados y tan obstinados en vuestro error para imponer una República de partido y un estandarte de terror, el gobierno, lo sé, está decidido tambien, como yo mismo, á morir en vez de deshonorarse obedeciéndoos. En cuanto á mí, jamás mis manos firmarán ese decreto! Rechazaré hasta la muerte esa bandera de sangre, y la debeis vosotros rechazar tanto ó mas que yo, pues la bandera roja que enarbolais no ha recorrido mas que el campo de Marte, empapado en la sangre del pueblo en el 91 y en el 93, y la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria y la libertad de la Patria!»

A estas últimas palabras el entusiasmo del pueblo fué indescriptible, y Lamartine fué elevado en brazos por ese mismo pueblo que queria un momento antes elevar la bandera roja.

La situación de la Francia, en momentos de la revolucion, era la mas alhagüena, y se podia haber consolidado, porque no atacaba ni era atacada en el exterior, y en el interior, salvo los desórdenes del 14 de Julio, asi es que no habia mayor razon para ver que podia peligrar.

Luis Napoleon Bonaparte fué elegido Presidente de la República por cinco millones de sufragios. Su politica al principio fué la fusion de todos los partidos y de paz. Sin embargo, encontró oposicion y se le hizo resistencia, mas que todo en las Cámaras: primero en la Asamblea Constituyente y despues en la legislatura que se reunió el 28 de Mayo de 1849.

No hablaremos de todos los detalles de aquella situacion que se hizo cada vez mas violenta y que debia precipitar el golpe de estado del 2 de Diciembre de 1851.

La situacion de los dos poderes, legislativo y ejecutivo, era tan tirante al final del año 1851, que de todas partes se anunciaba el golpe de estado, cuando en la noche del 2 de Diciembre los principales Diputados fueron presos en sus domicilios y el

palacio de la Asamblea fué invadido por la fuerza pública, apareciendo en todas las esquinas proclamas que anunciaban la disolucion de la Asamblea, el restablecimiento del sufragio universal, la convocatoria del pueblo á los comicios y el estado de sitio en todo el territorio.

Aquel golpe audaz, á pesar de estar consentidos en que iba á tener lugar, sorprendió sin embargo á todos.

Se levantaron las mas violentas protestas, sobre todo por los Representantes, y en algunas partes se hizo alguna resistencia; pero se habian tomado medidas de antemano por el gobierno, y así es que abortaron todas ellas al iniciarse.

La última sesion de la Asamblea Nacional, al tener conocimiento los Representantes de aquella tropelia, fué terrible, y no pudiendo sentarse en el Palacio Legislativo, se instalaron en otro lugar y en aquella reunion decretaron la destitucion del Presidente.

Hé aqui el decreto:

Asamblea Nacional.

Por el artículo 68 de la Constitución, atendiendo que la Asamblea Nacional por la violencia de llenar su mandato—

DECRETA:

Luis Napoleon Bonaparte queda destituido de sus funciones de Presidente de la República.

Los ciudadanos están en el deber de rehusarle toda obediencia.

El Poder Ejecutivo pasa de pleno derecho á la Asamblea Nacional.

Los jueces de la Alta Corte están llamados á reunirse para proceder al juicio del Presidente y de sus cómplices.

En consecuencia, están en el deber todos los funcionarios y depositarios de la fuerza pública, de obedecer á todo mandato hecho en el nombre de la Asamblea Nacional, bajo las mas severas penas y considerados como delitos de alta traicion.

Hecho y proclamado á unanimidad de votos, en sesion pública, el 2 de Diciembre de 1851.

Firmados:

Benoist d'Azé,

Presidente.

Vitet,

Vice-Presidente.

Moulin et Chapot,

Secretarios.

Este decreto no tuvo efecto y fué disuelta aquella reunion por la fuerza pública, llevando á muchos de los Representantes que se resistieron, á la prision de Mazás.

La influencia de aquella revolucion tuvo eco en algunas partes, pero no alcanzó á introducir su gérmen, ni á fecundar las ideas de libertad entre otros Estados.

Sin embargo, en Italia, sobre todo en Roma, se sintió mas que en ninguna parte el poder de las nuevas ideas que se habian entronizado en la Francia.

Pio IX que se habia puesto al frente de las libertades públicas y que en un momento hizo causa comun con el pueblo, viéndose arrastrado por la ola revolucionaria, mas de lo que podia presumir, reaccionó de pronto, y se opuso á dar cima á lo que habia prometido, y á seguir el espíritu de las reformas iniciadas.

Pero la sedicion estaba encarnada en el pueblo italiano, y entonces Pio IX, ante las amenazas que se le hacian y de haber visto que el pueblo atacaba su autoridad, con peligro de su vida misma, tuvo que dejar á Roma y trasladarse á Gaeta. Aquel mismo que habia hecho causa comun con Cárlos Alberto para redimir la Italia del yugo extranjero, que habia iniciado las grandes reformas y que era

idolatrado del pueblo, tuvo que fugar en medio de las amenazas y acechanzas de los que habian un momento esperado de él la redencion de la Italia y veian defraudadas sus esperanzas.

Repuesto nuevamente en el trono del Vaticano por la influencia extranjera, y vuelto de Gaeta á Roma, nada hizo de lo que un dia habia prometido, y las grandes iniciativas que habia prohibido, quedaron sin efecto para su pais.

La lucha entre el poder temporal y el espiritual se hizo entonces mas agresiva, y el poder y el renombre de Pio IX sufrió sus consecuencias. Una guerra sorda continuó en las masas á todo lo que dimanaba del Vaticano, y la consecuencia de ello fué ver menguar su autoridad y su prestigio hasta el momento en que años despues, vimos que desaparecia el poder temporal del Papa, y la Italia se redimia del yugo extranjero.

Quien sabe qué pudo obrar en el espiritu de Pio IX para detener su propia obra; tal vez alarmó su espiritu los progresos de las ideas liberales, y las demasiadas proporciones que iba tomando la revolucion en los estados pontificios, pero tal vez habria ahorrado, si hubiese persistido en la reforma, los conflictos que vinieron despues.

La Italia, no obstante, persistió en su constante anhelo de constituirse y sacudir el yugo extranjero

y ante los trabajos del célebre agitador Massini y los diplomáticos del Conde de Cavour, se hacia cada vez mas hacedera la aspiracion de los italianos.

Aunque fué desgraciado Cárlos Alberto en sus empresas, sin embargo, el gérmen fecundo de libertad estaba profundamente arraigado en el corazon de todos, y la lucha tenaz, persistente, se continuaba contra la usurpacion austriaca, y no habia de tardar el dia en que el sol de la libertad y de la independencia luciera en aquel hermoso cielo.

La Francia que habia acompañado á sostener al Papa, fué la que contribuyó mas para la emancipacion de la Italia.

Ya que hablamos de estos pueblos, no dejaremos de hacer una pequeña revista de la situacion de otros Estados.

La península española, habia visto encenderse en mal hora la guerra civil con motivo de subir al trono Isabel II.

Don Cárlos de Borbon se consideraba con derechos á la corona y amparado en la ley Salica por la que ninguna mujer debia reinar, y no habiendo tenido Fernando VII heredero varon, se declaró en guerra contra aquella usurpacion. De aqui provino aquella larga y sangrienta lucha que arruinó á España y que llenó de horrores su historia.

Fué una guerra aquella, empecinada y que diezmó á la península; los liberales y carlistas no dieron cuartel á sus prisioneros, y se fusilaba hasta mujeres. Fué aquel período para España, una verdadera época de desolacion y ruina; pocas veces se ven tanto valor y heroismo por parte de los hijos de una misma tierra, como tambien mas rencor y espíritu de venganza.

Zumalacarregui, Cabrera entre los carlistas y otros jefes prestigiosos, manifestaron poseer un valor y genio guerrero, pero empleado en lucha estéril y que sólo arruinó á la patria española.

Despues de luchar en vano, tuvieron que someterse, y la paz se hizo por el célebre tratado de Vergara.

Fernando VII, que habia faltado á todas sus promesas de dar libertades á su pueblo antes de estos acontecimientos, y que habia desterrado á todos los que mas habian coadyuvado para elevarlo al trono, habia puesto en planta el despotismo mas torpe y brutal que imaginarse puede: asi es que á su fallecimiento, todos los españoles vieron un gran bien en que desapareciese su persona, y aunque su hija era de menor edad, y tuvo que nombrarse un regente, que lo fué el general Espartero, lo que siempre es una gran desgracia, y la ha sido mas que en otras partes en España, todos vieron el iris de

mejores dias. Pero la guerra civil á que hemos hecho referencia, dió por tierra con aquellas ilusorias esperanzas, y España sufrió las terribles consecuencias de tener una mujer aun niña en el trono, que tenia que ser manejada por otros, y entre tanto la lucha se encarnizaba cada vez mas hasta ver bambolear su trono. La energia de Espartero, su talento militar y politico, ayudado por hombres de importancia, salvó á aquel trono de desaparecer.

Despues de la guerra civil, una conspiracion abortada, encabezada por los Generales Leon, Concha y otros, en la que se pretendia dar por tierra con el poder de Espartero, apoderándose de la Reina, y cuya conspiracion costó la vida al primero, que fué fusilado, exacerbó los ánimos de la mayoria de los españoles, y Espartero poco despues tuvo que dejar las riendas del gobierno y retirarse del escenario politico.

Desde entónces la guerra sorda se continuó contra Isabel, declarada mayor de edad, y con Ministros como Narvaez, O'Donnell y otros, fué una especie de dictadura militar el gobierno de aquella reina, hasta que cayó por su propio desprestigio y tuvo que abandonar el trono.

Aquel pueblo heróico, que siempre ha sabido defender su independenciam, que á Napoleon I supo contrarrestarlo, y que nadie ha podido dominarlo,

que siente y ardé en él el espíritu de libertad, se ha visto por largos siglos presa de ominoso poder; ha tenido que soportar á malisimos monarcas que no han realizado mas que en mucha parte la ruina de su misma patria.

El único monarca, de los últimos de estos tiempos, que dió algunas muestras de saber, fué Cárlos III, que rodeado de los políticos mas ilustres de su país, encaminó á España en el sendero del verdadero progreso.

Pero despues Cárlos IV, manejado por el Principe de la Paz, don Manuel Godoy, que de guarda de Corps se elevó hasta el rango de Ministro y favorito de aquel monarca, y que tan funesta fué su pernicioso influencia política para su país, contribuyó á desprestigiar la España, y mas que todo, los escándalos que se suscitaron en la córte entre el favorito y la reina.

Fernando VII, que se habia insubordinado contra su padre y trató de derrocarlo y apoderarse de la corona, y que fué desgraciado en su empresa y tuvo que someterse y esperar que los sucesos que tuvieron lugar con la guerra de los franceses, lo llevasen á ocupar el trono que habia tenido que abandonar su padre Cárlos IV, abdicando en su favor despues de los sucesos de Aranjuez.

La situacion de la Europa habia sido producida

por las guerras de Napoleón I, pues con su ambición ilimitada tenía en pugna á todos los Estados, que tenían que resguardarse contra sus ataques violentos. La estrella que lo había acompañado en sus victorias famosas, se había eclipsado con el desastre sufrido en la campaña de Rusia, y por los contrastes experimentados en la península española, y su poder se sintió debilitado, y todos los pueblos hicieron causa común para derrocarlo.

Era un estado aquel de continua convulsión, que tenía armada y en completa agitación y en guerra permanente á toda la Europa, y que debía terminar.

La Alemania, la Inglaterra, la Rusia, la Italia, la Austria, la España, todas estaban suspensas del capricho del Emperador, y todas se coaligaron para derrocarlo.

Invadieron la Francia, y después de luchar en vano contra aquéllas, tuvo que abdicar el trono, sentándose en él un Borbon.

Venido de la isla de Elba, nuevamente la Francia se le unió toda, y de nuevo los aliados tuvieron que volver y la batalla de Waterloo dió por fin por tierra con todo su omnímodo poder, yendo á ocupar, como prisionero de los ingleses, la isla de Santa Helena, donde murió lejos de la Francia, de ese pueblo que según sus propias palabras tanto había

amado, pero á quien habia diezmado con tantas batallas.

Quedó, pues, la Europa postrada con tantas guerras, y se resintió por mucho tiempo de aquel período de luchas constantes.

Volviendo los ojos á la América, en todos los Estados Americanos que habian sacudido el yugo opresor de la madre patria, se habia sentido el espíritu de anarquía que devoraba sus Estados.

En mal hora la ambicion exagerada de algunos caudillos que se habian impuesto por las circunstancias, y que eran engendros del desórden, tenian á sus estados bajo el dominio brutal de sus caprichos.

Todas las Repúblicas pagaron el cruel tributo de sangre derramada en la lucha estéril de las guerras civiles, y tuvieron que ver perder sus mejores dias, empleados en despedazarse y en arruinarse.

Parecia que el gérmen de la revuelta y del desórden se habia inoculado en todos los espíritus y que no se hacia mas que retrasarse y seguir arruinándose.

Allí, en donde el caudillaje ó el militarismo se implantaba, podia contarse con que las exacciones, las violencias y la ruina, era lo que debia dominar.

¿Y cuánto tiempo no se ha vivido así?

¿Cuántas de esas Repúblicas, que podían ser centros de civilización y de progreso, no pueden aun levantarse de la postración en que la lucha fratricida las ha dejado?

La República Argentina, que se había librado de la cruel y sangrienta tiranía de Rosas, era, entre todas, la que más había sufrido moralmente, y sin embargo Rosas, á pesar de su sistema bárbaro, no había destruido, como en otras, como la República Oriental que se había visto arruinada y desolada al terminar el sitio grande.

La nueva época que vino después de Rosas, nombrado el general Urquiza para presidir los destinos de la Confederación, en vez de aquietar las pasiones y de hacer cesar los rencores partidistas, los encendió con más furia, y Buenos Aires fué el centro de una oposición sistemática y permanente contra la autoridad de Urquiza.

El espíritu local de Buenos Aires, no podía ver con buenos ojos que gobernase un entre-riano, y menos un general que había servido con Rosas hasta el momento de su defección.

Además, la preponderancia de las provincias en el Congreso, en el gobierno y administración, por su mayor número, hacía prevalecer sobre los intereses de Buenos Aires los de todas aquellas.

Así es que los intereses nacionales y locales es-

taban en pugna, y Buenos Aires, que siempre se consideró como el centro de todos los progresos y de los adelantos en esta parte del Rio de la Plata, no podia dejar de conspirar contra aquella influencia. Su autonomia era lo que deseaba, y de aqui provino que se declarase en guerra contra Urquiza, contra aquel que habia sido su salvador, y que poco despues consideraban como su peor enemigo y un gaucho malo.

Las batallas de Cepeda y de Pavon, dieron por resultado momentáneo que Buenos Aires, se declarase independiente y que el interés porteño suplantase los intereses de la Confederacion.

Poco despues el doctor Derqui sucedia á Urquiza en la Presidencia, y se suscitaban nuevas y peligrosas dificultades.

El general Mitre, que era el jefe del partido local porteño, fué la figura que en aquellos tiempos sobresalió en todas las alternativas de la política de su país.

El general Mitre que habia empezado su carrera en Montevideo en el sitio grande, donde se dió á conocer como hombre de letras además de militar, era el que mayor influencia tuvo en todos aquellos acontecimientos, y se vió endiosado por las masas y proclamado por todos los que hacian resistencia al poder de Urquiza y Derqui.

Fué un hombre de suerte, pues sus mismas derrotas se convirtieron en victorias y no amenguaron su prestigio.

Cuando Buenos Aires volvió á incorporarse á la Confederacion y ocupó Mitre la Presidencia de la República, vimosle apoderarse de la idea de destruir el poder del Paraguay y dar por tierra con Lopez, aliándose al Brasil, y entonces su estrella de hombre á quien los sucesos le sonreian, vino á comprobarlo mas; ¿pero de qué manera? arruinando á aquel Estado hermano y sirviendo inconscientemente los intereses, no de los argentinos, sino de los brasileros.

Manifestó en esto, como en otros pasos, ser un pésimo político, y tanto mas imperdonable en él fué ese acto, cuanto es un espíritu altamente bien conceptualizado por su talento de historiador y hombre de letras.

Sin adelantarnos á estos últimos sucesos, que describiremos con mas amplitud cuando llegue el momento, diremos que aquella campaña y la parte que tomó en la cruzada de Flores á la República Oriental, que florecia entonces, para perturbarla y dar por tierra con un orden de cosas, que nunca se vió en este país, teniendo una administracion moralizadora como la que presidia don Bernardo P. Berro, que se puede contar entre las mejores

que hayan existido desde nuestra emancipacion, destruyó por completo todo su prestigio y su renombre de hombre de estado, pues que fué fatal para estos pueblos su influencia en sus destinos.

Desde entonces el descrédito de hombre político lo ha rodeado y no ha vuelto á figurar en su país; pero si no se ha perdido nada con esto: han ganado las letras, pues sus trabajos históricos, á que se ha dedicado, lo colocan en primera línea entre los escritores de la América.

Así es que si como político ha sido funesto, como hombre de grandes dotes intelectuales es digno del aprecio y respeto de todos.

Volviendo á reanudar nuestra relacion, despues de haber descrito los sucesos principales de la época que describo de Europa y de América, aunque muy suscintamente, y no queriendo precipitar los sucesos de que hablaremos oportunamente, nos limitaremos á estos simples detalles por el momento, reservándonos hacerlo con mas detencion con los que mas atingencia han tenido en la marcha de nuestro país.

No olvidaremos la influencia que ha ejercido entre nosotros el desarrollo de los acontecimientos de nuestros vecinos, que siempre han pesado en los nuestros y que nuestra suerte ha dependido en gran manera de ellos, pues es bien sabido que nuestra

posicion, en medio del Brasil y de la Confederacion, nos han hecho sufrir constantemente las alternativas de su politica, ó el deseo de apoderarse de nuestro pais, y que ha sido casi siempre el campo de Agramante, donde se han dirimido sus cuestiones.

Debo consignar, antes de pasar adelante y dar cuenta de lo que ya con mas criterio pude ver cuando sali de la adolescencia, el entusiasta frenesi que sentia por llegar un dia á poder ser útil á mi patria y poderle prestar mi contingente de hombre honrado y tambien instruido.

No perdía oportunidad para ocupar mi espiritu con conocimientos, y siempre fui impulsado por el mas grande deseo de aprender; asi es que me dediqué á la tarea de rodearme de todo aquello que pudiera desarrollar mi imaginacion.

Era esta una ambicion noble, que me impulsaba el ejemplo que me habia dado el autor de mis dias, en cuyo carácter y sentimientos veia prácticamente lo que puede alcanzarse con un fondo de moral y de virtuosos sentimientos.

En aquella cabeza venerable que ostentaba los hilos de plata de la edad propecta, en aquella frente serena, en aquel temple de espiritu, en aquel corazon que latia sólo por los impulsos de lo honesto, de lo justo y de lo honrado, aprendí á dirigir mi vida, conduciéndome con su digno ejemplo.

Mas que en los libros aprendemos en la casa paterna, en medio de nuestros pasatiempos, las virtudes y la honorabilidad de que debemos rodear la vida; en el regazo del hogar es donde aprendemos á conducirnos como hombres honrados, y si tenemos la gran fortuna de que nuestros padres lo sean, entonces ya podemos augurar que seremos lo mismo.

Nunca se pierde nada de lo que en bien cosechamos, y todo nos revela que aquello que oimos y vemos en nuestros mayores es lo mejor, lo mas acertado y lo que debemos seguir.

Pocas veces se ve que se olviden en el futuro las lecciones de moral y de sano y buen criterio que nos enseñaron en la niñez, y así es que aun en las postrimerias de nuestra existencia, están patentes, como grabados en duro acero, en nuestros corazones.

Para mí la palabra de mis padres era un Evangelio, y no tuve mas que recordar sus indicaciones para conducirme en la vida.

Sacaba ejemplos de lo que en tal ó cual circunstancia les habia oido ó visto hacer, ó de lo que habianme aconsejado, y no hacia mas que poner en práctica sus hechos ó sus consejos.

¡Con cuánta solicitud y empeño no dirigian nuestra frágil y débil barquilla, en medio del mar proceloso que nos rodeaba!

Por mas que las alternativas de la fortuna nos lleven mas allá de lo que nos figuramos, jamás olvidamos los sanos preceptos que oímos en aquella época feliz de la vida.

Quisiera tener una memoria prodigiosa para recordar tantas cosas que tal vez habré visto y se me han pasado, y que podrian tener una importancia relativa, y que he olvidado tal vez como tantos incidentes que ocurren á cada momento, que han tenido su interés y su importancia, y que se han borrado completamente de nuestra imaginacion por el transcurso del tiempo; pero lo que no se olvida jamás son aquellas primeras impresiones; esas resisten al transcurso de los años, viven con nosotros y hacen parte integrante de nuestra misma existencia.

No hay mas que apelar á esa edad para abrir la fuente inagotable de recuerdos tan dulces, como las miradas de nuestros padres ó sus caricias.

Así es que jamás serán bien esplicados todos aquellos felices instantes de nuestra breve existencia por el vasto piélago del mundo, como dijera el poeta.

Aquel mismo entusiasmo de nuestros primeros dias para saber todo, para inmiscuirnos en todo, y para no perder nada de lo que tiene lugar, nos hace ver que somos como unos nuevos viajeros que

venimos recién al mundo, y que todo nos llama la atención desmedidamente y que todo es poco para satisfacer nuestra curiosidad.

Aquello que á los ojos de los mayores pasa indiferente, es para los del niño manantial inmenso de sentimientos diversos, y aunque no juzga con la razón clara y un criterio exacto, puede asegurarse que se forja en su imaginación las más estrañas ideas, y que no sabiendo cómo explicarse muchas cosas, recurre á las preguntas á nuestros mayores, á los informes constantes de todo aquello que no sabemos ni podemos resolver.

Desde mi más tierna edad nunca dejé de pedir explicación á todo, y nunca quise dejar sin saber lo que significaba aquello que veía y no me podía dar cuenta; y muchas veces embarazaba con mis preguntas á las personas que me dirigía.

Es propia de aquella edad la indiscreción, y así es que se nos perdonan muchas cosas que no se nos perdonarían ya hombres.

Voy á cerrar con este escrito la descripción de mis primeros días; de esos días que no volverán ya más; que nos parecen eternos y son tan breves como todo lo que concierne á la vida.

De aquellos felices recuerdos que nos traen á la mente todos nuestros juegos infantiles, todas nuestras amistades de la niñez, las dulces caricias de los

que nos dieron el ser, sus buenas solicitudes y cuidados, los constantes anhelos de nuestros maestros para enseñarnos; de aquellos ensueños que nos asaltaban en nuestra juvenil imaginación que nos hacían tan felices, y que nos hacían sonreír como evocados por una vara mágica; el cielo azul, los pájaros, los verdes campos, los mares todo parecía que había sido hecho expresamente para deleitarnos; que el sol nos alumbraba para darnos vida; que el cielo, tachonado de estrellas, y la luna con su ténue luz, nos brindaban una existencia placentera y feliz.

Que el mas insignificante juguete; la cosa mas frívola, aparecían á nuestros ojos como algo extraordinario, y nos deleitaban y nos preocupaban con entusiasmo sin igual.

Edad aquella de recuerdos que se graban en nosotros y que no se borran jamás con el transcurso de los años; y que quedan como los restos del naufragio, solos ellos, en la tempestuosa carrera de la vida, acariciándonos cuando los tristes desencantos vienen á torturar nuestros corazones y sonriéndonos aun cuando los evocamos en los posteriores días del sol poniente de nuestra misera existencia!

¡Oh! ¿por qué no ser eternos aquellos plácidos ensueños de esa encantadora época de la vida,

que tan gratos recuerdos nos traen á la memoria en cambio de la que nos prepara despues la vía espinosa de la existencia ?



MI JUVENTUD

« Oh! primavera gioventù dell'anno
Oh! gioventù, primavera de la vita.»

Voy á entrar á la parte mas importante de nuestra vida; á ese momento en que todo nos sonrie y nos habla con la dulce ilusion de las mas risueñas esperanzas, cuando nos creemos hombres ya y no somos mas que adolescentes aun.

Con el mas férvido amor y entusiasmo pisamos los dinteles de esa juventud tan deseada, en que, medio niños aun y medio hombres, nos consideramos llenos de vigor en nuestras ideas, llenos de firmeza en nuestros juicios, y fuertes para arrostrar los azares de la fortuna y que no damos despues un paso por el sendero de la vida sin que tengamos que sentir la falta de experiencia.

En esa edad en que todo nos es hacedero; que todo lo miramos bajo el prisma de las luces mas placenteras, y que poco á poco van borrándose sus dulces fulgores para cubrir con un manto negro todos los resplandores que rodeaban nuestra existencia.

Tal es la vida: venimos al mundo tan llenos de

esperanzas y nos rodean tantos encantos, que muy en breve se truecan en decepciones y desengaños, lo que hace mas terrible la transición.

La vida no es mas que un eterno llanto; nuestros ojos jamás se secan, y parece que el primer grito que damos al salir del vientre de nuestra madre fuera una protesta contra las amarguras de la existencia que se nos prepara.

Tan breve como es la vida humana, es, sin embargo, una continua carrera de dolor y de angustias, de zozobras y de aflicciones, y los pocos instantes que disfrutamos son bien efimeros en cambio de lo mucho que sufrimos.

Mi juventud fué, sin embargo, feliz, con unos padres que me idolatraban; con amigos de mi familia que me querian, hallé en su cariño todo aquello que hace sentir y halagar el corazón.

Todos mis contratiempos y disgustos nunca resistieron tampoco á la lectura y al estudio; pues, como he dicho antes, le tuve siempre ardiente inclinacion; un buen libro era para mi el lenitivo mayor para sobrellevar y resignarme á todos los disgustos de la vida.

Siempre me he explicado lo que Thierry, el célebre escritor, manifestaba, que ciego y paralítico y lleno de desencantos, encontrase un alivio y un gran goce para todos sus males, en el cultivo de los libros.

El centro en que se desarrolló mi juventud era poco alhagador.

Las miserias de los partidos tenían al país en continua asechanza y agitación. Habíamos salido de la Guerra Grande, y los desórdenes habían continuado, y en aquel verdadero mar revuelto nada había que levantase el espíritu y pudiésemos ensanchar los corazones. Las ambiciones bastardas de unos cuantos mantenían la tea de la discordia encendida en nuestro desgraciado país. No se veía sino en continuo sobresalto y agitación, y la revolución y el desorden lo destruían todo, sin que adelantásemos nada y más bien arruinándonos y arrasmando nuestra bandera, hecha girones, empapada en la sangre de nuestros mismos hermanos.

Salíamos de una revuelta para provocar otra y otras, y era aquello una cadena no interrumpida de exacciones y de violencias, de guerra y de exterminio.

Así es que no podía ser más triste y desgarrador el cuadro que á nuestros ojos se ofrecía en aquella época de nuestra juventud.

Nos había tocado la mala suerte de tener que presenciar los días aciagos y nefastos de aquellos tiempos. ¡Siquiera hubiéramos nacido antes ó bien después para haber visto ó ver mejores tiempos!....

Bien: cuando palpitaban los corazones de nues-

tros prohombres tan llenos de esperanzas y henchidos de patriotismo, ó cuando vean los que vengan despues de nosotros la época de progreso moral y material y el engrandecimiento de la patria que ha de llegar un dia para ella. Y sentia mas esta situacion cuando oía á todos aquellos patriotas que tantos sacrificios habian hecho por su pais, lamentarse de los desastres de que habia sido victima desde que nos habíamos proclamado libres; todos los males que habían arruinado á la República, y que cerraban sus ojos y pasaban á la eternidad, con el triste desencanto de las esperanzas defraudadas, de sus afanes perdidos y arrastrados por el lodo, y con la conciencia de que en vez de transmitir una herencia á sus hijos de paz y fraternidad, y dejar á su pais en el camino de la libertad y de la prosperidad, la fatalidad nos ofrecía la realidad de un pais esquilado por los desórdenes y victima de los furros de los partidos.

Así veía á mi padre, que habia sido uno de los patriotas que mas habian hecho por la independencia de su pais, que mas sacrificios habia realizado, y que, anciano ya, contemplaba con dolor y pena que su patria, por quien tanto habia hecho con otros patriotas, seguía la pendiente inclinada de su vertiginosa carrera y que la arrastraba al precipicio.

Eran todos los elementos enfurecidos los que, en

imperiosa tempestad, azotaban al país, y no habia esperanza de salvarlo sino conjurando aquel tremendo y verdadero caos.

¿Quién pronunciaría el *quos ego* que hiciera calmar aquella tremenda situacion y volver los desencadenados elementos á la calma?

Entre tanto seguíamos siempre en el mismo estado y nada parecia hacer vislumbrar una era de mejores días.

Un pueblo que habia luchado por su independencia cual pocos; que habia tenido patriotas tan grandes como Artigas y Lavalleja, y que estaba destinado á ocupar, por todos los privilegios de su suelo, de su clima, por las riquezas que encierra, el rango primero entre los mas florecientes Estados, veia defraudados sus destinos.

La lucha tenaz y persistente de la anarquía nos devoraba, y en medio siglo no habia habido tregua.

¿Es que debíamos seguir así? ¿Es que estaríamos condenados á permanecer en el mismo estado, recorriendo el mismo círculo vicioso, como los condenados de Dante, ó bien como Sisifo, cargando en los hombros una enorme piedra y subiendo y bajando por la montaña continuamente?

Poco hemos adelantado, porque aquellos hombres que tal vez se equivocaron en muchas cosas, tenian sin embargo el entusiasmo de la obra que

habian realizado; eran patriotas, y mas que todo tenian una fé ciega en el porvenir de su país y en los bellos destinos que se le preparaban; y despues, y mas que todo, tenian un fondo de honradez acrisolada, que es todo lo que les falta hoy á nuestros hombres públicos.

El medio que recorrió mi juventud con aquella triste realidad, no era, pues, nada alhagador, ni podia ofrecer un aspecto consolador para los hijos de esta tierra como podemos ver.

Vamos ahora á pasar á referir algunos detalles de nuestra juventud y de los sucesos que presencié, mas de éstos, que de aquélla, por la razon de que tienen mayor importancia que lo que puede haberme pasado á mi en una vida poco agitada.

Mi educacion, lo he dicho, podia haberse resentido de ser en parte aislada, pues aunque estuve en colegios hasta los diez y seis años, mis estudios, sobre todo mis lecturas, fueron solas y únicamente podia hacer partícipe de ellas á alguna que otra persona de las de nuestra relacion, que me oian con mas ó menos atencion.

Con tal motivo pude hacerme algo retraido pero mi naturaleza era expansiva, y necesitaba dar ensanche á todo lo que sentia; además el medio en que vivia, al que no podemos dejar de someternos siempre, era propósito para desarrollar las ideas.

Es sabido que en el continuo estado exaltado de la lucha constante y permanente, se aprende mas que en la calma, porque, como es consiguiente, del choque de las pasiones y de los intereses de los partidos brotan, cual chispas desprendidas del roce de los aceros, las ideas progresistas y se aguzan las inteligencias.

En aquel estado de cosas que se sucedian unas á otras con verdadero vértigo; con hombres superiores, que habian figurado en nuestra política, con sus divergencias, con sus pasiones, con sus propósitos, con sus errores, aprendíamos prácticamente lo que constituye la vida agitada de los pueblos democráticos; surgian á cada momento cuestiones que se discutian y en las que por menos participacion que tomásemos, oíamos hablar y discurrir y aun á veces tomábamos parte, dando nuestra poco autorizada opinion en algunas de ellas.

Es propio de los pueblos jóvenes que llenos de vigor y fortaleza inspiren á todos el ardoroso empeño en contribuir con su pequeño óbolo á la obra comun de dirigirlo en el sendero de la libertad y del progreso.

Por humildes que sean nuestros propósitos y por poco que podamos prestar nuestro contingente, nos creemos autorizados para contribuir con algo de lo nuestro en el palenque donde se tratan las mas grandes como pequeñas cuestiones.

Eso es lo propio de la vida democrática y es lo que constituye los adelantos en materia de ideas en los pueblos, que han experimentado mas alternativas, como del choque de los vapores nace el relámpago.

La vida agitada que ha predominado en nuestro país desde antes de su independencia y despues que nos constituimos en estado soberano, no ha sido estéril, pues aunque materialmente haya contribuido para que no adelantásemos, moralmente ha sido una escuela donde hemos tenido necesariamente que aprender y se han desarrollado como en un yunque las ideas.

Pueblos hay que han gozado de paz y que han progresado, pero que están atrasados en muchas cosas aun elementales en la ciencia de gobierno y de adelantos morales.

Así es que por poca participacion que tomásemos, pues, como lo hemos dicho, no nos inclinábamos á la política ardiente de nuestro país, sin embargo, como uno de tantos que han vivido en la época tal vez mas azarosa que hemos atravesado, tuve que abrir mis ojos á la luz en tantos sucesos y cuestiones como tenian lugar y participar de ellos tomando tambien alguna parte mas ó menos activa. ¿Y cómo no hacerlo?

No es posible prescindir por mas que nuestro

contingente sea muy pobre, en contribuir con nuestro óbolo en bien de la patria; si á veces acertamos, le habremos hecho un bien, y si no, habremos cumplido con el mas sagrado de nuestros deberes, de llevar nuestro grano de arena á la obra comun de contribuir á su felicidad.

No sé si en todos han producido igual influencia los acontecimientos que se han desarrollado ante nuestra vista en el país, pero puedo afirmar que ellos han formado mi criterio, y los he juzgado siempre con desapasionamiento.

Tal vez nuestro país por demasiado agitarse ha tenido su momento de postracion. Y aunque del continuo aguzamiento de las ideas viene la relajacion en los pueblos, cuando se abusa de los medios y tenemos que doblegarnos al que queriendo imponer la fuerza, trata de ponerles una mordaza, ellas quedan siempre, porque podrán aherrojar los derechos y las libertades; los hombres mueren ó pasan, pero quedan como faros luminosos las ideas, pues ellas no mueren jamás.

Formado mi espíritu en esa escuela viril de un pueblo como el nuestro que, á pesar de haber tenido que luchar con malos gobernantes, ha tenido sus momentos de explosion de sentimiento patrio en los ciudadanos, y por mas acerba que haya sido la situacion que le haya cabido en suerte, siempre ha

habido una protesta mas ó menos enérgica contra las situaciones violentas y nos hemos formado amando la virtud y anatematizando el vicio.

¿Puede haber mejor medio para el desarrollo intelectual?

No puede nada comparársele, y así es que esa actividad, esa vida siempre agitada, es la que temple mejor los caracteres y forma las ideas y á los ciudadanos.

No son las épocas tranquilas, las mas á propósito para formar á los ciudadanos en las luchas constantes de la política, son los tiempos borrascosos los que mejor prueban, así como nada desarrolla mejor la inteligencia que la adversidad, no los plácidos días, que nos hacen llevar una vida tranquila y de goces, sin sobresaltos ni temores.

Desde que mis ojos vieron la luz del día hasta el momento en que escribimos, no hemos visto á nuestro país sino en un vertiginoso estado, en donde las pasiones y exaltación de los partidos se han hecho cruda guerra, y en donde se han puesto en juego todos los medios, todos los recursos de que han podido hacer uso para prevalecer; y en esos cincuenta años ¿qué no hemos presenciado?

Lo que hemos escrito es un pálido reflejo de todo aquello que en nuestros tiempos ha tenido lugar; y

á cuántas reflexiones no se prestan tantos y tantos sucesos como han acacido y que nos han servido de aprendizaje?

¿Hemos adelantado algo en ese lapso de tiempo?

Aunque visiblemente no, es indudable que sí, pues aunque al parecer creamos haber retrogradado, sin embargo, la educación política se ha generalizado y la juventud está mejor preparada que anteriormente para entrar en la liza de la vida pública, y el porvenir de la patria depende de ella.

Recuerdo que en aquellos días de alegre juventud, en que todo nos sonreía, acariciábamos los más bellos propósitos sobre el porvenir de la patria, y nos hacíamos halagüeñas ilusiones de que alcanzaríamos á verla feliz y floreciente, bien establecidos sus principios constitucionales, el respeto á los derechos y el cumplimiento exacto de los deberes y que marcharíamos á pasos agigantados por el sendero del progreso; pero si han estado lejos de cumplirse tan gratos como bellos deseos, y no se ha podido realizar este vaticinio, y nos hemos visto obligados á sufrir toda clase de desencantos, existe en el fondo de nuestra alma, la certeza evidente de que se ha de realizar el bello ideal de nuestros mayores, un día, tal vez no lejano, y aunque no tengamos la dicha de verlo, pues que ya habremos cerrado nuestros ojos, llevaremos la convicción de que el sol de libertad y de progreso ha de lucir.

Nunca podré alabar y ponderar bastante la influencia de los estudios también y de las lecturas en el desarrollo intelectual y en la parte moral de nuestra existencia.

Formamos nuestro espíritu en el ejemplo de los grandes caracteres que la historia nos describe, y nada puede influir tanto como el estudio de los señalados acontecimientos que se han desarrollado en la tierra desde que el hombre ha existido.

Y se ha dicho perfectamente que el hombre que no conoce la historia es un ser que se ha quedado en la infancia y que teniendo ojos no ve.

Una de las tareas que me impuse en mi juventud en que todo me parecía poco para saber, fué la de estudiar con orden.

Dediqué mis horas de estudio á diversas materias, pero la historia y la literatura, sin dejar de devorar todo cuanto pudiese en bibliografía, la ciencia del derecho y legislación, economía política y en otras, prevalecieron siempre en mí, y podría decir lo que un escritor afirmaba que algo podía haber aprendido cuando no había hecho otra cosa en su vida que cultivar los libros.

No sé si podría decir otro tanto, pero sí sé que ellos han sido mis mas íntimos compañeros y que siempre los he cultivado.

Con mas ó menos provecho, con mas ó menos

éxito, ellos han ejercido en mi ánimo tal dominio que no ha habido nada que pudiera suplantarlos.

Habia formado una biblioteca que tal vez era una de las mas variadas y ricas, en libros raros muchos y en obras escogidas casi todas, que haya en el pais, y que para mi han sido y son el mejor tesoro, y el mejor bálsamo para todos los contratiempos de la vida.

Con ellos he pasado mi juventud y toda mi vida y han hecho todas mis delicias.

Con mi cuñado el doctor Mendez, apasionado tambien á los libros, formamos de las dos bibliotecas, de la suya y la mia, una ; pero, poco despues, ya tenia yo particularmente otras dos, una en la quinta y otra en mi estudio, que, reunidas, habrian contenido tantos volúmenes como la primera.

En obras raras tengo cosas muy buenas que me han costado mucho adquirirlas; entre ellas tengo algunos de los manuscritos de las obras del Padre Perez Castellanos, algo del Doctor Larrañaga y tenia, como *ave fénix*, un vocabulario guarani-español, impreso por una prensa á mano en las Misiones Orientales en la época de su fundacion, y cuando dominaban los Jesuitas, y que el Coronel Bernabé Magariños, me habia regalado y que habia adquirido cuando estuvo de Gobernador en aquel punto.

Es curioso lo que con tal obra, que tenia un mérito real, me pasaba, pues tenia que tenerla bien guardada, pues eran tantos los que la descaban que no habia mas remedio que ocultarla, pues queriéndola poseer todos, y no habiendo querido desprenderme de tal tesoro, no habia mas remedio que evadirme de sus insinuaciones y aun de alguna sustraccion.

Uno de los Ministros extranjeros, Barbolani, acreditado en el país, advertido por un amigo de que yo poseia tal obra, vino á verme para satisfacer su curiosidad, y despues, con el mismo amigo, me mandó ofrecer lo que quisiera por su adquisicion, á lo que me negué.

Otro incidente tuve con motivo de esta obra; el Doctor Vicente L..... era un amigo que todos los días venia á nuestra casa á pasar el rato, viendo jugar al billar ó bien á charlar con los que se reunian alli incluso con el Doctor Mendez, de quien era intimo amigo, y en ese tiempo se dedicaba á la lingüística y tenia en obra el estudio del quischua, y me pidió aquella obra para consulta de algunas voces ó términos guaraníticos. Como es natural, no pude escusarme de hacerlo con un amigo tan intimo y en quien debia tener confianza, pero despues de dársela me costó un triunfo volver á hacerme de ella, creo firmemente que por distraccion de su

parte, y ya habian pasado muchos meses y se iba definitivamente á Buenos Aires, y por mas que le recordase que la obra debia mandármela, á lo que accedia, faltando horas ya para embarcarse y no recibiendo dicha obra, fui yo mismo á su casa, y no estaba, pero su señora, á quien manifesté á lo que venia, me hizo ver que todos los libros los tenia encajonados y que ninguno habia quedado fuera. Entonces le hice ver que era aquel libro una obra de mérito que se la habia ofrecido para consulta y que queria que volviese á mi poder antes de que se fuese su esposo á Buenos Aires.

Entonces, aquella señora, ayudada de una sirviente, abrió los cajones, y en uno de ellos estaba, encima de otros libros, la obra, la que me entregó inmediatamente aquella excelente y dignisima señora, y mas que pronto me fui á mi casa. Supe despues por ella, que su marido se habia incomodado por aquello, pero yo tenia mi obra, que era lo que deseaba, y, francamente, en nadie hubiera estado mejor que en sus manos, pues es aquel amigo, como sabemos, un espíritu superior y una inteligencia nada comun, y si hubiera yo sabido el fin que tendria aquella obra, gustoso se la habria dejado en su poder.

Cuento las peripecias de este libro, porque es toda una historia; verdaderamente hay cosas que

despues de poseerlas y conservarlas uno, tal vez quedando muchas veces mal con algunos amigos, venimos á perderlas de una manera bien tonta. Aquella obra, que tanto habia guardado y que para mi era un tesoro, vino á manos del señor Lopez Netto, Ministro del Brasil, quien hablando con mi cuñado Mendez, de que andaba buscando algunas obras raras para el Emperador don Pedro, y siendo aquel Ministro de Relaciones Exteriores, le dijo que tenia yo una obra de raro mérito, pero que no me desharia de ella por ningun motivo. Era aquel señor Lopez Netto un carácter insinuante, y con mi cuñado Mendez habia estrechado íntima amistad; era hombre tambien que cuando se proponia algo no descansaba hasta conseguir su objeto; tanto y tanto habló de aquella obra y de lo que agradeceria el Emperador el presente, que mi cuñado se comprometió á pedirmela como un obsequio á él, y no pude negársela entonces, pues que tenia, además de los lazos de fraternidad que nos unian, motivos muy poderosos para rendirle cualquier servicio amistoso. La obra fué dirigida al Emperador con una carta-dedicatoria de mi parte, y aunque han transcurrido muchos años de eso, aun estoy por conocer si efectivamente fué en mi nombre que llegó á sus manos, ó bien en el del señor Lopez Netto, pues nunca he tenido contestacion, lo que es es-

traño en persona tan educada y conocedora de lo que aquel presente valia.

Relato este incidente, tan sólo para que se vea las peripecias que ha tenido aquel libro; no porque no hubiese estado bien en manos de quien está, ó en las del doctor Vicente L.... á quien con mas motivo, por ser un amigo, habria deseado que la poseyese, ya que no habia de estar en mi poder.

Para mi, una obra de aquella clase era como un tesoro que con nada se compra y que no hay nada que pueda igualársele; así es que pueden hacerse cargo de lo que me costaria deshacerme de aquella verdadera alhaja, y sólo los empeños de mi cuñado Mendez pudieron hacerme desprender de ella.

Tambien he tenido siempre una inclinacion decidida por los cuadros y he sido un verdadero coleccionista, y poseo una galeria bastante variada, en que tengo algunos originales buenos de excelentes maestros, antiguos y modernos. Desde muy jóven me entusiasmaron las artes, y un buen cuadro ó una buena estatua, era cuestion de que no descansaba hasta que fuese mio.

Asi es que en mi galeria tengo algunas obras de estatuaria bastante buenas, y bronces y terra-cotas bastante artisticas.

La cuestion de hacerse de una galeria, no es sólo cuestion de plata, sino de algunos conocimien-

tos y de una inclinacion natural por todo lo que es bello, y aunque todos tenemos la intuicion de aquello que sobresale y nos agrada, sin embargo, hay mas ó menos predisposicion en algunos que en otros para saber apreciar en su justo valor lo que es una obra artística.

Fuera de toda ocupacion, sino era el manejo de nuestros intereses, que desde muy temprano empecé á dirigir por orden de mis padres, todo mi tiempo lo ocupé en la lectura y aglomeré un caudal de conocimientos generales, que formaron mi espíritu y me hicieron un mundo aparte del que me rodeaba.

De aquí, que mi carácter en parte se hiciese reservado y poco comunicativo; pero trabajé tanto, que al fin venci, con alguna paciencia, esa tendencia.

Tambien el medio en que me habia tocado vivir como he dicho, era apropiado para buscar en la lectura y en el estudio el solaz, para olvidar lo que pasaba á nuestro alrededor.

Nada alhagüeño, lo hemos dicho, tenia nada de lo que presenciaba en mi pobre país, y tenia, como he dicho, que resignarme como todos los que hemos sido víctimas de tan malos tiempos, ante la realidad de las cosas.

Nada de lo que veía levantaba el espíritu y si lo

deprimia, pues sólo veía miserias y ruindades en todos los partidos y asechanzas y venganzas en los que nos gobernaban, predominando el espíritu esclusivista mas exagerado.

Así es que la política me era odiosa, y así como admiraba la franca, leal y sincera conducta y aspiraciones de nuestros mayores, me producian un profundo desprecio todos aquellos que sólo miraban en el Poder su interés propio ó el de su partido. Desgraciadamente me tocó ver y presenciar esto por muchos años, y todavía lo presencio, sin haber podido ver á mi país un día marchar bajo una administracion regular y que haga la felicidad de la patria.

Con mi aficion decidida al estudio, reuníame con algunos en la Libreria Rival, donde se hablaba de literatura. Era éste, agente de la casa Bouret, de Paris, y era un hombre sumamente instruido. Componia con facilidad y recitaba trozos enteros de los clásicos franceses, con un acento tan puro, que daba gusto oírlo.

No he oído despues hablar el francés con mas pureza y á una persona que reuniese tan escelentes condiciones, y tan escepcionales para versificar.

Algunas de sus composiciones, enviadas desde aquí á Paris, fueron premiadas en algunos certámenes.

Los malos negocios le hicieron dejar la librería y dedicarse después á la carrera del comercio: no sé qué tal le iría, pues después que cerró su negocio no lo volví á ver, y aun no supe más de su persona.

Todos tenemos que ceder á la ley de la simpatía, por la que, sin explicarnos, nos dejamos arrastrar hácia tal ó cual persona, porque nos parecen ó nos las figuramos con condiciones personales, aun exageradas, superiores á todo. Nunca se ha podido explicar de dónde nacen esas simpatías como antipatías que sin poderlas resistir nos asaltan desde la primer mirada que damos, y aunque no me he dejado llevar por esas impresiones momentáneas, y que nos asaltan el espíritu, no he podido dejar, como el resto de los mortales, de tener también mis inclinaciones favoritas y mis antipatías.

En esa edad de fervientes pasiones, en que por más que nos quiéramos dominar, siempre debemos pagar el tributo que le debemos á la juventud, á los años, y que somos arrastrados por una simple mirada, ó por una cara que nos es simpática, y nos hacemos las más dulces ilusiones tan sólo de oír y aun de ver aquellas afecciones que abrigan nuestros corazones y nos hacen mil veces felices.

Fui poco amigo de diversiones, y sólo el teatro me deleitaba. Recuerdo que los bailes no me agra-

daban, y no comprendia cómo se podia alegremente amanecer en aquellas fiestas, y que hiciese consistir el buen tono en ir muy tarde y amanecerse en los saraos. Sin embargo, iba, pero no de muy buena voluntad, y me agradaba mas la conversacion que la agitacion del baile con las damas.

En el carácter con que siempre he mirado las cosas, me he distinguido por juzgarlas sin preparacion, y el espíritu de sociabilidad me ha agrado, sin embargo de que la exageracion me ha disgustado.

Además, la murmuracion y la critica de los salones, las he huido siempre y jamás en mi encontraron eco alguno.

Oia como quien oye llover, á las personas que se complacian en sacar á lucir la vida y milagros de algunos hombres y señoras, y que sin compasion los ultrajaban con mas ó menos razon.

Para mi eran conversaciones ociosas, y no comprendia cómo podian entretenerse en estarse ocupando en tales cosas.

Me gustaba oír discurrir sobre algo que interesase el corazon ó abriese campo á las ideas, y desde jóven fui dado á entretenerme en la sociedad de personas maduras, y buscaba siempre sus reuniones.

Recuerdo que el general don Antonio Diaz, uno

de los bellos caracteres que he conocido, y que poseía una instruccion vastisima y muy variada, viéndome con la asiduidad que lo buscaba para conversar, y que preferia á los placeres de la juventud la sociedad de los hombres ya ancianos, solia decirme en tono de broma: «Usted quiere ser viejo ahora que es jóven, para ser jóven cuando sea viejo».

La verdad es que desde jóven me agradó siempre la moderacion y la esperiencia de aquellos que habian llegado á la ancianidad, y no las ligerezas é inesperiencia de la juventud, y me complacia mas en oír hablar y discurrir con juicio sobre tantos incidentes á aquéllos, que la charla insustancial de los de mi edad.

Habrà sido un error, pues cada edad requiere sus entretenimientos y su solaz, y á la juventud es preciso darle lo que le pertenece, pero espreso tan sólo esto, para que se vea, que siempre fui amigo de entretenerme con gentes que podian hacerme discurrir y saber que con los que poco ó nada podia adelantar.

No por esto dejaba de tratar y aun frecuentar á mis camaradas de mi misma edad, y les prestaba toda mi atencion, y aun tomaba participacion en sus placeres, pero siempre huia de aquello que me parecia exagerado y frivolo, y me entretenia mejor

un libro, ó la conversacion de alguna persona instruida que todas las diversiones.

¡Cuántas veces entraba en los bailes y estaba breves instantes en la sala y cambiaba algunas frases triviales con los conocidos y con las damas, y me retiraba á formar parte á alguna pieza inmediata, donde se hablaba de literatura ó ciencias, y me quedaba allí, prefiriendo esto á los placeres que podia brindarme la reunion del baile!

Una de las muchas cosas que me deleitaban, como he dicho, era el teatro; cuando habia una buena compañía española, y desgraciadamente habia pocas, no faltaba. Recuerdo haber visto á algunos buenos actores, como Garcia Delgado, Frago y otros pocos mas, pues eran naturales en el modo de declamar y tenian buena escena; pero en cambio cuántos otros insoportables y llorones, que exageraban de una manera inconcebible los roles que desempeñaban!

Aquella respiracion forzada con que en la gran mayoría declaman los artistas españoles, me ponía nervioso. La célebre actriz Carolina Duclos, que tanto gustaba á nuestro público, y que tenia condiciones de artista, no dejaba de pecar de la misma falta.

Es extraño que no hayan adelantado en el arte declamatorio y que hayan alcanzado á igualar á

los artistas de otros pueblos en la naturalidad, que es el secreto del arte, y no en la exageracion con que parece se identifican los artistas españoles en su mayor parte, cuando representan.

¿Qué diferencia de escuela no existe entre éstos y los franceses é italianos?

Éstos han llegado á una perfeccion completa, y recordamos á la Ristori, á Salvini y á Rossi, que nos han dejado tan gratas impresiones.

Recuerdo que fui de los primeros en oír á Salvini cuando nadie creía que representase en Montevideo. Iba contratado á Buenos Aires, y estando aquella ciudad en momentos en que el terrible flagelo de la fiebre amarilla la diezmaba, se quedó en esta ciudad, y sin grandes anuncios representó en el Teatro Solís, por primera vez, la *Morte Civile*. No habia mas de cincuenta personas en Solís aquella noche, y fui con el solo objeto de pasar un momento, pues era una noche de excesiva calor.

Pero, cuál no fué mi sorpresa, cuando vi aquel gran artista representar aquella pieza tan bien ejecutada por él, y desistí de mi primera idea de estar tan solo un rato, y me quedé hasta el fin, saliendo del teatro tan entusiasmado, que comunicaba despues á todos mis conocidos que no debian dejar de ir á ver á ese gran artista.

No habia oído nada mejor; así es que no era

extraño que me hubiese entusiasmado tanto aquel gran artista.

Es que tienen esos grandes hombres el poderoso influjo de atraccion y se les comprende desde que se les ve, sintiéndonos arrastrados hácia ellos; pues es propio del mérito ser atrayente, así como el gènio domina todo.

Me hice entonces un asiduo espectador del teatro, y no perdi ninguna de las funciones que dió Salvini, así como tampoco las que la Ristori y Rossi dieron.

La ópera era tambien para mi un espectáculo de una atraccion extraordinaria.

El canto me ha gustado sobremanera, y me he sentido siempre tan impresionado por una bella partitura y por una buena voz, que no comprendia nada mas grato á mis sensaciones. Hemos tenido muy buenos cantantes casi siempre; así es que tuve el gusto de satisfacer ese verdadero placer, pues es indudable que la música y el canto son la poesia de los sentimientos.

La música de Rossini es la que mas me agradaba siempre, sin dejar de gustarme la de otros maestros como Bellini, Donizetti y Verdi entre los italianos, y sobre todo, entre los alemanes, Mozart y Meyerbeer.

Son estas cosas verdaderamente insignificantes para ser relatadas en mis memorias, pero debo con-

signarlas porque forman parte de mis impresiones y de mis inclinaciones.

A pesar de mi posición, nunca hice pesar de manera alguna con altanería de ningún género, mi trato con nadie: me eduqué considerando á todos de igual manera, á pobres y á ricos, y fui amable con los que me trataban.

Nunca quise hacer prevalecer tampoco la posición política de mi familia, en muchas ocasiones que mi padre figuró, y siempre me acompañó la modestia en todos mis pasos.

Creía, y he creído siempre, que cuanto mas elevados estamos mas benévolos debemos ser.

La moderación, que fué siempre mi constante compañera en todos mis actos, tal vez podría haberse interpretado por pusilanimidad en algunos; pero no era así, sino que naturalmente me agradó siempre imponer la templanza á todo, y jamás me contrarié por ello.

Nunca pude comprender que se pudiesen llevar las cuestiones á otro terreno que el de la razón, y que se disputase con acaloramiento entre algunos que se ofuscan cuando se les contradice, y llegan á convertir las cuestiones en disputas, y algunas veces en cosas mas serias.

En todos mis actos y en mi trato con todo el mundo, como en el manejo y dirección de mis asun-

tos y negocios, hice siempre prevalecer constantemente la formalidad, y me exasperaba que hubiese quienes no hiciesen lo mismo. La inmoralidad, en todo, me ha sublevado, y he mirado con desprecio á los que se han dejado arrastrar por el lodazal inmundado de tan mal camino.

He sentido una verdadera antipatia por aquellos que se desviaban de la senda de la virtud, y consideraba como verdaderos náufragos de la vida á los desposeidos de toda nocion de moral; á los que no comprendian la verdadera mision del hombre en la tierra, de saber levantarse y redimirse por mas caído que se encuentre, y no que desfalleciendo se entregue á los vicios á brazos abiertos.

La petulancia y la arrogancia eran para mí objeto de fastidio, y he mirado siempre á esos seres con prevencion.

No he podido soportar jamás á esos que se han dado infulas de sábios, cuando generalmente eran medianías que aplaudidos por tales ó cuales admiradores de su charlatanismo, se creian entes superiores, pues es bien cierto lo que dice Boileau:

«Qui un sot rencontre trajours un plus sot qui l'admire.»

Para mí eran insoportables, pues siempre he hecho consistir el verdadero mérito en parecer menos de lo que uno es y decir menos de lo que se sabe,

y en fin, en la modestia, que es la positiva señal y la mejor prueba del verdadero mérito.

Muchas veces confundimos inexpertamente aquello que constituye el talento con la petulancia, y creemos en los que tienen mucho de ésto, suponiéndolos dotados de condiciones excepcionales.

¡A cuántos no he conocido, en mi país, haciendo gran papel en nuestra sociedad y jugando á veces un importante rol en nuestros clubs políticos, y que eran verdaderas vulgaridades, en toda la estension de la palabra!

Nunca pude comprender cómo es que podían tomarse á lo serio á esos personajes, que ignoraban aun hasta las cosas mas elementales en muchos casos.

Recuerdo de cierto sujeto, que no nombraré porque aun vive, y que desempeñó cargos de importancia, que hablando en cierta ocasion de las maravillas que ofrecia la ciencia, despues de oirme discurrir algun tiempo sobre la astronomía, me salió con que «todo eso es muy bueno, pero ¿quién lo ha visto?»

Me quedé asombrado mirándolo, y lo dejé, con lástima de ver en un hombre tanta ignorancia.

Recuerdo de otro, que ocupa, hace mucho tiempo, pues parece que se ha aficionado al empleo, un puesto en el Tribunal Superior, y que

es un abogado de alguna reputacion y tiene sus pretensiones de orador, que estando representándose en el teatro el drama tan conocido «Maria Antonieta», en que históricamente se exhibe toda la revolucion francesa, me tocó estar al lado suyo, y no hacia mas que preguntarme el desarrollo de una cosa tan conocida como aquel suceso; y ni aun conocia á los principales personajes que habian figurado en aquel gran acontecimiento del siglo pasado.

Pasmado me quedaba á cuanta pregunta me hacia, y, francamente, estuvo bien molesto, pues no hay nada mas incómodo que en el teatro, y cuando se exhibe una pieza de mérito ó se oye un buen trozo de música, se le importune á uno con preguntas ó conversaciones indiscretas.

No he podido aguantar estas majaderías, pero es cierto que la gran mayoría va al teatro, y muchas veces ni saben lo que dan ni entienden lo que se representa, y van por ir y por ver la concurrencia, y no tienen ninguna conciencia de si es bueno ó malo lo que se representa.

No sé por qué, pero á mi me impresionaban de tal manera los incidentes de un drama, ó los personajes de una representacion, que me volvia todo ojos y oidos para prestar atencion, y la concurrencia era para mí como si no existiese, y á aquellos

preguntones muchas veces no les hacia caso á tantas importunas salidas con que interrumpian mi atencion.

Una de las cosas, tambien, que mas cuidado y particular empeño he tenido siempre, es no molestar con palabras, ni mucho menos con obras, á los criados.

Les he hecho servirme, pero no he sido exigente con ellos, ni los he tratado mal jamás: veia en éstos á seres desgraciados que nos tenian forzosamente que servir para ganarse la vida, y que por lo mismo no debiamos ser sino buenos con ellos; así es que en mi casa los criados se eternizan, pues es muy difícil que el que entre, siendo bueno, salga; y tenemos á muchos de los que nos sirven, que hace veinte y aun treinta años que están en la casa.

Hablando de esto con el doctor Segura, uno de los mas grandes corazones que he conocido, y estando comiendo en cierto día juntos, me dió ocasion de reirme sin quererlo, porque de pronto lo vi levantarse de su asiento al entrar el mucamo que nos servia, y darle la mano como si fuese un amigo, y poco despues, viendo que tardaba en traer las fuentes, tomar la servilleta y ponerse á hacer sus veces.

Le observé que no hiciera aquello, porque no le pertenecia, y que eso era mal mirado, pues á pesar de que debemos considerar á los criados, no debe-

mos hacer lo que están obligados á hacer ellos, y á esto me contestó :

« La misma obligacion existe en servirlos á ellos cuando ellos nos sirven. »

Vi que era insistir cosa inútil, porque se habia aferrado en aquello, y no le observé mas.

Siempre he creido en los deberes de los superiores para con los inferiores, pero no hasta ese estremo. He tenido presente siempre lo que lord Chesterfield decia á su hijo natural, que trataba con altivez á sus subalternos:

« ¿Has nacido mejor acaso que el sirviente que lustra tus botines? Los primeros hombres de quienes descendemos todos igualmente, labraban y trabajaban la tierra, y aquellos que ganaron con qué vivir fueron los primeros que abandonaron esa penosa vida: los otros trabajan aun; y hé aqui toda la diferencia entre la nobleza y los paisanos. »

« Si tú le das tu dinero á tu criado él te da su trabajo. »

« No debes, pues, engreírte con la condicion de tu nacimiento, que no es en nada mejor que el de tu sirviente, porque, como tú, ha tenido un padre, una madre, abuelos y antepasados hasta Adan. Házte, sí, valer por tus virtudes y tus maneras, que es en lo que consiste la nobleza. »

« Aquel que desprecia á la gente inferior, es el mas tonto y ridículo animal de la tierra. »

Siempre me acostumbré á hacer una sola cosa á la vez, á pesar de que me habia rodeado de atenciones y tenia el tiempo dedicado casi todo á diferentes estudios.

Recordaba bien aquel precepto que dice:

«No hagas jamás sino una cosa á la vez, y dedicaos completamente á ella para que salga bien, y cuando leais á Virgilio no penseis en Horacio, y cuando leais á Horacio no penseis en Virgilio.»

Era y fui siempre muy accesible al trato de las gentes, y que aquel *versatile ingenium*, me parecia que debia proceder en todos mis pasos, acomodándome á todas las circunstancias que podian rodearme, y tratando á las personas segun su edad, sus circunstancias y su modo de ser; así es que fui serio con los serios, alegre con los alegres, viejo con los viejos, y jóven con los jóvenes.

Me costó algo llegar á ser general en mi trato de este modo, pero á fuerza de buena voluntad y perseverancia lo alcancé.

Aquella máxima de un hombre célebre, que decia que cuando se fuera á Suiza se tomara el aire de un suizo; si á Holanda, el de un holandés; y que despues de tres meses de permanencia en París, se debia decir de uno que era un perfecto parisiense, es una recomendacion que siempre tuve presente tambien, y aunque poco he viajado, debido á circuns-

tancias que explicaré despues, sin embargo, en lo poco que he andado, he comprendido que así debe ser, y que á cualquier parte del mundo civilizado á que nos lleve el destino, debemos adaptarnos á las costumbres del país en que residimos.

Hice tambien un estudio detenido de mi carácter moral, y traté siempre de evitar todo aquello que pudiese lanzar una simple sombra sobre mi conducta. Comprendia que la mas leve falta no se borra jamás con nada, y que una mala reputacion es la peor de todas las desgracias que puedan caberle á cualquiera.

Así es que fui muy escrupuloso en todo lo que á mi se referia, y no omití nada por evitar todo aquello que pudiese, aunque muy ligeramente, rozar mi epidermis.

Comprendia tambien que, á pesar de nuestra holgada posicion, no estaba en el caso de ser un perezoso, ni pasar mi vida como un ser inútil, sino que debía tener ambicion de saber, de dedicar nuestro tiempo á algo serio, y con tanta ó mas razon por lo mismo que poseíamos bienes de fortuna que podian proporcionarnos muchas cosas, en tanto que á los que no los tienen, les faltan medios de poderse instruir y ser útiles á la sociedad y á sus semejantes.

Siempre creí que para ser feliz era preciso tener

una conciencia limpia de toda mancha, y que no es el dinero el que da la felicidad, aunque puede contribuir á ella, sino el ser querido y considerado por los que nos rodean.

Una buena reputacion vale mas que un gran capital, y así es que jamás dejé de tratar de que se hiciese de mi persona el mejor juicio, así como de todo lo que me pertenecía.

Nada había mas terrible para mí, que algunas veces la calumnia se cebara sobre algunos; y esta arma, desgraciadamente, se ha usado mucho en nuestro país, por emulacion algunas veces, ó por otros móviles las mas, y que es propio de pueblos pequeños, en que no se deja vivir á las personas, y que proviene del continuo roce en que necesariamente se encuentran.

La tolerancia en todo, ha sido la norma de mis ideas, ya políticas, ya religiosas.

El desprecio de razas, la diferencia de nacionalidad y de clase, fueron siempre para mí algo que completamente no comprendía, y no podía concebir cómo hubiese quien se preocupase de ello.

La humanidad ha sido para mí el mas grande rasgo de mi carácter, y recordaba siempre lo que aconseja un sábio de la antigüedad, « que para ser hombre perfectamente honrado no consiste sólo en ser justo, sino que es preciso ser generoso, y que

nada hay en el mundo que sea mas grande como el placer de hacer el bien, y que no sólo debemos esforzarnos en prodigar beneficios, sino tambien flores sobre nuestros compañeros de viaje en los intrincados caminos de este miserable mundo. »

Aunque siempre he huido del vulgo y he recordado lo que el poeta Horacio decia: *Odi profanum vulgus, et arceo*, y no he podido tolerar vulgaridades de ningun género en nada, y menos en la conversacion, no he tenido mas remedio muchas veces, por educacion ó por ciertos miramientos, que resignarme á oírlos, pero á los que no he podido pasar es á esos necios con ínfulas de personajes, y sobre todo á los tontos y á los pillos.

Pero siempre he recordado el consejo del citado Lord Chesterfield, que le decia á su hijo: «despreciad á los tontos y pillos, pero que vuestro desprecio sea cortés, pues esas gentes forman las tres cuartas partes del género humano, y si no son por lo mismo respetables, son por lo mismo peligrosos.»

Hice un profundo estudio del Derecho, y podia haberme examinado y recibido de abogado cuando lo hubiera querido, pero no quise hacerlo, pues no he podido pasar las chicanas y argucias de los litigantes y la lenidad é ignorancia de los jueces.

Sin embargo, me he defendido y he defendido á algunos.

La medicina no me es desconocida, pues además de mis estudios, pude aprender mucho con el contacto de mi cuñado Mendez, ¿pues quién no había de aprender con aquel hombre que hacía ver las cosas tan claras como la luz del día?

Recuerdo que en algunas ocasiones que lo acompañaba á sus visitas me hacía quedar, y estando muy malo el General don Lucas Moreno, y creyéndolo un caso desesperado, según el médico que lo asistía, espresó que ya no había nada que hacer, y entonces se me ocurre decirle por qué no le daba la *coca* que recién la medicina empleaba, pero cuyas propiedades eran conocidas desde el tiempo de los Incas.

Aprobó Mendez la idea con su benevolencia característica y el otro colega también, y dió un éxito espléndido, pues tuvo una mejoría de algunos días y aun de semanas, hasta que se usó la medicina y no dió ya resultado, y falleció, pues su enfermedad era mortal.

Escribí para la prensa bajo varios pseudónimos, y traté algunas cuestiones importantes, teniendo la satisfacción de que se reprodujesen algunos de mis artículos que habían agradado, pues siempre que escribí lo hice con toda la moderación posible y haciendo un estudio concienzudo de las cuestiones, tratándolas con elevación de es-

píritu y no con las mezquindades con que se suelen tratar por algunos de nuestros periodistas.

Fuí siempre de la opinion de Lord Chesterfield, de ese personaje á quien ya he citado varias veces por que se hizo célebre por sus cartas que son un verdadero código de educacion, que decia que no hay mas que dos modos de ocupar la vida, y es el hacer cosas que sean dignas de ser escritas, ó bien escribir cosas que sean dignas de ser leidas.

He tenido mis autores favoritos á pesar de haber leído mucho, entre los antiguos, á Homero, Horacio, Virgilio y á Tacito, y entre los modernos á Cervantes, Montaigne, Rabelais, La Bruyere, Rousseau, Voltaire, Pascal y algunos mas, estuvieron siempre en mis manos, y podria decir con razon que los he cultivado.

Nocturna versate manu, versate diurna.

Para mí han sido siempre estos buenos amigos mis inseparables compañeros.

He hablado de que no he viajado mucho, y debo dar la razon: cuando pensé en hacerlo, siendo muy jóven, y que mi cuñado Faucon quiso llevarme para educarme en Europa, mis padres, que me querian en extremo, no se animaron á separarse de mí.

Despues, siendo hombre, siempre tuve algun inconveniente, ya que siendo muy pocos de familia

no debía abandonar á mi padre ni á mi madre, y despues de su muerte, y cuando ya podia haberlo realizado, murió Mendez, y quedé solo con su se-
ñora, que es mi hermana, muy enferma, y que debido á los cuidados de familia y profesionales ha vivido.

No era natural dejarla sola, pues no tuvo hijos, y siempre he sacrificado mis gustos y mis placeres á mis deberes.

La sociedad con las damas no dejó de agradarme, y aun tuve alguna inclinacion, como era natural, y conocí á algunas con quienes podia pasarse algun buen rato de conversacion, pues eran instruidas. Generalmente, la mujer tiene mas imaginacion que el hombre y sabe entretener mas, además de sus encantos, que nos seducen con razon.

Siempre fuí, como es natural, muy urbano con ellas, y estremadamente delicado en su trato.

Creia que la mujer que perdía su crédito era un ángel caído, que ya no habia levante para ella, y que era mejor que dejase de existir; así es que las miraba, sino con menosprecio, á lo menos con lástima, á las que habian perdido su virtud.

Por lo demás, mas me ha gustado la belleza moral que una belleza fisica en la mujer, sin embargo de que las he podido admirar; pero el candor para mí, en la mujer, era y ha sido siempre el mejor de sus atributos.

No sabemos á qué atribuir el vertiginoso marasmo que en un país jóven como el nuestro, se apodera en ciertos periodos de la historia.

Pero es cosa que debe tener origen en la exageracion de la lucha, en que deprimidos los ánimos de los ciudadanos por el espectáculo que se ha desarrollado ante su vista, se sienten sin alientos ni fuerzas para seguir la senda espinosa que se les ofrece.

De ahí que algunos se encuentren débiles para contrarrestar la ola devastadora que amenaza sepultarnos, y se retraigan de figurar en las luchas intestinas que asolan el país.

Así es que vemos con dolor á espíritus llenos de las mas nobles intenciones y poseídos de los mejores deseos, apartarse y no prestar su valioso concurso en la obra comun.

Es el desaliento precursor de los grandes reveses y de los grandes males que pueden afligir á un pueblo; cuando los ciudadanos se retraen de tomar participacion en la cosa pública, es seguro que ese país está perdido, sino se obra un prodigio.

Nuestro país, por sus mil vicisitudes, era la mejor muestra de ello, y la es aun, desgraciadamente. Los mejores ciudadanos no figuran para nada en los negocios públicos, y la administracion se ejercita por aquellos que son llevados por la fuerza ó por el descenfreno de las pasiones, y nunca como

manifestacion soberana del pueblo, que deben representar.

Asi hemos venido recorriendo una era de verdadera felonía, y los bien entendidos intereses del país se han visto en pugna contra las asechanzas de esos mandones, que sin mas ley ni freno sino saciar sus apetitos, han llevado á la Patria, la han arrastrado al hondo precipicio de la ruina. Esa menguada política exclusivista que han importado y se ha puesto en planta, ha hecho de los mejores ciudadanos, de aquellos que podrian prestar grandes é importantes servicios á la Patria, verdaderos parias que no tienen ni aun el derecho de emitir su voto, pues que el que tiene la fuerza triunfa y nombra á quienes quiere.

De ahí que el sistema de nuestra soberanía sea una irrisión, pues pocos ó casi ningun ejemplo ha habido de una elección verdaderamente popular.

La entronización de ese elemento bárbaro é inconsciente en los negocios públicos, que se ha hecho fuerte en el poder, ha hecho degenerar todo nuestro sistema, y los gobiernos se suceden unos á otros, en la misma escuela, pervirtiendo los ánimos de algunos que se dejan arrastrar por las conveniencias particulares, y fomentando con ello, la mas grande inmoralidad que se ha arraigado en todos los resortes de nuestra máquina administrativa, judicial y política.

Esto es una aberracion; pero es así, desgraciadamente. No hay nocion alguna de los principios fundamentales que nuestra carta constitucional establece; no hay tampoco ni la mas simple idea de lo que significa la forma politica representativa; así es que todo depende de la voluntad omnimoda ó del capricho de cualquiera.

Son estas las situaciones que venimos recorriendo, salvo muy pocos intervalos, desde que nos constituimos en Estado soberano é independiente, situaciones de fuerza, violentas, que hacen de las leyes letra muerta, y de los derechos y prerrogativas del ciudadano un sarcasmo.

No se pueden concebir las libertades públicas ni los sagrados derechos de igualdad y de justicia, en un país en donde se arma un ejército con el fin de hacerse fuertes los gobernantes que se sostienen por las bayonetas.

El antagonismo que se establece entre el pueblo y el poder, es natural, y no es posible que se puedan aunar las mismas divergencias que tienen que tener lugar y sucederse, entre los que aspiran á ver establecidos prácticamente los principios de equidad y de justicia, y al frente de los destinos públicos á los hombres honrados, y no los que ejercen el mando bajo el imperio de la fuerza. ¿Cómo concebir que puedan amalgamarse tan contrarios y

contradictorios principios? Imposible, y de ahí la lucha constante, tenaz y persistente de los gobernados contra los gobernantes.

Es lo que ha pasado en nuestro país; es lo que está sucediendo aun, y lo que ha labrado y labrará nuestra desgracia.

Hubo, sin embargo, un momento en que un gobernante, poseído de los mas nobles y patrióticos sentimientos, quiso dar ejemplo de poner en planta los principios fundamentales de buen gobierno, de respeto á las leyes, y acatamiento á los derechos de libertad, igualdad y justicia para todos.

Consignamos estas ligeras ideas, para llegar al momento tal vez mas supremo que ha atravesado la República, que se ha visto muchas veces al borde de la ruina.

Ese momento es aquel en que fué llevado á la Presidencia de la República mi padre.

Pocas veces un país puede ofrecer un espectáculo mas desgarrador y miserable como el que ofrecia el nuestro al tomar las riendas del gobierno aquel ciudadano.

Hemos bosquejado gran parte de nuestros acontecimientos en las páginas anteriores, y se puede formar el criterio que de ellos resulta; aquellos desórdenes reiterados y la lucha devoradora de la anarquía, tenían necesariamente que haber provo-

cado una situación angustiosa, desgraciada y ruinosa, que era la que le cabía á la República en el periodo que describimos.

Valiéndonos de un ejemplo, era nuestro país como un bajel que destruído por el mas furioso huracan, naufragaba en medio de las olas impetuosas, y que ni aun le quedaba la esperanza de salvarse, y si de despedazarse contra las rocas y sepultarse para siempre en las profundidades del mar airado.

Aquel fué un momento decisivo para la República. El ciudadano en quien se habia fijado la mayoría del país para elevarlo á la primera magistratura, estaba, hacia tiempo, retirado de la escena política. Los generales don Manuel Oribe y don Venancio Flores, de acuerdo, lo presentaron como candidato á quien sostendrian con toda su influencia. No habian podido vencer las resistencias que mi padre habia puesto desde que se habian iniciado los trabajos para ocupar aquel elevado cargo, hasta que habiendo puesto toda su influencia y haciéndole presente que, en su mano estaba la salvacion del país con su aceptacion, tuvo que ceder al fin, pero previendo y valorizando todos los sacrificios que tendria que realizar para llevar á cabo esa obra. Fué un verdadero sacrificio aquel que consumó como último servicio que podia tributar á la Patria,

por quien tanto había hecho. Nos concretaremos sólo á relatar suscintamente los hechos que ocasionados por tantos años de discordia, se originaron en aquel periodo. Hablar de cómo se encontraba el país, puede darse una idea con decir que aquella situación no se puede considerar sino como el momento supremo en que se juega la suerte y el porvenir de una nación. No se podía ir mas allá en el camino del desorden y de la anarquía. No se podía dar un paso mas sin que fuéramos víctimas de la mas desesperante miseria y de la ruina. En fin, era el caos lo que nos rodeaba y no había esperanza de salvación posible, sino se rompía con el pasado y se imprimía una marcha enérgica, de orden y de justicia, á la política del gobierno. Era, en fin, necesaria una administración moralizadora, la que debía arrancar al país de aquel vergonzoso estado de marasmo completo. No sé si se ha reproducido en parte alguna aquel cuadro de ruina despues del periodo de la guerra grande; de desórdenes permanentes, en que no se podía establecer nada, en que los gobiernos caían antes de terminar su periodo de mando, arrastrados por la ola revolucionaria. Parecía encarnado en nuestro país el desequilibrio entre gobernantes y gobernados, y que se hubieran divorciado completamente. Los intereses de unos y de otros estaban en continua pugna y no podían resis-

tir mucho á los embates y asechanzas de los que aspiraban á entronizarse en la cosa pública.

De aquí que desde que tuvimos autonomía propia, no pudiésemos implantar ningún estado de cosas verdaderamente estable y duradero; todo era incierto, inseguro y movedizo, y al mas leve soplo se desmoronaba la situación que se consideraba mejor consolidada.

¿No había habido buenos gobernantes?

¿No había habido bastante patriotismo en los gobernados?

Creemos que sí.

Y ¿entonces cómo se explica ese estado de escitación política en que se ha vivido en nuestro país desde los albores de nuestra Independencia?

Se ha atribuido al caudillaje los malos efectos de nuestra suerte, y despues al militarismo.

Indudablemente, uno y otro han contribuido en gran parte á nuestras desgracias, pero lo que ha faltado es opinión pública; una mayoría de elementos suficientes para contrarrestar el desorden y todo conato de sedición y de anarquía.

Es que los Estados no se improvisan; es que los pueblos tienen que experimentar esas alternativas de su fortuna incierta, cuando no hay bastantes elementos de orden y conservadores.

Ellos son los que salvan las instituciones y las so-

ciudades del caos en que se ven envueltas; los que amparan y protegen los principios que son la salvaguardia de los pueblos.

Nuestro país, á falta de ellos, tuvo necesariamente que atravesar por mil dificultades, por situaciones azarosas, que fueron resultado de esto, y que aun parecen no haberse consolidado, y ni aun para asegurar una situacion en que rijan las instituciones y los derechos constitucionales en todo su vigor, á falta de lo mismo.

Así es que el gobierno que debia presidir mi padre, preocupóse de que era necesario romper con el tradicionalismo del funesto pasado, y hacer nueva politica, amparando y protegiendo todos los derechos, y haciendo comprender á todos tambien sus deberes.

Levantó la bandera de igualdad, de órden y justicia para todos, sin distincion alguna de odiosas desigualdades de círculo ni de partido, y espresó aquellas notables palabras, que debian servir de norma á todos los gobernantes, que: *mande quien mande, la familia Oriental no podia tener su eterna tutela á la otra mitad, y que bajo la bandera de la Patria cabian todos los Orientales.*

Creemos que con tales principios no se podian esperar sino beneficios para el país, porque se asentaban en una politica franca, que traía un nuevo ór-

den de ideas y que prescindia del pasado, que tan funesto habia sido.

Y sin embargo, hubieron espíritus mezquinos, que contrariaron esa política de paz y de fraternidad, y que quisieron entronizar las mismas doctrinas, los mismos medios que cuando se disputaban en lucha cruenta los partidos, y que pretendiendo la supremacía, no trepidaban en ahondar las desgracias y miserias de la patria.

Siempre existe en todo el espíritu de oposición, pero cuando se siente el peligro, cuando las amenazas de ruina son candentes, se veían y se palpaban, y cuando tal vez se jugaba en aquel momento el porvenir del país, su soberanía é independencia, pues que la pendiente porque corría amenazaba hundirlo, si una mano vigorosa no la detenía en su carrera, era y fué aquello una criminal propaganda.

El ciudadano que habia ido á ocupar la primera magistratura, no aspiró nunca á ocupar empleos públicos, y mucho menos en aquellas tan críticas circunstancias.

Se habia resistido hasta el último momento, y sólo aceptó cuando vió claramente que su país iba á sucumbir por nuevos desórdenes, y que sino aceptaba la presidencia, tal vez nueva sangre iba á correr, y cuando comprendió que la mayoría de los

dos partidos tradicionales lo proclamaban y lo sostenían como candidato.

El único móvil que lo arrancaba del seno tranquilo del hogar doméstico, donde descansaba su ancianidad, fué, pues, ser útil una vez mas á su patria y tributarle ese último servicio.

Jamás ningun gobernante en el país pudo estar animado de mejores deseos del bien público, ni podía ostentar una larga carrera de servicios desinteresados tributados á la Patria, como aquél; como también una acrisolada honradez y virtudes cívicas con que siempre se habia distinguido en todos sus actos y cuando habia figurado.

El General don Manuel Oribe, que habia militado en las filas contrarias al partido al cual mi padre habia pertenecido, habíalo propuesto, buscando entre los elementos sanos, no de su partido sino del contrario, al hombre que, segun él, las necesidades reclamaban y que podía salvar la Patria.

Esto probaba que Oribe reconocía las dotes de gobernante que lo distinguían y que en el poder haría una política nacional puramente.

Don Venancio Flores, que contribuyó con todo su empeño y toda su influencia para su nombramiento, también daba pruebas de que aquella elección salvaría á la República.

Hé aquí las cartas que se cambiaron con motivo de aquellos trabajos:

Señor don Manuel Oribe.

Quinta, Enero 28 de 1856.

Querido compadre :

Después de haber meditado mucho sobre mi aceptación al distinguido honor de ocupar el puesto de la Presidencia, en las actuales críticas circunstancias que atraviesa nuestro desgraciado país, he resuelto definitivamente no aceptarlo, porque comprendo se necesita un hombre joven para afrontar con frente serena y ánimo incansable los desastres que han ocasionado nuestros trastornos políticos en nuestra desgraciada Patria. En mi larga carrera pública, jamás he sido llevado á ocupar destinos públicos sino contra toda mi voluntad, y sólo he accedido cuando creía que podía ser útil á la Patria.

Hoy debo aspirar al descanso y al retiro, cuando por mi edad, mi cansancio y fatiga por tanta desgracia como hemos pasado, comprendo que poco sería el contingente que podría ofrecer para la salvación de la Patria.

Así es que te pido y te suplico que se fijen en otro ciudadano que reúna otras condiciones que las mías para realizar esa obra, y me dejen gozar de

mis últimos días en el dulce hogar doméstico y en el seno de mi familia.

Te desea toda felicidad tu buen amigo y compadre

Gabriel A. Pereira.

Señor don Gabriel Pereira.

Union, Enero 29 de 1856.

Mi muy querido compadre:

Recibí tu afectuosa carta de ayer, por la que veo tu insistencia en no aceptar nuestros trabajos por tu persona para que ocupes la Presidencia de la República.

Es preciso que te convenzas que es imposible de todo punto que declines el no aceptarlos, porque en tí se estrechan todas nuestras esperanzas, y la Patria precisa de nuevo tus servicios.

Nadie mejor que tu persona para conjurar los difíciles momentos que atravesamos, y toda la confianza de la paz se espera de tu nombramiento.

¿Qué será de este desgraciado país si tú no aceptases la Presidencia?

¿Te has hecho cargo bien de todos los elementos que están en pié de desórden y de desmoralizacion? ¿Quién podrá detenerlos mejor que tú, que siempre has sido respetado por todos los partidos por tu patriotismo y probidad? Además, tu posicion social independiente, tu fortuna considerable, tus grandes servicios á la Patria, son cosas que no se encuentran en otros que podrian ser útiles, pero que no gozarian de las mismas consideraciones que nos mereces.

Así es que, desengáñate, la tranquilidad que anhelas en el seno de la familia y en el retiro, no la hallarás, porque serás tambien arrastrado por el desórden que amenaza hundir al país en el abismo.

Resígnate á prestar este último y grande servicio á la Patria, que tanto lo precisa, y cuenta con nuestra decidida cooperacion para mantener la paz pública.

Con mis respetos á la familia, dispon del afecto de tu compadre y buen amigo

Manuel Oribe.

Señor General don Venancio Flores.

Mi apreciado General:

Comprendo bien el noble interés de que usted se halla poseído por ver de salir de la desgraciada situación que atraviesa nuestra Patria.

Tan larga carrera de infortunios y desórdenes como se han desencadenado sobre nuestro desventurado país, nos disponen á los que hemos trabajado tanto por su independencia y libertad, y que tantos sacrificios nos han costado conquistar, á no ahorrar todos los esfuerzos posibles para la realización de nuestros propósitos: este es un deber.

Pero para salvar al país, dados los elementos de desorden que lo aniquilan y que lo arruinan, que no le dan tiempo de respirar y que lo agobian con continuas exacciones y revueltas, se requiere una fuerza de voluntad en el mandatario y una energía probada, para tomar sobre sí las mas enérgicas medidas que pongan dique á todos los desórdenes, que han labrado el infortunio de la Patria y que mantienen en continua zozobra á sus habitantes.

Por mi edad y mi cansancio, aunque jamás me negaría á hacer todo sacrificio por mi país, comprendo bien que no soy el hombre á propósito para

afrontar tan difíciles circunstancias: se necesita mas vigor, que se encontrará en compatriotas mas jóvenes, que deben, en estos momentos de suprema prueba para el país, disponerse á ofrecer á la Patria, lo que sus padres le dieron en otros dias: su fortuna, sus sacrificios y su existencia.

Así estoy firmemente decidido á cooperar solo particularmente á la obra comun de la salvacion del país, y dentro de la esfera de mis esfuerzos y de mi voluntad, declinando el honor que se me hace al presentar mi candidatura á la Presidencia de la República.

Saluda al señor General con toda amistad.

S. S. S. Q. B. S. M.

Gabriel A. Pereira.

Quinta, Enero 29 de 1856.

Señor don Gabriel A. Pereira.

Montevideo, Enero 30 de 1856.

Mi distinguido paisano y amigo:

He tenido el honor de recibir su afectuosa carta de fecha 29 del corriente. Por ella me informé de que usted declina el que presentemos y sostengamos su candidatura á la Presidencia de la República.

Son tan criticos los actuales momentos porque atraviesa el pais, y se hacen tan necesarios los esfuerzos de todos sus buenos hijos, para arrancarlo de esta deplorable situacion, que se hace indispensable que haga usted este nuevo sacrificio, en pro de la Patria por quien hizo usted tanto. Es preciso que haga usted este nuevo sacrificio, sí, porque sólo el prestigio de su nombre, de su acrisolado patriotismo y honradez reconocida, son capaces de sacarnos de tan horrible caos.

Sólo su presencia en el poder es lo único que puede alcanzar ese fin y laudable objeto.

Así es, que, ante la Patria y por ella y en su nombre, pido á usted que quebrante su voluntad y le preste este servicio, tal vez el mayor, mas grande y señalado que le haya prestado.

Con tal motivo, me es grato saludarlo y repetirme su amigo y compatriota

Q. B. S. M.

Venancio Flores.

Después de estas cartas, no quedará duda alguna de que el ciudadano que se designaba como candidato no aspiraba de manera alguna á la Presidencia.

Pero transcribiremos lo que él mismo ha consignado por su propia mano.

Dice así:

« Debo manifestar los motivos que me indujeron á prestarme como candidato para ocupar la Presidencia de la República, á fin de que se conozcan las miras que me condujeron á tomar una resolución tan contraria á mis deseos y que en ningún sentido podía alhagarme.

« Vamos á los hechos.

« Después de los incidentes de Agosto y Noviembre de 1855, sin traer á consideración lo ocurrido en Julio de 1853, en que se derribó la Presidencia del señor Giró, bañando las calles, como en Noviembre, con la sangre de orientales, por causas

que á mi no me es dado analizar, aunque sí tendré siempre el sentimiento de que se haya vertido en lucha civil, — el país atravesaba por una situación de las más terribles. Bien se sabe que en todo Febrero (1856) se había puesto la Capital en estado de sitio, pues no sólo las fuerzas de la guarnición permanecían acuarteladas, sino que habían hecho venir de los departamentos á las guardias nacionales, que se acantonaban en diferentes puntos extramuros de la ciudad, estando también en armas la guardia nacional de la Capital y de la Unión, ésta, al mando de su comandante Botaña. Todas estas fuerzas se hallaban bajo las órdenes del señor Brigadier General don Venancio Flores.

«Tal era el aspecto que presentaba la Capital en momentos que se agitaba con ardor la elección para la Presidencia de la República.

«Enteramente ajeno á la política, muchos años antes á esa época, residía en mi quinta, pasando la estación de verano, cuando una mañana me anunciaron de visita á los generales Oribe y Flores.

«Debo hacer notar que al primero no lo había visto hacia unos diez y siete años, ni tratado, ni aun tenido relaciones por escrito con él en todo ese tiempo.

«Recibí á estos señores con la mayor amabili-

dad, y despues de los cumplimientos de estilo, me declararon que me venian á ver para pedirme que me prestara á ser candidato para la Presidencia, dando por motivo que seria el único medio de privar las desgracias que amenazaban al pais, si llegaba á realizarse la eleccion del general César Diaz, que era el candidato por quien trabajaban con gran empeño los que habian sido autores de los sucesos desgraciados que he referido, y que si no me prestaba á hacer este servicio estallaria la guerra civil.

«Me negué abiertamente á estas indicaciones, declarándoles que de ninguna manera admitiria un destino que estaba cierto no podria desempeñar con el acierto preciso, consiguiendo radicar la paz pública, como único medio de salvacion; y que para establecerla, seria necesario apurar muchos sacrificios y pasar por grandes pruebas para reprimir el desórden y acabar de una vez con aquel estado de continua perturbacion en que viviamos desde nuestra emancipacion política, y que amenazaban nuestra ruina completa y la pérdida, al fin, de nuestra autonomia; y que para llegar á ese fin, era necesario que el gobierno que se estableciese no desplegase otra bandera que la nacional y que llamase á todos los orientales á la obra comun de salvar á la Patria, en inminente peligro por tantos

desaciertos políticos y desórdenes consecutivos; que habia otros ciudadanos mas jóvenes y mas capaces que podian ser mas útiles, y entre ellos podrian encontrar quien pudiese prestar mejor concurso que el mio.

« Los citados generales insistieron en que debia tributar este último sacrificio á mi país, y que solo yo podia conjurar los males que amenazaban á la República, pues que mi persona no ofrecia resistencias de ningun género.

« Pediles, en fin, algun tiempo para reflexionar, retirándose despues.

« Algunos dias transcurrieron, y despues de haber reflexionado mucho, cambiamos algunas cartas, que son las que se han leído.

« Continuaron viéndome despues con muchas otras personas, entre ellas Senadores y Representantes, hablándome en igual sentido, que era necesario que cambiase de resolucion y que debia resignarme á prestar aquel último tributo á mi Patria, que si no iba á verse envuelta en nuevos desastres y desgracias, á mas de las que habia sufrido.

« Ante estas consideraciones, y meditando mucho sobre esto, viendo que la mayoria del país exigia de mi este nuevo sacrificio por mi Patria, me decidí al fin á prestarme á que trabajaran por mi candidatura, dando al público un programa en que de-

mostraba la marcha que iba á iniciar y seguiria, dado el caso de ser electo para Presidente de la República.

« Dispuesto, pues, á ofrecer mi bienestar y todo mi contingente en holocausto de la tranquilidad del país, y á no rehusarle sacrificio alguno para arrancarlo de aquella situacion, y convencido de que si no aceptaba el Poder, nuevos desórdenes amenazaban á la República, me determiné á dar al pueblo el siguiente manifiesto :

« PROGRAMA DEL CIUDADANO DON GABRIEL ANTONIO
PEREIRA

« Hay épocas solemnes en la vida de los hombres, en las que imprescindibles consideraciones les obligan á no romper el silencio que su posicion les impone y que estaban dispuestos á guardar, dejando la palabra á los sucesos ; pero llega un instante en que ese silencio podria ser mal comprendido é interpretado, y entonces, es deber de cada uno, decir en alta voz la verdad ; presentarse á los ojos de todos con los antecedentes y principios y con la bandera que se propone enarbolar.

« Público y notorio es, que ahora ni nunca, aspiré á ocupar posiciones elevadas en mi país, y tambien es notorio que las he desempeñado siempre sin so-

licitarlas, y con toda la dignidad, con toda la independencia y con toda la honradez y civismo que ellas requieren.

«No me toca á mi decir ni hacer el panegirico de los servicios y méritos que haya contraído al llamado de la Patria en graves y espinosas circunstancias. Creia cumplir con mis deberes de ciudadano sacrificando gustoso, en aras del bien comun, mis conveniencias, mi tranquilidad y mis intereses personales.

«Tengo la intima conviccion de haber hecho cuanto estaba en mi mano para justificar la confianza con que me honraba el pueblo.

«En el presente caso — lo saben hasta aquellos que presumen ignorarlo — no he dado un paso, ni el mas minimo, para optar á la Presidencia de la República.

«Mi candidatura ha sido iniciada por algunas personas que antes tenia el derecho de considerar mas bien como adversarios politicos que como amigos.

«Al punto á que han llegado los hechos, y planteada la cuestion como está, he debido inclinar mi frente al voto unánime de los que ven en mi candidatura una prenda de paz, de union, de estabilidad y de mejor porvenir para la República.

«He debido hacer este último sacrificio en el úl-

timo tercio de mi vida, en obsequio á mis compatriotas, cuando solo ambicionaba, despues de terribles desgracias públicas como privadas, la calma honesta y apacible del hogar doméstico; cuando mis antecedentes, mi carácter y mi fortuna, me impulsaban á alejarme del terreno incandescente de la politica; cuando, comprendiendo las dificultades de la situacion, veo mil escollos que nos rodean.... pero está por medio la salud de la Patria, y no seré yo quien le vuelva las espaldas en la hora suprema del infortunio.

«Téngase entendido, no obstante, que ni aun hipotéticamente he aceptado compromisos que hiciesen nula la autoridad una vez instalado en el Poder.

«Entiéndase tambien, que si mereciese el honor de ser electo para el primer destino de la República, todos mis actos se sugetarian á la Constitucion, á las Leyes, á las disposiciones de las Honorables Cámaras y á mis consejeros responsables.

«De otro modo, ¿cómo podria asumir la gran responsabilidad de mis actos y ofrecer garantias á todos, de imparcialidad, proteccion y justicia? No; es preciso que el brazo del gobierno, libre y desembarazado en su accion, llegue hasta donde pueda alcanzar, pues nada ni nadie puede servir de pretesto ni de obstáculo para realizar el bien y evitar el mal.

« En honor á la verdad, debo declarar que todas las personas que se me han aproximado y que han influido directa ó indirectamente en mi resolucion de aceptar la candidatura que se me ofrece, todas, sin distincion, están animadas de los mismos elevados sentimientos, tan honrosos como patrióticos.

« Con estos antecedentes, trazaré en breves palabras el programa que iniciaria y procuraria realizar si mereciese el sufragio de la Nacion.

« El solemne juramento hecho ante la H. Asamblea General, de observar y hacer observar el Código fundamental del Estado, me colocará en el camino, del que no podria ni querria salir ni aun desviarme, ni como Jefe del Gobierno, ni como ciudadano.

« En el franco y leal cumplimiento de la Constitucion buscaré la fuerza y la sancion de todos mis actos gubernativos. Colocado en esa posicion, si el hombre privado conservaba alguna simpatia por tal ó cual partido, el Jefe del Estado, padre de la gran familia Oriental, no tendrá mas colores que los finos colores de la bandera de la Patria.

« Bajo su sombrá caben todos; esos colores simbolizan glorias y recuerdos sin mancha, y quizás el único vinculo que podria todavia unirnos.

« Ellos me impondrian el de iniciar mi gobierno, proclamando la union, la concordia, el olvido de

nuestras malas pasiones, haciendo prácticos los eternos principios de moralidad y justicia, sin los cuales no hay sociedad regularmente constituida, y sin los cuales la democracia y el sistema representativo que nos rige, no existe sino en el nombre.

«Mande quien mande, la mitad del pueblo Oriental no puede ni debe tener ni conservar en eterna tutela á la otra mitad.

«Para los cargos públicos solo pediría títulos á la honradez y al saber. Buscaría el apoyo de todas las fuerzas inteligentes, vivas y nobles de nuestra sociedad. Siempre que lo juzgase oportuno, solicitaría las luces de las capacidades conocidas y competentes en los diversos ramos de la administración pública.

«Mi primera atención preferente será asegurar la paz en el interior y exterior, disipando los males que en un momento dado pueden envolvernos en nuevos conflictos y desgracias. Al propio tiempo, entraría con paso firme y resuelto en el camino de las reformas, haciendo todas las que nuestra situación y recursos consintiesen. Estudiando las cuestiones con la atención que requieren, buscando los medios de plantear con éxito las mejoras y economías necesarias, no esquivando mi concurso á ninguna idea realizable y conveniente, no dudo que la iniciativa, el buen deseo y el patriotismo del Go-

bierno encontrarían eco en las Cámaras y en la inmensa mayoría del país.

« Los verdaderos intereses de la Nación, sus necesidades inmediatas, su honor y su dignidad, me servirían de norte en las medidas que adoptase, y sería mi regla invariable en las relaciones exteriores.

« Afianzando el orden, la paz y la justicia, á la sombra de un gobierno de progreso y libertad, procuraría ensanchar el cauce, mas bien que cegarlo, de las fuentes de la riqueza pública y privada; y esto, económicamente hablando, es cuanto puede exigirse á un gobierno liberal é ilustrado.

« En el arreglo de nuestra desquiciada hacienda, trataría de hacer lo que un buen padre de familia que se limita únicamente á sus propios medios, aunque ellos apenas alcancen á satisfacer sus mas perentorias necesidades, hasta que á fuerza de laboriosidad y desvelos, acierta á proporcionarse otros recursos.

« Por lo pronto, organizaría, hasta donde fuese posible, los gastos con los ingresos, y haría cuantos esfuerzos caben en una autoridad inteligente y honrada, poniendo especial esmero en fiscalizar muy de cerca todo lo que tiene relacion con el producto y distribución de las rentas públicas.

« La publicidad, la verdad y la rectitud, reglarían siempre mis procedimientos.

« En las reformas indispensables, respetaria los derechos adquiridos, tanto en las clases que dependen del Estado, como en los particulares que hayan celebrado contratos con el P. E., siempre que los derechos de unos y otros estén basados en la justicia y en las leyes de la República. No así los que por su naturaleza fuesen notoriamente injustos y nulos desde su origen, y que por lo tanto no han podido prevalecer con el transcurso del tiempo.

« Nuestra inmensa deuda exige tambien un estudio especial y detenido: en posesion de todos los datos necesarios, cuidaria de someter oportunamente al Cuerpo Legislativo varios proyectos, relativos á ella, que contribuyesen á restablecer el crédito público y á levantarle de la postracion en que yace.

« Lo mismo digo de algunas disposiciones al clero nacional, á la emigracion extranjera, á la educacion primaria, al actual sistema de contribucion, á la organizacion bajo nuevas bases de la policia municipal en los Departamentos, y en una palabra, á todos los resortes de nuestra organizacion política y social. Se comprende que todas estas medidas serán el resultado de un sistema general, y que, ligadas entre si, preparando y facilitándose las unas á las otras, irian destruyendo los obs-

táculos que hasta ahora nos han impedido entrar con acierto en las vías fecundas del progreso.

« Finalmente diré, para concluir, que tratándose de abnegacion y sacrificios personales, el Jefe del Estado y sus Ministros, con el precepto, darian el ejemplo.

« Tales son mis principios y la bandera con que me presento á mis conciudadanos.

« Si hay otra mas alta y mas digna, que se levante y flamee ufana. Seré el primero en plegar la mia delante del que la tremole, y sabe el cielo cuánto me alegraria si con esa nueva enseña habria de lucir una nueva era, de paz y ventura, para nuestra infortunada Patria.

« Si este caso, que anhelo ardientemente, no llegase á realizarse; si la voluntad nacional, espresada por sus órganos legitimos, crée que soy el ciudadano que debe asumir el mando supremo, pronto estoy á obedecer á su mandato.

« No se me ocultan las dificultades de la empresa, pero al considerar que sólo con proponérmela se me dispensa un señalado honor; que salvando el país puedo coronar mi vida pública; que el porvenir y felicidad de mi país y de mis hijos, mi nombre y los mas caros intereses de la sociedad á que pertenezco, están empeñados en que yo ú otra persona de mis antecedentes y circunstancias acepte

dicho cargo; lo aceptaré entonces con fé y entereza, y me parece que á pesar de todos los peligros y eventualidades que puedan sobrevenir, sobraría energia en el corazon y altura en la mente, para no desmayar ante la malquerencia, el desvio ó la injusticia de los hombres, y voluntad firme para empuñar el timon de la nave del Estado, para sacarla ilesa al través de las rocas y de la tormenta que amenaza desplomarse sobre nosotros.

« Para eso, contaria, en primer lugar, con que al fin la misericordia divina ha de lanzarnos una mirada de piedad. *¡Hemos sido tan desgraciados!....*

« Contaria tambien con el patriotismo y la sensatez del pueblo Oriental y de sus Representantes: contaria con el amor tan pronunciado hoy por la paz, el órden y las instituciones. Contaria con todos los hombres de corazon y de inteligencia que quieran ayudarme en esta obra generosa y santa. Contaria con el franco y general apoyo de los primeros jefes militares de la República.

« Tengo el profundo convencimiento que, si por desgracia, y lo que no es de esperarse, se repitiesen los deplorables sucesos de otras épocas, ellos, fieles antes que á todo, á la Constitucion, serian el mas poderoso baluarte de las instituciones y de la autoridad emanada de la Ley.

« Contaría con la gran masa de extranjeros laboriosos y pacíficos, que sólo anhelan la paz y garantías para la prosperidad de sus intereses materiales y la extensión de su comercio.

« Contaría con la protección y auxilio de la prensa nacional.

« No hago el agravio á sus ilustrados redactores de creerlos capaces de adoptar, por espíritu ciego de partido, una oposición sistemática, que nada podrá justificar despues que la voluntad de la Nación, formulada por el voto de la mayoría, convirtiesen en subversivos y anárquicos y dignos de represion, actos que hoy, sean cuales fueren las apreciaciones que cada uno es digno de hacer, no puede ni debe la autoridad coartar en lo mas mínimo, porque si algo prueban en estas graves y difíciles circunstancias, es la absoluta libertad de que goza la emisión del pensamiento.

« Por mi parte, estoy dispuesto á olvidar hasta las ofensas gratuitas que se me han inferido.

« Con estos elementos contaría, con mis buenos deseos, con mi voluntad decidida para obrar el bien, y propósito firme é irrevocable de contribuir hasta donde mis fuerzas alcancen, á labrar la ventura de la Patria, y desempeñar la grande misión que se me confía.

« Vencedor ó vencido, habré cumplido con mis deberes á despecho de todos y de todo.

« Mi divisa es la paz, la union, el progreso y la libertad: si con ella sucumbo, hay derrotas que honran mas que una espléndida victoria. »

No vamos á hacer la apologia, y menos á ocuparnos de aquella administracion, pues que ya esto último lo hemos hecho con nuestra imparcialidad característica y fundados en la verdad.

Sólo si diremos que tenemos el firme convencimiento que salvó al país de su completa ruina y del desborde de las pasiones de la guerra civil, que lo arrastraba á su total perdicion.

Fué verdaderamente providencial el que en aquellos momentos supremos de vida ó de muerte para la República, se hubieran entendido los dos jefes mas prestigiosos de los partidos adversarios, y que el ciudadano designado por ellos y sostenido por su influencia, contase con las simpatias del país, y fuese quien salvase á esta sociedad de la situacion mas desastrosa que jamás le ha cabido.

Fué una obra colosal la que emprendió, para restablecer el orden en todos los resortes de la administracion, desquiciada completamente por el desorden consecutivo de tantos años, y conquistar la paz, alterada de continuo por las luchas fraticidas; pero pudo conseguirlo á fuerza de constantes desvelos y sacrificios inmensos.

Jamás se podrá valorar bastante aquella ente-

reza de ánimo para contrarrestar el espíritu subversivo de desórden, que parecía inveterado entre nosotros y que había labrado el infortunio de la República.

No saliendo de los principios de su programa, ni en los momentos mas criticos porque tuvo que atravesar, cuando la revolucion cubria con su negro manto los horizontes de la Patria, sostuvo bien alto la oriflaman acional, defendió los derechos de todos, imprimió el rigor de las leyes y sofocó la anarquía en el país.

La revolucion castigada en Quinteros con los desgraciados que algunos ilusos habian hecho sacrificar en aras de ambiciones bastardas y de propósitos criminales, como los de unir este país á la República Argentina, estaba organizada antes de la eleccion presidencial y estalló cuando menos debia estallar, con un gobierno que acataba á todos, respetaba todos los derechos é imponia el respeto á las leyes y el acatamiento á la autoridad.

Así es que nunca podrá ser bastante justificada, por mas esfuerzos que haga el espíritu de partido y la intransigencia de opiniones, porque además de otras consideraciones, sólo el hecho de venir á atentar contra la autonomia de la República, como el mismo doctor Juan C. Gomez lo declaró, es su mayor condenacion.

Siempre recuerdo aquellos momentos de conflicto, cuando era atacada la ciudad por las fuerzas revolucionarias comandadas por el general don César Díaz, que había venido en un buque de guerra argentino, *La Maipú*, desde Buenos Aires, en el momento aquel del descubrimiento de la conspiración de italianos, cuyo plan era el de asaltar la casa del Presidente y de otros y entrar á saquear y matar á cuantos hallasen.

El Mayor Lezama, que estaba como ayudante de mi padre y de servicio aquel día, y que indudablemente estaba en el secreto de la conspiración, al sentir los tiros que les hacían los guardias nacionales, le expresé mi sorpresa de que algo serio debía tener lugar cuando se oían tantos disparos, y quiso tranquilizarme manifestándome que serían los soldados que descargaban las armas.

Estábamos en el umbral de la puerta de nuestra casa cuando esto pasaba, y al gran galope se aproximó á nosotros un soldado con un pliego, para que inmediatamente fuese entregado al Presidente. Lezama buscó excusas para hacerlo, y entonces yo lo tomé y fui á ver á mi padre para entregárselo. Lo abrí con su orden, y él contenía la noticia de haber sido descubierta aquella conspiración y de haber sido apresados algunos de los principales comprometidos, los que se habían resistido y hecho fuego

contra las fuerzas del gobierno, muriendo de un balazo un primo mio, Angel Vidal, y otros á quienes habian herido.

Cuando bajé, ya Lezama habia desaparecido, y aunque nunca presumí de su deslealtad, pues que estaba rodeado de consideraciones por mi padre y familia, no se volvió á ver mas; se habia escondido, y esto fué su misma condenacion y la prueba de que estaba mezclado en aquel infernal complot que tantas desgracias iba á producir y del que nos libramos providencialmente.

En aquellos momentos de cruel ansiedad y de terrible prueba porque pasaba la República, en que el gobierno tenia su mas firme apoyo en la guardia nacional, veíase palpitar de entusiasmo el corazon de los que defendian á la autoridad. La juventud toda se ofrecia á contrarrestar valerosamente á los que habian levantado la enseña ensangrentada del desórden, y fué el principal baluarte en que se estrelló la rebelion y que hizo detener el asalto que pretendian los revoltosos hacer á la ciudad.

Recuerdo haber visto á los hijos de las mejores y mas acaudaladas familias, figurar como soldados voluntarios entre las filas de nacionales y prestar sus servicios como los mejores soldados de linea.

En el ataque que hizo el mayor Farias, una bala, ya cerca de la misma trinchera que estaba situada

en la plaza de Cagancha, lo hirió de muerte, y no pudo alcanzar con vida sino hasta el Cordon, donde fué abandonado en una casa allí situada. Tal vez esto privó que se hubieran internado en la misma ciudad y que se hubiera enardecido el combate.

Era un hombre de una estatura elevada y tri-gueño, y tenia fama de valiente. ¡Qué dolor ver en lucha estéril y en accion de guerra de herma-nos, desaparecer á hombres que podrian, como aquél, haber servido para su Patria en empresas mas nobles y gloriosas!....

La casa que habitábamos estaba á dos cuadras de la trinchera, y en aquellas noches de combate la familia se retiraba al centro de la ciudad y me que-daba yo á acompañar á mi padre, que no se mo- via de allí. En la azotea se habia formado un can- ton, en el que alternaban los guardias nacionales que hacian el servicio de custodia del Presidente y los negros del batallon Bastarrica. Siempre re- cuerdo que este jefe, dotado de una fuerza estra- ordinaria, cuando la alarma crecia del ataque del enemigo, impaciente levantaba de á dos á los ne- gros soñolientos, y los plantaba en la azotea, su- biendo y bajando la casa de altos en que viviamos de tres á cuatro saltos por los escalones.

El coronel Lasala, como muchos otros jefes de la República, que acompañaban á mi padre y se

quedaban en la casa, se acostaba en mi aposento, y cuando mas cerca se oía el tiroteo, habiéndome dicho que lo recordase, así lo hice, pero incorporándose en la cama, y escuchando, volvió otra vez á entregarse al sueño, diciéndome con mucha flema *que aun no habia que tener cuidado*.

Pasaba Lasala por uno de los jefes mas instruidos, y además era proverbial su serenidad en el combate. Nunca se le vió retroceder, aunque las balas llovieran como granizada, en las acciones de guerra en que se encontró, segun afirmaban todos los que habian servido bajo sus órdenes, y aquella vez vi prácticamente confirmado que era de un valor extraordinario, pues los revolucionarios estaban muy cerca de donde nos hallábamos, y aquella confianza, cuando todos estaban á la alerta de lo que pudiera sobrevenir en el ataque, era para justipreciarlo bien.

Entre los hombres dotados de un temple verdaderamente de acero, conocí á uno de esos tipos que sorprenden y hacen la admiracion de todos, por aquel tiempo.

Se llamaba el mayor Bustamante, y me habian tanto hablado de sus proezas que creia exageradas, pero que pude apreciar en parte algo de su valor.

Solo se lanzaba á desafiar al enemigo, armado de lanza y un trabuco que llevaba á la espalda;

montaba en buenos caballos casi siempre, y se aproximaba tanto que parecia inevitable su captura ó su muerte.

Pero nunca fué ni aun herido, y cuando mas inminente parecia el peligro, se le veia salir ileso y burlar á sus enemigos.

Nunca formó en ningun batallon ni en escuadron alguno; sólo andaba en aquellas escaramuzas que ponian en peligro inminente á cada momento su vida.

Salía cuando caía la tarde, ó bien por la mañana, y no se ocultaba: al contrario, se hacia ver, y llevaba enjaezado con buena montura el caballo y la lanza llena de cintas.

Si hemos de creer lo que afirman muchos, hay hombres que las balas respetan, pero aunque sea esto una paradoja, lo cierto es que desafian los peligros y jamás se les ve heridos; al parecer, es cosa sobrenatural.

Siempre recuerdo la solicitud de mi padre para con el Coronel Tajés, á quien estimaba mucho, y que lo mandó llamar y aconsejóle que no se mezclase en nada, y que le juró no tomar parte en la revolucion y si continuar en el trabajo de acarreo de ganado para el saladero de Laffone, estando, segun él, desengañado de la politica, y que le hizo entregar algunos haberes y un salvo-conducto para

que fuese respetado, y en cuanto salió al campo se unió á los revolucionarios, lo que fué una felónica accion.

Lo mismo que del general Larraya y su hijo, que era Mayor de la Artilleria, y á quien acusaban de traicionar al gobierno, pero á lo que mi padre no daba crédito, nombrando al primero comandante general de las fuerzas del Río Negro, y prometiendo lealtad en su cometido, no tan sólo el primero sino el segundo, faltaban á su palabra y se pasaban á las filas del enemigo.

Aunque estas decepciones fueron pocas, siempre pudieron influir para que el gobierno hubiese tomado medidas contra otros de los que se hablaba que traicionaban, entre éstos, algunos de los edecanes del mismo Presidente, pero jamás pensó tomar medidas contra ellos.

Recuerdo la entrevista que mi padre tuvo con Tajés y las palabras que cambiaron.

Dijole el primero :

« Lo he mandado llamar, Tajés, para significarle que el gobierno sabe que algunos tratan de mezclarlo en los trabajos de la revolucion, y como sabe cuanta es mi estimacion por usted, le voy á dar el consejo de que no tome parte ni se mezcle en nada. »

« Le puedo asegurar, señor Presidente, le con-

testó Tajés, que no trato mas que de trabajar y que no me he querido comprometer ni me comprometeré en nada contra el gobierno. »

« Bien ; así lo espero, y en prueba de que lo creo voy á hacerle dar un salvo-conduto para que pueda usted libremente andar por todas partes sin ser molestado. »

Y así lo hizo, permitiéndole que lo pudiesen acompañar algunos hombres de su confianza, y cuando bajaba las escaleras de nuestra casa, se encontró con mi madre que subía, y despues de saludarla, le dijo á lo que habia venido, y entonces renovó mi madre los consejos de que no se comprometiese en la revolucion, y Tajés volvió á asegurarle que perdiese todo cuidado que no se mezclaria en nada, y siendo, como era, de un carácter jovial, le dijo antes de irse que para cualquier empeño que tuviera con el Presidente, la iba á nombrar su intercesora ó su madrina.

Con el general Freire, á quien todos sindicaban de estar mezclado en la revolucion, lo llamó y le dijo mi padre :

« General, me aseguran de que usted está mezclado en la revolucion, pero no lo creo, y en prueba de ello, voy á hacerlo nombrar comandante general de las fuerzas del Rio Negro, y no lo creo mezclado en la revolucion porque lo considero un sol-

dado de pundonor y que sabe cumplir su palabra con lealtad. »

« Señor Presidente, puedo asegurar á V. E. que no me he mezclado en nada, pero aunque tuviese alguna simpatia por la revolucion, sé cumplir como militar mis deberes de sostener la autoridad de mi país, y además, la prueba de confianza que me da el gobierno es un motivo mas para que mi espada lo sostenga siempre. »

¿Cómo podia esperarse que traicionasen de tal manera al gobierno, despues de estos ofrecimientos y de tantas seguridades ?

Aunque en politica creen algunos que es permitido el engaño cuando se lleva un fin, creemos que el hombre debe tener la religion del deber y que la palabra, cuando se da, siempre es sagrada en todo y por todo, y que no es de caballeros faltar á ella, y que la traicion es el acto mas indecoroso que puede haber, y más en los militares en que confian los gobernantes.

Aquella revolucion pudo haber terminado sin sangre, pues cuando atacaron la ciudad, el gobierno mandó una Comision para que depusiesen las armas los que combatian al gobierno, y que serian perdonados y garantidos, y la contestacion del general César Diaz fué de que « no estaban en el caso de recibir perdones ni garantias, sino de dárselas al gobierno. »

Dos ó tres veces insistió el gobierno en lo mismo y siempre obtuvo igual contestacion, hasta que, viendo que no era posible hacerlos entrar en el camino de someterse á la autoridad, tuvo que contrarrestar con la fuerza la revolucion, teniendo su triste desenlace en Quinteros.

Recuerdo las bacanales que tenian lugar en la quinta del mismo César Diaz, donde, contando con seguridad con el triunfo de la revolucion, se brindaba por el exterminio de todos los blancos, con el despojo de lo que les pertenecia, y que era preciso concluir con ellos hasta la tercera ó cuarta generacion.

Y se pregonaba en los diarios que les eran adictos en Buenos Aires, aquellos conceptos verdaderamente salvajes que dicen :

«Corra sangre en los desiertos,
Por los pueblos y cabañas,
Sangre corra en las montañas,
Griten sangre hasta los muertos.»

Digase si esto no era verdaderamente de canibales, y que si se podía presentar una ocasion mejor para resistir semejantes doctrinas.

Y es que los hechos estaban unisonos con estos conceptos, pues la desolacion, el incendio, el ase-

sinato y el impuesto forzoso para salvar la vida, fué lo que impuso en el país aquella revolucion, desde que se inició hasta que finalizó; y sino registrense los actos de verdadera barbarie cometidos en la familia honrada y tranquila de Tuduri, el asesinato de J. Carreras y otros habitantes pacíficos, aquel por ser sólo hermano de Antonio, que era Ministro, y el saqueo de los pueblos por donde pasaron, como San José y Florida, dejando en todas partes un triste recuerdo.

Entre las figuras que mas se destacaron en aquel periodo presidencial, debemos citar á don Cándido Juanicó, de quien ya hemos hablado anteriormente. Fué un cooperador importante de aquella administracion, y aunque nunca quiso figurar en la política, en aquella situacion ocupó una banca en la Representacion Nacional y fué tambien Presidente del Tribunal Superior de Justicia. Su consejo fué siempre de importancia, y aunque adolecia, como hemos señalado antes, de cierta debilidad de carácter, sin embargo se sobreponia á esto su talento.

Mi padre lo distinguió siempre, y no dejó de darle el lugar que le correspondia con justicia, pues era un hombre indudablemente dotado de raras cualidades.

El doctor don Joaquin Requena, que fué Minis-

tro de Gobierno y Relaciones Exteriores, cooperó en gran manera á poner en planta la política que habia establecido en su programa mi padre.

Es, pues, el doctor Requena, que aun vive, un abogado notable, bajo todos sentidos, de nuestro foro, y que como Ministro desempeñó su cargo, en aquellas difíciles circunstancias, con acierto y verdadera inteligencia.

Es un hombre infatigable para el trabajo y dotado de grandes y profundos conocimientos del derecho; fué un sostenedor inteligente de aquella administracion.

En las dificultades de la política que presentaba aquella situación, teniendo el gobierno que contrarrestar los avances de la anarquía, ahogar la sedición, mantener independiente la acción del gobierno para tomar sus determinaciones sobre la cosa pública, y no dejar que imperase en nada el espíritu de partido, sino el deseo único que dominaba el espíritu del Presidente, que era el bien del país; en aquella espinosa situación, tan erizada de escollos, se necesitaba toda la habilidad de un hombre como el doctor Requena para poder desempeñar la cartera importante que estaba á su cometido.

Lástima fué que en los momentos de la revolución abandonase el Ministerio, tal vez por un motivo de delicadeza y de pundonor, pues que los re-

voltosos dieron por pretexto que debía caer el Ministerio, y gritaban desde afuera, al iniciarse el tiroteo, muéras, y abajo el Ministerio, y vivas al Presidente, lo que sólo era un pretexto, pues que se probó despues que saliendo el doctor Requena no por eso desistieron de su criminal intento, lo mismo que don Lorenzo Batlle, que ejercía la cartera de Hacienda, y el Coronel don Carlos de San Vicente la de Guerra y Marina, que también dimitieron.

Entró en reemplazo del doctor Requena, á ocupar la cartera de Gobierno, el doctor don Antonio de las Carreras. Estaba entre las filas de guardias nacionales, y era soldado de los que mas entusiasmo tenía por la marcha del gobierno.

Carreras era jóven en aquellos momentos, y era muy popular entre la guardia nacional: así es que su nombramiento como Ministro fué muy bien acogido.

Estaba dotado, Carreras, de una inteligencia nada comun, y además, tenía entereza de ánimo, que era lo que mas lo distinguía.

Era muy activo también, y sin haberse antes señalado en ningún rasgo de aquellos que hacen presumir lo que llegaría á ser, en el Ministerio se formó una reputación y llegó á ocupar despues en política un rango importante.

Don Federico Nin Reyes fué también una de las

figuras mas espectables de aquella administracion. Como Ministro de Hacienda se distinguió de tal manera, que se hizo una reputacion como financiero.

Á él fué debido el que concluyese aquel vergonzoso tutelaje en que tenian al gobierno los contratistas de las rentas de Aduana; tambien el arreglo de nuestra hacienda, que estaba en el mas deplorable estado; el de la inmensa deuda que abrumaba al Estado fueron obra suya, entre otros trabajos que le fueron debidos y que dieron por resultado cambiar en poco tiempo, una situacion verdaderamente ruinosa, en una época floreciente hasta cierto punto, tanto que los empleados que sólo percibian la mitad de sus haberes, pudieron contar desde entonces con la paga íntegra de sus sueldos.

Reveló dotes extraordinarias para la direccion de la hacienda, y es, pues que aun vive, un hombre de extraordinarios recursos para salvar toda clase de dificultades.

No se le ha hecho la justicia que merece, como siempre sucede, ni se ha sabido justipreciar su talento, que indudablemente lo tiene, y su gran habilidad para desempeñar con acierto cualquier destino público, y así es que no se han utilizado desde entonces sus grandes aptitudes, que hubieran sido de gran resultado para el país.

En aquel periodo que figuró, dió una acabada prueba de la importancia de sus servicios á la Patria, pues la sacó del estado más precario que imaginarse puede, hasta llevarla, como hemos dicho, á un estado de prosperidad verdadera, y esto en medio de la revolucion, cuando no se podia esperar mas que mayor ruina y mas grande miseria.

El general don Antonio Diaz, como Ministro de la Guerra y Marina, fué uno de los que contribuyó mas para sostener con su gran talento, sus consejos, reflexiones y su gran ilustracion, á la administracion de que formó parte.

Era el general don Antonio Diaz uno de esos personajes que reúnen todas las condiciones de un verdadero hombre de Estado. Poseia un vastísimo caudal de conocimientos generales, tenia una gran práctica en todo lo concerniente á una buena administracion, y era de una tranquilidad completa de espíritu y de una clarovidencia para resolver cualquier cuestion por mas difícil que fuese, con toda la habilidad y serenidad, que lo hacian ocupar un rango importante en los consejos de Estado.

Hombre mesurado en sus juicios y en sus acciones, cautivaba por la dulzura de su expresion y admiraba por su profunda erudicion, pues nunca lo vimos perplejo para tratar de hablar y discurrir en

cualquier asunto que se tratase, fuera de la política, de que ya hemos dado nuestra opinion sobre el importante rol que debia desempeñar.

Era un hombre alto, muy delgado, de pómulos salientes, de ojos pequeños pero muy vivaces: respiraba todo en él, su porte, su persona y sus maneras, distincion señalada.

Otra de las figuras que mas descuella en aquella época, es la del doctor don José Gabriel Palomeque, pues fué una fuerte columna de aquella administracion.

Abrazó con tal entusiasmo los principios sostenidos por el Presidente de la República, que no contó con mejor y decidido partidario. Ocupó una banca como Representante de la Nacion; fué director de un diario que sostenia la fusion de los partidos y desempeñó con talento y habilidad otros destinos públicos.

Era un hombre de grandes cualidades, y como patriota era de señalados servicios.

Poseía el gran ideal de los grandes destinos que debia ocupar la Patria, y creía que la marcha del gobierno era la que debia mejor asegurarlos.

No he conocido un hombre dotado de una fuerza de voluntad mayor: era una naturaleza delicada y contrariada por las dolencias fisicas, pero que la sabia dominar con un predominio admirable: se podia

decir con mucha verdad que era todo nervio y lo vimos algunas veces, enfermo de alguna gravedad, no dejar por esto de atender al desempeño de los asuntos que le estaban encomendados en los diferentes cargos que desempeñó.

Aun parece que lo vemos en los momentos de conflicto alzar su voz varonil y contrarrestar á los que querian poner trabas á las ideas de paz y fraternidad, fulminando su anatema.

Era un hombre de regular estatura, delgado, de ojos espresivos y que demostraban energia.

Sus movimientos eran nerviosos, sus ideas eran grandes y nobles y daban á conocer que era capaz de llegar á los grandes sacrificios en aras de la Patria.

La mas fuerte columna que tuvo la administracion, entre los militares, fué la del general don Anacleto Medina. Este jefe es uno de los que mas hicieron por su Patria, en la guerra de la Independencia.

Soldado de honor ante todo, valiente y lleno de modestia, su historia es la de aquellos nobles guerreros que, llenos de dignidad, alcanzaron á conseguir sus galones despues de grandes pruebas, de esfuerzos verdaderamente sobrehumanos, y se conquistaron el respeto y consideracion.

Jamás la mas leve mancha, en su larga carrera

de mas de medio siglo, empañó sus entorchados ganados en los campos de batalla, y fué el brazo derecho que tuvo Rivera en todas sus campañas, pues siempre mandaba la vanguardia de los ejércitos.

Querido por sus compañeros de causa, respetado por sus mismos enemigos, aquel general era uno de los muy pocos que en los desastres de la guerra civil, en que todo se inutiliza y se destruye, hubiese podido no perder su reputacion de soldado de orden, de jefe experimentado, y hubiera salido ileso de las torpes y á veces justas censuras con que otros cayeron en aquellos terribles momentos de nuestra historia.

Otro de los que con razon debemos ocuparnos, y que se distinguió en aquella administracion, lo fué el Teniente Coronel don Pedro P. Bermudez.

Era un militar que honraba la clase á que pertenecía, y que bastaba sólo tratarlo para reconocer en él grandes aptitudes.

Pocas veces he visto reunida en una persona tan clara imaginacion, agregada á otras dotes que lo hacian recomendable bajo todos puntos de vista.

Mi padre lo tuvo como su ayudante durante algun tiempo, y desempeñó aquel puesto siempre con dignidad y altura.

Era Bermudez una verdadera inteligencia, y fué una lástima que no se le hubiese dado la impor-

tancia que tenia. Si hubiera nacido en otro suelo, se habria desarrollado mejor aquella inteligencia clara y elevada.

Lo conocí intimamente, pues me unieron á él los vinculos de la mas estrecha amistad, y pude apreciar bien lo que valia.

Era un espíritu fino y bastante cultivado: tenia la inspiracion de un poeta y amaba entrañablemente la tierra natal.

Todo lo que se referia á su historia, á sus glorias, tenia culto especial en el corazon de Bermudez.

Su *Charrúa* revela bien sus dotes intelectuales.

Hablaba con bastante desenvoltura el francés y el inglés y estaba al corriente de la literatura de estos pueblos.

Fuí yo quien se lo indiqué á mi padre en momentos de estar acéfalo el puesto de Jefe Político, para ocupar ese destino, y fuí quien le entregó su nombramiento.

En el poco tiempo que ocupó aquel cargo, dió pruebas señaladas de sus grandes disposiciones para desempeñar aquel puesto, y dejó bien reputado su nombre y su talento.

Era un carácter jovial y que se hacia simpático á primera vista.

Fué una gran pérdida que sufrió el pais con su

prematura muerte, pues era aun joven cuando falleció, y podía haber sido muy útil para su Patria, pues como hemos dicho, reunía condiciones elevadas de espíritu y de carácter, que lo hacían distinguir de todos los que lo conocían.

Otro de los que no debemos dejar de hablar, y que fué un sostenedor decidido de aquella administración, fué don Luis de Herrera.

Había de tal modo abrazado las ideas del programa de gobierno, que parecía encarnado, diremos así, con ellas, y fué un cooperador infatigable de la marcha de la administración.

Era todo un carácter, y aunque se le acusaba de alguna violencia por sus enemigos, nunca le conocimos ningún rasgo que lo manifestase, pues era una persona culta. Tal vez si algo pudo revelar aquéllo, sería hasta cierto punto disculpable, cuando se debe tener presente la situación de intransigencia política que atravesaba el país y los momentos difíciles que lo rodeaban.

Hubieron otros tan entusiastas por aquella administración, de que no hablaremos por no estendernos demasiado, y que con tanta ó igual decisión prestaron su concurso para el afianzamiento de la paz y de las instituciones, pues parecía que todos los buenos elementos de ambos partidos se habían reunido para la obra comun de salvar al país de las garras de la anarquía y del desorden.

El espíritu de sociabilidad que se estableció en aquella época, fué como nunca lo tuvo Montevideo.

No habia noche de la semana en donde no hubiese alguna tertulia, que degeneraban en verdaderos bailes. Se recibia en mi casa, en lo de Baudrix, en lo del general Reyes, en lo de don Pedro Zumarán y en lo de otras familias; los ministros extranjeros lo hacian tambien en sus casas particulares, como en la de Mr. Ehorton, Maillefer, etc.

Recuerdo un baile que tuvo lugar en un buque de guerra brasilero, que dió el almirante Lamego, que dejó por mucho tiempo muy buen recuerdo.

Sabemos lo que se esmeran los brasileros por lucirse en esas ocasiones, y aquella vez lo probaron bien.

Fué una noche aquella de una gran tempestad, y el oleaje no permitia ir hasta donde se encontraba la corbeta, y entonces la hizo llegar hasta muy cerca y se pudo de esa manera ir en botes hasta ella.

Fué algo de fantástica aquella travesia, pues por medio de dos grandes cordeles, sujetos un extremo al buque y otro en tierra, se deslizaban los botes, iluminados, con las familias y demás personas invitadas. El buque, todo empavesado y refulgente de luces, aparecia incommovible en medio del oleaje,

pues habia sido asegurado bien, y desde el muelle, donde habia un mundo de gente, se veia la recepcion que la oficialidad hacia á las personas que llegaban, con las finas solicitudes que acostumbran.

Tambien se recordó por mucho tiempo el gran baile que dió el gobierno en conmemoracion de las glorias nacionales, y las fiestas que tuvieron lugar con el mismo motivo, y que duraron ocho dias.

El perdon á los desgraciados que cayeron prisioneros en Quinteros, fué solicitado por una Comision de damas de nuestra sociedad, además de los empeños del Ministro del Brasil.

Fué verdaderamente sensible que no llegase á tiempo, pues ya habia el general Medina puesto en ejecucion la órden por la que se les declaraba como reos de lesa patria y en rebellion contra el gobierno constitucional de la República; y sensible decimos, porque somos enemigos de la última pena, que querriamos ver desaparecer de nuestra legislacion, y no porque creamos que hubieran merecido un ejemplar castigo, sino porque consideramos que el fundamento en que reposaba aquella medida, que era hacer un escarmiento por el espiritu de sedicion y revuelta permanente en el país y ahogar la anarquía, tenia que tener un efecto contraproducente con aquella actitud.

Nadie puede imaginarse lo que le costó á mi pa-

dre tomar aquella medida; desde que se inició la revolución, por medio de varios comisionados que se habían prestado á un arreglo, les prometió el perdón y las garantías necesarias y no se quisieron acoger á él, y entonces fué cuando, viendo aquella tenacidad y la guerra verdaderamente bandálica que hacían, y de que hemos ya hablado, no tuvo más remedio que, si no se sometían á la autoridad, aplicarles la ley, declarándolos reos de lesa patria y ordenando á las autoridades que los tomaran, de juzgarlos y aplicarles el castigo que merecían.

Mi padre entregó el país al señor don Bernardo P. Berro, que fué electo Presidente de la República, en el estado más alhagüeño: libre de compromisos interiores y exteriores, con la paz asegurada, el orden establecido y la autoridad respetada.

¡Qué diferencia presentaba cuando se había hecho cargo del poder!

¡Qué cuadro tan distinto del espectáculo aterrador de miseria y ruina, de desorden permanente en todo, que presentaba entonces la República, con el que ofrecía cuando entregaba las riendas del gobierno á su sucesor!

Don Bernardo P. Berro recogió los frutos de los afanes y de los sacrificios de la administración anterior, y no hizo más que administrar con regulari-

dad, lo que lo enaltece, pues fué un gobierno de gran moralidad el que hizo.

Lo que adelantó el país fué incalculable en aquel periodo; nuestra deuda casi se había extinguido, y se cotizaba con prima en los mercados europeos; el crédito del gobierno oriental era cada vez mayor y la República había entrado de lleno en el grande camino de su desarrollo moral y material.

Las fuentes de riqueza de nuestra fértil campaña se explotaban y los campos se valorizaban: era aquello fruto de la tranquilidad pública y de una buena administración.

Parecía imposible ver en tan poco tiempo cómo había cambiado de aspecto todo, y que con razón se debía haber esperado que la República, continuando en aquel camino, sin nada que perturbase su tranquilidad, habría alcanzado á asegurar una situación brillante.

Era don Bernardo P. Berro un ciudadano recomendable bajo todos sentidos, y que en el poder dió pruebas de ser un gran administrador.

Sin embargo, se le acusaba de cierta fatuidad, considerándose capaz de gobernar solo, pues cuando se recibió del poder formó un buen ministerio, de que hacía parte el doctor Eduardo Acevedo, y muy pronto se deshizo de él, bajo pretextos que nunca se han podido conocer bien, pero que

no tenían fundamento verdadero, y trajo, en vez de ellos, á otras personas que, aunque bien conceptuadas, no tenían la importancia de las que había hecho dimitir y que formaban su gobierno.

Era, por otra parte, un hombre honesto, que en el poder dió pruebas inequívocas de su grandísimo interés por el bien público y por la felicidad de su Patria, á la que se consagró todo.

Aun lo recordamos cuando desde su casa, que quedaba muy distante, pues vivía en la calle del 18 de Julio, ir á pié con su ayudante hasta la antigua Casa de Gobierno, todos los días á las doce en punto y se retiraba á las cinco, hiciese buen ó mal tiempo, sin ninguna pretension ni aparato alguno de fuerza.

Fué tal el estado de moralidad administrativa que impuso en el país, que á un funcionario público, por ciertas dificultades de poca importancia que presentaban sus cuentas, lo hizo venir á la Capital y se le sumarió, teniéndolo detenido hasta que concluyó la causa, no bien para el empleado, que fué destituido.

¡Qué diferencia de esto á lo que hemos visto despues, que los empleados se enriquecen con los destinos y ostentan con insolencia fortunas colosales logradas por el empleo, y que cuentan con la impunidad!

¡Cómo han cambiado aquellos tiempos de moralidad administrativa, en que un Ministro de Hacienda no aceptaba las cuentas de Tesorería por la diferencia de algunos guarismos insignificantes, pues que se trataba de centésimos!

Esta situación y aquel estado de cosas vino el general don Venancio Flores á darla por tierra, levantando el estandarte de la revolucion.

Jamás ha habido un acto de sedicion que pudiera menos explicarse, como aquél, pues que ni aun la mas leve causa podia aducirse para justificar que se alterase el pais con el desórden de una revuelta, en momentos de la mayor prosperidad de la República, cuando se podia decir que los destinos del pais estaban asegurados, y que estaban en práctica los principios constitucionales; que se respetaba á todos, sin distinciones odiosas de círculos ni de partidos; que se administraba con la mayor exactitud las rentas públicas, y que bajo aquel gobierno moderado é inteligente se abrian las mas risueñas esperanzas para la Patria.

Nada serio podia aducir Flores para el paso que daba, y todo eran fútiles pretextos para llevar á cabo aquella injustificada revuelta.

Su permanencia en el pais no le estaba vedada; muy al contrario, don Bernardo Berro le hizo conocer, por medio del doctor don Florentino Castella-

nos, que debía venir á su país, y que el gobierno lo respetaria; además, los miembros mas conspicuos de su partido ocupaban destinos importantes; pero aquella revolucion fué de acuerdo con el general Mitre, que ocupaba la Presidencia de la República Argentina, y de quien, en política, ya hemos dado nuestra opinion, y que, mal inspirado, prestó todo su concurso al éxito de aquella nefanda obra de entregar á nuestro desgraciado país á los furios de la lucha civil.

Tan mal efecto hizo aquello, que los mismos partidarios de Flores, los mismos amigos de causa, reprobaron altamente aquella invasion cuando se inició, y le dirigieron los mas serios cargos; ¿qué mayor prueba esta de que no respondia á ningún principio, ni que ninguna causa seria podia justificar?

Pero no sólo esto era, sino que jamás, en los dos años que anduvo en verdaderas correrias por la campaña, pudo reunir un número suficiente de gente para ponerse en actitud de contrarrestar al país todo, que lo rechazaba, y sólo alguna que otra accion parcial, en que, aprovechando ciertas ventajas, pudieron darle algun ánimo para continuar hundiendo al país en el desórden.

Flores, pues, jamás habria triunfado y al fin habria tenido que huir del país, vista la ineficacia de sus medios y que no podia enseñorearse en él.

Pero contaba con la influencia de Mitre, y éste, que lo protegía á cara descubierta, preparó con el Brasil la trama mas infernal que haya jamás habido, y bajo el pretesto de reclamaciones, como cuando el general Lecor invadió otra vez al pais, se alió á Flores, invadiendo un ejército y haciendo acto de presion la escuadra, al mando de Tamandaré.

Entonces tuvo lugar la defensa heróica de Paysandú, en que uno contra cien defendieron su patria, el honor y dignidad nacional, y en la que figuran los nombres inmortales de Leandro Gomez, Lucas Piriz, Rivero, Braga y otros verdaderos héroes de aquel suceso.

Aquella resistencia, que se hizo digna de figurar entre las mas grandes acciones que registran los anales de nuestra historia, llenó de admiracion á todo el mundo, y sin embargo, aquellos héroes fueron sacrificados á la zaña del rencor y de la cobardia.

Es un baldon eterno el que pesará siempre sobre los que cometieron tan bárbaro acto, y contará siempre con la eterna reprobacion universal.

Despues de consumada aquella matanza, destruido completamente el pueblo de Paysandú, y ante aquella actitud con que se presentaba el Brasil, mezclándose en nuestros asuntos internos y to-

mando la actitud de guerra contra el país, la República del Paraguay, á cuyo frente estaba como Presidente de la República el general don Francisco Solano Lopez, viendo que aquello era el principio de la campaña que se haría contra su país, declaró la guerra á la Confederacion y al Brasil.

Despues de la toma de Paysandú, los brasileros y Flores se dirigieron á Montevideo.

La escuadra bloqueó el puerto y dió un plazo perentorio para que saliesen las familias, que, asustadas con lo que habia pasado en Paysandú, llenaron los buques para trasladarse á Buenos Aires, atemorizadas como era natural.

El gobierno, que habia resuelto resistir á todo trance al enemigo, se habia preparado: habia reconcentrado todas las fuerzas en la Capital, y la habia fortificado de una manera respetable.

El señor Berro habia cumplido su mandato constitucional y la Presidencia habia recaído en don Atanasio Aguirre, Vice-Presidente de la República, en virtud de no haber sido posible realizar las elecciones por el estado turbulento en que estaba el país.

Era el señor Aguirre un ciudadano que no ofrecia resistencias, por sus antecedentes y carácter, y que era querido de ambos partidos; y sin embargo, á pesar de ello, de haber cesado el señor Berro en

la Presidencia, y de no tener motivos fundados para continuar la guerra con el nuevo Presidente, que sólo estaría un breve plazo mientras no se hacian elecciones y se nombraba Presidente Constitucional, se continuó la lucha con mas ardor.

Hubo un momento en que pudo terminarse todo, en virtud de los arreglos en que intervinieron los Ministros extranjeros, y en los que se le ofrecia á Flores la cartera de Guerra, pero fueron tan exageradas las pretensiones de éste, que fracasaron todos los conatos de arreglo.

Acercáronse á Montevideo los brasileros, y llegando á las Piedras, impusieron la entrega de Montevideo bajo un plazo corto, antes de proceder al ataque: el gobierno rechazó semejante intimacion con dignidad y elevacion. Indudablemente, la ciudad habria sucumbido, pero la resistencia habria sido terrible para los sitiadores, porque se contaba con elementos poderosos de defensa, además del temple de los que en presencia de los heróicos esfuerzos de los defensores de Paysandú, con que estaban animados los que se encontraban á la defensa de la Capital.

Habria costado sacrificios inmensos la toma de Montevideo, y ¡cuánta sangre y desgracias no habrian tenido lugar!

Creemos, pues, que debian evitarse, y así se

preocupó el gobierno ante las intervenciones del Cuerpo Diplomático, y entonces don Tomás Villalba, que había entrado á suceder á Aguirre, en connivencia con don Manuel Herrera y Obes, hizo el pacto que, bajo el nombre de arreglo, entregó sin condiciones á Flores y á los brasileros la Capital, dejando sin garantías de ninguna especie á los que sostenían la causa de las instituciones y al gobierno de su país.

Fué aquello clasificado como una traición y una verdadera felonía, y aunque motivo había para ello, Villalba, que se hizo solidario en gran manera de semejante acto, creyó haber salvado á su país de la mas terrible situación.

Creemos que debió, no obstante, proceder con algo mas tino, pues la situación, aunque se presentaba llena de dificultades y de amenazas, y aunque la creían algunos desesperada, sin embargo no lo era tanto, pues que se contaba con elementos, como hemos dicho, de gran resistencia, y pudo sacar algunas ventajas para los que defendían la autoridad legal y se sacrificaban en aras de la Patria, y no dejar predominar completamente al partido que había levantado el estandarte de la revolución y se había aliado á los brasileros y que sólo con su concurso podía lograr imperar.

Fué aquel acto altamente censurable, no porque á todas luces no debiera hacerse la paz, para evi-

tar al país del espectáculo horrible de ver destruido á Montevideo, y de ahorrar la pérdida de vidas y de sangre, sino porque debió Villalba haber procedido con mas lealtad con los que habian confiado en él, pues si habia que hacer concesiones, las debia haber hecho con algunas garantías para los sostenedores del gobierno.

Montevideo, que habia resistido cerca de diez años el ejército poderoso de Rosas y Oribe, que habia sido bloqueado por el Almirante Brown, que Alvear mismo, en tiempo de los españoles, tuvo que entrar en arreglos con Vigodet para la entrega de la plaza, faltando, como se sabe, despues á las bases de capitulacion, no podia esperarse que sucumbiria tan fácilmente y que se enseñorearan de él sin sacrificios los brasileros, y esto mismo pudo haberse tenido presente para proceder con mas habilidad y conciencia en el arreglo que se hizo, y mucho mas, contando, como hemos dicho, con elementos respetables de resistencia.

Sin acusar á Villalba de felonía y traicion, que creemos infundada, debemos decir que tuvo muy poca habilidad para aquel arreglo de pacificacion y que no supo desempeñar con acierto el objeto que se habia propuesto de hacer la paz con la dignidad y lealtad de que eran acreedores los que habian depositado en su persona su confianza.

Pesará sobre su nombre aquella gran responsabilidad que asumió ante la historia que lo ha de juzgar.

¡Cuántas vicisitudes, cuántos desórdenes, terrores, desgracias y ruinas, no pudieron evitarse, si la paz se hubiera hecho entonces dejando en pié los buenos elementos de ambos partidos!

El hecho de la quema de los tratados con el Brasil, que fué decretado despues de los sucesos de Paysandú, por el gobierno, fué un acto de desesperacion en aquellos momentos y como una prueba terminante de que la resistencia iba à ser enérgica y tremenda.

No fuimos partidarios de aquella medida, que se consumó en medio de la Plaza Independencia y à presencia de las autoridades, porque esos tratados tenian su sancion legal y no por quemarlos debian dejar de imperar, además que nada tenian que ver los intereses internacionales de ambos pueblos con la asechanza del gobierno brasilero, que aunque hacia una guerra injusta bajo todos puntos de vista, los tratados tenian que respetarse, y no porque favoreciesen à la República, muy lejos de ello, pues que en todos ellos las ventajas siempre estuvieron para el Brasil, que ha ido estendiendo sus limites sobre nuestro territorio, aprovechándose de nuestros desórdenes, sino porque eran leyes de la Na-

cion, pues habian sido aprobadas y sancionadas por nuestros Poderes.

Aun recuerdo aquel acto: en medio de la Plaza se habia levantado un tablado y en él se habia depositado una gran urna de metal, donde fueron entregados á las llamas aquellos tratados, entre la gritería de los que se hallaban en armas y los que buscan siempre toda clase de emociones. Creian que respondia esto á una protesta de indignacion nacional y que aquello era su mejor demostracion, por la conducta observada con los heroicos defensores de Paysandú.

Los brasileros despues se quisieron disculpar de la cruel matanza de los principales jefes de aquella heroica resistencia, y Paranhos declaró que habian sido sacrificados por el general Goyo Suarez y Belen, quienes los habian hecho ejecutar por orden, ó sin ella, de Flores, y que los brasileros no tenian parte ninguna en aquel fusilamiento.

Como quiera que sea, pudieron intervenir para salvarlos y lo hubieran conseguido, pues que á ellos les debian el haber dominado la heroica defensa de aquellos héroes, mas que todo por falta de elementos de resistencia, pues que aun se servian como cápsulas, de cerillas para hacer fuego, que por valor y decision, que la demostraron hasta causar la mas grande admiracion de amigos y aun de sus mismos enemigos.

Una vez en poder de Flores y de los brasileiros Montevideo, Lopez hizo avanzar algunas de sus fuerzas por el territorio argentino, divididas en dos alas de ejército.

La escuadra paraguaya se puso en actitud de combate, y en el Riachuelo tuvo lugar un encuentro de las dos escuadras, paraguaya y brasileira, que fué desfavorable para la primera, y esto que la habia dominado al principio, pero que debido á la pericia de un práctico pudo hacer desencallar á una de sus naves y rehacerse.

Los brasileiros tenian mejores buques de guerra, y los paraguayos habian improvisado una escuadra con embarcaciones mercantes, y armado algunas chatas con cañones: así es que no era dudoso que pudieran ser dominados; pero manifestaron un valor que llegó á la temeridad, desde aquella accion hasta que terminó la guerra desastrosa, que se les hizo por la Triple Alianza, y que causó la admiracion de todos.

El ir á nado llevando torpedos y arriesgarse á tomar por asalto los buques enemigos, era cosa que lo hacian frecuentemente, como otras cosas por el estilo, en que probaban un estoicismo extraordinario.

Las dos divisiones fueron batidas por las fuerzas aliadas casi alternativamente, pues que debia ser

consecuencia de ello la falta de direccion en la guerra por parte de los jefes que las comandaban, y sobre todo el fracaso que tuvo la escuadra, pues que, no habiendo podido dominar el rio, no podian contar con su poderoso contingente.

Despues de esto, la guerra se hizo en el mismo Paraguay, guerra desastrosa é ignominiosa, que será siempre un negro baldon para los que arrasaron y arruinaron aquella República hermana, so pretexto de libertarla de la tirania de Lopez.

La accion de *Curupayti*, dada por las fuerzas argentinas al mando de Mitre, y en que, como siempre le sucedia á éste, triunfó, porque los paraguayos no supieron aprovechar el haber dominado el campo de accion, lo que le dió el triunfo, pudo haber desligado del compromiso á los argentinos y orientales tambien, para no continuar la guerra y dejar á los brasileros en la lucha solos.

Asi se lo propuso Lopez á Mitre en una entrevista que tuvieron, pero Mitre no creyó prudente el romper los lazos que lo unian al Brasil, y entonces la guerra se hizo mas encarnizada.

Lopez le espresó á Mitre que triunfaria, pero seria sobre su cadáver y las ruinas del Paraguay, lo que fué así.

Despues de la toma de *Humaitá*, que la clasificaban como un *Sebastopol* por su pié de guerra, el

poder de Lopez se sintió tambalear, pero los soldados que le quedaban, que no habian muerto de bala, ó bien de hambre y de peste, peleaban con el mismo ardor que siempre y con el mismo entusiasmo.

Una conjuracion tuvo lugar entre los paraguayos que encabezaban los hermanos de Lopez, y en que al parecer estaban mezclados algunos orientales asilados allí, entre los que figuraban Carreras y otros.

Fueron todos sacrificados sin piedad alguna por aquel dictador, que ni la misma sangre que corria por sus venas, tratándose de sus propios hermanos, lo hicieron desistir de hacerlos ejecutar.

Aquello ha quedado en las sombras, pues nunca se ha sabido á ciencia cierta lo que se proponian y se ha supuesto que era la deposicion de Lopez del poder y el hacer la paz con los aliados.

De todas maneras, fué aquel hecho aterrador y que llenó de espanto á todos los paraguayos.

Despues de otros hechos de mas ó menos importancia, en que se agotaron casi por completo todos los medios de defensa del Paraguay, sucumbió bajo la mala direccion de la guerra, por parte de Lopez principalmente. Con aquellos hombres, que desafiaban toda clase de peligros, que nada les importaba morir, y que manifestaban un valor que

llegaba á la heroicidad, con un jefe avezado á la guerra, ¿qué no habrían hecho?

Pero Lopez no poseía los conocimientos que requiere el arte de la guerra, ni tenía á su lado á hombres bastante competentes, y si tenía alguno que otro, les imponía su férrea voluntad, y no se hacía mas que lo que él mandaba.

Entre los muchos cargos que se le hacían, se le hizo el que mas probaba su incompetencia, y fué, el de haber dividido sus fuerzas y haber emprendido una campaña tan lejos de sus recursos, cuando debía esperar al enemigo en su propio territorio.

Entre las muchas cosas que recordamos de aquella terrible é ignominiosa guerra, no olvidamos las palabras que en tono profético dijo Mitre, á los que estaban entusiasmados por la guerra que se le iba á hacer á una República hermana: *en veinte y cuatro horas al cuartel, en quince días en campaña y en tres meses á la Asuncion*, lo que no se cumplió.

Hay cosas que bajo el nombre de casualidades interpretamos, y otras tambien como espacion ó castigo.

En aquella guerra, y en una de las acciones que tuvieron lugar, una bala de cañon heria de muerte, el mismo dia y á la misma hora, al general Palleja, que mandaba una de las divisiones del ejército oriental, en que habia hecho la revolucion al Pre-

sidente Giró, despues de haber transcurrido algunos años.

Despues de haber dominado todo el Paraguay, las fuerzas aliadas se retiraron, dejando solo ruinas y miseria en aquel pobre y desventurado pueblo.

Lopez habia cumplido lo que le habia manifestado á Mitre, pues que su país habia sido reducido á ruinas y no pudieron sino tomar su cadáver.

¡Qué horrible espectáculo no ofrecia aquel pueblo, todo destruido, sin habitantes, pues que casi todos habian sucumbido, y sólo habian quedado inutilizados y mujeres en la mayor miseria!

Da horror cuando aun recordamos aquello, y no podemos quitarnos la impresion que nos causó la descripcion de todos aquellos numerosos sacrificios y desgracias que pudimos apreciar bien, y que creiamos exagerados, pero que no lo eran, pues el Paraguay, cuando terminó la guerra, todo era ruinas y las familias estaban en la mayor miseria, hasta morirse de hambre.

El hecho, en fin, se habia consumado y los aliados habian vencido á Lopez.

Como hemos visto desde la pasada de Flores á la República Oriental, habia el plan preconcebido de llevar la guerra al Paraguay.

La publicacion del tratado secreto, hecho por la imprudencia de uno de los jefes de la Triple Alianza,

reveló todo el complot, y no dejó ya lugar á dudas.

Que al Brasil le pudiese interesar el ver desaparecer aquel poder, se esplica, porque le hacia sombra ; pero que á la República Argentina ni á este país le conviniese, no hay por qué decir que de manera alguna, pues que aquella República contrabalaceaba el poder del Brasil y mantenía el equilibrio de estos países.

Fué, pues, un error de inmensa trascendencia, que nunca será justificado, ni que podrá ser sino severamente juzgado por la Historia.

Que Lopez fuese todo lo tirano que fuese, lo era para su país, que no se podia negar que trataba de hacerlo fuerte y engrandecerlo; y que para hacerle la guerra se hubieran valido del pretesto de que él la habia declarado, no era mas que un subterfugio, pues que aquel tratado publicado revelaba que una vez que hubiera sucumbido Montevideo, la guerra se le haria al Paraguay.

Pocas veces hemos visto una trama mas bien preparada para llevar á cabo tan infernal proyecto, pero tambien menos incompetencia para caer en la red los que gobernaban á estas Repúblicas, y prestar su contingente para llevar á cabo y consumir tan infame obra, de destruir completamente á una República hermana.

A fuego y sangre penetraron al Paraguay, y hasta que terminó la guerra no hubo consideracion para aquel pueblo desgraciado, que todo el delito que tenia era que estaba conforme con la tirania de Lopez, y tan lo estaba, que pudieron muchos en aquellas circunstancias desertar de sus filas y pasarse á los aliados, pero no lo hicieron, prueba ésta inequívoca de que no era tan insoportable el poder despótico de aquel dictador, y que hacian causa comun con sus libertades y el amor á la Patria en aquella lucha.

Sacrificios inmensos costó aquella guerra y muchas vidas; ¿y qué resultado se obtuvo?

Ninguno, sino la destruccion de aquel pueblo, y contar entre las glorias nacionales las batallas en que se habia triunfado, que de manera alguna debian figurar.

El general don Venancio Flores se retiró del Paraguay para venir á desempeñar el gobierno de su país, que habia delegado en don Francisco A. Vidal.

Flores, de quien ya nos hemos ocupado, aunque gran aspirante, poseia condiciones que lo hacian recomendable bajo muchos puntos de vista.

Era un espiritu inquieto, que no podia conformarse con la tranquilidad no mandando él, pero poseia el gran deseo de que su país ocupase el pri-

mer rango entre los pueblos mas florecientes, y no descansaba en poder ser de alguna utilidad y que marcasse su periodo gubernamental con alguna medida de utilidad pública.

Se consagraba en cuerpo y alma, diremos así, á la cosa pública; era un hombre que no descansaba, que no vivia sino para la política, y que, empapado en ella, sólo aspiraba el aparecer dominando con su prestigio toda la administracion de que se hacia cargo.

La primera vez que ocupó el gobierno, en 1855, sabemos el triste rol que jugó, con la revolucion que le hicieron los que se denominaban conservadores, y que lo hicieron abandonar la ciudad para reunir gente y despues tuvo que ceder el poder.

Poseía condiciones escepcionales, como decimos; sobre todo, era de una honradez acrisolada, y como militar, algunos lo han querido comparar con las dotes del general Rivera; pero si no llegaba á él, lo queria imitar, ó bien se le acercaba, ó era de la misma escuela, menos en el despilfarro y en la eleccion de hombres para rodearse.

Sabemos que tuvo sobre esto último muy poco tino siempre Flores; no buscaba, como Rivera, lo mejor de su país, sino que, ocupando el poder, buscaba gente de pocos antecedentes ó muy poco conocida ó de mala opinion.

Así lo vimos ocupar á los Laviñas y Lazotas, y á Plá y Acosta y Lara, muy recomendables por cierto, pero que no se distinguían en nada, y á Varela, que nadie conocía, y hacerlo hasta presidir la República como Presidente, siendo una nulidad completa.

Flores pudo haberse rodeado de gente que pudiera haber continuado el camino que su antecesor el señor Berro había establecido en la República; y con buenas intenciones, como no se las negamos, habría encaminado al país á las vías del progreso.

Pero desde su venida al país la fatalidad parece que hubiera fulminado su negra sentencia, pues que no han habido mas que malos gobiernos, que han desmoralizado á la República y la han arruinado, enriqueciéndose muchos de ellos en el poder.

Flores no era un intransigente en política: lo habíamos visto en la Guerra Grande ir personalmente á entenderse con Oribe, que sitiaba la plaza, y posteriormente figurar en el pacto que hizo con este general, y si hubiera vivido, tal vez se habría tenido que valer de los elementos contrarios y del partido que había echado por tierra para continuar en el poder.

El partido que había ayudado á imponer en el país, estaba lleno de ambición, y la mayor parte de sus mas conspicuos miembros no le eran muy

adictos; de ahí la guerra sorda que siempre se le hizo por sus mismos correligionarios.

Además, tenía que atender á las exigencias pecuniarias, á las exageraciones de muchos de aquellos que, ávidos de conseguir fortuna y posición, se hicieron reconocer ingentes cantidades ó las reclamaban del Tesoro.

Flores caía asesinado en las calles de Montevideo, dirigiéndose en carruaje á la Casa de Gobierno, á la una de la tarde, el día 19 de Febrero de 1868.

Aquel suceso sangriento consternó á todos, y hasta ahora no se ha podido saber quiénes fueron sus autores.

Dos revoluciones estaban en pié: la una encabezada por los generales Goyo Suarez y Caraballo, y la otra por don Bernardo P. Berro; la primera compuesta de elementos colorados, la segunda de los blancos.

En ese mismo día estallaba la revolución encabezada por don Bernardo Berro, quien en persona, y al frente de algunos pocos que lo acompañaban, se dirigió á la Casa de Gobierno y se apoderó de ella por medio de la sorpresa, dirigiéndose otros al Cuartel de Artillería, para apoderarse de aquel cuerpo.

Uno y otro conato no tuvo resultado, pues que no bien se presentaron cuando fueron rechazados.

No se sabe si don Bernardo Berro contaba con aquel cuerpo como cosa segura, ó si no habian respondido á la voz de revolucion otros elementos con que contaba; el caso es que no se puede concebir que un hombre como don Bernardo Berro, que maduraba las cosas, pudiera arriesgarse así sin contar con seguridad con que lo acompañarian á aquella arriesgada empresa en que se ponía á la cabeza.

Todo lo hacia presumir así, y tan es verdad esto, que Goyo Suarez y Caraballo se dirigieron á la Union, y desde allí, creyendo que habria dominado la ciudad don Bernardo y su partido, buscaron á un comisionado para entenderse con él: primeramente le hicieron hablar, para ello, al Coronel Fuentes y despues al Comandante Linares, que encargándose de esta comision, ya cerca de la ciudad tuvo que retroceder, por las noticias que le dieron, de que la revolucion habia fracasado y que don Bernardo P. Berro habia sido tomado prisionero.

Aquel honorable ciudadano, que tan buenos recuerdos habia dejado como magistrado, fué ignominiosamente muerto en ese mismo dia, nefasto para nuestra historia.

Y en pos de él, creyendo ver cómplices en todos, eran sacrificados á la zaña y á la barbarie, una porcion de ciudadanos que eran inocentes, en los

muros del Cabildo ó en sus mismas casas, por un espíritu de venganza tal que jamás se habia producido y que consternó de tal manera á todos, que el mismo general Goyo Suarez, que se habia plegado á los que habian dominado la revolucion, lo mismo que Caraballo despues de conocer sus resultados, levantaba la voz para pedir que se ahorrara ya correr mas sangre, que se sacrificaba en espacion del asesinato de Flores, con un refinamiento y maldad inauditas.

Fué aquel dia y los que le siguieron, dias de consternacion y de verdadero terror.

Todos se sentian con miedo de que cualquiera, por una simple denuncia ó venganza, los hiciesen ir hasta el Cabildo, pues que seguramente no saldrian vivos.

Así fué sacrificado Barbot, que, encontrándose en el atrio de la Iglesia Matriz, ajeno completamente á la revolucion, fué conducido alli y sacrificado villanamente, pues que lo hirieron desde que llegó y lo ultimaron al fin.

Pocas veces ó nunca se vió en Montevideo un delirio tal de venganza brutal; así es que siempre lo recordamos con horror.

¡Qué dias aquellos! Ni en la Guerra Grande cuando á las dos ó tres de la madrugada tocaban las campanas y los soldados corrian á gran galope

las calles y todo se ponía en actitud de alarma, por orden de Pacheco, que atemorizaba á todos los vecinos, infundió tanto terror.

La ciudad estaba muda; no se sentía el menor ruido y sólo interrumpía aquel silencio el paso de los soldados que recorrían las calles.

En aquellos momentos me encontraba en la Villa de la Union con la familia, en casa del Coronel Fuentes, residiendo en su casa, á consecuencia de haberse desarrollado el cólera en la quinta donde estábamos pasando la estacion veraniega.

El doctor Mendez, que se habia casado con mi hermana Josefina y estaba con nosotros, fué de opinion que debíamos trasladarnos á la ciudad. Y en efecto, así lo hicieron, quedando yo con el doctor Adolfo Basañez, para efectuarlo despues.

Mendez era muy solicitado como facultativo, y en aquellos momentos en que el cólera dieztaba á la poblacion, no lo dejaban descansar. Una de aquellas noches de terror, estando todo en la mayor consternacion por las tropelías que se estaban cometiendo, á la una y media de la mañana sentimos mi amigo Basañez y yo el galope de gente á caballo, que se aproximaban á donde vivíamos, y despues acercarse y bajar de ellos algunos soldados que hacian ruido con las espadas y espuelas en la vereda.

Nos alarmamos, como era natural, al sentir aquello, y mucho mas cuando empezaron á dar fuertes golpes á las ventanas y puertas.

Nos pusimos á preguntarnos qué seria, y viendo que no cesaban de golpear cada vez mas, á pesar de nuestro silencio, nos resolvimos al fin á abrir una ventana y ver lo que querian.

Así lo hicimos, y entónces supimos que venian á buscar al doctor Mendez, pues que el Coronel Montero, que era edecan del gobierno, se estaba muriendo del cólera.

Entónces les dijimos que se habia retirado á la ciudad y que podian irlo á buscar allí.

Al otro dia, á las doce, me mandaron un carruaje la familia, para que viniese á la ciudad, acompañado de don Cárlos Domec, intimo amigo de Mendez y mio.

Era un hombre muy corpulento, y recuerdo que ocupaba casi todo el asiento, y en el trayecto que hicimos nos hicieron parar mas de veinte veces, para ver quienes iban en el coche.

Domec era el que satisfacía aquella investigacion, no pudiéndome ver á mi, porque aquel coloso llenaba el carruaje.

No dejaba de ser peligrosa semejante travesía en aquellos momentos, en que cualquiera de esos tipos que brotan de los desórdenes, se consideraba

dueño de hacer cualquier fechoría, contando con la impunidad.

Llegamos á la ciudad sin novedad, y en mi casa supe algunas mas de las arbitrariedades que se habian estado cometiendo; entre ellas, la prision del ciudadano paraguayo don Juan J. Brizuela, cuya casa habia sido registrada, porque no sé quién lo delató de que al tiempo de pasar don Bernardo Berro en aquel día, despues del fracaso que tuvo su conato de revolucion, antes de ser tomado y sacrificado vilmente, estando Brizuela en la puerta de su casa, lo habia saludado.

Esto fué lo bastante para prenderlo y tenerlo mas de seis meses entre rejas.

Se puede figurar por esto, cómo serian las demás tropelias que se cometieron en aquellos momentos.

La eleccion presidencial recayó en aquellos dias en la persona del Coronel don Lorenzo Batlle.

Era, de los candidatos que se habian propuesto, el que mas contaba con las simpatias del pueblo.

Era un hombre moderado, que aunque muy partidista, no era de los mas intransigentes; así es que era una garantía para todos.

Pudo hacer una buena administracion pero se rodeó de elementos de los mas exaltados en política, y la intransigencia, la intolerancia fueron los

que predominaron en su gobierno. Además, el sistema de despilfarro de las rentas públicas continuó; la mala distribución de los dineros del Estado se hizo sentir más, y la inmoralidad administrativa no dejó de agravar, como era natural, la situación del país.

Batlle era un hombre honrado, pero débil de carácter y condescendiente con los suyos. No era capaz de echar sobre su nombre una mala acción, pero á la sombra de él habían algunos que medraban á costa del país y le hacían cometer extorciones y violencias contra los principales ciudadanos del partido contrario.

Así lo vimos, en cierto momento, prestar su autoridad para prender casi en masa, ó en su mayor parte, á los que figuraban entre los miembros del partido blanco, en momentos de la revolución de Aparicio; lo que fué una arbitrariedad sin ejemplo, y lo que dió un resultado contrario á lo que se proponía, pues muchos que eran inocentes ó indiferentes, no tuvieron más remedio que plegarse á la revolución, porque eran perseguidos, y le dió mayor importancia con aquellos elementos.

La intransigencia política produjo la revolución. El general Aparicio invadió el país y en poco tiempo dominó la campaña. Jamás hubo un movimiento más popular y espontáneo que aquel, en el

país, y que contara con mayores simpatías. Se presentó en el Cerrito al frente de catorce mil hombres, todos voluntarios y dominados del mayor entusiasmo.

La toma de la Fortaleza del Cerro, que nunca había sido tomada en ninguna guerra, ni en tiempo de los españoles ni en la Guerra Grande, desmoralizó completamente al gobierno de Batlle.

El efecto que hizo aquello fué desalentador para los que sostenían la situación, que se sentía bamboleante.

Uno de esos actos de desesperación, aprovechando la ocasión de que las fuerzas de Aparicio estaban descuidadas, y se habían entregado en ese día de la toma del Cerro á festejos, les hizo concebir el proyecto de hacer una salida á las fuerzas de adentro y atacar la Union.

La sorpresa causó alguna confusión al principio, cuando se sintieron atacados, pero cuando los elementos poderosos con que contaba la revolución, se hubieron reunido, se vieron perdidos completamente y apresuraron la retirada, dejando cañones y otros elementos militares en su poder.

Fuó aquello como una derrota, y que Aparicio debió haber aprovechado, pues que con mejor dirección le habrían cortado la retirada á las fuerzas enemigas, que iban en desmoralización completa, y

habiendo quedado desguarnecida la ciudad, podian haber entrado sin mayor dificultad á ella.

El ataque á la ciudad era esperado por momentos, y en el estado de desmoralizacion en que estaban todos los que sostenian la situacion, no era dudoso que habia de ceder y tomarla.

Además, el Cuerpo Diplomático se habia reunido, y sólo esperaba algun otro hecho favorable á la revolucion para ofrecer su mediacion, para poner fin á aquel estado de cosas, en que el gobierno de Batlle estaba solo reducido á la ciudad.

¿Por qué no se llevó á cabo el ataque?

Se supone que, siendo, como eran, las fuerzas de Aparicio compuestas todas de voluntarios, y no respondiendo á las obligaciones de un ejército aguerrido y de linea, no creyó prudente aventurar el asalto de la ciudad.

Pero lo que mas fundamento tenia en la opinion de los que mandaban aquella aglomeracion de hombres dispuestos al sacrificio, era que no habia bastante organizacion militar para emprender un ataque.

El caso es que perdieron su tiempo en la Union, en donde se hacia mas politica que ocuparse en atender á la guerra, y sin preveer que Goyo Suarez reunia elementos en la campaña, y que, con sólo haber mandado Aparicio algunas de sus fuer-

zas, le habria privado hacer reuniones de gente. Pero no le daban importancia, y en vez de lo que hace un militar esperto, de asegurarse y no dejar ni la mas leve sombra, no le hicieron caso, y cuando menos pensaron habia formado un ejército.

Pudo, asi mismo, haber desprendido algunas de sus divisiones y encomendar á alguno de sus jefes, entre ellos el general Medina, aguerrido y experimentado militar, que lo batiesen.

Pero quiso hacerlo él, con todo su ejército, y dejando á la Union, se dirigió á Maldonado, donde se hallaba.

Le dió caza y lo circundó, y si lo hubiera batido en este mismo dia, lo habria deshecho.

Pero, á pesar de la opinion de sus demás jefes, dejó el atacarlo para el dia siguiente, pues que era ya tarde y su gente estaba cansada, segun creía, y no habia necesidad de fatigarla, pues el triunfo era seguro.

Al otro dia no hallaron á nadie. Goyo Suarez y su gente habian desaparecido, valiéndose de la oscuridad de la noche, y burlando la vigilancia de sus enemigos.

Habian dejado los fogones prendidos, para hacer creer que estaban, y habian marchado en toda la noche á marchas forzadas hácia la Capital.

Aquello, que debia de esperarse, pues que ha sido muchas veces puesto en práctica por nuestros militares, no se le ocurrió á Aparicio, y teniendo á la mano, dejó escapar aquella ocasion de un seguro triunfo, que habria concluido por echar por tierra aquella situacion tambaleante, triunfando por completo la revolucion.

Viéndose burlado, se puso en persecucion tenaz de Goyo Suarez, que le llevaba muchas horas de delantera, y lo alcanzó en el *Sauce*, donde le libró batalla.

El ejército del primero habia sido reforzado con todos los batallones de linea que tenian en la ciudad, y era superior en infanteria y artilleria, como en organizacion militar, pues que la gente de Aparicio no tenia ninguna: así es que el éxito no podia ser dudoso. Y sin embargo, á pesar de haber buscado el lugar peor para maniobrar la caballeria, pues eran terrenos arados, en que no se podian mover los caballos, hubo varios momentos en que la caballeria habia dominado á la gente de Goyo Suarez, y aun fueron dueños del campo, pues pelearon con un valor y decision extraordinarios; pero no habia disciplina ni habia direccion, y cada escuadron peleaba por su cuenta, resistiendo el fuego mortífero de cuatro á cinco mil soldados de infanteria.

El general Aparicio se mezclaba en la contienda y entraba él mismo á pelear, y desatendia todo, como si un general pudiese entrar á guerrear personalmente en las batallas, dejando todo á la aventura y sin la direccion necesaria.

La batalla del *Sauce* costó muchas vidas, sacrificadas inútilmente, pues que la revolucion debia haber triunfado si en vez de dar la accion en aquel lugar poco estratégico, se hubiera escogido otro sitio mas á propósito para manejarse la caballeria. Pero, á pesar de ello, en aquel mismo lugar y aun contando con mejores elementos los enemigos, habria triunfado, si hubiera habido mejor direccion en aquella batalla, donde cada uno por sí se manejaba, y en que se manifestaron actos verdaderamente de valor extraordinario por los revolucionarios.

Pocas veces se ha visto pelear con tanto entusiasmo, y arrollar la caballeria á la infanteria, como entonces, é irse hasta los mismos cañones, que vomitaban fuego y muerte, y apoderarse de ellos.

Era tal el entusiasmo indescriptible de aquellos orientales, que no veian el peligro, y ya estenuados de fatiga, derrotados, sin sus jefes, pues muchos habian muerto, aun peleaban con igual decision, y recogian sus heridos del campo de batalla para conducirlos en las carretas.

El ejército, si bien había sufrido grandes pérdidas, presentaba después de la batalla aun su poder, y en poco tiempo se rehizo.

La revolución, á pesar de aquel contraste, quedó en pié y tan fuerte como antes.

En poco tiempo había reunido bajo sus banderas un número tan considerable de ejército como el que tenía cuando se presentó ante la Capital.

Aquel revez podía haber aleccionado á su jefe para no facilitar al enemigo, pero no fué así.

En *Manantiales* tuvo lugar otra acción que pudo haberse evitado hasta contar con mayores elementos bélicos; pero, contando con el triunfo, no trepidó Aparicio en dar aquella batalla, que fué como la del Sauce, también desfavorable para los revolucionarios.

Esta acción, que pudo haber destruido el ejército de Aparicio, no fué mas que como la del *Sauce*, pues aunque las pérdidas sufridas fueron grandes y costó mucha sangre, se mantuvo fuerte y se rehizo en poco tiempo.

Era imposible vencer aquella revolución, porque respondía á una necesidad suprema, porque el país entero la sostenía, y no había posibilidad de que terminase sin dar garantías eficaces á los orientales que bajo sus banderas militaban, destituidos, como estaban, completamente de ellas, con aquella

intolerancia política que ejercía y ejerció siempre el partido dominante.

La paz de Abril puso término á la guerra, por la que se le acordaba al partido á cuyo frente estaba Aparicio, la representacion de algunos departamentos, el reconocimiento de los grados militares y el pago de algunos de sus compromisos.

En el país nunca hubo un movimiento mas espontáneo y que respondiese á una necesidad mas suprema.

Fué sensible que se hubiera vertido tanta sangre generosa en holocausto de aquella causa, sin mayor resultado, pero la paz era una necesidad, pues que la continuacion de la guerra habria ocasionado mayores sacrificios.

El general Aparicio, á pesar de sus dotes de valor y pericia militar, no era un jefe como para mandar un ejército. No tenia las condiciones é instruccion necesarias para ello, y si al frente de su escuadron era capaz de hacer prodigios, al comando de un ejército se hallaba coartado y no sabia desenvolverse. Y si á esto se agrega que aquel ejército no tenia organizacion alguna, y si sólo era una agrupacion de hombres que eran mandados por sus jefes, á los que sólo obedecian, mucho mas se podia sentir la incapacidad de su jefe superior, que no les habia hecho dar instruccion militar.

Aquella revolucion, sin embargo de esto, pudo haber triunfado, si en vez de detenerse en la Union hubiese hecho un esfuerzo por penetrar á la ciudad de Montevideo, y si en vez de los desaciertos consecutivos que dilataron su marcha, se hubieran evitado con un poco mas de precaucion y pericia militar.

Tenian al general Medina, cuya competencia era reconocida, pero no le daban la importancia que tenian sus consejos, y cansado de aquella cadena de desaciertos, se hizo sacrificar en *Manantiales*, donde pudo librarse, pero no lo quiso, pues que uno de sus ayudantes, viendo que su caballo iba al trote y manifestándole varias veces que se aproximaban los enemigos, y hasta viendo el riesgo que corria, le dió un latigazo al caballo que montaba el General, y éste, sujetándolo y reprendiéndolo, le dijo :

« El general Medina no huye del campo de batalla : muere primero. »

Fué alcanzado y muerto, haciendo fechorías en su cadáver, pues cayeron sobre él como canibales.

¡ Buen modo de respetar á un viejo militar como aquél, que se habia sacrificado por su Patria, y cuya foja de servicios honraba su nombre, pues habia servido desde Artigas como soldado !

Aquella revolucion, si hubiera triunfado, habria traído nuevos elementos de órden y de progreso ; habria dado nueva vida y mas vigor á la marcha del país, porque no es posible que un partido permanezca eternamente en el poder sin corromperse y desmoralizarse, pues es de todas las cosas humanas usarse y gastarse.

La permanencia del partido que predomina desde la Cruzada de Flores y la guerra de los brasileros, en el mando, está desmoralizado y ha desmoralizado al país con su larga permanencia al frente de sus destinos.

Y si á esto se agrega que no han tenido una administracion regular y honrada, pues que los dineros públicos siempre han sido mal distribuidos y han ido á enriquecer á unos cuantos que se han valido del poder para ello, aumentando nuestra deuda dia á dia de una manera que asombra, un cambio hubiera sido, como lo es siempre, la salvacion de la Patria, que sino seguirá la pendiente resbaladiza de su ruina con los mismos factores usados y gastados hasta el infinito.

Entre los que se sacrificaron en aquella revolucion, debemos consignar á uno de los mas entusiastas de ella, y fué el doctor Adolfo Basañez.

Era Basañez todo corazon, y habia abrazado la causa que sostenia Aparicio, con un entusiasmo indescribible.

Idolatraba á su Patria como buen oriental, y queria verla recuperar sus buenos tiempos y el dotarla de hombres capaces de hacer su felicidad.

Estaba al frente de algunos voluntarios que, dominados de igual entusiasmo, no veian el peligro, y comprometian sus existencias á cada momento.

Habian establecido durante la permanencia en la Union, un sistema de guerrillas contra las fuerzas de adentro, y en una de aquellas salidas, una bala lo hirió de muerte.

Habia caído como un valiente, en honor de la causa que sostenia, que creía justa, arrancándole á la revolucion uno de sus mas fervorosos y ardientes partidarios.

Habia llegado hasta los mismos limites de la heroicidad, pues que era tal su fanatismo, que allanaba los peligros, y cuando fué herido, habia alcanzado hasta los mismos sitios donde estaban los enemigos, arriesgando su vida, que sacrificaba y que podia haber sido aun útil para su Patria.

Pocos caracteres he conocido que hayan reunido tan escelentes condiciones.

Era Basañez de una honradez y probidad acrisoladas; poseía la austeridad y rectitud de un buen ciudadano, y la causa que habia abrazado desde su juventud, nunca tuvo un sostenedor mas ardiente.

Era, por sus escelentes condiciones personales,

querido de todos los que lo conocían, de amigos y de enemigos políticos; así es que el sacrificio de su vida, fué sentido generalmente.

Con él me unían estrechos vínculos de amistad; nos habíamos ligado de tal manera, que no nos ocultábamos nada. Cuando me habló de que iba á reunirse con Aparicio, le desaprobé la idea, porque presagí el triste fin que iba á tener, pues conocía su carácter y su vehemencia cuando tomaba cualquier resolución.

Me ofreció precaverse y que volvería, pues que debía tener una entrevista con Aparicio, en nombre de la Comisión de los blancos, y que su ida era indispensable; pero no volvió, y lo que yo había augurado, tuvo desgraciadamente lugar.

Perdió la Patria á uno de sus buenos hijos y la sociedad á un hombre útil y virtuoso, pues que en la carrera del magisterio había siempre dejado su nombre puro de toda mancha. Yo también perdí un verdadero amigo, cuyo recuerdo no he olvidado nunca.

Haré un paréntesis á la política, para ocuparme, aunque brevemente, de lo que pertenece al hogar.

Por ese tiempo mi buen padre murió en buena edad aun.

Una consunción que no fué posible dominar, lo arrastró á la tumba.

El doctor Gualberto Mendez lo asistió con el esmero y atención que ponía siempre para sus enfermos, acompañado del doctor Vidal; pero fueron vanos los esfuerzos de la ciencia y el interés de estos facultativos, para dominar la enfermedad.

Perdió el país á uno de sus próceres y á uno de los que mas habia hecho por su Patria.

Desde Artigas, que era su tío, habia, siendo muy jóven, entrado á servir, y desde entonces se consagró á su Patria, figurando su nombre entre los primeros patriotas que querian la libertad de esta bella region.

Su nombre figura entre los primeros actos de nuestra soberania, figurando tambien entre los que firmaron el acta de nuestra Independencia.

Formaba parte de esa generacion de hombres superiores y extraordinarios, que se habian agrupado para libertar á este país del dominio extranjero, y que no ahorraban sacrificios de ningun género en aras de tan santa idea.

Vida y fortuna, toda se la consagraban, y no sentian ni respiraban sino el fuego del mas puro patriotismo.

En todas las posiciones que ocupó en su país, despues de haber contribuido á independizarlo, dejó un nombre de probidad y rectitud incorruptible.

Era de una austeridad extraordinaria, y como magistrado jamás dejó de probarlo, como que había sido y lo fué hasta su muerte un gran patriota.

A pocos hombres he conocido de una pureza tal y de condiciones tan virtuosas. Todos los que lo conocieron, atestiguarán lo mismo.

Para nosotros fué una irreparable pérdida.

Era mas que un padre : era el mas grande amigo, el verdadero mentor de nuestra vida, que, lleno de cariño y desvelo, nos encaminaba por la senda de la virtud y del deber.

Su persona lo llenaba todo en nuestra casa, y su vida honorable siempre, su acrisolada virtud y su rectitud extraordinaria, eran para nosotros la mejor guía de nuestros procederés.

¡ Dichosos los hijos que tengan un padre como aquél, que era un modelo de virtudes !

El doctor don Gualberto Mendez se habia casado con mi hermana Josefina, á la que ya hemos hecho referencia, y habia entrado á formar parte de nuestra familia.

Es inútil hablar de él, pues que todos lo conocieron. Sin embargo, en su intimidad conmigo, diré que me tuvo siempre un gran cariño, el cual se lo retribuí siempre, y me distinguió desde su llegada de Europa como médico y amigo.

Reunia condiciones escepcionales, y no sólo era

por su profesion un hombre eminente, sino que era de una instruccion vastisima.

A pocos he conocido dotados de mas feliz memoria, como tambien á quien estuviere mas versado en la literatura.

Era inagotable su erudicion, y no se cansaba el que tenia la suerte de acercarse á él, de oírlo y de ver toda la lucidez de aquella imaginacion.

Recuerdo que nos amaneciamos muchas noches, cuando entró á formar parte de mi familia, hablando de literatura y de ciencias, y no me cansaba jamás de admirar aquella portentosa imaginacion. Fascinado por tanta erudicion, no veía transcurrir las horas y que la claridad del dia asomaba, ni que el sueño me venciese.

Y era que tenia tal don de atraccion su palabra, poseía en tal grado el hacer ver las cosas tan claras, además de su vasta instruccion, que no podíamos dejar de admirarlo mas y mas cuanto mas hablaba.

Era propio aquello de sus condiciones, y que constituye el verdadero talento.

Era un hombre tambien que poseía en estraordinario grado el don de atraccion. Bastaba tratarlo una sola vez, para salir ya intimo amigo suyo. Es que era comunicativo en extremo, y sabia de tal manera conquistarse á las personas que se le acer-

caban, con tan buena solicitud, que no se podía menos que sentirse bajo el imperio de su cariñoso trato. Así, además de su profesion, que ejerció siempre con verdadera uncion científica, y atendia á todos, á pobres y á ricos, con igual solicitud y desinterés, sus condiciones personales lo hicieron en extremo popular.

Recuerdo que en la revolucion de Aparicio, cuando Cándido Bustamante, que era Jefe Político, recibió órdenes de prender á todos los afiliados al partido blanco, lo hizo con él, y estando en su consultorio, un Comisario se presentó, manifestándole que tenia la orden de llevarlo al Cabildo.

Mendez no se resistió y lo siguió, sin decir nada á la familia, pero á los pocos momentos lo supo, y á la hora todo el pueblo.

Aquello fué como una bomba que hubiera estallado, pues que toda la poblacion se puso en movimiento, y la casa se llenó de gente, y las mismas señoras tomaron parte en que se debia escarcelar á Mendez. Asediaron al Presidente y al Jefe Político; fueron á ver á los Ministros, y los mismos hombres de la situacion hicieron valer su influencia para que se le pusiese en libertad, y hasta el mismo doctor don Manuel Herrera y Obes, que desempeñaba la cartera de Gobierno y de Relaciones Exteriores, se interesó tanto, que hasta hizo cuestion de su cargo sino se le ponía en libertad.

A las tres horas estaba en casa, y habia venido acompañado de un numeroso pueblo, que lo esperaba al salir.

Entre los amigos que mas me han distinguido con su amistad y que frecuentaban mi casa, debo citar al ciudadano paraguayo don Juan J. Brizuela.

Lo conocí en casa del doctor Mendez, cuando vino de París y se hospedaba en su casa. Con ese motivo tuve ocasion de tener su relacion.

Era Brizuela un cumplido caballero, en toda la estension de la palabra; afable siempre y cariñoso, por sus condiciones y natural, estremadamente simpático, era de esos amigos que, cuando la desgracia cubre el dulce cielo del hogar doméstico, se hacian notar por su palabra de consuelo y se consagraba en cuerpo y alma á mitigar el punzante dolor que agita á nuestros corazones.

Tuve ocasion de conocerlo bien, pues en veinte años que nos tratamos, jamás tuve motivos sino de ver en él su excelente carácter.

Desempeñaba el cargo de agente político y comercial del Presidente del Paraguay, el general don Francisco Solano Lopez, y despues de su muerte representó á su país como Cónsul General y como Ministro Plenipotenciario.

Todos los que lo conocieron podrán atestiguar lo

mismo que decimos, pues sabia captarse la buena voluntad de las personas, de una manera esquisita y de buen modo.

Recuerdo que al tiempo de ponerlo preso por el incidente que ya he referido, de haber saludado á Berro cuando la revolucion, estaban sumamente preparadas contra él, sin motivo justificado, muchas personas, sólo porque era paraguayo y habia servido á Lopez, y cuando salió de la prision, fueron aquéllos sus mas íntimos amigos. Entre ellos el Coronel Olave, que era uno de los que mas antipatia le profesaba, sin saber por qué, segun lo manifestaba despues, y que despues de tratarlo se hizo tan íntimo de Brizuela, que hasta su compadre fué y no pasaba día sin verlo.

Uno de los concurrentes á mi casa, lo era don Juan Susviela. Habia sido uno de los amigos de mi padre en su juventud, y no habia querido hacerse ver durante estaba en el mando. Pero el mismo día que entregó las riendas del gobierno á su sucesor, vino á verlo y á felicitarlo, como otros muchos, por haber terminado su gobierno, dejando al país con las mas alhagüeñas esperanzas de una situacion tranquila y de progreso, y haber realizado todo lo que habia prometido en su programa.

Desde entonces fué un tertuliano de todas las noches, pues que hasta morir no dejó de venir siempre á vernos.

Era un hombre anciano, pero de un carácter estremadamente jovial y alegre. Poseía una gran memoria y sabía todos los pormenores de nuestra revolución desde el año 10, y como hablaba con entusiasmo, se hacía oír con atención.

Sus visitas eran cortas, pero tal era el torrente de palabras que brotaban de su boca, que, aun mucho después de dejarnos, quedábamos sintiendo el timbre de su voz.

Otro también de los constantes amigos de la casa, lo fué, por aquel tiempo, el doctor don Vicente F. Lopez. Había estrechado una gran amistad con el doctor Mendez, y toda su familia se había ligado de tal manera con la mía, que no pasaba un día sin que se viesen.

El doctor pasaba las horas hablando con Mendez, y se entretenía, cuando no estaba, en ver jugar á algunos de nuestros amigos en un billar que teníamos en la casa. Las escenas que se producían entre ellos, en el juego, lo entretenían y se dignaba tomar alguna parte en una que otra partida.

Entonces estaba preocupado con la lengua *quischua*, buscando su origen, y había terminado una obra que trataba de ello. Había conseguido hacer venir al célebre Maseró, que era entonces muy joven, para ponerse de acuerdo sobre aquel trabajo. Maseró, á quien conocí y traté, era estremada-

mente modesto y de un carácter afable y que ya revelaba lo que sería con el tiempo: un verdadero sábio, como lo es, y cuyo nombre honra á la Francia.

Tambien concurría á la casa, Guillermo Blest Gana, que representaba á su país como Ministro. Se hizo íntimo de Mendez, y conmigo estrechó los lazos de amistad. Sabemos que es uno de los buenos poetas que honra á su patria, Chile. Tienen sus composiciones verdadera inspiracion y estilo poético, y hay algunas que son sobresalientes y conocidas de toda persona de buen gusto.

Blest Gana era un hombre aun jóven cuando lo conocí.

Era de una naturalidad grandísima y que se hacía simpático á primera vista. Algunas veces llegaba uno á preguntarse si aquel hombre era el mismo que había escrito tan lindos versos, pues su conversacion caía en muchas ocasiones en un prosaismo completo.

Sucede esto con frecuencia en las personas dotadas de verdadero mérito, que no lo manifiestan exteriormente, ni hablando con ellos, y aun á veces nos ponen en duda de que sean los mismos que han hecho tal ó cual cosa, pues no revelan á primera vista lo que valen y lo que son. Así sucedía con Blest Gana. A primera vista no podría dársele la

importancia que tenia, ni que poseyera el número poético que posee.

El general don Miguel Lobo, almirante de la escuadra española, también era uno de los que más habían estrechado su relación con nosotros, durante su estadía en este puerto.

Era un bello carácter, y poseía condiciones especiales para hacerse querer, y desde la primera vez que se le trataba, quedábamos prendados de sus buenas maneras, de su franqueza y civilidad. Tenía el don de gentes en grado extraordinario.

Mendez lo asistió de un antrax que puso en peligro su vida, y le quedó tan grato á su asistencia, que fué después un verdadero apasionado de su talento.

Se ocupaba en escribir la *Historia de las Provincias del Río de la Plata*, que después vió la luz pública, y tuvo oportunidad de suministrarle algunos documentos de la época de la invasión de los ingleses, que le fueron de gran utilidad y que aparecieron en dicha obra.

El doctor Lopez y el general Lobo nos entretuvieron algunas noches con la lectura de sus trabajos, interesantes bajo más de un punto de vista, en reunión de amigos.

El general Lobo tenía la pasión de coleccionar. Todo le llamaba la atención; cualquier objeto, por

mas insignificante que fuese, proveniente de estos pueblos, hallaba en él un entusiasta admirador. No se paraba en medios para conseguir aquello que le habia llamado la atencion, y no descansaba hasta adquirirlo. Llevó de esta manera mucho, pues quién se iba á resistir á tantas insinuaciones en un hombre que seducia por su modo de ser, y enriqueció á su Patria con muchas de nuestras cosas. La nave en que residia era un verdadero museo, donde se hallaba de todo.

Recuerdo haber visto, entre otras muchas curiosidades que poseía, una vez que nos dió un almuerzo á bordo, un Cristo montado á caballo y vestido á la moda de nuestros paisanos, de poncho, con chiripá, calzoncillos, bota de potro y espuelas grandes, que lo habia conseguido de la Asuncion. Habia pertenecido á la Capilla de *Humaitá*, que fué destruida por los aliados.

Cuando dejó nuestras playas, al despedirse de nosotros, lloraba como si dejase á su familia. Sentimos tambien bastante su separacion, pues era un amigo digno de todo aprecio.

Llevó un recuerdo mio, pues le regalé su retrato al óleo, pintado por mí, que encontraron de un parecido notable.

Poco tiempo despues de haber llegado á España fué acometido de un pequeño cáncer en uno de los lábios, y de la operacion murió en Paris.

Para los que lo conocimos, fué un verdadero motivo de sentimiento su muerte, pero para su país fué una irreparable pérdida, pues que honraba su nombre, porque era un verdadero español que idolatraba á la Madre Patria. Era un entusiasta decidido por sus glorias, y queria verla otra vez ocupar el rango que antes tenia.

Otras personas eran tertulianos constantes de la casa y que frecuentaban continuamente al doctor Mendez, y entre ellas citaremos al doctor don Cándido Joanicó, don Vicente Vazquez, doctor don Jaime Estrázulas, don Félix Bujareo, don Juan D. Jackson, don Jaime Cibils y otros mas que no recordamos.

Debo hablar, antes de pasar á otra cosa, de uno de los amigos mas constantes que no debo olvidar, pues que era una persona recomendable por todos sentidos.

Me refiero á don Santiago Botana, que nos poseía verdadero cariño, y á quien queriamos como si fuese miembro de nuestra familia.

Habia desempeñado en el país algunos cargos importantes, y habia dejado en su desempeño un nombre de honorabilidad que le habia conquistado el aprecio de las gentes.

Era un hombre de escelentes cualidades, y amaba á su Patria con todo su corazon. No habia sacrificio que no le fuese llevadero, si le podia ser útil.

Siendo Jefe Político en la administración de don Bernardo P. Berro, fué uno de los mas honrados y laboriosos empleados que ha tenido esa repartición. Tan honrado era, que, ocupando diferentes cargos, murió pobre.

Voy á citar uno de sus hechos que recordamos, para probar su probidad, y es el de haber entregado, cuando entró Flores á la ciudad, por valor de quince mil pesos que tenia en la caja de policía, á su reemplazante. En aquel momento de perturbacion, aquella cantidad, en otro que no hubiere sido como aquél, de tanta probidad, habria tal vez desaparecido, como hubiera sucedido en estos tiempos.

No debia tambien dejar de hablar de un amigo á quien debo consagrar algun recuerdo.

Al doctor don Antonio Rodríguez Caballero es á quien me refiero. Tuve ocasion de tratarlo con motivo de haberse encargado de algunos de nuestros asuntos judiciales, y no pude menos de apreciar sus excelentes condiciones.

Era un perfecto caballero: de un trato ameno y cariñoso y era atrayente en sumo grado. Su padre, el General Rodríguez Caballero que habia figurado en la revolucion del año 10 y que fué gobernador de Buenos Aires, habia sido amigo del mio. Con este motivo me manifestó un gran aprecio.

Sus distinguidas hermanas igualmente de un trato esquisito, se ligaron con mi familia de tal manera que se trataban con la mayor confianza.

Mi madre tenia predileccion por esta relacion, y siempre, hasta que murió, la visitó frecuentemente.

Es que se hacian querer por su trato sencillo y escelente.

Con el doctor transcurría el tiempo platicando insensiblemente, y pasaban las horas sin que las sintiésemos y nos apercibiésemos.

Quería á este país extraordinariamente, y sus hermanas, que eran argentinas, prefirieron quedarse en él, antes de abandonarlo. Era para ellas un gran motivo de contrariedad, cuando se les hablaba de dejar á Montevideo. Se habian arraigado de tal manera aquí, que hacian consistir todo su bienestar en su permanencia en esta ciudad, donde tenian las mejores relaciones de nuestra sociedad.

Con el doctor Rodriguez Caballero conocí los principios de Derecho, y pude apreciar bien sus conocimientos jurídicos, que eran vastos y profundos, pues que conocia la legislacion inglesa y francesa, habiéndose educado en Inglaterra, además de la española.

Figuró en nuestra politica y fué camarista y Ministro, y siempre dejó en todas las posiciones que ocupó, un nombre estimado y bien reputado.

Murió jóven aun, y fué una verdadera y sensible desgracia su pérdida para sus amigos, y mas para este país, pues era un buen elemento en nuestra política.

Voy á hablar de una escursion que hice hasta Santa Fé, en compañía de la familia, con motivo de los acontecimientos ocurridos en el país.

No olvidaré jamás la impresion que me hizo la navegacion del Paraná. Nada habia forjado mi imaginacion de mas hermoso ni poético que aquello, y siempre recuerdo los bellos paisajes que se ofrecieron á mi vista; la contemplacion de aquella inmensidad de rio; las perspectivas risueñas; sus costas, que se veían ornadas de frondosos árboles, que á veces colgaban sus ramas cuando se aproximaba el buque que nos conducia, sobre la misma cubierta, y que no teniamos mas que alzar la mano para tomar las frutas del monte. Aquel imponente rio, que á veces parece un mar en que desaparecen las costas y otras se acercan tanto que parecen unir las, al que lo ve por primera vez no puede dejar de impresionarlo. La noche que lo atravesé no dormí. Sobre la cubierta del vapor me entregué á todas las fantasias de mi juvenil imaginacion. Entre aquellos magníficos paisajes, é iluminado el rio por la luz de la luna, veía deslizarse el buque en que navegaba, y hubiera querido que el viaje

se hubiera prolongado mas. Es que no me cansaba de admirar tanta y tanta sublimidad como aquel magestuoso rio encierra.

En el viaje encontré á la distinguida familia de Obligado, á quien habia conocido en Buenos Aires, y que iban á su estancia, que lleva su apellido.

Con su distinguida sociedad pasé los mejores momentos en la contemplacion de todo aquello que me impresionaba.

Ellos se quedaron en su estancia y yo seguí al Rosario. Esta ciudad no era lo que fué despues. Cuando la ví, á pesar de que habia entrado en el camino del progreso, aun tenia algunos restos de atraso. Al desembarcar, un gran barranco se nos presentó á la vista, que ocultaba completamente el pueblo, y al que habia que subir penosamente. La ciudad era estensa ya, y se veia gran movimiento comercial. Nada de particular habia que llamase la atencion, y los edificios públicos tenian pobre aspecto. Recuerdo la capilla, que era una pobre choza, que estaba situada en la plaza. Despues han adornado la ciudad con buenos edificios, entre ellos el teatro, que es muy hermoso. De allí seguí para Santa Fé, cuyo viaje casi hubo de costarme un buen susto, pues el pequeño vapor en que hicimos la travesia, rompió sus calderas al tiempo de llegar, lo que nos sobresaltó á todos. Felizmente no fué nada

y no hubieron desgracias. Teníamos al frente la ciudad, que pronto vimos, pues desembarcamos inmediatamente.

En la travesía recuerdo que algunos de los pasajeros que no tenían ganas de dormir, propusieron entretenerse en la noche, y se convino en que alguno había de darnos mate, y para cuyo efecto se echaría á la suerte, para ver á quien le tocaba.

Todos escribieron un nombre en un papel, incluso yo, y se echaron los escritos en un sombrero, y á mí me tocó sacar el del infortunado que había de servirnos.

Lo saqué y le nombré. Había sacado la mala suerte un señor Ballesteros, á quien no le quedó mas recurso que darnos mate toda la noche, y lo hizo con tanta complacencia, que admiraba, pues que ya al amanecer, algo rendidos algunos, se fueron á sus camas, y yo también lo hice, y allí nos llevaba el mate, contra mi protesta de que era ya bastante majadería la que se le había proporcionado y que no se le debía molestar mas.

Era aun un hombre de buena edad, que vestía á la moda del campo, y que nadie se hubiera figurado lo que era. Cuando llegamos al pueblo lo vimos rodear de muchas personas, que lo trataban con mucha consideración, y supimos que era uno de los mas ricos acopiadores de frutos del país; en fin, que era un millonario.

Nos hospedamos en la mejor fonda que habia, que no pasaba de un meson, y en la que concurría toda clase de gente, de campaña mas que todo, y que venian de las provincias.

A pesar de ser Santa Fé la Capital, el Rosario tenia mejores hoteles entonces y otro servicio. Recuerdo que la primer noche me tocó dormir en la parte baja de la casa, y á media noche sentí un ruido infernal de carreras por el piso, y no sabiendo lo que era, y no teniendo fósforos, tuve que abrir una ventana, y al resplandor de la luna vi que habia cuadrillas de ratas, que corrian por todos lados con toda libertad. Ya podrá figurarse qué noche pasaria, pues no era para dormir con semejante compañía, y lo que hice fué vestirme y echar á andar por la ciudad.

Al otro dia nos trasladamos á una casa particular, donde lo pasamos bien.

Lo que mas me llamó la atencion en aquel pueblo, que presenta todo un aspecto monástico, fué el Colegio de Jesuitas. En él se educan los principales niños de todas las provincias.

Sabemos lo que son los jesuitas con respecto á la instruccion, que no tienen rival, y que de entre sus manos han salido los primeros talentos del mundo.

Tuvimos ocasion de visitar el establecimiento y conocer al superior y demás ayudantes, y queda-

mos admirados del orden y conocimientos que poseían.

Dos de mis amigos, don Félix Bujareo y don Federico Cibils, tenían sus hijos allí, y con ellos fui á presenciar los exámenes, los que fueron de diversas materias generales.

Después tuvo lugar la distribución de premios, y á la noche, en un teatrillo, se hizo una representación por los muchachos, que gustó mucho.

Al otro día hubo una gran misa cantada, á la que asistieron todas las autoridades y el Colegio.

En aquel pueblo no se pensaba más que en las cosas de Iglesia; así es que todos los días había alguna función de santos, además de procesiones.

Por cualquier motivo se hacía un día de fiesta.

De Santa Fé vinimos á residir á Buenos Aires en donde permanecimos dos años.

Buenos Aires, á quien veía por primera vez, me hizo un efecto agradable.

Aquella numerosa ciudad tan llena de movimiento y de tránsito me pareció una capital europea.

Y es que sorprende aun mismo á los extranjeros ver aquel centro de comercio y de adelanto tan grandes.

En el momento en que bajamos á ella, había tal aglomeración de gente, en gran parte por los suce-

sos que se habian desarrollado en la República Oriental, que no habia hotel ni casa que no estuviese ocupado.

Fuimos á parar momentáneamente á casa del doctor Sixto Villegas, que se encontraba en el campo con su familia y que nos la cedió.

Fué aquello un verdadero servicio, pues que como pueblo grande, la hospitalidad y la atencion de ofrecer las cosas y despues rehusarlas, es muy frecuente; sin embargo que, entre muchas familias antiguas existe siempre aquel agasajo y franqueza de otros tiempos.

Recuerdo de cierto sujeto que la echaba allí de muy campechano y que no abria la boca sino para ofrecerse en todo y por todo que en cierta ocasion que tuvimos necesidad de ocuparlo, se hizo el desentendido y no conseguimos el pequeño servicio que le solicitábamos.

Era un insigne botarate que fácilmente se dejaba conocer, y un hablador furibundo, tanto que donde se encontraba dejaba á todos con dolor de cabeza.

Exageraba de tal manera sus ofrecimientos, que contrastaba despues con su conducta.

El mismo sujeto, hizo un viaje conmigo, el que duró algunos días, despues de haber estado juntos mucho tiempo, y no haberme hablado nada de aquello en que pudiera serme útil, se le ocu-

rriò hacerlo ya al embarcarme definitivamente para mi país; es decir, cuando iba á pisar el bote que debía llevarme á bordo, cuando ya no tenia necesidad absolutamente de nada; ni entonces ni antes tampoco le hubiera pedido ningun servicio, pues que ya lo conocia bien.

Despues que nos instalamos en una cómoda casa, fuimos favorecidos con las relaciones mejores de Buenos Aires, que nos frecuentaron constantemente, los generales Mancilla, Guido é Iriarte, continuamente iban á visitarnos.

El primero todas las noches pasaba un rato á vernos y su conversacion se basaba sobre los hechos de la revolucion.

Era de una prodigiosa memoria y referia los acontecimientos que se habian desarrollado con tanta lucidez de espiritu que se hacia oir con gusto. Era un hombre de salon cuando queria y un hombre que se adaptaba á las costumbres criollas, con las que simpatizaba.

Casi todas las campañas contra España y contra el Brasil, las revoluciones consecutivas que tuvieron lugar despues de la emancipacion de estos pueblos, se las oi referir con tanta claridad y tanta espresion, que jamás lo olvidaré. De Artigas, de quien como argentino habia sido hostil, le oi confesar que era el único que no habia traicionado la causa de la

libertad; ya estaba en esa edad en que calmadas las pasiones que agitan y perturban el corazón, la verdad se pronuncia.

Siempre recordaré una verdadera originalidad, que le oí referir, propia de su carácter, y fué la de haber comprado su ataúd y tenerlo en el nicho que le pertenecía, para no dar trabajo á sus deudos y amigos cuando muriese.

Los pormenores fueron bastante curiosos, pues que al ir á comprar el cajón, como era natural, el cajonero le preguntó para quien era, y se sorprendió grandemente al saber que era para él, pues lo creyó loco, ó bien que iba á suicidarse, ó que se trataba de burlar. Tuvo que explicarle cuál era el motivo, y le costó bastante convencerlo y tranquilizarlo.

El general don Tomás Guido era otro de los que nos favorecía con sus visitas.

Es inútil hablar de su gran figura histórica, pues que se destaca desde la época de San Martín, de quien fué su secretario y lo acompañó en todas sus gloriosas campañas, hasta el momento que hablamos.

Era un hombre seductor. Extremadamente sociable, de maneras distinguidas en sumo grado, se ganaba las voluntades de todos. Era el general Guido de pequeña estatura, pero que hablando pa-

recia engrandecerse. Se sobreponia por la facilidad de su palabra, por su memoria portentosa y por su ilustracion. Pocas personas han tenido tantas ventajas como aquél, para ser respetado de amigos y de enemigos. No he conocido á un hombre mas encantador como orador, pues tenia, además de su vasta erudicion, una gracia especial para decir las cosas con suma felicidad.

Poco tiempo disfrutamos de su relacion, pues estando en Buenos Aires, como al año, murió de un ataque repentino.

Lo encontré el mismo día que sucedió tal desgracia: iba á la Casa Rosada, vestido de rigurosa etiqueta, á pié, con un sol tremendo. Recuerdo que nos saludamos, y que al llegar á mi casa supe la triste nueva de su fallecimiento.

Tuvimos un gran pesar con aquella verdadera y sensible desgracia para los que lo conocimos y podiamos tener ocasion de apreciarlo, cuanto para su Patria, de quien habia sido uno de sus ilustres hijos y que mas servicios le habian tributado.

El general Iriarte era tambien uno de esos hombres que se hacen simpáticos á primera vista. De conversacion agradable, de un trato exquisito, nos sentiamos dominar por su amabilidad. Y es que tambien era un hombre instruido, y que estaba al corriente de todos los adelantos de la artilleria, que

era el arma en que se habia distinguido, y conocia todos los hechos de la revolucion, en que habia figurado.

A todos ellos debo un caudal de conocimientos históricos, que me han sido de gran utilidad en muchos casos.

Me volvía todo oídos y tenía prestada toda mi atención en lo que brotaban de sus lábios, para no perder ni una sola palabra de lo que pronunciaban.

Eran como un manantial inagotable de datos y de hechos, con que iluminaban las mas difíciles cuestiones históricas de la revolucion, y que esponian y esplicaban con toda lucidez.

En aquellos momentos tenía lugar la guerra del Paraguay, de que he hablado, y Buenos Aires estaba dominado por la influencia de Mitre y los aliados.

Como era natural, aquellos generales eran desafectos completamente á esa guerra desleal y deshonrosa en que se veía arrastrada la Confederacion, y lamentaban que sirviese los intereses del Brasil en contra de una República hermana, esterminándola y preparándole su completa ruina, por una impolitica imprevisora y torpe.

La gente sensata no podia dejar de pensar de ese modo; así es que toda la odiosidad que se puede imaginar, tuvo aquella injusta guerra.

Todos protestaban contra ella, y los desafectos eran la mayoría del pueblo.

Aquellos días, en que se recibían noticias de triunfos sobre los paraguayos, eran de luto para los que tenían sentimientos generosos y no se dejaban ilusionar con vanas palabras.

Se habían exagerado de tal manera aquellos festejos, que á cada momento, y por cualquier motivo, un ruido atronador de cohetes y de campanas aturdió á la ciudad.

Era aquello como si se festejaran las más altas glorias patrias, cuando de lo que se trataba era de la ruina de un pueblo hermano.

En esos días, y que eran muy repetidos, no se podía salir á las calles, porque se esponía cualquiera á ser lastimado; con la profusión de cohetes voladores, bombas, etc., que de todas las oficinas públicas tiraban, no tomando parte ninguna la población, lo que era una verdadera protesta.

Recuerdo, entre los amigos que nos favorecían con su relación en aquel centro, al doctor Moreno. Vivía frente á nuestra casa, y con motivo de tener que prestarle asistencia médica mi cuñado Mendez á una persona de su familia, se estableció su relación.

Era el doctor Moreno un hombre joven aun, cuando lo conocí, y de excelentes condiciones como amigo.

Era en extremo popular, y se trabajaba por su candidatura para Gobernador de Buenos Aires, entonces.

Ocupó ese distinguido puesto, y dió pruebas de capacidad y habilidad.

No debemos juzgarlo como político, sino como amigo.

Era de un trato esquisito y se hacia simpático á la amistad desde que se le conocia.

A otras personas, mas ó menos de posicion social y política, les debimos señaladas distinciones que nunca olvidaré, en aquel pueblo.

Sobre todo, á la familia de don Luis Obligado, que tantas demostraciones nos hicieron de amistosa deferencia.

Era don Luis Obligado un hombre sencillo y agradable en extremo. Tenia el don particular de hacerse querer desde que se le trataba, y conmigo tuvo oportunidad de manifestarme particular aprecio, así como su distinguida familia.

Su casa era patriarcal: respiraba toda ella un espíritu de orden y de bienestar, que se apoderaba de todos los que la visitaban, grata sensacion de la felicidad de aquella mansion.

Se deslizaban las horas en aquella casa, con aquella familia tan sencilla y tan agradable, y se sentia verdaderamente pena en separarse de ella.

Tuvimos en aquella ciudad la gran desgracia de ver enfermarse á nuestra segunda madre, á la que tantas obligaciones debíamos, pues que nos habia dado tantas y tantas pruebas de cariño entrañable, que era como un miembro de nuestra familia. Me refiero á aquella angelical criatura de quien ya he hablado, á esa santa que llevaba el nombre de Feliza. Un cáncer en el estómago, que se le declaró estando allí, la llevó á la tumba. Los mas horribles sufrimientos la hicieron padecer tanto, que aun, cuando lo recuerdo, me estremezco, y sin poder sino aliviarla mas que breves instantes, pues que la ciencia es impotente para esa horrible enfermedad, como para otras muchas.

Tuvimos que traerla á Montevideo en aquel delicado estado, y á los pocos dias entregó su alma al Creador.

En toda aquella cruel enfermedad, manifestó la mayor resignacion, y murió como habia vivido, con la tranquilidad mas grande de espíritu.

¡Descansa en paz, criatura de sublimes virtudes, que la vida fué para tí el caliz amargo de los sufrimientos, que no respirastes mas que el consuelo para todos y la caridad mas grande; que derramabas á manos llenas los dones con que la Providencia te habia ornado, y que todas las aflicciones, los males y las privaciones de tus semejantes, hallaban

en ti palabras de dulzura y de resignacion cristiana, y eras tú su amparo; que allí donde habia alguien que sufriese, ibas á aliviarlo con tierna solicitud, y que no lo abandonabas hasta que tu asistencia no era necesaria!

¡Has impreso en este mundo tan gratos recuerdos, que nunca se te podrá olvidar!

¡Has dejado una estela de luz en tu corta travesia por este mísero mundo, que aun nos ilumina con su resplandor!

Cuando llegamos á Montevideo, un cambio completo se habia operado. Los cargos públicos estaban desempeñados por personas de ninguna importancia y aun por desconocidos completamente. El espíritu mas exclusivista era el que reinaba en aquella época. A muchos que habia conocido en la mas triste y muy secundaria posicion, los veia elevados á empleos que no podian ni debian desempeñar. No se buscaban á los hombres idóneos y competentes, ó los que algo significaban, sino aquellos que mas intransigentes eran en politica. De ahí que verdaderas nulidades, entidades negativas, hayan figurado y figuren en nuestro escenario político desde entonces, cuando no debian haber salido nunca de su triste condicion y de su humilde esfera.

Así es que aquellos que inconscientemente estaban á cargo de los mejores destinos, sin prepara-

cion suficiente, sin mas freno que sus pasiones politicas y su intransigencia, no podian dejar de hacer un mal inmenso al pais, y cuando menos, eran un obstáculo para su desarrollo moral y material.

No sabemos de dónde habian salido tantos y tantos personajes que jamás habrian podido figurar, y de dónde habian surgido tantos medios de dilapidacion pública.

Todos los días brotaban reclamos. En todos los momentos nacia fortunas colosales con los dineros del Estado, y aquellos que habiamos conocido mas miserables, tenian palacios y ostentaban grandes riquezas.

Era aquello un estado subversivo de toda moral pública y privada, y así es que no es extraño que el pais no haya podido marchar y si arruinarse.

Nunca se vió un estado semejante, en que la inmoralidad llegase á ese extremo, y en que se desfalcaran los dineros públicos y fueran á parar á manos extrañas, en negocios ilícitos, pues aun las mismas rentas eran mal empleadas y peor distribuidas, y aun los mismos empréstitos iban á destinos que no eran ciertamente para los que se habian realizado.

La época que voy á describir es la mas calamitosa que le ha cabido á la República desde su autonomia.

Nada puede dar una idea exacta de lo que ha tenido lugar en ese tiempo.

La administracion del doctor José Ellauri, que fué un interregno entre aquella época de inmoralidades, no pudo resistir á todos los elementos de desorden y de desborde de los hombres de su partido, y vino al suelo por una conjuracion de cuartel. Los jefes de batallones, por sí y por su voluntad, lo derrumbaron y llevaron al poder á don Pedro Varela.

Parece que hubiera adivinado aquel desenlace, pues cuando tuvo lugar su nombramiento, el que rehusó como sabemos, haciéndole retirar su renuncia los mismos jefes que impusieron que no habia de aceptársele, estando en compañía del doctor Vizca y el doctor Alvarez, se habló de este acontecimiento, y espresé mi opinion de que no me parecia bien que se hubiese dejado dominar por la fuerza, pues que sabido era que quien sube por las bayonetas, baja por ellas.

Y así sucedió; desgraciadamente.

Sabemos que los candidatos populares lo habian sido, en aquellos trabajos, don José M. Muñoz y don Tomás Gomensoro, y que, teniendo igual número de votos, se decidió nombrar á un tercero, que lo fué el doctor Ellauri, presentándolo á última hora como candidato de transaccion.

Su negativa á aceptar su eleccion, trajo la inter-

vencion de la fuerza pública, lo que era un acto de extrema inmoralidad, y que debió ser rechazado y aun castigado como un gravísimo delito.

Las consecuencias de aquella condescendencia no se hicieron esperar mucho, y el doctor Ellauri recogió el fruto de su imprevision y el país todos los males imaginables, que se sucedieron despues, por su política débil y de contemplaciones.

El acto mas popular, en que los ciudadanos van á las urnas para votar, dió origen á un verdadero escándalo, á un asesinato alevoso á los que ejercian aquel derecho.

El célebre 10 de Enero, dia luctuoso para la Patria, y que ha dejado tan tristes recuerdos, se vieron hordas de verdaderos desalmados, lanzarse sobre las urnas, destruirlas y alevemente matar á una porcion de ciudadanos.

Aquel dia murió el sufragio popular, y con él toda esperanza para la Patria. Los destinos del país quedaban á merced del bandolerismo de cuartel, y la caída de Ellauri, que no supo ni quiso castigar á aquellos criminales, quedó sentenciada, y con su caída arrastró al país á la situacion mas humillante y terrible que ha atravesado.

Aquel período, que se señala como de la administracion de don Pedro Varela, fué uno de los mas funestos que ha tenido el país.

Nunca se vió tanta inmoralidad, mezclada con tanta bajeza, en que todos se cebaban en las arcas del Estado y los negocios ilícitos se realizaban todos los días.

Fueron deportados en un buque á vela, porción de ciudadanos, á la Habana, custodiados por la fuerza pública, solo por el hecho de ser desafectos al Gobierno.

Fué aquel un acto de extremo rigor y despotismo, y que se llevó á cabo con toda la maldad imaginable.

Llegó un momento tal en que la inmoralidad se habia de tal manera arraigado en el país, que no le era posible al Gobierno de Varela poder marchar.

Llamó á don Andrés Lamas para desempeñar el Ministerio de Hacienda y ver si podia lograr sacar la nave del Estado de la total ruina que la rodeaba.

Lamas ocupó el Ministerio, y se hizo muy luego tan impopular como el mismo Varela.

Llenó de contribuciones al pobre pueblo, ya agobiado bastante; distribuyó mal las escasas rentas del exhausto tesoro; y en fin, ahogó con tal peso de gabelas al país, que se recuerda y se recordará siempre aquel período con el nombre que lleva del *año terrible*.

Una conjuración de los batallones, á la cabeza de la que se puso el Coronel don Lorenzo Latorre,

dió por tierra, en una noche, con Varela, que se habia declarado coacto para poder gobernar, así como habian hecho con Ellaury.

Varela no era un hombre preparado para gobernar, ni tenia dotes de administrador ni de político; así es que su Gobierno tuvo que resentirse de su origen en primer lugar, y mas que todo, de sus escasas luces.

Vino la dictadura de don Lorenzo Latorre despues de Varela, que ha sido juzgada de diversos modos, unos ensalzándola y otros anatematizando sus hechos.

Mucho bueno y malo hubo en ella. La acefalia de los Poderes Constitucionales fué un gran mal y con esto muchos actos de arbitrariedad que se llevaron á cabo, como el de la desaparicion de personas, que nunca se ha podido justificar, ni menos aprobar jamás, pues es una criminal accion, y el de aplicar penas y castigar sin forma ni proceso legal.

Don Lorenzo Latorre tuvo la desgracia de tener por Ministro de Gobierno á un hombre que no tenia condiciones de político, y que, en vez de detenerlo en la carrera de los hechos censurables por mas de un motivo, lo alentaba á practicarlos.

Sin embargo, el Gobierno de Latorre fué puntual en la administracion de los intereses públicos.

Mensualmente se abonaban los Presupuestos, y

aun habia meses que se hizo con anticipacion, cosa que nunca se habia visto en el pais.

Don Lorenzo Latorre, á pesar de lo que hayan dicho sus detractores, los que no están jamás contentos sino mandando ellos, y despues que lo consiguen lo hacen peor, hizo, en el poco tiempo que estuvo gobernando, muchos bienes al pais que lo que podian haber realizado muchos mas preparados en la ciencia del Gobierno.

Es que tenia condiciones de mando y de Gobierno; sólo le faltaba el saber madurar las cosas con la esperiencia que dan los años ó la práctica.

Elevado de pronto á la primera magistratura, sin preparacion alguna, sorprende ver cómo animado de un verdadero espíritu emprendedor y progresista, resuelve, hace y deshace, casi siempre con acierto y verdadero talento, muchas cosas de Gobierno y de administracion.

Así es que le son debidos muchos bienes, entre ellos, la reforma de la enseñanza primaria, á la que le prestó todo su concurso, lo mismo que á su malogrado iniciador José P. Varela, que es y será la base de nuestro futuro porvenir, pues del grado de preparacion en los Estados, es que depende que la juventud se eduque para hacer la felicidad de la Patria.

Solo esto seria bastante para hacer ver cómo su

espíritu se adaptaba á las grandes reformas, y cómo entraba, como gobernante, en el camino del progreso.

Citaríamos muchas otras obras útiles que ha dejado como recuerdo de su paso en la administración pública, pero son conocidas, pues que no nos distancia mucho de aquella época.

Tenia Latorre todas las condiciones de un hombre público, con los inconvenientes de la tiranía. Ejercía grandes y escelentes obras en su marcha, pero ponía en pié de práctica un sistema de rigor inusitado, bien ó mal ejecutado, que producía el pánico y el terror.

Así es que el solo nombre de Latorre en el pueblo infundía miedo, pero preciso es declarar que jamás persiguió ni hostilizó á ninguna persona honrada.

En la campaña sobre todo, se hizo temible, pues que la hizo limpiar de todos los foragidos que se hallaban en ella.

Estableció el sistema de hacer llevar al taller de adoquines á todos aquellos vagos y criminales, para emplearlos en la tarea de trabajarlos.

La Escuela de Artes y Oficios también se le debe; esa institución que ha sacado de la vagancia y del mal camino á tanto desgraciado, y les ha dado carrera y cómo poder ganar la vida á seres destinados á llevar una vida disipada y tal vez criminal.

En fin, el derrumbe del antiguo Mercado, de la Casa de Gobierno y el haber hecho de aquellos lugares dos lindas plazas para la poblacion, han hermoseedo la ciudad.

Tenia, como hemos dicho, verdadero espiritu progresista y fundaba su politica en la marcha regular de la administracion de los dineros públicos.

Un mal aconsejado Proyecto que quiso poner en planta, fué el de la disminucion de los derechos de Aduana, y la libertad de introduccion de muchos articulos, le trajo al pais y á su administracion un grave conflicto, pues que se resintió, como era natural, de la percepcion de aquella importante renta con que contaba para poder pagar sus empleados y llenar las exigencias del Presupuesto General de Gastos.

El objeto era noble y adelantado en extremo, pero el Estado no estaba en condiciones de poder llegar aun á ese gran paso y á poner en planta el hipotético principio de economia politica de la libertad de las Aduanas.

Así es que, como era natural, ni el primer mes ni despues, pudo con regularidad abonar el Presupuesto como lo habia hecho hasta alli, y entorpeció su marcha, que desde entonces ya se señaló con dificultades que aumentaban mas y mas.

En aquel grave conflicto, y cuando menos se es-

peraba, circulaba por las calles un boletín que daba cuenta de su renuncia al Poder, acompañada de aquella declaración que espresaba las célebres frases de que *el país era ingobernable*.

Nunca ningún gobernante pudo, sin menos motivo, manifestar lo que dijo Latorre, pues había gobernado como había querido, y el país, de buen ó mal grado, le había obedecido.

No se pudo determinar bien á qué fué debido aquel acto, y la mayoría lo ha atribuido á que su autoridad estaba minada y la revolución iba á estallar, realizada por los mismos que le habían sido más adictos.

De todas maneras, si esto era cierto, en esto Latorre no dió pruebas de carácter como había manifestado en otras cosas, y no tuvo bastante ánimo para esperar que se desarrollaran los sucesos y castigar á sus promotores.

Era tal vez porque eran sus mejores amigos los que lo traicionaban, que se sintió débil para imponerles pena.

De todos modos, fué aquel un acto que se reprobó con general disgusto, pues Latorre, aunque tenía como hombre político sus graves defectos en el Gobierno, como hemos dicho, había demostrado grandes condiciones.

Era todo un carácter, que habría podido dar mu-

cho en bien del país, si, como lo vimos despues, se trataba de rodear del elemento bueno de todos los partidos; así llevó al doctor Mendez y á don Aurelio Berro á su Consejo, como Ministros de Estado.

Tenia la rara cualidad de conocer á los hombres y darles el grado de importancia que tenían.

Su parte vulnerable era el sistema de prepotencia y fuerza de su Gobierno.

La administracion del doctor don Francisco Vidal fué una parodia de gobierno, pues no habia otro que mandase sino Santos.

Era el doctor Vidal un hombre de gran mérito como facultativo, pero que en politica dió señales de una ineptitud completa.

Era débil y de un carácter sumamente irresoluto, y se dejaba dominar por aquel que manifestase voluntad firme.

Así es que desempeñó el Gobierno, siendo nada mas que una pantalla de lo que imponia Santos.

Así lo vimos cuando le convenia á éste deshacerse de Vidal, hacerse nombrar Presidente, ocupar un asiento en la Representacion Nacional, él y su hermano, contra la prescripcion terminante de la Constitucion, que escluye á los militares y á los empleados á sueldo de la Nacion, y hacerlo nombrar nuevamente y á los quince dias volver á ocupar la Presidencia.

Es por esto que decimos que Vidal fué en el nombre Presidente, pues que Santos hacia de él lo que queria.

Es estraño que un hombre como aquél, independiente hasta sumo grado, é ilustrado, se dejase conducir y arrastrar por Santos, pero es la verdad, y debemos atribuir esto á un atavismo ó á una singularidad propia de aquel carácter reconcentrado y apático, que no se le importaba el desairado rol que jugaba en la politica. Y tanto mas estraño es esto, cuanto que el doctor Vidal, como hemos dicho, era un hombre instruido y de raras cualidades en su profesion de médico, pues que era una verdadera notabilidad.

Así es que debia haber sido en politica un personaje, y haber señalado su paso en el Gobierno de su pais, haciendo un gran papel y desempeñando otro rol que el que desgraciadamente jugó.

Aquella situacion tenia forzosamente que producir la revolucion. Y efectivamente, en Buenos Aires se preparaban para invadir el territorio, todos los elementos de los partidos que mas significado tenian, y se anunciaba su próxima aparicion en el Territorio Oriental.

La revolucion, á cuyo frente estaban los generales Arredondo y Castro, militares de nombre y aguerridos en nuestras luchas, puso en alarma á

Santos y se preparó á resistirla con todas sus fuerzas.

Si como se habia estado anunciando por tanto tiempo, se hubiera lanzado al país, sin darle lugar á Santos á prepararse, era un hecho de que hubiera triunfado, pues que aquella revolucion tenia las simpatias de todos los que deseaban ardientemente que concluyese el régimen establecido por aquel gobernante, que era una ignominia para todo Oriental, pero perdieron un tiempo infinito en preparativos y dió lugar á un desastre.

Despues de haber estado prometiendo mas de tres meses con que iban á invadir, se lanzaron al fin al Territorio Oriental, y sin las mas necesarias precauciones, que unos generales competentes como aquéllos debian haber tenido, comprometieron su éxito.

Se encontraron sin lo mas necesario, que era caballada, que debia haber estado pronta para cuando desembarcaran y ganar el interior de la República para engrosar su número con los poderosos elementos que los esperaban.

Así es que á pocas jornadas de haber desembarcado, fueron hostilizados por fuerzas de consideracion al mando del general Tajés, que desprendió del grueso de su ejército, y una accion parcial les fué favorable á los invasores.

Pero poco debian cantar aquel pequeño triunfo, pues que la revolucion no podia resistir el empuje de las fuerzas que combatian.

La accion del Quebracho se empeñó, y como no era dudoso, tenia necesariamente que ser fatal para los invasores.

La gente que mandaban Arredondo y Castro, era compuesta en su mayor parte de ciudadanos, que muchos de ellos nunca habian cargado un fusil, y que era la primera vez que se veian en una accion de guerra.

Además, estaban fatigados, deshechos, sin fuerzas, por las largas jornadas que habian hecho á pié; asi es que, por mas esfuerzos que hicieron, no podian humanamente resistir á fuerzas mayores en número y descansadas.

Y sin embargo, á pesar de esto, hubieron rasgos verdaderamente de valor, y pelearon con un ardor y valentia extraordinarias; pero todo fué inútil, pues que fueron todos tomados prisioneros en el campo de batalla, habiéndolo hecho con el general Castro tambien, á quien se le dejó allí mismo en libertad.

El general Arredondo estuvo hasta que todo habia terminado sobre el campo de batalla, retirándose en seguida con direccion á la frontera.

Una persecucion tenaz le fué hecha, que no se detuvo ni aun cuando alcanzó al Brasil, pues allí fué preso y conducido á Rio.

Fué sensible, por mas de un motivo, aquel desastre. La revolucion era una necesidad, pues respondia al deseo de todos, generalmente, de ver desaparecer aquella situacion oprobiosa en que predominaba la voluntad omnimoda de Santos. Respondia á una necesidad suprema de salvacion del país y de dar por tierra con los elementos inmorales que habia puesto en juego aquél, entronizando en el manejo y direccion de los intereses del país, á los hombres mas inconscientes de toda moral pública.

Además, que consideraba el país como un patrimonio suyo y se creia dueño absoluto de vidas y haciendas.

Jamás se habia visto llegar hasta aquel estado, ni en las épocas mas desgraciadas que le habian cabido á la República, en que un hombre jugase con los destinos del país y desconociese sus mas sagrados intereses.

Fué una época que debemos recordar como un negro borron en nuestra Historia.

Y es que, sin pasion, y juzgando á Santos con imparcialidad, no podrá jamás nadie atenuar con nada la marcha que estableció en el país. Y si alguno que otro rasgo de patriotismo pudo lograrle algunos parciales á su política, pues no le faltaban, ellos son muy poca cosa para poder satisfacer los

gravísimos cargos que deben hacerse desde la inmoralidad administrativa hasta la intolerancia política que reinó durante todo su gobierno.

Así es que aquella revolución, en que se veía figurar á todos los hombres de corazón, fué vencida; pero la causa que sostenía quedaba en pié y debía triunfar á la larga.

Llegó un momento en que se hizo tan imperioso aquel estado inmoral, que sólo su persona era la que predominaba sobre las instituciones de su país, y se hacía elegir y reelegir Presidente cuando se le antojaba, y disponía de la suerte de la República á su albedrío.

Esa situación era intolerante en extremo, vejatoria bajo todos puntos de vista.

Se creía el hombre necesario, el hombre preciso para gobernar, é infatuado, no se preocupaba más que de hacerse de fortuna, disponiendo de los dineros públicos como si fuesen suyos.

Aquella situación de fuerza y violencia, vino á cambiarla uno de esos espíritus que se sacrifican por una idea, que dan su vida en holocausto de lo que creen que es la salvación de la Patria.

En el peristilo del Teatro Cibils, una noche de espectáculo, un jóven militar llamado Ortiz, al bajar Santos del carruaje, lo hería, disparándole un

tiro de revólver, que le penetró por el carrillo, saliéndole la bala por la boca.

La herida debía haber sido mortal, si por una de esas casualidades que raras veces suceden, al tiempo de penetrar la bala, no hubiese Santos hecho la inclinacion de bajarse á tomar una hijita y hubiera abierto la boca para hablar.

La bala era esplosiva, y por la aproximacion con que fué hecho el disparo, y no haber tocado ninguna parte resistente, lo hizo fuera despues de haber penetrado.

Ortiz, que no habia tomado precaucion alguna para su salvacion, que no tenia cómplices, pues que á nadie habia hablado lo que iba á hacer, inmediatamente que hirió á Santos, corrió por la calle de Piedras, y fué notado y perseguido por algunos, hasta que, defendiéndose y sin tener mas que un último tiro su revólver, y viéndose perdido, se lo descerrajó, á los gritos de que no queria caer en sus manos vivo.

Aquel hecho corrió con la rapidez del rayo por todas partes.

Santos fué llevado en su mismo carruaje á su casa y circuló la noticia de venganzas que se iban á tomar y medidas enérgicas.

Fué una noche de terror aquella. La gente que estaba en el Teatro, pues habia funcion de gracia

de uno de los artistas y estaba lleno, no se habia apercebido de lo que acababa de suceder, ni aun habia sentido la detonacion del arma, pero poco á poco fueron conociendo el hecho y se ponian en seguridad, retirándose, y á la mitad del espectáculo ya no existia mas que muy escasa concurrencia, hasta que por orden de la policia quedó suspendida la funcion.

La ciudad quedó solitaria á los pocos momentos, y no se oía mas que la fuerza que patrullaba y recorria las calles.

Toda esa noche y los dias siguientes, se hicieron prisiones, y no se respetaba ni aun á las mujeres, que eran llevadas á la policia y detenidas como presas.

La revolucion y la herida que le produjo Ortiz, desmoralizaron á Santos, que se consideraba hasta entonces no sólo prepotente, sino tambien libre de toda agresion contra su vida.

Desde entonces pensó en atraerse todos los elementos descontentos y opositoristas á su persona, que levantaba tantas resistencias entre la gente de algun valer en el pais.

El acto de la conciliacion, fué, pues, una medida dictada por su propia conservacion en el poder. Fué inspirada por una necesidad suprema, pues que su Gobierno se derrumbaba.

La renuncia colectiva de sus Ministros por una simple cuestion de principios, y que en aquellos momentos le presentaron, fué un terrible desencanto á su imperiosa voluntad, pues sus mismos amigos lo abandonaban y se empezó á sentir débil en medio de su prepotencia.

No sabemos si fué inspiracion propia, ó bien si alguien le aconsejó que llevase á su Gobierno á los que mas le habian combatido y aun habian hecho armas contra él, y Ramirez, Blanco y Rodriguez Larreta se contaban en ese número.

Pero fué un paso politico y de alta significacion, por las personas que habia buscado, que no imponian resistencias de ningun género, y que, muy al contrario, eran simpáticos al pueblo.

Así es que fué festejado, como nunca se ha visto, aquel nombramiento, con una espontaneidad y entusiasmo indescriptibles.

Santos se sintió elevado hasta el cielo y rodeado del aura popular con aquel nombramiento, con que creia poder borrar todos sus desaciertos políticos, y tambien asegurar su prestigio y su poder.

Dejó el mando en manos del general Tajés y se dispuso á ir á Europa á hacerse ver por los principales médicos, la herida que le habia hecho Ortiz.

Nunca fué bastante comprendido el hecho aquel

de que una herida pudiese ocasionar un cambio radical en la marcha del país y en sus destinos. Pero aquel hecho aislado, sin preparativo, efecto tal vez de un momento de exaltacion mental, dió por resultado que tuviera Santos que abandonar el teatro de sus hazañas, las riendas del Gobierno, y ausentarse del país.

Dejaba el Gobierno en manos de un hombre de quien no podia desconfiar que le faltase jamás y en quien fundaba toda su confianza, para que cuando retornase pudiera acapararse otra vez el poder y le fueran entregadas las riendas del Gobierno.

La despedida que se le decretó se lo hizo concebir mas. Todas las fuerzas formaron por donde debia pasar y sembraron de flores su camino.

¿Fué ésta una adulacion ó bien una prueba de alegría en que se ausentase del país para jamás volver á pisar en él?

La verdad es que se quitaba un peso de encima y que con su retiro se podia encaminar á la República á otra marcha de cosas.

Pocos dias despues de su alejamiento, un golpe audaz fué dado por el Gobierno de Tajés, y fué el licenciamiento del Batallon 5.º, que era la base de la tirania y poder de Santos.

Nadie habria esperado que con tanta facilidad se pudiera deshacer aquel verdadero baluarte de po-

der y de violencias, y que habria producido resistencias de todo género.

Pero no fué así, y en una noche se llevó á cabo, sin ninguna clase de resistencia y sin tener que experimentar ninguna desgracia.

Ya el poder de Santos quedaba desbaratado con la dispersion de aquel cuerpo, en donde se habian cometido toda clase de violencias, tanto que se le consideraba como una nueva Bastilla.

Tajes se dió á conocer entonces. Habia roto los lazos que lo ligaban á Santos, y contra toda creencia que le seria sumiso y fiel, se veia claramente que ya no podia ni debia esperar nada de él.

La política es una red que tejen los sucesos y que van uniendo las cosas mas contradictorias y que menos se piensan.

Quedaba definida la situacion con aquel acto, y ya podia marchar el Gobierno con mas libertad y sin restricciones de ningun género.

.

Hemos alcanzado el término de nuestra obra.

En ella se verá toda la imparcialidad con que juzgamos los acontecimientos que han tenido lugar en el tiempo de nuestra existencia, como la rectitud que ha sido y es siempre nuestra regla de conducta para juzgar á los hombres que han figurado en nuestra escena política.

Nuestras impresiones han sido sinceras en todo, y así es que, ajenos á todo ódio y á todo rencor, mirando las cosas de muy arriba, hemos podido alcanzar hasta donde otros tal vez no podrian hacerlo, pues que habiendo jugado un rol mas ó menos importante en la cosa pública, la pasion debe mezclarse y no serian ni podrian ser sinceras sus apreciaciones.

Hemos dado á cada uno lo que merece, y si se pudiese creer que hayamos tenido alguna parcialidad por algun hecho, léanse con detencion las hojas de este libro y verán que no nos hemos inclinado jamás á tal ó cual partido ni á ningun suceso, sino que hemos procedido con la mas estricta justicia.

No es éste tampoco un trabajo de mas importancia que la narracion de las impresiones de mi niñez y de mi juventud.

Podré haberme equivocado en muchas cosas y haber interpretado mal á los hombres, pero si hay errores, ellos son sinceros, y en todo este trabajo, como siempre, me ha guiado una conciencia recta.

Mens constia recti.

FÉ DE ERRATAS NOTABLES

FÉ DE ERRATAS NOTABLES

PÁGINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
11	1	débil. Su	debil, su
21	16	Lo que respecto	Con respecto
31	7	fiebre sagrada	fibra sagrada
45	19	renta	venta
49	18 y 19	canario	español
74	6	rozaba	negaba
77	24	haber macitas	haber algunas macitas
90	13	hechos á los	hechos y á los
100	22	presentaba	representaba
189	21 y 22	alcanzando	arraucando
211	19 y 20	posteriormente ante don	posteriormente don
356	9	oriflaman acional,	oriflana nacional,

Hay otros errores en el cuerpo de la obra que por insignificantes no hemos corregido.
